G.R. OLIVEIRA



EL VIUDO

UN HOMBRE MARCADO POR EL DOLOR

EL VIUDO: UN HOMBRE MARCADO POR EL DOLOR

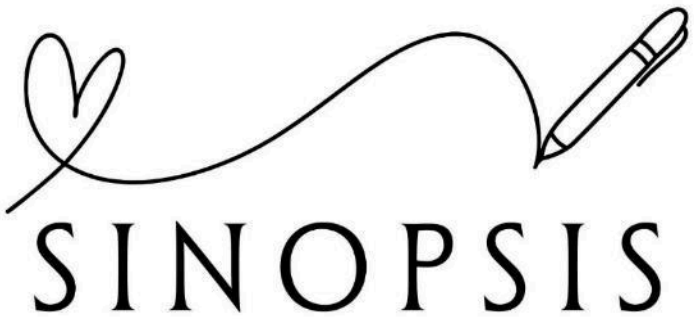
1ª EDICIÓN
(2025)

Copyright © G.R. OLIVEIRA
Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible — sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.



SINOPSIS

¿Con qué ojos mirarías la vida si perdieras a tu esposa y a tu hija en un accidente de coche?

Colin Adams es un hombre marcado por uno de los mayores sufrimientos del mundo: el dolor de enterrar a un hijo.

Tras la gran tragedia que golpeó a su familia, decidió cerrarse por completo a todo y a todos. Ni siquiera Joshua, su único hijo vivo, consigue acercarse a él. Atormentado por la culpa día tras día, prefiere aislarse y descargar sobre las pocas personas que aún lo rodean todo el odio y el rencor acumulados en su pecho.

A pesar de ello, Colin vive en una gran mansión que necesita alguien que la administre, una tarea aparentemente imposible, ya que ha despedido a las últimas diez mujeres que lograron obtener el puesto.

Isabelle Campbell ha pasado por situaciones muy complicadas a pesar de su corta edad.

Madre soltera, lucha a diario para educar a su hija y apoyar económicamente a su madre. Por una jugada del destino, encuentra la oportunidad perfecta para solucionar sus problemas financieros: trabajar como ama de llaves en la mansión del arquitecto más famoso de Miami. Lo que no sabe desde el principio es que su nuevo jefe es un hombre arrogante, rudo y controlador, que hará hasta lo imposible para complicarle la vida en su trabajo.

En el fondo, Isabelle sabe perfectamente que Colin es un tirano, pero también un hombre atractivo y tan sexy como el pecado...

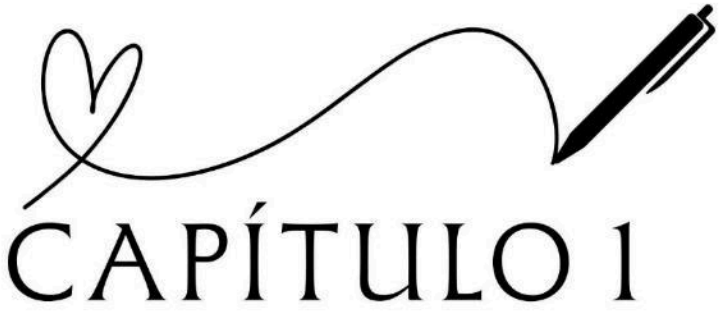
«Hay momentos en nuestras vidas en los que sentimos que todo se viene abajo, perdemos el suelo bajo nuestros pies y nos planteamos constantemente abandonar. Lo que nos cuesta mucho comprender es que siempre existe una luz en medio de la oscuridad y que depende únicamente de nosotros buscarla para cambiar nuestras vidas. Prepárate para una historia que llegará a tu corazón y que nos demuestra que el perdón es necesario y que lo imposible es cuestión de opinión.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO



SUMÁRIO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
EPÍLOGO



«Cuando creemos haber alcanzado nuestro límite, la esperanza renace...»

ISABELLE CAMPBELL

Caminé con cierta inquietud hacia una agencia de empleo cerca de mi casa. Después de haber visto «aquel» anuncio en internet, necesitaba comprobar con mis propios ojos si realmente era «todo aquello».

Hacía unos días, mientras buscaba ofertas de trabajo online, me encontré con una vacante algo increíble, especialmente porque el sueldo era al menos cinco veces superior al habitual.

Tras rellenar mis datos, aproximadamente una hora después, recibí una llamada para concertar mi entrevista para hoy mismo.

Ser madre soltera en Miami no es sencillo. Los gastos son numerosos, y como tengo una hija y también ayudo a mi madre, suelo verme desbordada con frecuencia.

Mi sueño siempre fue estudiar arquitectura, pero al ser madre tan joven —y tras el abandono del padre de Hanna—, mi vida se complicó, obligándome a posponer ese sueño para más adelante.

Siempre he sido una mujer soñadora y luchadora, pero actualmente las batallas se han impuesto en primer plano, y dado que mi hija es mi prioridad, renuncié temporalmente a aquello que más deseo para centrarme en su educación y en asegurarle un futuro en el que pueda ser independiente.

Ya estaba en la sala de espera de la pequeña oficina aguardando a que me llamaran. Había llamado antes para obtener información, pero apenas me dijeron nada.

Estaba desempleada, razón suficiente para tener que reinventarme y buscar trabajos diversos por la ciudad. Pero tras descubrir aquella oferta laboral, sentí una gran curiosidad por conocer más sobre el puesto.

Al anunciarme, entré en el despacho con paso decidido.

Una mujer mayor, con cabello canoso y gafas rojas, estaba sentada revisando unos documentos. Cuando notó mi presencia, me observó detenidamente de arriba abajo y luego me indicó que tomara asiento. Le dediqué una breve sonrisa y me senté en la silla frente a ella.

—Isabelle Campbell… —tomó uno de los papeles—. Me llamo Helena. Veo que estás interesada en el puesto.

—Sí. Mucho.

Mi breve conversación telefónica había tratado sobre esto, aunque sin muchos detalles, ya que no había hablado directamente con Helena.

—Verás, este empleo consiste básicamente en ocuparte de una casa y de las personas que viven en ella. Sé que por teléfono mi asistente no te explicó gran cosa, así que estoy aquí para aclarar tus dudas.

—¿Qué tendría que hacer exactamente?

—Si aceptas, serás el ama de llaves de una casa, por decirlo así. Como le gusta decir a Colin, harás absolutamente de todo. Literalmente todo, excepto preparar su almuerzo y cena. Y cuanto antes empieces, mejor.

¿Por qué hablaba como si el empleo ya fuese mío?

—¿No vas a hacerme una entrevista? Apenas me conoces, y…

—Isabelle Campbell… —me interrumpió, cogiendo nuevamente el papel donde figuraba mi nombre—. 23 años, madre soltera. Vive en Collins Avenue, número 6784. Trabajó en un restaurante llamado Garby's durante un año y tras el cierre del mismo trabajó como niñera para la familia Rogers. Después de que dicha familia se mudara, estuvo tres meses desempleada y ahora… —levantó los ojos hacia mí— estás sentada aquí mismo frente a mí.

¿Cómo podía saber esta mujer tanta información?

—Estoy confundida. No he proporcionado ningún dato mío salvo mi nombre y apellido. ¿Cómo puede saber todo esto?

—Cariño, creo que no eres consciente del tipo de puesto al que aspiras, así que voy a ayudarte. —Me miró intensamente con sus ojos

castaños claros—. Con el salario ofrecido, la persona elegida debe ser de confianza.

—Pero tú tienes mis datos, aunque no sabes si soy confiable o no —repliqué.

—¡Te equivocas otra vez! —Una leve sonrisa apareció en su rostro—. Llamé al dueño del restaurante donde trabajaste y también a la familia Rogers. Me dieron muy buenas referencias sobre ti. Lo sé todo sobre tu vida, querida.

Observé detenidamente durante unos segundos a aquella mujer que empezaba a intrigarme. Me sentía vigilada, y experimentaba una extraña mezcla de diversión y sorpresa.

—Hablas como si ya me hubieras contratado.

—Básicamente. Solo tienes que decir que sí. —Cruzó los brazos y sonrió con satisfacción.

Qué situación más extraña…

Nunca había visto un sueldo tan alto acompañado de una entrevista tan sencilla. Realmente quería hacerle varias preguntas, pero

temía estropear algo que parecía tan seguro. Esta conversación resultaba demasiado peculiar.

Si es que podía llamar conversación a una entrevista semejante.

—¿Por qué es tan fácil? Explícamelo.

—Te lo diré con una analogía: es fácil porque termina siendo difícil. Así de simple. Nadie logra mantener este trabajo, y espero estar equivocada contigo.

—¿Debo saber algo personal sobre la vida de ese tal Colin?

Su rostro cambió bruscamente, sorprendiéndome cuando comenzó a mirarme con cierta ternura.

—Sí —sus ojos adquirieron un brillo triste—. Perdió a su esposa y a su hija en un accidente de coche hace aproximadamente un año.

—¡Dios mío! —abrí los ojos, sorprendida por la crudeza de sus palabras.

—Colin no habla del tema, se ha cerrado completamente tras el accidente. Siempre fue un hombre serio, carismático y centrado, pero parece que lo mejor de él murió también en ese accidente. Nada en su vida tiene sentido ahora, excepto…

—¿Excepto…? —mostré interés.

—Joshua, su hijo. Será una de tus responsabilidades si aceptas el trabajo.

—Entiendo.

—Aun así, Colin se ha distanciado de él. No trates de comprenderle, Isabelle. —Hizo una pausa, mirando hacia ninguna parte mientras suspiraba profundamente—. Una regla importante: no le preguntes sobre su pasado. Si quieres mantener el trabajo, haz lo posible por ignorar a Colin. Ninguna de las diez mujeres que he contratado antes ha aguantado ni un mes a su lado. Me han hablado maravillas de ti, y por eso confío en que serás distinta. Solo te pido que no cometas ningún error. Colin te despediría por una simple mirada torcida, y estoy cansada de buscar candidatas para este puesto.

—¿Por qué te preocupas tanto por él? —indagué, sabiendo que ella no parecía una simple trabajadora de una agencia. La forma en que hablaba de él era distinta y captaba toda mi atención. No tenía dudas sobre eso.

—Es mi amigo. Lo era. No sé bien cómo describirlo ahora. —Bajó la mirada—. Mi marido y yo tuvimos una hermosa amistad con Colin y

Jeniffer, su difunta esposa. Desde que ella murió… todo cambió, y ahora nuestro único contacto es este: buscar a alguien que cuide de su mansión.

—Comprendo.

Unos segundos de silencio se apoderaron del pequeño despacho, y percibí por primera vez cierta incomodidad por su parte. Me mantuve alerta, algo inquieta, pues no imaginaba que nuestra conversación transcurriría de aquella manera.

—Vayamos al grano —juntó las manos y volvió a mirarme con atención—. Resumiendo, Colin será insensible, maleducado, desagradable, perverso, mezquino y otros «preciosos adjetivos» que ahora mismo se me olvidan. —Hizo una pausa, reconsiderando sus palabras—. Un auténtico tirano, querida. No... eso es poco.

Miré desconfiada a Helena, que hacía precisamente lo contrario de lo que esperaba tras todo lo escuchado. En lugar de ensalzar las cualidades de su supuesto amigo, parecía darse el lujo de hacer justo lo contrario.

—¿Eso se supone que es un incentivo?

—Soy realista. Colin es un hombre infeliz al que prácticamente ya no le importa nada en la vida. Y créeme o no, fue él mismo quien me pidió especificar estas «cualidades» a cualquier candidata al puesto. Al menos Colin es un hombre sincero y sabe perfectamente que es insoportable.

Sentía una mezcla de curiosidad e incertidumbre. Toda esta situación era extraña. Pensaba que sería un empleo normal, pero claramente no había nada ordinario en ello, empezando por un sueldo cinco veces superior al promedio del mercado.

¿Todo eso sería para compensar su pésimo carácter y demás peculiaridades?

No podía ser solo eso…

—No es posible que sea tan insoportable —afirmé con precaución, y ella se inclinó hacia adelante, sonriendo con ironía.

—Digamos que el demonio decidió darse una vuelta por la Tierra y quedarse a vivir aquí. Ese es Colin, uno de los demonios de la peor zona del infierno. Aun así, debo admitir que lo considero mi amigo, aunque no lo parezca.

—¿Es tan complicado como persona? —dejé escapar una risa nerviosa.

—Cariño, créeme cuando te digo que preferiría conocer en persona al mismísimo Lucifer antes que a Colin. —Se detuvo un instante, girando el bolígrafo entre sus dedos mientras me analizaba—. Así que te lo preguntaré de nuevo: ¿Estás realmente dispuesta a aceptar este trabajo?

Mis facturas no se pagaban solas y, estando en una situación complicada, no lo dudé demasiado.

—Sí, acepto.

Me levanté para salir de aquel pequeño despacho, pero entonces volví a escuchar la voz de Helena.

—Solo para que lo sepas... Es el famoso Colin Adams.

Me giré rápidamente, sorprendida por aquella información. Colin Adams era el arquitecto más reconocido de la ciudad, y admiraba mucho los trabajos que había realizado durante estos últimos años.

Por lo poco que sabía, su vida era extremadamente privada, y aunque una tragedia había marcado su existencia, todo quedó muy

silenciado por la prensa en su momento.

—De acuerdo.

—Espero que eso no influya en absoluto en tu trabajo —añadió —. Mi secretaria te espera fuera para ultimar los detalles que faltan.

—No lo hará. Gracias por la oportunidad —respondí con firmeza.

Tras salir del despacho, intenté recordar rápidamente todo lo que sabía sobre Colin Adams…



Al llegar a casa, encontré a Hanna, mi hija, dibujando en el salón mientras mi madre preparaba la comida. Me agaché hasta quedar a su altura y, después de observar sus ojitos azules llenos de ilusión, me apresuré a darle la buena noticia.

—Tengo algo que contarte, rayito de sol.

—¿Qué es, mamá?

—He encontrado trabajo.

—¡Bien!

Abracé a mi hija. Ella sabía lo importante que era para mí la palabra «trabajo», ya que hablábamos con frecuencia sobre el tema.

A pesar de ser pequeña —había cumplido cinco años el mes pasado— Hanna era bastante lista para algunas cosas y comprendía perfectamente mucho de lo que le explicaba.

—Voy a hablar un momento con la abuela y enseguida vuelvo a colorear contigo, ¿vale?

—Vale.

Me dirigí hacia mi madre y le di un abrazo fuerte y lleno de gratitud.

Ella se llama Elisa y tiene 55 años. Lleva trabajando desde los 15 y siempre ha disfrutado de hacerlo. Puedo asegurar que le debo absolutamente todo. Siempre me ha apoyado desde que tengo memoria, y aún recuerdo perfectamente cómo aguantaba los momentos difíciles cuando parecía que nada a nuestro alrededor iba a arreglarse.

—Parece que estás contenta —me sonrió con sinceridad mientras terminaba de recoger la cocina.

—Sí. He ido a buscar información sobre la oferta de trabajo que me dieron, y es todo real. El sueldo es tal cual decían, y el trabajo ya es mío.

—Enhorabuena, hija. —Su rostro se iluminó al instante.

—Ambas sabemos que estamos pasando ciertas dificultades, y...

No pude continuar hablando por unos segundos.

Me asaltó un recuerdo reciente, no tan lejano, de cuando tuvimos que dejar de comer para que Hanna tuviera algo que llevarse a la boca. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y sacudí ligeramente la cabeza intentando alejar por un instante aquellas imágenes.

—Cariño…

—No quiero volver a ver a Hanna pidiéndome algo para comer y que no haya absolutamente nada en casa. Como madre, eso es inaceptable. Siento que he fracasado.

Mi madre trabaja haciendo limpieza algunos días a la semana. Vivimos juntas y compartimos gastos. Ni siquiera puedo explicar lo

importante que es su ayuda; sin ella, yo no sería nadie.

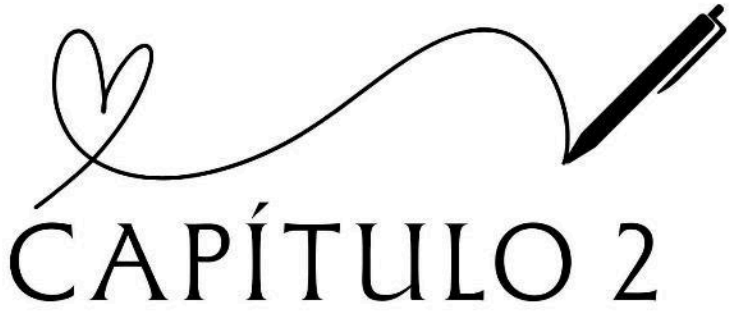
Desde que la familia Rogers se mudó hace unos meses, me quedé desempleada y ayudé a mi madre limpiando casas puntualmente, siempre que podía llevar a Hanna conmigo, algo bastante esporádico.

—No te culpes, hija. —Me tocó suavemente el hombro—. No podías imaginar que Rudolph te abandonaría antes de casaros.

—Pero lo hizo.

—Tu vida va a mejorar, solo debes tener fe, mi ángel.

En el fondo tenía esperanzas gracias a sus palabras, aunque una parte de mí seguía preocupada por el rumbo que podría tomar mi vida a partir de ahora.



CAPÍTULO 2

«Trabajar con un jefe borde, arrogante y estúpido no es tan malo; lo realmente difícil es echarle de menos cuando conoces a tu nuevo jefe…»

ISABELLE CAMPBELL

En este preciso instante estoy en el salón principal de la mansión donde voy a trabajar. Echando una rápida ojeada al lugar, reconozco que la decoración está cuidadosamente diseñada, algo lógico tratándose del famoso arquitecto Colin Adams.

Estoy segura de que gran parte de la casa lleva su firma. Mientras aún observaba el entorno, vi aparecer a alguien desde el largo pasillo frente a mí...

Un hombre imponente, con el cabello oscuro llegando casi hasta sus hombros y una barba densa pero bien arreglada, avanzó hacia mí con pasos largos y firmes, deteniéndose a apenas un metro sin siquiera tenderme la mano. Sonrisa, desde luego, ninguna.

El hombre parecía sacado de una película de terror de esas a las que estoy acostumbrada. No había ni rastro de cordialidad en su rostro, típico de alguien a quien resulta imposible descifrar con una simple mirada. Decidí romper el hielo.

—Buenos días, me llamo...

—Sé perfectamente cómo te llamas —me cortó con gesto hostil —. Las instrucciones están sobre la mesa. Basta con que las leas. —Me lanzó una mirada inquietante antes de señalar con un leve gesto hacia la mesa—. Supongo que sabes leer, ¿verdad?

—Sé, y...

—Entonces haz tu trabajo y memoriza bien mis reglas. Si logras esa proeza que prácticamente ninguna mujer consigue, todo irá bien

durante el tiempo que estés aquí.

¡Qué hombre tan encantador! ¡Desde luego que no!

—Si tengo alguna duda...

—¡No habrá dudas! —gruñó interrumpiéndome otra vez, y su rostro parecía más irritado a cada palabra—. ¡O sabes leer e interpretar, o no! ¡Decídete ya!

—¡Sé leer e interpretar! —forcé una sonrisa, y por primera vez no fui interrumpida. Estoy segura de que fue por la brevedad de mi respuesta, sin espacio para anticiparse nuevamente.

—¡Estupendo! —se dio media vuelta, alejándose hacia el lugar por donde había aparecido.

Cuando me dirigí hacia la mesa para revisar las instrucciones, escuché nuevamente su voz profunda, aunque esta vez ni siquiera se dignó a mirarme, aún de espaldas.

—Otra cosa: ¡no hables conmigo!

—¿Qué quieres decir exactamente con eso? —dije la frase de golpe, temiendo otra interrupción.

—¡Exactamente lo que has oído! Solo dirígete a mí cuando yo hable contigo primero. ¿Está claro? —Colin seguía dándome la espalda y parecía aumentar el volumen con cada palabra.

—Sí, señor.

—Y no me llames señor.

Dios, dame paciencia, porque si me das fuerzas...

—Está bien, Colin.

—Empiezas mañana.

Tras decir eso, desapareció de mi vista y segundos después escuché cómo una puerta se cerraba con violencia.

—*Buenos días también para ti* —murmuré para mí misma con sarcasmo.

Me acerqué a la lista y leí algunos puntos «normales»:

1 –¡No me molestes! Sí, lo repito.

2 –Deberás llevar y recoger a Joshua del colegio, pero solo después de cumplir quince días trabajando aquí. Aún no confío en ti, y dudo que

llegue ese día.

3 –Tu horario será de 07:00 a 17:00. Ni 07:01, ni 17:01. Valoro algo llamado puntualidad, y si te pillo llegando tarde dos veces, ¡estarás en la calle!

4 –Queda terminantemente prohibido entrar en el pasillo que lleva a mi habitación. He colocado un cartel cerca que dice claramente: «No pases de aquí». DEDUCIENDO QUE SABES LEER E INTERPRETAR, creo que sabrás perfectamente qué hacer cuando lo veas.

5 –Algunos días estaré más insoportable de lo habitual. ¡Sí! Soy capaz de ponerme aún peor, así que evita acercarte a mí o siquiera respirar en mi dirección.

6 –Tu trabajo aquí es gestionar, no tocar las cosas. Para aclararlo mejor: delega funciones y no manipules los objetos. Tu tarea es asegurarte de que nada falte; si detecto algún fallo en eso, tendremos un serio problema. ¡Puedes estar segura!

7 –¡No traigas a nadie a mi casa! Considera esto una advertencia. No necesito decirte lo que pasará si te doy una segunda, ¿verdad? (Sí, equivale a llegar tarde.)

8 –Nunca. Jamás. Bajo ninguna circunstancia me preguntes sobre MI pasado ni a mí ni a nadie que trabaje aquí. Cualquier comentario sobre ello será motivo de despido. ¡DESPIDO!

9 –Para cualquier duda, habla con Helen. Lleva años trabajando aquí y lo sabe todo. Estás en este puesto gracias a ella, que se negó rotundamente a asumir el cargo de ama de llaves porque soy insufrible.

10 –Y por último, pero no menos importante: ¡No me molestes! ¡Fuerza de la costumbre! He aprendido que las personas solo recuerdan lo importante cuando se les repite varias veces.

Este hombre tiene un sentido del humor muy negro, eso está claro. Aunque, después de leer esto, entiendo perfectamente por qué ninguna mujer ha durado más de un mes trabajando aquí.



—Te lo digo en serio, me ha dejado aterrorizada. ¡No pude ni terminar una frase!

—¿Tan grave es la cosa, amiga?

—Ay, y eso que aún no he mencionado la «nota», que parecía más una amenaza que un listado de normas. —Bebí un sorbo de mi zumo de naranja, recordando con inquietud lo que Colin había escrito.

—Y eso que aún no has empezado a trabajar oficialmente. —Lauren se echó a reír, y yo apenas pude devolverle una sonrisa floja.

Lauren es mi mejor amiga y me apoyó muchísimo cuando Rudolph me abandonó. Como somos vecinas desde hace años, compartimos confidencias sobre casi todo y somos inseparables.

Ella es pelirroja, bajita y tiene unos preciosos ojos verde claro. Creo que mi amiga es muy guapa, pero como tantas mujeres que conozco, tiene complejos con su cuerpo, aunque yo siempre intento levantarle la moral.

Yo soy algo distinta. Mi cabello es largo, negro y cae hasta la altura de mi trasero. Mido aproximadamente 1,60 m y tengo ojos oscuros. No soy una habitual del gimnasio porque no tengo tiempo, pero puedo decir que tengo un cuerpo razonablemente bonito.

Aunque, pensándolo bien, creo que ninguna mujer está nunca satisfecha del todo con su físico, así que...

—Intentaré ignorar a Colin todo lo posible.

—¿Eso no será malo? —Cruzó los brazos con una sonrisa divertida.

—Es lo que él quiere, Lauren. En mi trabajo me limitaré a cumplir órdenes.

—Si tú lo dices… —levantó las manos fingiendo rendirse.

—Necesito el dinero que me va a pagar, así que haré lo posible por no afectarme por sus palabras desagradables. Así de sencillo.

Lo que aún no sabía es que aquello iba a resultarme mucho más complicado de lo que imaginaba.



El día siguiente estaba siendo un verdadero infierno en la casa de Colin.

Un camión descargaba muebles y utensilios frente a la entrada principal de la mansión. Yo parecía una cucaracha dando vueltas sin rumbo, ya que no tenía absolutamente ninguna información sobre aquello.

Ni siquiera sabía dónde debían colocarse los muebles, mucho menos si realmente eran para aquí.

—¡Isabelle!

Un hombre me llamó con un tono brusco. Parecía uno de los guardias de seguridad de la casa y ni siquiera se dignó a mantener una conversación decente conmigo; únicamente me entregó un papel y dijo secamente:

—Revísalo todo. Si falta algo, tendrás problemas.

Tras decir eso, me dio la espalda y se dirigió hacia el jardín.

¿Qué demonios les pasa a todos en esta casa?

Después de pasar la última hora revisando los objetos e intentando entender dónde iban ubicados, apareció el conductor del

camión, con una expresión de pésimo humor en el rostro.

Qué raro que estuviera de mal humor, ¿verdad? Porque claramente todas las personas que frecuentan esta casa son encantadoras...

—¡Firma! Que voy con retraso.

—Todavía no he terminado de comprobarlo y...

—Está todo ahí, chica. Échame un cable, ¡vamos! —dijo con impaciencia, ofreciéndome el bolígrafo. O mejor dicho: prácticamente lanzándomelo encima.

Mi paciencia no estaba precisamente en su mejor momento, pero recordé el dinero que recibiría a final de mes y esbocé una sonrisa forzada. Realmente necesitaba este trabajo.

Firmé el papel. El hombre rápidamente maniobró su camión y salió de la mansión. Volví a mis tareas, revisando nuevamente los objetos y la copia que me había dejado. Entonces, como era de esperar…

¡Lo sabía!

Tengo un sexto sentido para algunas cosas, y antes incluso de firmar aquel papel algo me decía que iba a meter la pata. Y

efectivamente, acabo de descubrir la torpeza que he cometido. Sí, falta algo.

¡Una nevera!

Busqué desesperadamente por todas partes aquel maldito electrodoméstico, pero desgraciadamente no estaba dentro de la casa, ni tampoco en el exterior. ¿Y ahora qué?

No me quedaba más remedio que enfrentarme al monstruo y darle explicaciones. Eso si conseguía articular palabra delante de él, claro está.



Estaba atrapada en aquel dilema: *¿le digo o no le digo algo a Colin?*

Después de dos horas, aún tenía mis reservas sobre buscarlo por la mansión. Sin embargo, no tuve que darle muchas más vueltas, porque

lo vi paseando cerca del jardín, examinando algunos de los muebles que acababan de llegar.

—¡Buenos días! —saludé con entusiasmo, aunque enseguida fui consciente de mi error. Este hombre no sonríe y, por lo visto, tampoco es capaz de responder a un simple saludo.

—Espero que esté todo aquí.

—Bueno… creo que falta algo —respondí con una sonrisa incómoda y algo nerviosa.

—¿Crees? —Su tono seguía siendo seco y cortante.

—La nevera no ha llegado —admití finalmente, preparándome mentalmente para lo que pudiera venir.

—¿Y por qué no me avisaste en cuanto notaste que faltaba?

—Yo… estaba revisando la mercancía, pero el repartidor tenía mucha prisa y solo después me di cuenta de que no estaba aquí…

—Entonces firmaste los papeles confirmando que habías recibido «todos» los artículos, pero resulta que «solo» falta la nevera, ¿verdad? —replicó claramente burlándose de mi estupidez, como de costumbre.

Reconozco que fui muy torpe al ceder ante la presión del conductor.

—Sí, la verdad es que fui bastante…

—¡Incompetente! —me interrumpió bruscamente, girándose para darme la espalda—. En lugar de buscarme inmediatamente y…

—Dijiste que solo debía hablar contigo si tú me hablabas primero —le interrumpí yo esta vez, respondiéndole con decisión. Cuando Colin se volvió hacia mí, pude notar cómo se le marcaba una vena en la frente.

El hombre respiró profundamente, me miró fijamente, bajó la cabeza y cerró los ojos por un instante. Parecía estar contando mentalmente hasta diez mientras murmuraba palabras que no logré entender.

Poco después se acercó a mí y sentí una extraña mezcla de miedo y deseo al percibir su aroma con más intensidad. Sí, este hombre es insoportable, pero huele condenadamente bien.

Pensé que me diría algo o incluso que me soltaría algún insulto, pero en cambio se dirigió hacia la mesa donde había clavado con muy poco cariño aquella nota dirigida especialmente a mí.

Sí, exacto.

Este hombre había clavado literalmente sus «diez mandamientos» en la propia mesa.

No pude evitar soltar una pequeña sonrisa al pensarlo.

Colin sacó un bolígrafo del bolsillo y añadió algo rápidamente en el papel. Momentos después me lanzó una mirada furiosa y salió de la habitación dando fuertes pisotones.

La curiosidad pudo conmigo y me acerqué a leer lo que había escrito. Allí me encontré con un mensaje sumamente amable y adorable dirigido hacia mí:

«Veo que la inteligencia no es tu punto fuerte, así que voy a añadir otra regla: háblame cuando haya problemas. ¿He sido lo bastante claro o necesitas que te haga un dibujo?»

Realmente, convivir con este hombre iba a ser aún más complicado de lo que había imaginado.



El día de trabajo había sido agotador, eso estaba claro. Tras mi fallo inicial, hice todo lo posible por recuperar aquella dichosa nevera y, finalmente, al terminar el día, el conductor tuvo «la amabilidad» de volver.

El hombre estaba hecho una fiera, pero yo estaba aún más enfadada, sí... mucho más.

—¡Has retrasado mi última entrega y...!

—¡No quiero saber nada! —le interrumpí bruscamente—. La próxima vez ten la decencia de esperar a que revise todo, en lugar de meterme prisa. Si hubieses hecho bien tu trabajo desde el principio habrías entregado todo a tiempo, pero intentaste acabar rápido y tuviste que volver aquí por tu incompetencia.

El hombre se puso blanco como la pared y abrió los ojos como platos.

Sí, cuando me enfado puedo ser muy intimidante.

—To-todo en orden, señora. —Se alejó rápidamente, aunque enseguida sentí algo de culpa por mis duras palabras; claramente lo había intimidado demasiado.

Cuando me di la vuelta, me encontré con que Colin estaba mirándome a menos de medio metro de distancia. El susto fue tal que salté hacia atrás.

—¡Vaya susto me has dado, hombre! —exclamé, pero él permaneció impasible, simplemente mirándome fijamente.

—Menudo momento has elegido para sacar carácter, ¿no crees? Si lo hubieras hecho antes no estarías metida en este lío.

—No quería hablarle así, he visto que se quedó blanco y desconcertado.

—¡Claro! ¡Porque me vio justo detrás de ti!

Ahora lo entiendo todo…

Por lo visto, el pobre hombre no se había asustado por mis palabras, sino por la presencia imponente de Colin acechando a mi espalda.

—Discúlpame de nuevo por…

—En lugar de disculparte cada minuto, ¿por qué no prestas más atención a lo que haces? Creo que ya te habrás dado cuenta de que no me gusta hablar contigo, y estoy convencido de que ese sentimiento es mutuo. Así que haz tu trabajo y olvídate de lo que no es importante, ¿vale?

—Yo…

—Buenas noches, Isabelle.

Se giró para alejarse otra vez, pero la idiota que vive en mí…

—¡Espera!

La urgencia y el volumen de mi voz hicieron que se volviera, mirándome ahora con curiosidad.

—Me has dado las buenas noches, así que… ¡buenas noches a ti también, Colin!

Por primera vez vislumbré una leve sonrisa en su rostro, pero que nadie se confunda pensando que era algo bueno…

—Eres increíble. Cada vez son más peculiares las personas que contrata Helena…

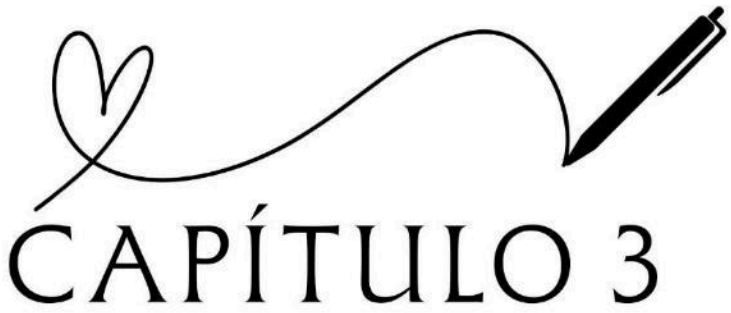
—¿Qué he hecho ahora?

—Además de todo, no eres precisamente muy lista.

Continuó su camino, y yo me quedé perpleja al darme cuenta de que realmente le había molestado el simple hecho de que lo hubiese llamado para desearle buenas noches.

Hombres…

Colin Adams, ¿qué nuevo nivel de grosería puedo esperar ahora de ti?



«Nunca juzgues el dolor de alguien si no sabes por lo que ha pasado en la vida…»

COLIN ADAMS

¡Cuanto más le repito a Helena que contrate a una mujer inteligente, menos se esfuerza en ayudarme!

¡Es in-cre-í-ble!

¿Tanto pido? ¿Es demasiado esperar alguien discreto que sepa leer un maldito papelito?

Por si fuera poco, Helena contrata a una mujer llamativa, que firma documentos sin ni siquiera revisarlos antes. Y eso que dijo que tenía excelentes referencias. Si no las tuviera…

¡Cálmate, Colin!

El día tiene 24 horas. ¡Qué inteligente reflexión! Está claro que he dicho una obviedad, pero lo cierto es que paso esas malditas 24 horas irritado.

No sonrío (salvo cuando estoy siendo sarcástico), y casi nada consigue hacerme feliz. Bueno, hay algo, o más bien alguien que me hacía feliz, pero ahora soy incapaz de mirarle a la cara, ni siquiera a mi propio hijo.

Sí, soy un hombre imperfecto. Un padre imperfecto. Un marido…

—Deja de pensar en eso, Colin —me dije a mí mismo mientras observaba el cielo—. Y tú, me gustaría saber por qué me odias tanto… ¡si es que realmente existes! —añadí, hablando seguramente con Dios, aquel en quien creía firmemente hace un año, pero cuya existencia ahora me cuestiono.

Mi vida dio un vuelco radical hace unos meses.

En pocas palabras, perdí a mi esposa y a mi hija en un accidente de tráfico. Pero no solo las perdí a ellas: lo perdí todo. Mi hija era una parte esencial de mí, una parte que nunca podré recuperar.

Casi nadie conoce los verdaderos detalles de esta tragedia, ya que en aquel momento hice lo imposible para evitar que se supiera demasiado al respecto.

Soy un padre roto por dentro, y con cada respiración que tomo, echo terriblemente de menos a Maddison, mi pequeña hija. Ella era el motivo de mis sonrisas más tontas, esas que ahora brillan por su ausencia.

Mi hija hacía todo lo posible por hacerme sentir un hombre completo. No importaba lo estresante que hubiese sido mi día o lo mal que hubieran salido las cosas, ella siempre estaba allí, a mi lado, coloreando sus libros infantiles mientras yo trabajaba en algún proyecto.

En cuanto a mi hijo, he de decir que aunque siempre fue más independiente, yo conseguía estar presente como padre en muchos momentos importantes.

Solía acompañarlo en los deportes que practicaba y éramos cariñosos el uno con el otro. Al igual que Maddison, él también pasaba mucho tiempo conmigo. Esa es una de las ventajas de trabajar desde casa.

Sin embargo, ahora solo queda distancia. Sé que Joshua me culpa por lo ocurrido con su hermana y con su madre, y no encuentro la manera de recuperar la confianza y cercanía que antes tenía con él.

Soy uno de los arquitectos más conocidos del país. Algunas de las obras más famosas de esta ciudad han pasado por mis manos, e incluso varias estrellas de cine hicieron cola para trabajar conmigo cuando empecé a destacar profesionalmente.

Durante un tiempo supe compaginar bien mis obligaciones, y realmente disfrutaba de mi profesión. Pero esa pasión desapareció cuando descubrí que mi vida personal estaba llena de secretos, y más aún cuando, poco tiempo después, perdí lo más valioso de mi vida.

Mi teléfono empezó a sonar con insistencia. Considerando lo irritable que ya soy habitualmente, estuve a punto de lanzarlo contra la pared, pero al ver quién me llamaba decidí responder.

—Necesito verte en persona, Colin —dijo enseguida James Sullivan, uno de los empresarios más importantes de la ciudad.

Además de ser una figura relevante, lo considero un amigo personal.

Es raro que alguien como yo diga que tiene amigos, ¿verdad? Pues la verdad es que tengo algunos, a pesar de haberme convertido en un hombre con emociones bastante limitadas.

—¿Tiene que ver con el proyecto? —pregunté, sabiendo perfectamente que ese era probablemente el tema principal.

—Sí, y algunas cosas más.

—James…

—Nos vemos en el restaurante italiano Vero a la una de la tarde dentro de una semana.

—¿Dentro de siete días?

—Sí, solo tengo disponible ese momento. ¿Puedo contar contigo? Sé lo increíblemente ocupado que estás… —dijo en tono burlón. Sabía de sobra que yo prácticamente no salía de mi mansión.

—Allí estaré.

Colgué el teléfono, pero sentí cierta curiosidad rondando mis pensamientos sobre qué querría James exactamente conmigo.

¿Acaso no había sido ya una estupidez por mi parte comprometerme a diseñar su nueva mansión?

ISABELLE CAMPBELL

Al llegar a casa, todavía sentía restos del estrés acumulado por todo mi cuerpo.

Es difícil que yo me estrese tanto, pero hoy el día había sido especialmente complicado, sobre todo por mi fallo al revisar con detalle todos los objetos que llegaron a la mansión.

Colin Adams...

He conocido hombres arrogantes que se creen el centro del universo, pero ninguno como Colin. Resulta difícil describirle, aunque estoy convencida de que nadie aguantaría convivir con él durante veinticuatro horas seguidas. Quizás él también lo sabe, y por eso vive aislado.

Esa es mi opinión, claro.

Mientras tanto, peinaba suavemente el cabello de mi hija, que jugaba entretenida con su muñeca Lucy, a la que parecía querer más que a cualquier otra cosa. Pasados unos minutos, Hanna me miró fijamente, y enseguida supe que iba a preguntarme algo.

—¿Cómo es tu jefe, mamá?

—Un encanto... —puse los ojos en blanco—. ¡Como una coliflor hervida!

Ambas reímos durante unos instantes, y después volví a concentrarme en su pelo.

—¿Es pesado, mamá?

—Aún le queda mucho por mejorar para llegar a ese nivel —respondí recordando su rostro.

—¿Eh? —me miró con sus ojitos llenos de confusión.

—Nada, cariño. Simplemente es difícil, eso es todo.

—Vale.

Tras cenar, terminé algunas tareas pendientes y llevé a Hanna a dormir.

Al acostarme, repasé mentalmente lo sucedido durante el día, y me prometí que a partir de mañana pondría el doble de atención en mi trabajo mientras estuviese en aquella mansión...



Me desperté sobresaltada.

Durante un instante no comprendí el motivo de mi repentina ansiedad, pero al mirar el móvil me di cuenta inmediatamente del lío en el que estaba metida. Eran exactamente las 6:30, y yo tenía que estar en casa de Colin en un máximo de treinta minutos.

¡No llegaría a tiempo ni de broma!

Mi cerebro (que a veces actúa como un buen amigo) decidió desanimarme justo cuando salté de la cama corriendo hacia el armario. Por suerte, mi madre se llevaría a Hanna con ella, ya que la guardería estaba cerrada por vacaciones.

¿O es que había sonado la alarma y no la escuché? ¡Genial!

Ni siquiera sabía qué había pasado exactamente, pero no era el momento para buscar excusas. Necesitaba llegar puntual fuese como fuese.

Me vestí en tiempo récord, bajé corriendo hasta el coche y, tras meterme dentro, aceleré al máximo, rezando por llegar a la mansión antes de las siete, algo que francamente estaba dudando muchísimo que ocurriera.



Entré en casa de Colin exactamente a las siete, y una inmensa sensación de alivio se apoderó de mí.

¡Lo había conseguido!

Sonreí para mí misma, pero al dirigirme hacia una de las puertas noté la presencia de una figura masculina que, con los brazos cruzados y totalmente impasible, me observaba como si yo fuera una completa desconocida.

Cuando nuestros ojos se cruzaron, negó lentamente con la cabeza en señal de desaprobación, consultando inmediatamente después su reloj.

—Cinco minutos tarde.

—Yo… —miré mi móvil y este marcaba las 7:01. Considerando el trayecto que había recorrido dentro de la mansión, estaba absolutamente segura de haber llegado a tiempo—. He llegado exactamente a las siete —repliqué.

—¿Tengo que enseñarte cómo se mira correctamente un reloj? —su voz se volvió aún más grave.

—Acabo de mirar el móvil, te estoy diciendo que…

No pude continuar hablando porque se acercó aún más, obligándome a contener la respiración por la escasa distancia que nos separaba en ese instante.

Otra vez aquel delicioso perfume...

—¡Date la vuelta! —su tono era una orden directa, no una simple petición.

—Colin, ya he entendido que…

—¿Voy a tener que estar interrumpiéndote constantemente? —gruñó, entrecerrando los ojos al cortarme por enésima vez.

Obedecí.

—¡Ahora mira a la pared que tienes delante! —Sentí su aliento cerca de mi cuello y no pude evitar estremecerme ligeramente.

De nuevo hice lo que me ordenaba, y me encontré con un enorme reloj.

—¿Qué hora indica ese reloj de la pared?

—Las 7:05.

—¿Y eso qué significa?

—Que llego tarde —respondí, bajando ligeramente la cabeza.

—¿Y qué sucede cuando llegas tarde? —parecía estar disfrutando con esto, ya que el tono de su voz había cambiado ligeramente.

—Recibo una advertencia.

—Imagino que tienes muy claro lo que pasará si recibes una segunda advertencia, ¿verdad, señorita Isabelle?

—Sí, Colin —me di por vencida. Sabiendo que este hombre era exageradamente meticuloso, podría haber ajustado mi móvil con cualquiera de los numerosos relojes que había en la casa.

—¡Estupendo! —Noté cómo se alejaba de mí, y segundos después desapareció de mi vista.



Me senté en una de las sillas de la cocina y me llevé las manos a la cabeza. Después de unos segundos completamente inmóvil, abrí los ojos y me encontré con una mujer que me observaba con una sonrisa muy evidente en el rostro.

—Disculpa, no pretendía interrumpir tu momento.

—No pasa nada. —Me levanté intentando sonreír, algo bastante complicado tras lo ocurrido más temprano—. Tú trabajas aquí, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, me llamo Helen. Cualquier duda que tengas estaré aquí para ayudarte, cariño. Debería haberte presentado ayer al personal que trabaja para Colin, pero vi lo ocupada que estabas y preferí esperar.

Aquella mujer, con el cabello ya canoso y aparentando estar en sus cincuenta y pico, me miraba con una sonrisa radiante. Internamente sentí alivio, pues la mayoría de las personas de esta casa parecían desconocer lo que era sonreír.

—¡Gracias a Dios he encontrado a la famosa Helen! —solté sin pensar, haciendo que ella riera un poco—. Perdón —añadí enseguida, algo avergonzada.

—No te preocupes. Supongo que ya has conocido a Colin —arqueó una ceja casi al mismo tiempo que yo me pasaba la mano por el cabello, recordando la imagen de Colin, especialmente su rostro atractivo pero terriblemente gruñón.

—Sí, ya tuve ese placer.

—Imagino que te habrá encantado; es un amor, ¿verdad?

La miré con incredulidad, pero Helen frunció el ceño de una forma tan divertida que no pude evitar reír otra vez. Evidentemente, estaba siendo sarcástica, porque aquel hombre…

—Prefiero no responder a eso —me escabullí diplomáticamente, no podía permitirme una segunda advertencia en tiempo récord y ser despedida antes de cumplir tres días trabajando.

—Colin es así de insoportable con la mayoría de las personas. Diría que con el 99%, si hacemos una media.

—¿Quién es la excepción?

—Aunque parezca mentira… ¡yo!

—¿Él siempre ha sido así? Tan desagradable, arrogante, brusco, borde…

Me di cuenta de mis palabras apenas un segundo después y me llevé rápidamente la mano a la boca. Ya había cometido un error hoy llegando tarde, y ahora estaba criticando a mi jefe justo delante de la persona que llevaba años trabajando con él.

¡Qué lista eres, Isabelle!

—No, Colin era justo lo contrario. —Bajó la cabeza ligeramente y su mirada se tornó triste de golpe—. Pasaron ciertas cosas en su vida y…

Se detuvo. Estaba claro que no se sentía cómoda hablando del tema, y no iba a ser yo quien cometiera la segunda torpeza del día.

—No importa. Me esforzaré al máximo en mis tareas —la interrumpí sutilmente con una sonrisa, intentando dejar claro que

respetaba su incomodidad. Además, todavía recordaba perfectamente la regla número ocho.

Sí, tenía esas normas bien grabadas en mi cabeza.

—De acuerdo, Isabelle —sonrió con ternura—. Por cierto, casi lo olvido, hay alguien a quien debes conocer.

—Claro.

Nos dirigimos hacia una de las salas de la mansión y, al final del pasillo, vi a un niño jugando con varios coches teledirigidos.

—Os dejaré solos para que os conozcáis. Se llama Joshua y es el hijo de Colin.

Al vernos, Joshua se levantó. Mientras se acercaba a mí, observé atentamente sus rasgos y no tardé en reconocer mucho de Colin en él: el pelo, los ojos, la boca…

El niño era una copia exacta de su padre, sin ninguna duda.

—Hola —me agaché un poco para estar a su altura.

—Hola, señora.

—¿Cómo te llamas? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Joshua. ¿Y tú?

—Isabelle. Encantada de conocerte —le sonreí.

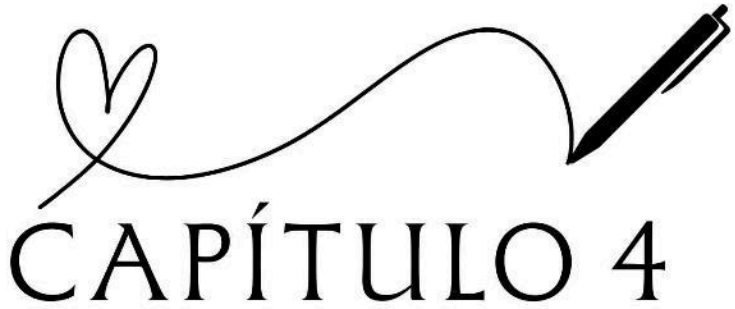
—Hm… ¿Cuánto tiempo vas a trabajar aquí?

—Todo el día. ¿Por qué lo preguntas?

—No… eh… me refiero a cuántos días vas a quedarte. Mi padre siempre despide a las mujeres al poco tiempo —contestó con gran inocencia, desviando enseguida la mirada con inquietud y tristeza.

—Haré todo lo posible para que conmigo no suceda lo mismo.
—Vale, señora.

Joshua no tenía ni idea de lo difícil que sería cumplir esa promesa, pero yo haría lo imposible para conservar este trabajo, aunque sabía perfectamente que iba a pasar apuros cada vez que tuviera que estar cara a cara con Colin.



CAPÍTULO 4

«Algunos corazones se abren cuando menos lo esperamos...»

ISABELLE CAMPBELL

Ayer cumplí una semana trabajando.

Desde el incidente con mi retraso, no he tenido más problemas. Esto se debe principalmente a que no he visto demasiado a Colin, y cuando nos hemos cruzado, no ha salido ni una sola palabra de su boca.

Yo seguía saludándolo con un «buenos días» cada vez que lo veía, pero él continuaba ignorándome por completo. Qué culpa tengo yo de ser educada incluso con aquellos que no lo merecen.

Hoy me desperté antes de lo habitual. Mi madre estaba hablando por teléfono con una de sus jefas, y al fijarme en su rostro noté cierta angustia reflejada en él.

—¿Qué pasa, mamá?

—Han surgido algunos imprevistos y no podré llevarme a Hanna conmigo al trabajo hoy.

Me alarmé inmediatamente. Llevarla conmigo quedaba totalmente descartado; con una advertencia más…

—Lo siento mucho, hija.

—Ya se me ocurrirá algo. —Sonreí, intentando ocultar la preocupación que sentía en el pecho.

Repasé mentalmente todas mis opciones, y mira por dónde, no tenía ninguna.

Lauren, mi amiga, estaba trabajando. Y aparte de ella y mi madre, no tenía a nadie más con quien pudiera dejar a Hanna. No suelo confiar

demasiado en la gente.

¡Qué fastidio!

—Todo saldrá bien, Isabelle —respiré profundamente, intentando tranquilizarme.

Entré en el cuarto de mi hija y la encontré durmiendo plácidamente.

—Ojalá yo tuviera esa paz —susurré mientras la observaba unos segundos desde la puerta.

Es increíble lo rápido que crecen nuestros hijos. Casi sin darme cuenta, Hanna ya tenía cinco años.

Cuando la guardería está cerrada por vacaciones, nos vemos obligadas a hacer malabares en ciertas ocasiones. No me quejo por ello, pero precisamente hoy se había complicado todo.

Desperté a Hanna, que aún estaba bastante adormilada.

—Tengo una sorpresa: hoy vas a venir conmigo al trabajo, cariño —le besé la frente con cariño.

—¿Es divertido el sitio donde trabajas? —preguntó con voz soñolienta.

—Mucho.

—Vale, mamá.

Tras terminar de arreglarme y ayudar a Hanna, salimos hacia la mansión de Colin.



Nada más llegar a la mansión, mi primera acción fue buscar a Helen. Quizá ella podría salvarme, o quizá no...

—¿Crees que puedo esconder a mi hija en la casa? —pregunté en voz baja.

—¿Esconderla? —Helen soltó una pequeña risa.

—Bueno, ya me entiendes… —respondí algo avergonzada—. No te lo había comentado, pero ya me han dado una advertencia y estoy bastante preocupada.

—Lo sé. Colin me lo contó.

¡Fantástico!

—¿Vas a delatarme? —pregunté manteniendo la calma.

—Tranquila, Isabelle. No diré nada, y creo que puedes dejar a tu hija en una de las salas. Colin difícilmente saldrá hoy de su habitación; según me han dicho, está completamente absorto en un nuevo proyecto.

Me sentí algo más aliviada al escuchar sus palabras. Probablemente conservaría mi trabajo un poco más.

O eso esperaba…



La mañana había sido tranquila.

No había ni rastro de Colin por ningún lado, y precisamente hoy necesitaba no verlo. Sonaba raro, teniendo en cuenta que estaba en su casa, pero era fundamental evitarlo, al menos por hoy.

Tras el almuerzo, hice algunos trabajos que Colin me encargó a través de Helen. Mi hija estaba sentadita a mi lado, en el sofá, tranquila.

Cuando pensé que todo iba perfectamente, vi al hombre salir disparado como un cohete de una de las habitaciones. Al verme, sus ojos lanzaron chispas, y en pocos segundos ya estaba apenas a unos metros de mí.

¡Estoy perdida!

—¡Isabelle! —gritó Colin—. ¿Cuántas veces tengo que decir que esta mierd…?

Colin dejó de hablar cuando fijó su atención en… ¡Hanna!

Ya es oficial: voy a ser despedida.

Mi segundo error en menos de diez días. Estoy segura de que estaré en la calle en cuestión de minutos.

Observé cómo Colin se quedaba inmóvil mirando a Hanna, quien también lo analizaba atentamente. Mi hija acabó acercándose a él y le sonrió precisamente al hombre que nunca sonreía. Ahora también ella tendría problemas…

—Hola, tío.

Eso es, hija. Llama a Colin "tío" y empeora aún más la situación de mamá…

Al observar a Colin noté que parecía congelado en el tiempo, sin reaccionar de ninguna manera. Yo tampoco me moví, incapaz de entender por qué estaba así.

—Hola, pequeña. ¿Cómo te llamas? —Se agachó, poniéndose a la altura de mi hija y hablando con voz suave.

—Hanna, ¿y tú?

—Colin.

—Ah… Mi mamá trabaja para ti, ¿verdad?

Colin rápidamente miró hacia mí con intensidad. Le dediqué una sonrisa nerviosa y desvié la atención hacia Hanna, que imitó mi gesto mirando nuevamente a Colin.

—Sí. Ella trabaja para mí —gruñó entre dientes, claramente irritado con algo. Léase: conmigo.

—Mamá le dijo a la abuela que eres guapo. ¿Verdad, mamá?

¡Genial! Sabía que era una pésima idea traerla aquí.

—Hija, ven aquí… —Me acerqué a ellos, y Colin se levantó algo turbado—. Lo siento, yo…

—¡Janete! —dijo en voz alta. Segundos después apareció una de las empleadas de confianza de la casa.

—¿Qué necesitas? —preguntó.

—Lleva a la pequeña a la cocina. —Volvió a agacharse hacia Hanna y, por primera vez, sonrió.

Sí, sonrió. Tengo que remarcarlo otra vez.

—Hanna, ¿puedes ir con ella un momento? Necesito hablar con tu mamá. Si quieres, Janete te dará chocolate cuando llegues allí, ¿te parece bien?

—Mmm… ¿pueden ser dos?

Colin cerró los ojos brevemente y al abrirlos sonrió de nuevo.

—Los que tú quieras.

—Vale. Gracias, tío.

Hanna, por favor, deja de llamarlo tío…

Me quedé completamente pasmada viendo cómo transcurría aquella conversación. Colin jamás sonríe. Nunca. Bajo ningún concepto. El hombre es frío como el hielo, pero hablando con Hanna parecía una persona totalmente normal.

Tras desaparecer ambas hacia la cocina, empecé a prepararme mentalmente. Iban a despedirme, nunca había estado tan segura de algo.

—Colin, yo…

—¡No! ¡Hablo yo! —me interrumpió, como siempre.

Asentí en silencio.

—¿Por qué razón te gusta tanto romper las reglas? —preguntó irritado.

—Tuve que traer a Hanna conmigo.

—¿Leíste el punto siete de la lista?

—Sí.

—¿Y aun así decidiste desobedecerme?

Bajé la cabeza, pensando en qué argumentar.

¿Qué podría decirle? Tenía que ser sincera; si iba a perder el empleo, al menos sería como una mujer honesta.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos.

—Soy madre soltera y el padre de Hanna nos abandonó hace algunos años. Vivimos solas con mi madre, que hace trabajos puntuales limpiando casas. Hoy mi hija no pudo acompañarla. Te pido disculpas, y entenderé perfectamente que me despidas ahora mismo.

Aquella fue la frase más larga que había pronunciado ante Colin y la que más extrañeza provocó en su rostro. Parecía que iba a decir algo, pero se retrajo, sin pronunciar palabra. Simplemente se quedó mirándome durante largos segundos.

—Isabelle… —dijo con su tono habitual, y me preparé para lo peor—. ¿Qué harás cuando tu madre tenga que trabajar y no pueda llevarse a Hanna?

—Todavía no lo sé —respondí sinceramente.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó, esta vez con una voz más suave, desarmándome por completo.

—Lo que tú quieras.

Sé que mi frase sonó extraña. Parecía que estuviera a su merced en todos los aspectos, algo que desde luego no era cierto. Lo que Colin tenía de atractivo lo tenía también de arrogante.

Pero más rara aún era yo, por sentir en ese momento un inexplicable deseo hacia él.

—Ay, Isabelle… —suspiró—. Haré unas normas específicas para cuando tengas que traer a tu hija.

—Colin, creo que es mejor no…

—Será así o estarás despedida. —Se detuvo, dándome tiempo para asimilarlo—. ¿Qué decides?

Reflexioné unos instantes, aunque no me hacía ninguna gracia que mi hija también tuviera que acatar reglas. Si para mí esos «diez mandamientos» ya eran demasiado estrictos, imagina cómo serían para una niña dulce que siempre intenta ver el lado bueno de las cosas.

—Está bien.

—Perfecto.

Colin desapareció de mi vista durante varios minutos. Al reaparecer, clavó otro papel en una mesa, esta vez dirigido

directamente a mi hija. Después, volvió a acercarse a mí.

—Enséñaselo a Hanna antes de que os marchéis.

Se giró y salió, pero noté que se alejaba con pasos rápidos, como si no quisiera ver mi reacción tras leer lo que había escrito.

Creo que incluso él sabía perfectamente que me disgustarían esas reglas, así que decidió salir prácticamente «huyendo».

Me dirigí hacia la mesa y me encontré con una hoja rosa decorada con un osito.

¿En serio? ¿Estoy viendo un espejismo?

ESTÁNDARES PARA HANNA

1 – Cuando tengas hambre, solo tienes que buscar a Helen; ella te dará lo que quieras y cuando lo desees.

2 – Al fondo de la casa hay un pequeño parque infantil, así que cuando te aburras puedes ir a jugar allí. Joshua, mi hijo, suele pasar mucho tiempo ahí, y podréis divertiros juntos.

3 – Tu mamá tiene muchas tareas que hacer en la casa, por lo que probablemente no puedas verla mucho durante el día. Si necesitas algo, habla con Helen, y ella llamará a tu madre en caso de cualquier problema.

4 – Hay algunos lugares de la casa donde nadie entra, así que, por favor, no entres allí. ¡Te prometo que tendrás chocolate todos los días!

No sabía si reír o llorar. Al final, la nota resultaba tierna; incluso cursi, si nos ponemos literales. Nada que ver con la mía, que había sido un auténtico sermón.



Había explicado a mi hija algunas cosas que podía hacer en la casa, y poco después le «presenté» la nota que le habían dejado. Sonrió

inmediatamente al leer cierta palabra.

—¿Voy a tener chocolate todos los días que venga aquí?

—¿Solo te has fijado en eso? —le pregunté a Hanna, que hizo caso omiso a mi tono de voz.

—Sí.

Sacudí la cabeza, soltando después una pequeña risa. Mi hija únicamente memorizaba aquello que le convenía, y debería haber esperado algo así. Miré el reloj y vi que la tarde había pasado volando.

En pocos minutos nos iríamos, y sentía un gran alivio por conservar aún mi trabajo.

Cuando pasamos por uno de los pasillos, vi a Colin desplazándose rápidamente de una habitación a otra.

Evidentemente, yo no iba a decirle nada, pero tenía junto a mí a una pequeña personita demasiado habladora.

—¡Adiós, tío Colin! —Hanna agitó su mano despidiéndose, y de nuevo Colin pareció perderse en el tiempo, recordando algo.

A pesar de estar aparentemente en «otro mundo», acabó viniendo hacia nosotras, volvió a ponerse a la altura de Hanna y le

dedicó una sonrisa amplia. Si era una sonrisa falsa, lo disimulaba realmente bien, eso había que reconocerlo.

¿En qué mundo estoy viviendo?

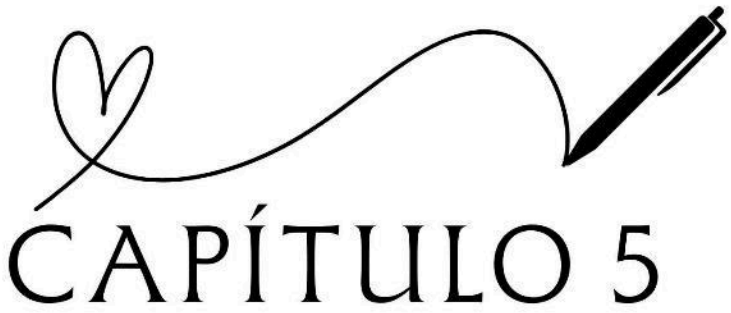
—Buenas noches, Hanna. Cuida mucho de tu mamá. —Me miró de arriba abajo, visiblemente incómodo.

Era evidente que Colin aprovecharía cualquier oportunidad para lanzarme alguna indirecta, especialmente sabiendo que últimamente todo me salía mal. Mejor callar, intentar mejorar poco a poco y no perder el empleo mientras tanto.

—Vale.

Colin salió de nuestro campo de visión, y ni siquiera se dignó a darme las buenas noches.

Seguía siendo un experto en ignorarme…



CAPÍTULO 5

«El tiempo es la mejor medicina para los corazones heridos».

COLIN ADAMS

Iba a despedir a Isabelle en cuanto vi que había infringido una de las reglas que más valoro de mi lista.

Es torpe, me irrita más que cualquier otra mujer que haya contratado antes, disfruta llevándome la contraria y, para colmo, trae personas a mi casa sin permiso.

Estos ya son motivos suficientes para que me desagrade alguien así, pero hay algo en ella que capta mi atención.

No es solo esa belleza suya que me empeño en ignorar; aunque le hable con dureza, veo claramente que Isabelle hace todo lo posible por no venirse abajo, y eso es algo admirable. No es fácil convivir bajo mi mismo techo, especialmente en mi propiedad, donde todo está bajo mi control.

También reconozco que su historia sobre el padre de Hanna me conmovió un poco. Sonó muy sincera al contarme aquello, lo que hizo que no tomara la decisión drástica de despedirla al instante.

A pesar de las apariencias, no soy tan malo como parezco.

Ya me encontraba en el Vero Italian Restaurant esperando a James, que llegaba tarde, como siempre. Aunque habíamos fijado este encuentro hacía más de una semana, el hombre seguía con sus viejas costumbres.

Después de más de treinta minutos de espera, apareció diciendo lo que yo ya esperaba:

—No tengo mucho tiempo, Colin.

—¿Y eso es algo nuevo? —respondí con sarcasmo, como de costumbre.

—Voy a organizar una pequeña cena en mi mansión principal, y tu presencia es obligatoria. Este sábado, que quede claro.

—¿Obligatoria…?

—Exactamente —respondió con firmeza—. Además, tienes que venir acompañado.

—¿Cómo? ¡Tienes que estar bromeando! —Puse los ojos en blanco, ya profundamente irritado por el hecho de que involucrase a terceros en mi asistencia.

James mantuvo el rostro gruñón al que ya me había acostumbrado, el mismo semblante que probablemente yo también acabaría teniendo en un futuro, dado cómo iba mi vida últimamente.

—No estoy de broma, Colin. Todos los invitados estarán casados o traerán pareja, y tú no serás la excepción.

—Claro que soy la excepción. ¡No encajo en ninguna de esas dos categorías!

—Deja de ser tan cascarrabias, hombre.

—Mira quién fue a hablar —me encogí de hombros, sabiendo que discutir con él no serviría de nada.

—Eres imposible... —carraspeó—. Hazlo por mí. Sabes que algunas reuniones son importantes, y tú serás el hombre que diseñará mi nueva mansión.

—¡Otro error! Sabes perfectamente que desde que… —Me callé. Todavía me dolía profundamente recordar lo sucedido, especialmente con mi hija—. Yo…

—Lo entiendo, hijo. Cada persona afronta el dolor a su manera. Solo te estoy pidiendo que traigas compañía. Estoy seguro de que ya tienes a alguien en mente. Eres joven, atractivo, y tienes muchas mujeres a tus pies.

—Si las tengo, no las veo. Ni quiero hacerlo. De hecho, no las necesito.

—No digas tonterías. ¿Vas a decirme que no has vuelto a hacer el amor desde que Jeniffer se fue?

Lo miré fijamente durante largos segundos, hasta él pareció ligeramente desconcertado tras haber dicho algo así.

—No.

—¿La echas de menos?

—Tampoco —respondí fríamente, como siempre.

—No lo entiendo.

—Ni falta que hace —me puse de pie—. Haré lo que me pides, pero esta será la primera y última vez que me obligas a algo que no quiero hacer.

Al fin y al cabo, ya tenía una ligera idea sobre a quién invitaría, aunque seguramente resultaría extraño a ojos de ella; a los míos, ni te cuento.



Tenía que encontrarme con otra persona, pero esta vez sería en mi propia mansión. Digamos que tengo un amigo un tanto peculiar…

Mi amigo se llama Henry, uno de los empresarios más importantes del sector alimentario de la región. Es un poco complicado de describir, ya que es un tipo excesivamente alegre.

No estoy acostumbrado a tanta felicidad; el hombre parece un arcoíris viviente lleno de color y optimismo.

¿Eso me irrita? Sin duda alguna, pero fue él quien estuvo a mi lado en muchas situaciones difíciles, y puedo decir con seguridad que lo considero un gran amigo. Aunque también puede ser insoportable cuando quiere.

La mayor parte del tiempo, de hecho.

Le encanta meterse conmigo, hace chistes sin gracia, intenta hacerme reír cuando no es necesario y tiene una capacidad sorprendente para convencerme de cualquier cosa. Así es Henry, un hombre sin pelos en la lengua cuya única debilidad radica precisamente en eso: ser demasiado feliz.

Acababa de aparcar su Ferrari GTC4 frente a mi mansión, y al verme, empezó a sonreír, intentando contagiarme de una alegría que solo él parecía entender.

—¡El gran Colin! ¿Cómo estás?

—¿De qué querías hablar conmigo que no podía esperar? —pregunté lo obvio, intentando descubrir rápido de qué iba todo aquello. No podía darle mucha cuerda a Henry porque siempre acababa hablando de cosas irrelevantes.

—Se me ha olvidado.

Suspiré profundamente. Este hombre…

—Ah, ya lo recuerdo. En realidad solo quería verte, pero dije que era algo importante porque si no, jamás me recibirías.

Cerré los ojos, lanzándole mentalmente todos los insultos posibles. Soy consciente de que no soy precisamente el mejor amigo del mundo, pero Henry tiene la habilidad de agotar toda mi paciencia y buena voluntad.

—Sigo sin entender por qué todavía hablo contigo.

—Ten cuidado cómo hablas con tu mejor amigo, es mejor que…

Henry se interrumpió de golpe cuando sus ojos se posaron en Isabelle, que iba de un lado a otro ayudando a Helen en la cocina. Incluso se quitó sus gafas oscuras importadas para observarla mejor, algo que me incomodó bastante.

—Vaya, Colin… ¿De dónde has sacado a esta preciosidad que trabaja en tu casa?

—Ni se te ocurra empezar, Henry —le advertí. En ese momento Isabelle miró hacia nosotros, pero enseguida disimuló.

—¿Has visto cómo te ha mirado? —Sonrió con sorna.

—No. ¿Cómo? —pregunté con cierto interés.

—Como si te odiara profundamente. Seguro que si te quedaras dormido aquí, no dudaría en asesinarte. De hecho, probablemente te descuartizaría, amigo.

Negué lentamente con la cabeza. A veces Henry exageraba con sus bromas, aunque en el fondo mereciera escuchar ciertas verdades de vez en cuando.

—No soy tan malo como parezco —murmuré.

—Coincido. Según tu fama, eres todavía peor. Ahora dime, ¿qué barbaridades le has hecho a esa pobre chica para que te desprecie así?

—¡Ella no me desprecia! —contesté con voz alta, algo molesto.

—Si tú lo dices…

Miré a Isabelle, que aunque conseguía irritarme bastante, también despertaba en mí una extraña curiosidad. A pesar de ser contestona, admiraba su personalidad y el valor que tenía para enfrentarse a mí en ciertos momentos.

Eso requería coraje…

—Voy a presentarme, me llamo Henry.

¡Será desgraciado!

Antes de que pudiera reaccionar, él ya estaba frente a Isabelle presentándose… con su habitual alegría desmedida.

—Encantada, yo soy Isabelle. —Me miró de reojo, parecía preocupada.

—Ah, no te preocupes por él. Colin no hará nada solo porque estés hablando conmigo. Es un tirano, pero conmigo es inofensivo, tranquila.

—¡Henry! —grité, aunque ya sabía que no serviría de nada.

—Ah, también odia la sinceridad —dijo, sonriente.

Henry me sacaba de quicio el 90% del tiempo, y eso me enfurecía. Su capacidad para romper el hielo con cualquier persona

siempre conseguía ponerme de los nervios, especialmente porque yo solía estar siempre en el lugar y el momento equivocados cuando eso ocurría.

—Tengo algunas cosas pendientes que resolver en la mansión. Ha sido un placer conocerte, Henry —dijo Isabelle.

—El placer ha sido mío.

El muy imbécil se acercó más a ella y le dio un beso en la mejilla… ¿o fue en la mejilla y rozando un poco sus labios?

No estaba seguro de haber visto bien, pero juraría que intentó aprovecharse de la situación.

Cuando Isabelle salió de la sala, me quedé mirando fijamente a Henry sin pestañear siquiera.

—¿Qué pasa? —preguntó él, haciéndose el inocente.

—¿Tú qué crees? —repliqué.

—Que me gusta mucho. Demasiado, quizá. —Guiñó un ojo, provocándome aún más.

—¡Ni se te ocurra acercarte a Isabelle! ¿Me has oído?

Henry me lanzó una mirada sorprendida, y solo entonces fui consciente de lo que acababa de decir. Isabelle no significaba nada como para que yo reaccionase de esa manera, y ni siquiera comprendía por qué esas palabras habían salido tan rápido de mi boca.

—Por lo visto, esa será tarea de otra persona.

Cuando iba a contestarle, escuché a Helen llamándome.

—Bueno, solo quería verte un rato. Puede que no lo parezca, pero me preocupo mucho por ti desde… ya sabes.

—Está bien. Gracias por la visita, especialmente sabiendo que no soy la mejor compañía.

—Ya sé que no lo eres. Lo hago por pena hacia la humanidad en general —se burló mientras se alejaba—. Hasta pronto, tirano Colin Adams.

Cada loco con su tema…



Estuve al menos media hora dando vueltas alrededor de Isabelle en mi propia mansión. Tenía que hacerlo...

Voy a matar a James…

—¿Desea algo? —preguntó ella con voz dulce cuando finalmente me acerqué.

Noté cierta inquietud en su rostro al tenerme cerca. Era evidente que sentía miedo, recelo o... qué sé yo, qué más da.

—¿Qué harás el sábado?

—¿Cómo?

Suspiré con impaciencia.

—Lo que has oído. ¿Necesitas que lo repita?

—Normalmente los sábados estoy con Hanna.

—Te necesito —solté suavizando mi tono—. Quiero decir, necesito un favor. ¿Podrías ayudarme?

—Claro. ¿Qué necesitas?

—Preciso una acompañante para una pequeña reunión sobre un proyecto mío.

—¿En serio estás trabajando en un nuevo proyecto? Nunca te lo había dicho, pero admiro mucho tu trabajo y…

—¡Isabelle, por el amor de Dios! ¡Céntrate en lo importante! —dije irritado.

No, no me gusta ser un hombre amargado, falto de sentimientos y desagradable, pero ya es algo intrínseco en mí, algo más fuerte que yo.

—Está bien —respondió en voz baja.

—¿Y bien…?

—Hablaré primero con mi madre para que se quede con Hanna un rato y… te acompañaré, si aún quieres —dijo visiblemente disgustada. Se notaba claramente que aceptaba casi por obligación.

Debía arreglar esa situación.

—Recibirás una bonificación extra a fin de mes, considéralo como horas extra o algo así.

—No quiero nada de eso.

—Isabelle…

—¿Era solo eso o necesitas algo más, Colin?

La manera en que pronunció aquella frase, especialmente la lentitud con la que dijo mi nombre, dejaba bastante claro hasta qué punto estaba molesta conmigo. Precisamente por eso pude observar con más detenimiento su rostro.

Era una mujer joven, bonita y atractiva. Si esta situación hubiera ocurrido hace algunos años, habría hecho cualquier cosa por conquistarla, pero yo ya no era el mismo hombre de entonces. Ni quería serlo.

—Nada más. Puedes retirarte. Pasaré a recogerte alrededor de las ocho. Tengo todos tus datos.

Asintió y, acto seguido, salió hacia la zona exterior de la mansión.

ISABELLE CAMPBELL

Logré superar un día más.

Para mí resulta extraño celebrar que he sobrevivido con éxito a una jornada laboral, pero desde que trabajo para Colin Adams, lo hago cada día.

Ya en casa, recordé que necesitaba hablar con mi madre sobre el sábado, día en el que tendría que ayudar a Colin.

Ni por un instante se me pasó por la cabeza que aquello pudiera ser una cita; más bien todo lo contrario, porque sus palabras habían sido muy claras. Además, él jamás me invitaría a salir, sobre todo teniendo en cuenta cómo es.

—Mamá, necesito que cuides a Hanna durante unas horas el sábado por la noche. Voy a salir con Colin para acompañarlo en una pequeña reunión, que quede claro.

Mi madre esbozó una sonrisa enorme, seguida de una mirada desconfiada, como si quisiera hacerme mil preguntas.

—¿Así que tendrás una cita, hija?

—Prefiero llamarlo obligación con mi jefe imbécil… quiero decir, mi encantador jefe.

Mi madre pareció no entender bien mi comentario, pero es que yo estaba demasiado enfadada por cómo aquel hombre me trataba. Creí que podría ignorarle, pero resultaba casi imposible. Sería más fácil convivir con el mismísimo diablo que con él.

—Por lo visto, vuestra convivencia es complicada —comentó.

—Si fuese complicada, sería una bendición. La palabra adecuada es insoportable. Ahora entiendo perfectamente por qué ninguna mujer aguanta más de un mes trabajando para ese… Olvídalo.

—Las grandes historias de amor suelen empezar así.

Miré de reojo a mi madre, dudando de sus palabras. ¿Quién en su sano juicio tendría algo con Colin Adams? Ni siquiera por interés alguien aguantaría a ese ogro maravilloso…

¿Veis? ¡Ese es el problema!

El hombre es atractivo, huele increíblemente bien y tiene una mirada profunda que atraviesa el alma… pero parece un psicópata.

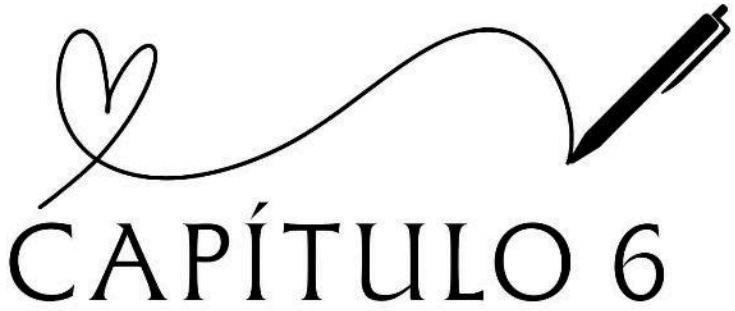
Es borde, bruto, maleducado y un largo etcétera.

—No quiero amor, ¡quiero dinero! —dije encaminándome hacia el baño—. Y si necesita compañía femenina, seré la mejor posible, pero exclusivamente por el dinero que me paga a fin de mes. Ni más, ni menos.

—Si tú lo dices… —Sonrió, dudando claramente de mis palabras.

Estaba decidida; si él quería tratarme como basura, ese era su problema.

Lo único que tenía que hacer era «sobrevivir» en ese trabajo. Nada más. ¡Y nada menos!



«Tenemos que enfrentarnos a las decepciones día tras día, ya que no podemos controlar nuestros pensamientos…»

COLIN ADAMS

¿Cuánto tiempo hacía que no recogía a una mujer en su casa para llevarla a cualquier lugar?

¡Años!

Ya ni siquiera sabía si eso había pasado de moda o si a las mujeres modernas todavía les gustaba que los hombres hicieran algo así. Pero la cagada ya estaba hecha, la había invitado, así que…

Sí, lo pensé mejor al llegar a casa y me di cuenta de que no había sido una buena idea, especialmente porque Isabelle hablaba demasiado. Pero ahora eso era secundario.

Cuando la vi salir de su casa con aquel vestido rojo…

Soy incapaz de describir cómo es exactamente ese vestido, porque para mí es solo un vestido rojo, así de simple. Pero en el cuerpo de Isabelle parecía hecho a medida para ella. Supongo que si fueran mujeres las que hablaran del vestido, comentarían cosas como el tipo de tejido, el largo, la textura y esas cosas.

Yo, en cambio, no podía dejar de imaginar lo que había debajo de aquella tela.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella, sacándome de mis pensamientos.

—Define «así» —respondí, aunque entendía perfectamente lo que me quería decir.

—Pues no sé, diferente… Ya me entiendes —susurró, y percibí al instante cómo se ruborizaba ligeramente.

—Son imaginaciones tuyas.

No lo eran…

—De acuerdo.

El silencio se mantuvo durante unos minutos, y noté que no estaba cómoda con mi presencia. Lo mismo podía decir yo, ya que nunca he sido precisamente el mejor anfitrión; de hecho, soy el peor anfitrión del mundo.

Cuando Isabelle trabaja, ambos nos evitamos todo lo posible y hasta ahora eso había funcionado bien. Pero tener que enfrentarla en estas circunstancias me estaba complicando bastante la cabeza, especialmente por culpa de ese vestido…

—¿Cuánto tiempo estaremos en ese lugar? —interrumpió mis pensamientos sobre su cuerpo, y pude mirarla con algo más de libertad. Aún no sabía si observarla con tanta atención sería positivo para mi estabilidad mental.

—El menor tiempo posible —respondí con firmeza, provocando en ella una risita contenida.

—¿Qué pasa ahora? —gruñí, molesto.

—Nada. Solo pensé que sería necesario «hacer buena impresión», y…

—¡No necesito hacer eso! —la corté, irritado—. Tengo confianza plena en mi trabajo, y las personas que me contratan también. Soy simple y práctico. Si estoy yendo es por una presión innecesaria.

—Yo solo decía que…

—¡No digas nada! —volví a interrumpirla—. Solo haz lo que te he pedido: sé una buena acompañante y no me des problemas.

Noté cómo Isabelle me fulminaba con la mirada de aquellos ojos oscuros. No era culpa suya que yo fuera un hombre tan borde y amargado, pero ya no podía regresar al pasado y volver a ser aquel Colin.

Ese hombre ya no existía…

ISABELLE CAMPBELL

Cada segundo que pasaba en el coche con este hombre aumentaban más mis ganas de desaparecer.

Creí que podría mantener una conversación normal con él. La idiota de mí pensó que su comportamiento frío, insensible y borde era exclusivo de su mansión, pero me equivoqué por completo.

Colin era un imbécil en todos los sentidos posibles…

—¡Gilipollas! —solté en voz baja.

—¿Cómo has dicho?

Ni siquiera me había dado cuenta de que había pronunciado aquellas palabras en voz alta. Creí haber insultado a Colin mentalmente, pero al parecer mi enfado era tan grande que acababa de escaparse aquel pequeño improperio; demasiado leve para alguien como él, dicho sea de paso.

—Nada. Estaba pensando en voz alta.

—Me ha parecido que te referías a mí.

¿Lo sabía o simplemente lo sospechaba?

Bueno, tampoco es que me preocupara mucho. No estaba en mi horario laboral, así que podía decir lo que me viniera en gana.

—¡Qué va! ¿Por qué diría algo así? —respondí fingiendo inocencia. Mi empleo tenía que estar por encima de todo, y no podía permitirme ser despedida justo en un día en el que ni siquiera trabajaba—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza, eso es todo.

Colin no dijo nada más, y respiré aliviada. Prefería que estuviera callado, porque cada vez que abría la boca…

—Hemos llegado.

El lugar donde aparcamos era grande… no, enorme.

La mansión de Colin parecía una miniatura al lado de esta, y me quedé sorprendida al observarla con más detenimiento.

El jardín era gigantesco, con una enorme piscina justo en la entrada. También noté que en la zona exterior había espacios destinados a los invitados e incluso una cocina al aire libre.

—Dios mío… Este sitio es impresionante.

Colin me miró brevemente, aunque no le dio demasiada importancia a mi comentario.

Continué observando la mansión y descubrí un espectacular oasis en el jardín, con un jacuzzi y una piscina con cascadas artificiales. Siendo de noche, aquello hacía que la mansión pareciera aún más bonita y sofisticada.

—¿Podrías caminar un poco más rápido? —dijo con impaciencia.

Me di cuenta de que me había quedado atrás observándolo todo y enseguida me disculpé.

—¿Exactamente qué tengo que hacer? —pregunté mientras caminábamos.
—Nada. Solo quédate plantada a mi lado. La atención estará puesta en mí, así que ni te preocupes por intentar agradar a nadie.

«La atención estará puesta en mí…»

Nada presumido el hombre, ¿eh?

Me tensé durante unos segundos. ¿Por qué diablos estaba destacando cualidades suyas si hacía tan solo un momento estaba insultándolo mentalmente?



Al final, Colin tenía razón.

En aquel momento, toda la atención estaba puesta exclusivamente en él. Yo prácticamente había venido aquí solo para sonreír educadamente a las personas que se nos acercaban.

Cuando nos preguntaban sobre nuestra relación, él respondía sin dudar que éramos simplemente «amigos».

La gente no tenía ni idea de que ninguno de los dos se consideraba amigo del otro. Más bien todo lo contrario, nos odiábamos…

No, odio es una palabra demasiado fuerte, al menos para mí. Sobre él, en cambio, no podría asegurarlo, ya que parece vivir odiando al mundo y a todos los que le rodean.

Colin no tardó en aburrirse de hablar sobre su trabajo, así que fuimos hacia un pequeño sofá ubicado en la zona exterior de la

mansión. Había muchos otros asientos, pero él decidió sentarse en uno donde solo cabían dos personas. Ya sabéis por qué…

—Hablas cuando te conviene —le dije.

—Sí —respondió secamente, sin mirarme siquiera.

—Y resulta que incluso sabes mantener una conversación agradable con los demás —añadí con ironía, aunque Colin no pareció muy contento con mi comentario.

—¿Sabes una cosa? Con tanta gente pesada hablándome sin parar, hasta me entran ganas de escucharte a ti. Esta gente es insufrible…

¡Qué imbécil!

—Pues qué pena que ahora yo no tenga ganas de hablar.

—¿En serio? Eso viniendo de ti es todo un milagro, porque normalmente hablas hasta por los codos.

Era surrealista cómo este hombre lograba sacarme de quicio. Con tan solo escuchar su voz me ponía furiosa, y eso que aún no llevaba ni un mes trabajando en su mansión. Nunca imaginé que este empleo sería tan difícil.

Sin embargo, y a pesar de ser un auténtico ogro, era innegable lo guapo que era: alto, con barba, una mirada intensa y unos labios perfectamente dibujados…

—¿Por qué me miras fijamente sin parpadear siquiera?

—Solo es tu impresión —aparté rápidamente la mirada, avergonzada al ser pillada con las manos en la masa—. ¿Qué demonios tiene este hombre para que no pueda disimular cuando lo miro?

—Ya…

Por suerte, un hombre mayor comenzó a caminar hacia nosotros, y Colin se puso rápidamente de pie, no sin antes advertirme:

—No digas ninguna tontería. Él es el dueño de la mansión y el motivo por el que estoy en esta aburridísima fiesta.

No respondí nada y me limité a ponerme de pie como él.

—Veo que tienes buen gusto, Colin —dijo el hombre mirándome con atención—. Eres muy guapa, jovencita. Déjame presentarme: soy James Sullivan, vuestro anfitrión. ¿Cómo te llamas tú?

—Isabelle Campbell.

—No tenemos nada el uno con el otro —aclaró Colin inmediatamente después de mi presentación.

—Qué mala suerte, hijo. Aunque la verdad es que ella me parece demasiado bonita para ti.

¡Bien merecido, Colin!

—Lo que tú digas… ¿podemos hablar ya de negocios?

—Claro.

—Os dejaré tranquilos entonces —di un paso hacia delante, pero James tocó ligeramente mi brazo.

—Por favor, quédate. No quiero que te sientas incómoda.

Miré de reojo a Colin, quien asintió con la cabeza visiblemente molesto. Estaba claro que no quería cerca a una mujer tan habladora como yo, pero al parecer, esta vez no tenía elección…

—De acuerdo.

Los dos hombres comenzaron a charlar de asuntos triviales mientras paseaban por la mansión. Colin escuchaba atentamente a James, y yo me mantenía cerca, prestándoles atención, aunque sin abrir

la boca. Colin había sido muy claro al respecto y quise respetar ese espacio.

Al menos hasta cierto punto…

—Verás, quiero algo diferente. Ya me he cansado de esta mansión, y el arquitecto que la diseñó no es exactamente alguien… famoso.

Colin sonrió ligeramente.

—Entiendo. Por lo visto quieres algo más grande y llamativo.

—Exactamente. Por lo menos el doble de grande, más espacios, más zonas de ocio… más de todo.

—Bueno, creo que podríamos hacer algo similar a…

—Disculpe, señor James. ¿Habla en serio?

Me di cuenta tarde de que había interrumpido a Colin justo cuando se disponía a argumentar con James. No hace falta decir cómo me miró en ese instante, pero la metedura de pata ya estaba hecha.

—Por favor, no me llames señor. No quiero sentirme más viejo de lo que ya soy —respondió sonriendo.

—De acuerdo. James, me parece que esta mansión es preciosa, y sinceramente no sé si Colin podría hacer algo mejor que esto.

Ambos hombres me miraron con evidente sorpresa. Si Colin ya estaba enfadado antes conmigo, ahora no quería ni imaginar cómo estaría por dentro. Pero se lo merecía por tratarme tan mal desde que llegamos.

Yo y mi gran boca…

—A ver… quiero decir… No sé quién diseñó exactamente esta mansión y… sé que Colin es muy bueno, solo que… no sé, me ha gustado muchísimo este lugar y no me imagino cómo podría existir una mansión más bonita. Y… disculpad por interrumpiros —añadí esta última frase en voz muy baja.

—¿Qué opinas, Colin?

Él volvió a mirarme, pero esta vez no vi enfado en sus ojos.

—Quizá tenga razón.

—Solo quería decir que quien diseñó esta mansión es realmente… una pasada.

Ahí estaba yo, usando expresiones coloquiales delante de gente importante.

Colin cerró los ojos con fuerza y negó lentamente con la cabeza.

—Me caes muy bien, jovencita —James se rio abiertamente y me dio un pequeño abrazo lateral—. Ahora dime, ¿por qué este sitio te parece tan especial?

—Bueno, no lo sé exactamente. Supongo que es por cómo se han distribuido los espacios, la iluminación, el equilibrio entre las zonas internas y externas. Todo encaja perfectamente y no veo ningún fallo aparente. Me he enamorado especialmente del salón principal y de la forma de las escaleras… En fin, podría pasarme aquí la noche entera enumerando lo mucho que me ha gustado esta mansión.

James me observó con curiosidad y luego preguntó:

—¿Te gusta observar mansiones en general o te interesa especialmente el trabajo de algún arquitecto en concreto?

—Quiero ser una arquitecta famosa dentro de unos años. Todavía no he tenido la oportunidad de estudiar la carrera, pero sé que pronto podré cumplir mi sueño de adolescencia.

—Entonces, si fueras alumna del arquitecto que diseñó esta mansión, ¿estarías muy feliz?

—James… —intervino Colin, pero James lo ignoró por completo, centrando su atención en mí.

—¡Por supuesto! ¡Mira esto! ¡Esta mansión es espectacular!

Sí, estaba completamente fascinada.

James volvió a reír con ganas al mirarme.

—Jovencita, ¿de verdad crees que pondría mi dinero en manos de dos personas distintas?

—Creo que no entiendo bien lo que quiere decir —respondí despacio.

—Díselo tú, Colin. Creo que sabes perfectamente de lo que estoy hablando.

Tras inspirar profundamente, Colin fijó sus ojos en mí.

—Yo diseñé las tres mansiones de James. Esta mansión, la que afirmaste categóricamente que yo no podría superar, también la diseñé yo.

—Oh… ¡Lo siento muchísimo! ¡No tenía ni idea!

Colin no se enfadó conmigo, pero yo me quedé profundamente avergonzada hasta el mismo momento en que nos dispusimos a marcharnos…



Fui al baño después de que aquel ogro dijera que ya nos íbamos. Al regresar, él me esperaba junto al vestíbulo, completamente solo.

—Me odias, ¿verdad? —soltó de repente, pillándome totalmente desprevenida.

No entendía qué utilidad tenía esa pregunta, ya que la respuesta era más que obvia, pero decidí contestarle acorde con la situación.

—Me pagan para trabajar, no para conversar. O para ser sincera, claro. —Una risita maliciosa apareció en mi rostro. No podía evitar provocar a aquel hombre.

—Me da igual que me odies. Es indiferente para mí.

—Déjame adivinar: ¿eso es porque prácticamente todo el mundo te odia?

Vale, eso fue demasiado fuerte. Colin es mi jefe y unas cuantas copas de champán claramente no me habían sentado bien, ya que estaba más deslenguada que de costumbre.

—Quizás. —Si estaba incómodo, no lo demostró—. Será mejor que nos vayamos.

—¿Justo ahora que empezaba a divertirme? —lo piqué.

—¿Acaso tu manera de divertirte es echarme en cara que todo el mundo me odia?

—Oh, no. Es que ese hombre de allí lleva mirándome desde que llegamos, y… estoy pensando en besarle.

No sabía si esa frase había sido adecuada, porque el rostro de Colin se volvió sombrío al instante. Y eso que solo se trataba de una broma inocente.

—Será mejor que empieces a tener mucho cuidado con lo que dices cuando estás conmigo —advirtió con una expresión de profunda

irritación, lo que me provocó aún más curiosidad.

—No lo entiendo. ¿Qué problema hay en que yo quiera besar a alguien? Que tú ya no hagas esas cosas no significa que yo no pueda.

Solo fui consciente de lo que había dicho después de escuchar mis propias palabras.

Si hacía unos segundos ya parecía enfadado, ahora su rostro era prácticamente indescriptible.

—Escúchame bien… —Se acercó aún más y sujetó mi brazo con firmeza, aunque sin hacerme daño—. Será mejor que te preocupes solo por ti y que a mí me dejes en paz.

No supe qué responder, ya que tenerlo tan cerca despertó mis deseos. Verle tan próximo, aspirar su aroma, contemplar su rostro enfadado…

Hice exactamente lo contrario a lo que debería haber hecho y continué provocándolo:

—La verdad duele, lo sé. La falta de algo más en nuestras vidas nos pone así… —hice una pequeña pausa mirando alrededor—. Ya no

sabemos cómo besar a alguien, y mucho menos cómo actuar cuando esa persona quiere algo más.

La mirada de Colin se oscureció más aún, y en un rápido movimiento me acorraló contra la pared, quedándose a escasos centímetros de mis labios.

—¿Insinúas que ya no sé besar? —susurró, haciendo que cerrara los ojos automáticamente.

Bésame y demuéstrame lo contrario…

—Tal vez. Nunca se sabe.

Colin soltó una carcajada burlona, pero acto seguido me sujetó suavemente por la barbilla. Dios mío, este hombre iba a besarme…

—Por lo visto, cierta mujer está loca por ser poseída por mí. Por mi boca, por mi lengua…

Me estremecí con su roce, sintiendo cómo mis defensas se venían abajo. No sé si por la bebida, por las ganas de besarlo o por la culpa que sentía por todo aquello…

—Sí, Colin.

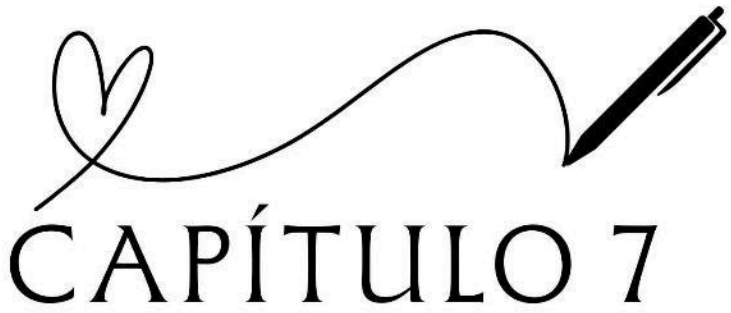
—Di que necesitas que mi boca se pegue a la tuya, que mis manos recorran tu cuerpo…

—Lo necesito… —murmuré lentamente mientras abría los ojos despacio.

Fue evidente para mí cuando Colin detuvo su boca a escasos milímetros de mi rostro. Realmente creí que me besaría, así que entreabrí los labios, pero él… ¡se apartó!

El muy desgraciado se apartó…

—Lo sé. —Su expresión era completamente indiferente—. Pero tú no me atraes en absoluto, así que no va a pasar nada.



CAPÍTULO 7

«Basta una sola chispa para prender fuego a algo que hasta entonces era desconocido…»

ISABELLE CAMPBELL

¡Vergüenza!

Esa era exactamente la palabra que mejor me definía en ese preciso momento.

Colin y yo estábamos en su coche, de camino a mi casa. No había pronunciado ni una sola palabra después de lo ocurrido y no sabía ni

dónde esconderme de la vergüenza que sentía.

—Es raro verte tan callada. Debo admitir que hasta me gusta —comentó él.

No dije nada, simplemente continué mirando fijamente el parabrisas, intentando asimilar el numerito que había montado minutos antes.

¡Soy una idiota necesitada!

—Sabes, no te culpo por haber dicho lo que dijiste. A veces el alcohol nos hace decir cosas que no pensamos realmente.

Continué callada, sintiéndome humillada. Trabajo para Colin y no tengo ni idea de cómo podré mirarle a la cara el lunes, especialmente después de lo sucedido.

—Entiendo. Quieres seguir en silencio, así que te dejaré tranquila…

—¡Eres un idiota si de verdad piensas que fue la bebida la que habló por mí en ese momento! —casi grité.

Hasta ese instante no me había dado cuenta de que el coche ya se había detenido. Al mirar hacia un lado, vi mi casa. Habíamos llegado

más rápido de lo que esperaba.

No entendía bien por qué, pero Colin me estaba observando de una manera muy diferente a la habitual…

COLIN ADAMS

Llevo varios segundos observando a Isabelle.

Es una mujer extraña…

Creo que está demasiado necesitada de atención. Un instante me odia, y al siguiente quiere que la bese. Jamás entenderé a las mujeres.

—Por favor, para… —dice de pronto.

—¿Qué he hecho ahora?

—Me miras como si yo no fuese nada. Yo… —Se bajó del coche y se dirigió rápidamente hacia su casa. Cuando colocó la llave en la cerradura, puse mi mano sobre la suya y murmuré—: Espera.

—¿Qué quieres ahora? ¿Humillarme una vez más no ha sido suficiente?

Isabelle estaba a punto de llorar, y vi claramente que mi jueguecito no había sido nada bien recibido. Soy un animal insensible, lo sé. Si tantas cosas en mi vida no hubiesen salido mal, podría haber sido un hombre decente. Pero en estos momentos eso es imposible.

—Lo siento.

Yo jamás pedía disculpas. Incluso estando equivocado la mayoría del tiempo, esas palabras nunca salían de mi boca.

—¿Por qué tienes que ser un idiota todo el rato? ¡Yo no te he hecho nada! Solo quiero ayudarte, ¿y tú me tratas así?

—¿Lo dices por el beso?

—¡Olvídate del maldito beso! —Se acercó aún más, con los ojos lanzando chispas—. ¡Solo quiero que me trates como a una persona normal! ¿Por qué eso es tan difícil para el gran Colin Adams?

—Isabelle…

—¡Cállate! ¡Todavía no he terminado! Te crees un dios, intentas ocultar tu amargura, pero en el fondo todo el mundo sabe que ni tú mismo te soportas. ¡Eres un bruto egocéntrico!

No podía culparla por hablarme así. Isabelle tenía toda la razón del mundo.

Soy un hombre amargado, furioso, irritable, y un montón más de adjetivos tóxicos y despreciables. Que ella me lo echara en cara no me ofendía en absoluto, al contrario, me confirmaba que estaba en el

camino correcto, ya que yo mismo había elegido convertirme en esa basura de persona.

—Buenas noches, Isabelle. Será mejor que entres ya.

—¡No! —elevó la voz, llamando toda mi atención—. Ya que has vuelto a sacar el tema del beso, mírame bien. ¿Qué defecto tengo yo?

—Ninguno, soy yo quien…

—¿Y ahora?

Se quitó uno de los zapatos, y no entendí cuáles eran sus intenciones.

—Isabelle, ¿qué demonios estás haciendo? ¡Para ya!

—Lo siento si no me deseas, ¡pero quiero restregarte por la cara lo que te has perdido! Y quizás deba enseñarte un poco más, porque…

—¡Basta! —alcé la voz, sujetando su cuerpo, sin saber bien si intentaba cubrirla o si la deseaba secretamente—. ¡Ya está bien, Isabelle! ¡Entra en tu casa ahora mismo!

—¡No!

—Será mejor que hagas lo que te digo.

—Ahí está el problema: ¡fuera de tu mansión tú no me mandas! —exclamó en tono desafiante.

—Isabelle… No voy a repetírtelo más.

—¿Ah, sí? —se acercó aún más—. ¿Qué vas a hacer entonces? ¿Insultarme otra vez? ¿Despedirme?

—No te acerques…

—Ya entiendo. Es que te doy miedo, ¿verdad? —rozó mis labios con los suyos, y ese simple gesto impulsivo me llevó al límite.

Tomé a Isabelle entre mis brazos y la besé.

—Tú lo has pedido, voy a…

—¿Isabelle, eres tú? —una voz femenina interrumpió justo al lado de nosotros.

Detuvimos inmediatamente el beso y vimos que la luz exterior de la casa se había encendido. Isabelle se sobresaltó tanto que rápidamente se agachó, cogiendo su zapato e intentando ponérselo a toda prisa.

—Soy yo, mamá. Ya entro. —Giró la manilla rápidamente, aprovechando que la llave seguía en la cerradura.

—Isabelle… —intenté decir algo más.

—Vete. Esto ha sido un error y… hasta luego.

Me quedé parado mirando al vacío mientras ella entraba en su casa.

¿Qué demonios acababa de pasar aquí?



¡Maldita sea!

No debería haber hecho aquello en la puerta de la casa de esa mujer. Fue un error besarla.

—¡Eres un animal, Colin! Un imbécil incapaz de controlar su propio cuerpo —grité en mi habitación.

No había besado a nadie desde que murió Jeniffer, ni tenía intención de hacerlo. Bueno, en realidad, todavía no la tengo.

¿Por qué demonios consiguió desestabilizarme de ese modo? No entiendo por qué justo ahora tuve que actuar así con ella.

Isabelle me irrita, me provoca, incluso me insulta mentalmente (sí, lo noté mientras íbamos hacia la mansión). Y aun así, aquí estoy yo, preocupándome por lo que hago cuando estoy a su lado.

Tampoco puedo echarle la culpa al alcohol, porque apenas bebí dos copas de champán. Isabelle, en cambio, hizo todo lo contrario y no dejó de provocarme. Ahora no tengo ni idea de cómo será nuestra relación a partir de este momento…

-

ISABELLE CAMPBELL

El techo de mi habitación es bonito…

He podido apreciarlo mejor porque llevo aproximadamente treinta minutos mirándolo fijamente, intentando comprender qué demonios hice al bajarme del coche de Colin.

Soy idiota por haberme prestado a semejante espectáculo, sin saber siquiera si alguien estaba en la calle y me vio medio desnuda…

—¡Isabelle, qué problemática eres! —grité con la almohada pegada a la boca, intentando ahogar el sonido.

Y encima está ese hombre…

Todo escapó de mi control y terminé hablando demasiado… para variar. No esperaba aquel beso, pero me alegro de que sucediera. ¿O quizás no?

No dejo de pensar en cómo será mi próximo día de trabajo, en cómo voy a mirar a Colin a la cara, porque él también tuvo la culpa de lo ocurrido.

COLIN ADAMS

Recé para que el lunes llegara como un rayo, pero tengo que admitir que tardó una eternidad.

Tenía que resolver asuntos pendientes con Isabelle, aunque aún no sabía hasta qué punto lo ocurrido afectaría a nuestra relación, que ya de por sí no era precisamente buena.

Cuando la vi llegar, por primera vez la observé con otros ojos. No me preguntéis por qué, porque ni yo mismo lo entiendo.

¡El error fue tuyo por haberla invitado como acompañante!

Esa voz en mi cabeza tenía razón, absolutamente razón. Ni siquiera debería haber ido a esa reunión para empezar. Tendría que haberme retirado de todo, encerrarme en mi casa recordando lo que perdí, porque al fin y al cabo, la culpa siempre había sido mía.

—Colin... lo siento por lo del otro día —dijo ella, sin mirarme a los ojos. Su rostro se puso rojo casi al instante.

Yo no quería hablar sobre eso, no ahora que estábamos tan cerca el uno del otro. Esto se volvía cada vez más difícil. Esta mujer me llevaba al límite.

—No vamos a hablar de lo ocurrido —respondí con semblante serio, tratando claramente de intimidarla.

—Colin, yo…

—¿He sido claro? —alcé la voz con firmeza y avancé un paso hacia ella.

Necesitaba intimidarla de alguna manera. No podía permitir que fuera ella quien tomase el control de la situación.

¡Ese control era mío! ¡Debía serlo!

—Aquello estuvo mal… —susurró con la mirada fija en el suelo.

—¡Tremendamente mal! —Di otro paso más hacia ella.

¿Qué demonios estaba haciendo?

—Muchísimo… —permaneció inmóvil, pero yo seguí acercándome, cada vez más y más.

—Tengo que ir a trabajar. —Me miró de reojo e intentó esquivar mi cuerpo, pero en ese momento ya no era dueño de mis actos.

—¡No! —De forma brusca, la acorralé contra la pared. Pude notar cómo su expresión cambiaba. Isabelle me miró incrédula, y yo mismo no sabía qué estaba haciendo. Esto estaba mal, muy mal…

—Colin, ¿qué… estás haciendo? —preguntó en voz baja.

—¡Cállate!

Y volvió a ocurrir.

El paso del tiempo no había sido amable conmigo en ciertos aspectos, y ahora besarla otra vez no me estaba ayudando en absoluto.

Cuando la tomé entre mis brazos, al principio vi sorpresa en su rostro, pero después de unos segundos noté cómo sus gestos se suavizaban y pude sentir que ella anhelaba este momento tanto como yo.

—Colin… no empieces algo que vayas a detener.

No sé por qué, pero esa frase fue como un disparo en mi cerebro. Quizá tenía razón. No, definitivamente la tenía. Yo no pretendía dar esperanzas a esa mujer, y ella menos aún debería tenerlas conmigo.

Isabelle trabaja para mí, punto final. No puedo permitir que mi cuerpo tome partido en algo así, porque tengo suficiente cabeza como para saber que esto, a largo plazo, solo puede acabar en un tremendo desastre.

Interrumpí bruscamente aquel beso que yo mismo había provocado.

Ya no sabía qué sentía con más fuerza dentro de mi pecho, si era rabia o miedo de que esto estuviera avanzando hacia algo que en el futuro no podría controlar…

ISABELLE CAMPBELL

No siempre esperamos que ciertas decisiones se desarrollen de un modo diferente al que imaginamos, pero esto se escapó por completo de mi control.

Que Colin volviera a envolverme en sus brazos no era algo que ansiara, aunque tampoco podía negar que se sentía muy bien.

Realmente pensé que continuaríamos exactamente donde lo habíamos dejado en la puerta de mi casa, pero esta vez fue Colin quien retrocedió, dándome la espalda de pronto.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Durante al menos veinte segundos, él no pronunció ni una palabra. ¡Y lo digo en serio! El tiempo transcurría y él permanecía allí, inmóvil, de espaldas a mí. No entendía qué estaba ocurriendo y decidí no decir nada más, hasta que repentinamente se giró, con los ojos llenos de furia, mirándome directamente.

—¡Si esta mierda vuelve a suceder, estás en la calle! ¿Queda claro? —soltó despacio, con una arrogancia extrema.

—¿Cómo dices?

Solo podía estar escuchando mal. ¿El idiota me besa dos veces y ahora dice esto como si nada?

—Exactamente lo que has oído. ¿Lo he dejado suficientemente claro o hace falta que te lo escriba? —Su rostro seguía irradiando ira y comprendí en ese instante que Colin Adams estaba completamente loco. Chiflado. Chalado. Hijo de…

—¿Me besas y luego dices que si vuelve a pasar me despedirás? ¿Qué diablos te ocurre?

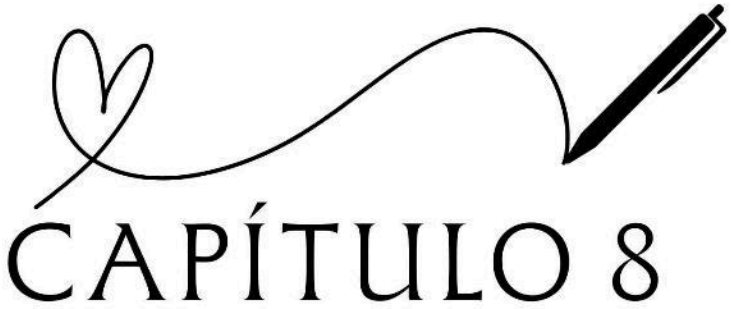
—¡Mi problema eres tú! ¡No debiste permitir que te besara!

Ya es oficial, además de un bruto, este hombre está rematadamente loco.

—No puedo creer lo que estoy escuchando.

—¡Créetelo! —vociferó y se alejó con paso firme y decidido.

Jamás entenderé a los hombres, especialmente a los imbéciles con complejo de Dios.



CAPÍTULO 8

“Ah, los niños y sus preguntas…”

ISABELLE CAMPBELL

—¡Te lo estoy diciendo, está loco!

Lauren me miraba de una forma extraña, sin entender muy bien el motivo de mi enfado. Le conté un poco sobre lo que había sucedido y cómo estaba siendo mi relación con mi jefe.

—¡Pensaba que te odiaba! —Alzó las cejas, estudiando mis facciones durante unos segundos, queriendo saber más detalles.

—¡Yo también! —Agité los brazos—. Todo iba perfecto mientras me odiaba y… no me besaba.

—¡Por Dios, amiga! ¿Tan mal besa ese hombre?

—El problema es precisamente lo contrario.

Y ese es otro punto digno de discutir porque… Me siento culpable por haber disfrutado tanto que me tocase, sabiendo lo mucho que me odia. Pensándolo bien, odia a todo el mundo.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Miré hacia arriba, intentando pensar en algo. Me di cuenta rápidamente de que no podía permitirme el lujo de perder ese empleo, ese dinero…

—Haré lo posible y lo imposible por evitarlo —afirmé decidida, aunque dudaba que Lauren creyera en mis palabras.

—Veremos cuánto tiempo aguantas…

Tenía toda la razón del mundo; ni siquiera tenía idea de cómo iba a mantenerme alejada de su cuerpo, o de su boca, especialmente porque hacía mucho tiempo que no experimentaba una sensación así...



Menos mal que tengo muchas cosas que hacer, así dejo de pensar en aquel último día, que no deja de dar vueltas en mi cabeza.

—¡Isabelle!

—¡Isabelle!

Dos empleadas me llamaron al mismo tiempo. Aún me estaba adaptando a ciertas tareas. Confieso que todavía estoy aprendiendo cómo gestionar personas, algo que, en teoría, es nuevo para mí.

Dejé mi móvil cargando y fui a ayudarlas.

Cuando acepté el trabajo, no imaginé muchas cosas, especialmente cómo sería mi relación con todos los empleados de Colin. Pero, por increíble que parezca, la mayoría son bastante majos, salvo los guardias de seguridad, claro, que siempre andan con cara de pocos amigos.

Pensé que sería peor, pero me gusta cómo me tratan. El verdadero problema es nuestro jefe…

-

COLIN ADAMS

Isabelle ya me está poniendo de los nervios y aún no son ni las doce.

A pesar de que trabaja en mi mansión, soy incapaz de encontrarla. Desesperado, decidí llamarla al móvil, pero ni siquiera así: su teléfono sonaba sin respuesta.

De repente escuché un sonido en dirección contraria y me dirigí rápidamente hacia allí. Cuanto más avanzaba, más aumentaba el volumen del timbre, hasta que, al llegar al foco del ruido, vi el móvil de Isabelle sobre la mesa de centro.

Era imposible no fijarse en aquel móvil, especialmente con tantos adornos que tenía.

Además de ser totalmente rosa, estaba decorado con multitud de colgantes, una funda llamativa y bla, bla, bla… En resumen, esas cosas que les encantan a las mujeres.

Ya sabía que aquel aparato era suyo, pero me acerqué un poco más para asegurarme y, al fijarme en la pantalla…

Ay, Isabelle, Isabelle…

Mi contacto estaba guardado como: «Jefe idiota y arrogante».

Hay que reconocer que tiene sentido del humor, además de ser honesta con las palabras que eligió.

—Lo siento —una voz apareció de la nada detrás de mí, y enseguida tomó el móvil de la mesa, bastante sobresaltada.

—¿Las disculpas son por no atenderme o por cómo has guardado mi número? —la provoqué.

Isabelle me observó unos segundos y entreabrió ligeramente la boca, probablemente para decir algo, aunque cambió de idea rápidamente. Supongo que iba a insultarme o algo parecido.

—Por no estar cuando me necesitaba —respondió finalmente—. ¿Qué quiere? —cambió de tema al instante.

—Puedes llevar a Joshua al colegio. Espero que no hagas ninguna tontería y cumplas bien con tu función.

—De acuerdo. ¿Algo más? —preguntó, fijando la mirada en mis ojos.

Estaba distinta, no sé bien por qué, pero además de la distancia prudente que mantenía entre nosotros, Isabelle apenas sostenía mi mirada.

—No, nada más.

Sé que esto se debe a nuestra última conversación, aquella en la que la amenacé con despedirla si volvíamos a atacarnos sexualmente, por decirlo de alguna forma. Sé que soy un miserable por haberle dicho algo así y que estoy actuando mal, pero amenazándola tengo la certeza de que ella se controlará y me obligará a hacer lo mismo.

Realmente lo necesito, porque nuestra cercanía es demasiado peligrosa. Para los dos…

-

ISABELLE CAMPBELL

Es necesario evitar a Colin a toda costa. Su presencia no me hace bien. Solo hay un pequeño problema: trabajo para él…

No sé qué trata de decirme mi corazón; soy una mujer bastante confusa en cuanto a emociones y sentimientos, por lo que no comprendo del todo lo que pasa por mi mente. Seguramente acabaré cambiando de opinión con el tiempo.

Ya me enamoré de un hombre. Una sola vez.

Suena triste, ¿verdad? Debe de ser triste haberse enamorado solo una vez en la vida, y que justo el hombre por quien sentiste algo te haya abandonado sin más.

Pero no puedo seguir dándole vueltas a algo así. No necesito ni quiero hundirme en ese recuerdo.

—Colin me ha dado permiso para llevar a Joshua al colegio. ¿Eso es buena señal, Helen? —pregunté mientras tomábamos el café de la tarde.

En los últimos días había desarrollado una gran cercanía con ella, y diariamente hablábamos de cualquier tema. Lo único que evito mencionar son los problemas relacionados con Colin.

No quiero más enfrentamientos con él, y aún desconozco si se irritaría con Helen en caso de sorprendernos hablando de él.

—Sí, lo es —contestó con una sonrisa.

Durante unos segundos contemplé la cocina sin mirar realmente nada concreto. Soy un poco complicada, y a veces mi cabeza divaga por asuntos totalmente aleatorios. Algo normal.

¡Normal para mí!

—No pareces feliz. ¿Ha pasado algo? —fue ella quien me interrogó, y yo no sabía muy bien cómo explicar todo lo que había estado pensando estos días.

—Tengo miedo —respondí finalmente, mirándola, aunque esbozando una leve sonrisa—. Las historias de las mujeres que trabajaron aquí me han dejado preocupada, y la amenaza constante de perder este excelente empleo aún me mantiene insegura frente a todo. Absolutamente todo.

—Te entiendo, hija —dijo con ternura—. Colin es complicado, eso todo el mundo lo sabe, y lamentablemente no creo que su carácter cambie pronto. Mi consejo es que lo evites todo lo que puedas y hagas lo que te pida al instante. Sé perfectamente lo arrogante que puede ser, pero… —se detuvo de repente, y supe enseguida que acababa de recordar algo doloroso.

—Puedes decírmelo.

—No me gusta decirlo así, pero Colin es una tragedia con patas y… las personas como él viven la vida al límite, para bien o para mal. Por desgracia —añadió visiblemente triste, y sus palabras me dejaron pensativa.

—¿Cuál es la verdadera historia de Colin? ¿Por qué todo el mundo parece tenerle tanto recelo y miedo?

—Hija… hay algunos asuntos que son demasiado delicados para mencionarlos, y es mejor dejarlos enterrados, por nuestro propio bien.

—Cuando recibí la oferta para trabajar aquí, la mujer que me contrató me dijo que era muy amiga de Colin, pero que tras la tragedia con su esposa e hija, él se había alejado de todos.

—Tenemos prohibido hablar sobre ese tema aquí. Lo siento. —Helen desvió la mirada.

—Lo entiendo. No quiero causar problemas, es solo mi absurda curiosidad —forcé una sonrisa.

—Isabelle… —tomó una de mis manos—. Espero que te quedes el tiempo suficiente aquí como para ir entendiendo, poco a poco, lo que pasó en la vida de Colin. Lo único que puedo adelantarte es que ocurrieron muchas cosas.

Terminé cambiando de tema. Helen no estaba cómoda hablando sobre Colin, y tampoco quería parecer insistente (aunque en el fondo lo soy por naturaleza).



Faltaban cinco minutos para terminar mi jornada, y cuando me dirigía al salón principal para hablar con Tito, uno de los chóferes, vi a Colin saliendo de una de las salas de estar.

—¿Necesita algo? —me ofrecí rápidamente a ayudarle.

—¿Te he llamado yo, acaso?

De verdad… no sé por qué insisto en hablar con un hombre tan amargado.

—Costumbre —intenté disimular mi irritación.

Nunca antes me habían tratado así, pero Colin consigue sacarme de quicio con apenas unas pocas palabras. Es hasta sorprendente, pero tengo que concentrarme en el dinero.

—Pues parece que necesitas cambiar de costumbres —se dio la vuelta, caminando hacia la zona prohibida.

Yo la llamo así. Después de que en aquellos "mandamientos" se prohibiera expresamente entrar en aquel lugar específico, terminé poniendo nombres divertidos a algunas cosas.

Sé que suena infantil, pero no me importa lo que puedan pensar.

—¿De qué tienes tanto miedo, Colin?

Se detuvo de golpe, girándose lentamente hasta enfocar sus ojos en mi rostro. Hice la pregunta equivocada, en el peor momento.

Y al hombre equivocado…

—Repítelo, por favor. Creo que no te he entendido bien…

No, jamás haría algo así.

—Creo que he formulado mal la pregunta —intenté disimular, aunque probablemente sin éxito—. Era solo una forma de iniciar una conversación, ya sabes cómo son estas cosas…

—No. Realmente no sé "cómo son estas cosas" —respondió, sus ojos seguían clavados en mí, como si quisieran atravesarme, y yo no sabía cómo actuar. No en ese momento.

—Solo quería saber si tienes miedo de algo… —dije en voz baja.

Colin dio dos pasos hacia mí y todo mi cuerpo se tensó. ¿Me iba a besar?

Ahí estaba mi cerebro intentando confundirme otra vez. ¿Por qué iba Colin a hacer algo así? Fue muy claro la última vez, y necesito mantener mi empleo a pesar de mis constantes preguntas tontas.

—Sabes… todavía no he identificado cuál es exactamente tu problema. No sé si eres una mujer necesitada de atención o inconveniente por naturaleza. Si ya te he dicho claramente que no me

gusta hablar con la gente, ¿qué te hace pensar que eres tan especial como para creer que somos amigos y podemos hablar de nuestras vidas?

Me quedé congelada. La rabia en sus ojos solo me confirmaba aún más que aquel hombre no tenía remedio.

Al bajar la cabeza, mis ojos se desviaron a su mano izquierda. Vi que sujetaba una foto. No distinguí bien la imagen, pero por lo poco que pude observar, parecía una fotografía de un niño, y Colin también aparecía en ella… ¡sonriendo!

Intenté entrecerrar los ojos para ver mejor, pero justo en ese instante su voz se elevó bruscamente:

—¿Se te ha perdido algo, Isabelle?

—No. Discúlpeme.

No sé qué me pasó, pero me giré rápidamente y fui hacia la cocina.

Me quedé parada allí un momento, aunque aquella imagen no desaparecía de mi cabeza. Desgraciadamente (o afortunadamente), soy

una mujer curiosa y me propuse descubrir por qué guarda tanta amargura en su interior.

La razón exacta por la que decidí hacerlo no la entiendo bien, pero necesitaba conocer mejor a aquel hombre.

Aunque solo fuese un poco.



Estuve dos horas frente al ordenador. No conseguí gran cosa.

Busqué mucha información sobre Colin Adams, pero la mayoría de los datos no me llevaron a ninguna parte. Es complicado de explicar, pero información relevante, lo que se dice realmente útil, no encontré.

Siempre aparecen esas noticias superficiales, las que consultas después de leer un breve resumen en alguna página web, pero ni siquiera eso me ayudó.

Lo único nuevo que logré averiguar fue que Colin nunca llegó a conocer a su padre y que su madre había muerto antes de que él cumpliera los trece años.

También descubrí que su ascenso en el mundo de la arquitectura fue meteórico, ya que con apenas veintitrés años se había convertido en un hombre conocido en toda la región.

Puedo afirmar que no hallé prácticamente ninguna información desde que cumplió treinta y cuatro años —hace aproximadamente un año—, época en la que fallecieron su esposa y su hija.

La noticia mencionaba muy superficialmente el motivo, y aunque Helena me había contado algo cuando fui contratada, lo cierto es que tampoco aportó demasiados detalles.

—Qué historia más triste… —susurré para mí misma.

Perder a una parte de la familia de ese modo debe ser devastador. Seguir viviendo tras un suceso así tiene que ser durísimo, y no puedo imaginarme en su lugar; perder a mi hija sería un dolor insoportable.

Tras ducharme, aquellas informaciones seguían rondando en mi cabeza. Confieso que no estaba satisfecha: quería entender mejor lo ocurrido.

Pero si ni siquiera internet me había dado respuestas claras, ¿cómo iba a conseguirlas en otro sitio?

—Podría preguntárselo directamente, ¿no? —me dije a mí misma, soltando luego una risita sarcástica.

A menos que quisiera ser despedida de inmediato, esa idea no parecía demasiado buena. Además, dudaba mucho que Colin estuviera dispuesto a contarme algo.

Por lo visto, me odia profundamente y no creo que eso vaya a cambiar.

Al salir del baño, recordé algo que me había dicho mi amigo Jefrey hace tiempo. Él es un auténtico "ratón" informático, y meses atrás mencionó una frase que ahora resonaba con fuerza en mi mente: «Puedo conseguir prácticamente toda la información que quiera en internet, incluso la más difícil de obtener».

Tengo este pequeño defecto de no ser capaz de sacar una idea de mi cabeza hasta que consigo resolverla, y ahora entender un poco más a Colin se había convertido en un objetivo para mí.

Lo que aún no sabía era cómo iba a hacer para entender a aquel hombre, especialmente porque, probablemente, no me serviría de nada.



Hoy tendría que llevar a Hanna a la casa del ogro.

No es que me entusiasme demasiado la idea, pero parece que a él no le importa, al menos no ese detalle. Creo que el problema de ese hombre es conmigo y que mi presencia le afecta de alguna manera.

Sinceramente, no consigo entender lo que pasa por su cabeza.

—Cariño, por favor, pórtate bien y quédate tranquila. No toques nada y… sobre todo, no le preguntes cosas a Colin.

—Colin es ese señor que me sonreía todo el rato, ¿verdad?

Solo ese día, y solo a ti…

Hasta hoy sigo sin comprender muy bien por qué hizo aquello, pero en fin…

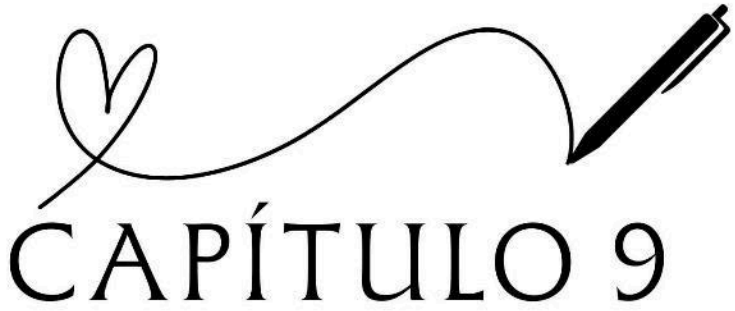
—Exacto, pero él no es así normalmente. Nunca le veo sonreír, así que ya sabes, cuantas menos preguntas, mejor. ¿De acuerdo, mi amor?

—Vale, mamá.

Al llegar, no vi rastro de Colin por ninguna parte.

Eso es extraño, ya que últimamente suele controlar el horario de mi llegada, deseando desesperadamente encontrar una excusa para despedirme. Bueno, al menos eso creo yo.

Llevé a Hanna al patio, donde había algunos juegos infantiles para entretenerla. Decidí empezar con mi rutina diaria, segura de que todo estaba bajo control, al menos por el momento…



CAPÍTULO 9

«Sin miedo a equivocarme, pero con temor a perder…»

COLIN ADAMS

Ayer fue uno de los días más tristes de mi vida, aunque antiguamente solía ser de los más felices.

Contradictorio, ¿verdad? Lo sé…

En plena madrugada permanecí tumbado en la cama de mi hija, sosteniendo su foto contra mi pecho. Soy lo suficientemente hombre

como para admitir que lloré como un crío durante horas.

Jamás aceptaré el hecho de haber perdido a Maddison de aquella forma, y pensar en lo sucedido me duele tanto que me faltan fuerzas para salir de esta habitación. Hoy era el cumpleaños de mi pequeña, y mi corazón está roto por no tenerla aquí conmigo.

—Perdóname, hija. Papá te quiere y jamás te olvidará —susurré, besando su fotografía y rompiendo a llorar nuevamente.

Odiaba llorar. Realmente lo odiaba. Pero es imposible quedarme indiferente ante esto, y si pudiera recuperarla, prometo que incluso sonreiría a todo el mundo aunque me hicieran daño.

Suena ridículo decir algo así, pero haría cualquier cosa que hasta ahora me pareciera imposible, y no me quejaría en ningún momento.

Miré el reloj y me di cuenta de que ya eran más de las ocho. Había pasado largas horas en su cuarto, y sabía perfectamente que estaba hecho polvo, pero no me importaba. Hay dolores que uno lleva en soledad, y sé que yo cargaré con el mío hasta la tumba.

La mayoría de las personas no entienden lo que significa perder a un hijo; es algo indescriptible. Lo natural es que un hijo entierre a su

padre, y eso ya es bastante doloroso. Pero que un padre entierre a su propio hijo es…

No, no hay palabras que puedan aproximarse siquiera al sentimiento que intento expresar. Saber que alguien tan joven ya no tendrá futuro por culpa de un error o una vacilación duele en lo más profundo del alma, y no puedo imaginar algo comparable.

Salí del cuarto y fui al baño. Necesitaba lavarme la cara. Tenía un aspecto horrible, ya que prácticamente había pasado la madrugada llorando.

—¡Contrólate y respira! —me dije a mí mismo, tratando de calmarme.

Después de varios minutos en el baño, me dirigí hacia mi habitación. Necesitaba dormir un poco. Me llevaría su foto conmigo, que aún permanecía firme en mis manos.

Lo que no esperaba era que al doblar una esquina camino de mi cuarto me encontraría con una pequeña figura que parecía totalmente perdida.

—Hola, tío.

Me dio un buen susto al abordarme cerca de mi habitación.

—Hola…

No conseguía recordar el nombre de la hija de Isabelle y, durante unos segundos, me quedé paralizado al verla en esa zona, dado que las reglas dejaban muy claro que estaba prohibido venir aquí.

—No sé dónde estoy. Quería ir al baño, pero me perdí. Esta casa es muy grande, tío.

Sonreí.

No era culpa suya. La mansión es realmente inmensa, y como es tan pequeñita, probablemente se había despistado.

—Tranquila, yo te llevo hasta el baño.

—Vale.

De pronto, con un gesto inesperado, la niña tomó mi mano, y nuevamente quedé sin saber cómo reaccionar. ¿Cuánto hacía que no tomaba la mano de un niño? Ya ni lo recuerdo, dado que ni siquiera la de mi propio hijo…

Intenté no pensar en ello. Soy un padre negligente, lo reconozco y lo asumo. Me sequé un poco el rostro, que aún seguía hinchado.

Decidí sujetar su pequeña mano con suavidad y la guié hacia uno de los baños de la casa.

—Te llamas Hanna, ¿verdad? —recordé su nombre tras unos segundos.

—Ajá. Tú eres el jefe de mi mamá, ¿no? Olvidé tu nombre.

Volví a sonreír.

—Me llamo Colin.

—Ah, vale. ¿Y ella?

—¿Ella? —pregunté sorprendido.

—Sí. Esa niña que tienes en la foto.

Me quedé congelado. No me había dado cuenta de que aún llevaba conmigo la foto de mi hija.

Por tercera vez consecutiva, no fui capaz de responder inmediatamente a aquella pequeña, ni sabía muy bien qué decirle.

—Se llamaba Maddison.

—¿Es tu hija? —preguntó curiosa mientras caminábamos hacia el baño.

—Sí.

—Hm… Nunca la he visto por aquí. ¿Podemos jugar juntas si la encuentro en esta casa tan grande?

¿Cómo le explicaría que Maddison ya no estaba conmigo? ¿Que yo era uno de los culpables de su muerte?

Decidí detenerme un instante, y enseguida Hanna me miró, algo confundida. Me agaché hasta quedar a su altura.

—Mi hija… murió después de sufrir un accidente.

Fue todo lo que pude decir.

Me esforcé enormemente por no romper en llanto tras pronunciar esas palabras.

—Ah. Lo siento, tío.

Antes de que pudiera reaccionar, la niña pasó una mano por mi cabeza, acariciándome el cabello con ternura.

¿Qué demonios estaba pasando aquí?

—Es… está bien —balbuceé, demasiado avergonzado para decir algo más o intentar arreglar la situación.

No sabía cómo comportarme frente a una niña, así que dije lo único que se me ocurrió para salir rápidamente de aquel aprieto…

—¿Qué te parece si vamos a buscar a tu madre? —Me levanté, interrumpiendo ese pequeño contacto entre nosotros.

—Vale.

Volví a sujetar una de sus manitas y juntos fuimos a buscar a Isabelle, aunque todavía sentía una extraña e incómoda sensación en mi interior.

-

ISABELLE CAMPBELL

Fue parpadear un segundo y perder de vista a Hanna en aquella inmensidad que algunos llaman mansión. Y eso que le había dicho claramente que no se alejara de mí.

Interrumpí mis tareas durante algunos minutos para buscarla. Hanna se llevaría una buena bronca, de eso podía estar segura.

Después de recorrer toda la mansión, no había ni rastro de mi hija. Comencé a desesperarme por un sencillo motivo…

Dado que Hanna no había salido de la casa, sólo podía estar en una zona en particular.

Ay, no…

—No me hagas esto, cariño… —murmuré mirando al techo, mientras preparaba mentalmente alguna excusa por si Colin la encontraba justo allí.

Me debatí durante un instante si ir o no ir hacia la zona "prohibida" a buscar a Hanna.

Confieso que me lo pensé varios minutos antes de decidirme a avanzar por aquellos pasillos, pero fue demasiado tarde; justo cuando por fin tomé la decisión, vi a Hanna viniendo directamente hacia mí, cogida de la mano de Colin.

Estaba completamente perdida…

Tras soltarse las manos, mi hija se acercó rápidamente a mi lado, y fue entonces cuando observé mejor a Colin, que evidentemente parecía afectado por algo. Sé que no es asunto mío, pero preguntar no cuesta nada.

—¿Estás bien?

—¿A qué viene esa pregunta? —contestó con su habitual voz grave.

—Es tu cara, parece que… —Me detuve. Esto acabaría volviéndose en mi contra—. Olvídalo, no es nada.

—Más vale que así sea.

Noté que en una de sus manos aún sostenía aquella foto.

—Discúlpame por Hanna, sé que entró en la zona prohibida. De verdad… lo siento, no volverá a ocurrir.

Colin no respondió. Simplemente se alejó de mi campo visual y regresó por aquellos pasillos, dejándome con la palabra en la boca, para variar.



—¡¿Qué te he dicho sobre ir a esa parte de la casa?! —le dije elevando la voz, irritada con mi hija por haberme desobedecido.

La bronca no tardó en llegar. Hanna tiene que entender que debe comportarse en casa de personas desconocidas.

—Perdona, mamá. Es que me perdí y tenía ganas de hacer pis.

—La próxima vez pregunta a cualquier persona de la casa. No andes por ahí sin saber dónde estás.

—Vale.

Llevé a Hanna a un lugar donde pudiera tenerla vigilada, decidida a no quitarle los ojos de encima. Ya había hecho demasiadas travesuras

por un día.

—He conocido a la hija del tío Colin.

Me quedé helada.

—¿Có… cómo dices?

—Él tenía una foto suya en la mano cuando salió del cuarto.

Mi cerebro empezó a funcionar rápidamente: Colin saliendo del cuarto con una foto, la expresión algo incómoda, el rostro ligeramente hinchado…

¡Dios mío!

¡Había estado en la habitación de su hija fallecida, llorando!

—¡Enhorabuena, Hanna! —exclamé con cierta ironía.

—¿Eh?

—Nada… no es nada…

Me sorprende enormemente que aún conserve este trabajo con todo lo que está pasando últimamente.



Hice todo lo posible por vigilar a mi hija traviesa durante el resto de la tarde. Todavía no podía creer que hubiera sorprendido a Colin en un momento tan delicado, y eso no me agradaba lo más mínimo.

—¡Hanna! —la llamé, y enseguida vino corriendo hacia mí.

Hoy necesitaba salir de la mansión lo más rápido posible. Mi hija probablemente ya había llevado a Colin al límite solo por haber entrado en un lugar estrictamente prohibido por él.

—¿Nos vamos?

—Oh, yo quería quedarme un rato más.

Sonreí ligeramente, negando con la cabeza. Esta niña tiene cada ocurrencia…

—No siempre se puede hacer lo que una quiere. Vámonos, ahora mismo.

—Jo… vale. —Puso carita de cachorro abandonado, pero enseguida asintió resignada.

Caminamos hacia la salida de la mansión, pero no contaba con que Colin estaría justo delante de la puerta principal. Claramente quería decirme algo. Tal vez despedirme, nunca se sabe con él.

—¿Necesita al…?

—¿No crees que debe ser agotador para tu madre tener que traerte casi todos los días al trabajo? —me interrumpió, dejando una gran interrogante en mi cabeza.

—Sí, mucho. Pero no tengo otra opción y…

—Yo te voy a dar una. —Me interrumpió de nuevo.

Esto era algo habitual en él. Difícilmente conseguía acabar una frase sin que Colin me interrumpiera, y sospecho que eso no cambiaría mientras estuviéramos juntos en el mismo ambiente.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso?

Me puse nerviosa. Algunas voces en mi cabeza empezaron a decir cosas como: «Tendrás todo el tiempo del mundo para cuidar de tu hija. Estás despedida».

Sí, mi mente pronunció eso alto y claro.

—Tu hija puede quedarse aquí todos los días. Si ella quiere, claro.

—¿En serio puedo? —Hanna miró a Colin y sonrió. Él… hizo exactamente lo mismo.

¡Vaya!

¿En qué universo paralelo estoy viviendo? ¡Este hombre no muestra afecto hacia nadie y resulta que sonríe cuando está con mi hija! Está claro que a mí me ignora cuando eso ocurre, pero aun así…

—Por mí no hay problema —añadió Colin, mirándola directamente a los ojos.

—Pensaba que estarías enfadado porque… bueno, ya sabes. Invadió tu privacidad, y yo tengo parte de culpa.

—Ah, sí. Que tienes parte de culpa, eso lo tengo claro.

Ya estaba tardando en soltar alguna de las suyas…

—Hanna me explicó lo que pasó, simplemente buscaba un baño. Prefiero que venga contigo.

Tendría que ajustar el horario del colegio, que por suerte estaba de vacaciones este mes.

La propuesta de Colin me tranquilizaba mucho, aunque a la vez me dejaba inquieta porque él no suele ser generoso con las personas que tiene cerca. Además, Hanna no se queda quieta ni un segundo.

—Por mí está bien.

—¡Estupendo! —Noté cierto entusiasmo en su voz y no pude evitar desconfiar; no entendía por qué el Colin amable había salido precisamente ahora a la luz.

—¿Voy a poder jugar aquí todos los días, tío? —preguntó Hanna con ilusión.

—¿Qué te he dicho sobre llamarlo tío, Hanna? —la reprendí suavemente.

—Lo siento, mamá.

—Puedes llamarme como quieras, pequeña. —Se agachó para quedar a su altura—. A mí me gusta mi nombre, pero si no lo recuerdas, puedes llamarme como te resulte más fácil.

Llámale borde, insensible, encanto, bombón o bipolar…

Ahí estaba mi cerebro otra vez, haciendo de las suyas con Colin.

—Se nos hace tarde. Buenas noches, Colin, y… gracias.

Juraría que no iba a responder, pero para mi absoluta sorpresa, escuché su voz diciendo:

—Hasta mañana, Isabelle. Buenas noches, Hanna. —Le sonrió al cruzar las miradas.

—Adiós… Colin.

Él se giró, pero antes añadió:

—Tito os está esperando. Él os llevará a casa. A partir de hoy, lo hará todos los días.

—Pero…

—No acepto un no como respuesta —sentenció mientras se alejaba aún más de nosotras.

¿Qué demonios acaba de pasar aquí?



—El tío Colin es muy bueno, ¿verdad?

¡Genial! Ahora resulta que juntó "tío" con su nombre. Estoy segura de que a Colin le va a encantar eso.

Aunque, pensándolo bien, Colin jamás se queja de nada que haga Hanna; conmigo, en cambio…

—Contigo es un encanto —susurré irónica mientras comíamos palomitas y veíamos El rey león por enésima vez.

—Ajá.

—Dime una cosa: ¿por qué te gusta tanto estar en la mansión? —pregunté, aunque prácticamente ya sabía la respuesta.

—Pues porque hay un parque, y puedo correr todo lo que quiera.

—Ya veo…

—Y porque el tío Colin es simpático.

—¡No lo es! —dije con tono burlón.

—¡Que sí lo es! —replicó Hanna, un poco enfadada.

¿Tiene sentido esto?

—Si tú lo dices…

Terminamos la película y noté lo agotada que estaba. En la mansión de Colin tengo que ir de un lado para otro prácticamente a cada momento. Tiene exactamente veinticinco empleados a su cargo, y soy la responsable de todos ellos. Desde problemas hasta avisos, todo pasa por mí, y cada día surge algo nuevo.

Aunque parezca increíble, estoy aguantando bastante bien trabajando para Colin Adams.



Me levanté más temprano de lo habitual. Como Hanna iba conmigo, tuve que despertar a mi pequeña y organizar algunas cosas para llevar a la mansión.

Después de dejar todo preparado, nos dirigimos hacia la puerta y, al abrirla…

Me fijé en un Audi negro estacionado justo frente a mi casa. No había visto aún la matrícula, pero se parecía a uno de los coches que utilizaban los conductores de Colin cuando era necesario.

Al acercarme al vehículo, la ventanilla se bajó lentamente y pude ver a Tito, que esbozó una amplia sonrisa en cuanto me vio.

—Buenos días, Isabelle. Colin me pidió que viniera a buscaros.

—Él no me comentó nada.

—Entre tú y yo, creo que esto se repetirá todos los días. —Me guiñó un ojo y yo sonreí en respuesta.

—Está bien.

Me quedé reflexionando sobre tanta generosidad. Ese hombre no es así y últimamente está actuando de forma extraña. Bueno… conmigo sigue siendo el mismo bruto de siempre, pero algo parece estar cambiando.

Al llegar a la mansión, encontré a Colin sentado en el sofá leyendo una revista.

Eso no era habitual. Decidí no darle importancia.

—Hola, tío Colin.

Hanna fue la primera en hablar, lo cual agradecí porque me permitió observar mejor el rostro de Colin. Es extraño… ¿cómo explicarlo?

Colin parecía quedarse paralizado un instante, y segundos después regresaba “al mundo”.

—Hola, pequeña. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué es? —preguntó emocionada.

—Está en la cocina. Helen te la enseñará.

Helen rápidamente cogió de la mano a Hanna y ambas desaparecieron hacia la cocina.

—¿No te olvidas de algo, hija? —le recordé.

—Ah, gracias, tío Colin.

—De nada.

Colin y yo nos quedamos en el salón. Él me observó unos instantes, aunque prefirió permanecer en silencio.

—No sabía que Tito nos recogería hoy.

—Es una manera de evitar tus retrasos. Lo decidí en el último momento.

Ya veo…

—Hoy tengo mucho trabajo. Espero que no me interrumpas.

Díselo a Hanna, tu nueva amiguita…

—Entendido.

¿Era posible que estuviera celosa? Supongo que no.

Mi problema es no entender por qué Colin es así con mi hija, ya que ni siquiera con Joshua, su propio hijo, he visto que demuestre algún tipo de afecto.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No. Pero, conociéndote, la harás en otro momento, y ni siquiera sabré que es la misma pregunta de hoy.

—¿Hanna se parece a tu hija fallecida?

Me preparé para lo peor después de formular esa pregunta. Si Colin es tan grosero e insensible con preguntas triviales que ni siquiera

lo involucran directamente, ¿qué haría con una tan íntima?

—La verdad es que no. Maddison era algo más reservada y estaba muy unida a su madre. Aun así, cuando estábamos juntos, nos divertíamos muchísimo.

Yo… estoy… en shock.

La naturalidad con la que Colin pronunció esas palabras me dejó totalmente perpleja, y debo reconocer que fue hasta tierno.

—¿Qué pasa? —me preguntó al notar que permanecía mirándole a los ojos demasiado tiempo, intentando entender por qué había respondido con tanta sinceridad. En mi opinión, extraña conversar sobre su hija con alguien, aunque, por lo poco que lo conozco, él jamás lo admitiría.

—Pensé que ibas a ser borde conmigo.

—Es lo que merecías por hacer una pregunta tan personal, pero, como te dije antes, ibas a hacerla de todas formas en otro momento.

—¿Puedo…?

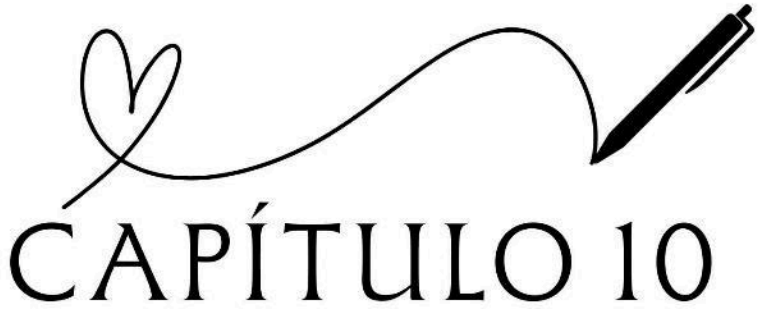
—¡No, no puedes! —me interrumpió—. La sesión de preguntas y respuestas ha terminado. Como te dije, tengo mucho trabajo y no

quiero que me interrumpan. ¿He sido claro?

—Sí, muy claro.

Sería muy ingenuo por mi parte esperar que se abriera un poco más.

Sé que cometo el error de esperar demasiado de las personas, pero escuchar a Colin hablar un poco sobre su familia despertó en mí una esperanza que ni siquiera yo misma era capaz de entender.



«A veces solo necesitamos una palabra amiga para que todo vuelva a encajar…»

COLIN ADAMS

Seguí bastante estresado con el trabajo durante toda la mañana. Incluso aquello que antes disfrutaba hacer ahora me estaba resultando insoportable.

—¡Qué coño te pasa, Colin! —exclamé enfadado conmigo mismo, sin saber exactamente qué hacer, ya que mis próximos pasos estarían

comprometidos si no finalizaba pronto esta fase del proyecto de James.

Decidí darme una ducha para intentar calmarme un poco, aunque mientras el agua recorría mi cuerpo, no pude evitar pensar en Isabelle.

¿Por qué entra y sale constantemente de mi mente?

No puedo aceptar esta situación, y estoy empezando a volverme loco por no conseguir evitarla ni siquiera dentro de mi propia casa.

Nuestro primer beso jamás debería haber ocurrido. Ni el segundo, ni aquel posible tercero…

Ya no sé qué hacer. Tuve que amenazarla con perder su trabajo para mantenerla a una distancia segura. Sé que no es justo tomar decisiones así, pero será lo mejor para ambos.

¡Tiene que serlo!

Recordé las preguntas que me había hecho esta mañana. A veces la curiosidad de Isabelle me pone de los nervios, y mis ojos y mi expresión facial lo dejan bien claro; sin embargo, en el fondo, sé que ella no lo hace con mala intención, e incluso parece preocuparse por mí.

—Qué idiota soy pensando que alguien podría preocuparse por mí. —Miré hacia arriba, profundamente irritado por haber sido

abandonado justo por él.



Intenté continuar con mi trabajo, pero el bloqueo mental todavía me afectaba de alguna manera. Esto viene pasando desde que… bueno, creo que es obvio señalarlo.

Escuché tres golpes en la puerta de mi habitación. Cuando sucede algo así, sé que es alguno de los empleados de la casa queriendo hablar conmigo.

—¡Adelante!

Jeanne, una de las empleadas de la limpieza, entró a mi habitación muy incómoda y pálida, evitando hacer contacto visual conmigo. Sé que suelo parecer un monstruo la mayor parte del tiempo, así que no se lo reprocho.

—¿Qué ocurre? —pregunté, notando cómo temblaba ligeramente.

—Es que… la niña… está llamándole.

Entrecerré los ojos, lo que hizo que la chica se pusiera aún más nerviosa y roja.

—¿La niña…?

—Hanna. Ella ha preguntado por usted. Le he dicho que… no deseaba ser interrumpido, pero… insistió mucho.

Durante unos segundos reflexioné sobre sus palabras. ¿Por qué Hanna querría hablar conmigo?

—¿Dónde está ella?

—En el parque.

—De acuerdo. Dile que iré en cinco minutos.

No sé quién se sorprendió más: si yo por haber dicho que efectivamente iría, o Jeanne al notar mi determinación.

—Muy bien.

Necesitaba salir urgentemente de esta habitación y, confieso que sentía curiosidad por saber qué quería Hanna conmigo. De todas formas, solo había una manera de descubrirlo: ir hasta allí…



No tardé mucho en encontrar a la pequeña. Estaba divirtiéndose sola en el parque bajo la atenta mirada de Jeanne.

Tenía casi la certeza de que Isabelle no sabía que Hanna me había llamado, y dudo muchísimo que aprobase algo así.

Durante algunos minutos, me quedé observándola mientras jugaba. Qué bonito es ser niño: vivir sin preocupaciones y disfrutar de la vida de esa manera. Yo no tuve esa oportunidad, pero siempre hice todo lo posible para que Joshua y Maddison tuvieran una buena educación y momentos felices.

—Hola, tío Colin.

Estaba tan distraído que cuando quise darme cuenta Hanna ya estaba a mi lado mirándome desde abajo. Me siento bastante torpe en su presencia, y aún no entiendo bien por qué sucede con tanta frecuencia.

Supongo que su espontaneidad e ingenuidad me desarman; simplemente no sé cómo actuar con ella, mucho menos regañarla.

—Hola.

—¿Sabías que te llamé?

—Sí, Jeanne me lo dijo. ¿Qué necesitas?

—Nada.

—¿Nada? —me sorprendí.

¿Qué estará tramando esta pequeña?

—Sí. ¿No estabas tú solo en tu cuarto?

—Así es.

—Pues a mí no me gusta estar sola. Es feo, ¿verdad?

¿Cómo podía decirle que me había acostumbrado a eso? ¿O incluso admitir que a veces disfruto de la soledad que siento cada día?

—A veces sí que es feo.

—Ajá. Por eso te llamé, para que no estuvieras triste como ayer.

Una vez más, me quedé helado frente a esta niña que resultaba ser mucho más lista de lo que había imaginado.

Había notado mis emociones y unido una cosa con la otra, estoy seguro. A pesar de su corta edad, Hanna tenía una percepción impresionante.

—Hoy estoy mejor. —Desvié la mirada, incapaz de sostenerle los ojos a alguien tan puro y sin ninguna maldad en el corazón.

—¿Tú trabajas? —me preguntó, consiguiendo que volviera a prestarle atención.

—Sí. Soy arquitecto.

—¿Ar… qui… toto? —le costó pronunciarlo, pero fue gracioso escucharla intentarlo.

—No. —Sonreí—. Ar-qui-tec-to —repetí lentamente.

—Ar… qui… totó. ¿Ahora sí?

—Sí, así está bien —dije con una ligera incomodidad.

Esta niña es muy graciosa, no cabe duda. Le gusta hacer preguntas, exactamente igual que a su madre, aunque

sorprendentemente Hanna no me irrita; es de las pocas personas que consiguen esa proeza.

En ese momento me percaté de que Joshua se acercaba al parque, mirándonos con recelo. Últimamente no estoy llevándome muy bien con mi propio hijo. Cuando intento conversar con él, simplemente ignora mis palabras o directamente abandona el lugar sin decir nada.

—Hola.

Tal como supuse, Hanna intentó iniciar una conversación.

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Hanna. Podemos jugar juntos si quieres.

Joshua la miró fijamente y luego dirigió su atención hacia mí, visiblemente nervioso.

—¡No quiero jugar contigo! —gritó.

—Joshua, ¿qué te he dicho sobre…?

—¡Y tampoco quiero hablar contigo!

Tras estas palabras, se fue del lugar en el que estábamos. De nuevo sentí tristeza por la manera en que me había tratado. En que nos

había tratado.

Intento ser un buen padre, de verdad, pero no lo estoy consiguiendo.

Estoy bloqueado, y no consigo tener una relación cercana con Joshua. No como antes.

—Lo siento, Hanna. Mi hijo está nervioso. Estoy seguro de que no quería decir eso.

—Ah, seguro que echa de menos a su hermana, por eso no quiere jugar conmigo. ¡Pero ya verá como acabamos jugando juntos!

—¿Cómo dices?

—Mi mamá siempre me dice que a veces soy pesada porque insisto demasiado. Voy a jugar con él, tío Colin.

Eso era algo que no esperaba escuchar, pero me alegró, porque al menos alguien estaba intentando incluir a Joshua en algo; algo que ni siquiera su propio padre conseguía hacer…

-

ISABELLE CAMPBELL

Me sentí aliviada al saber que Hanna había estado todo este tiempo en el parque. Al menos mi hija no anda recorriendo la casa, y eso ya es un problema menos que resolver.

—¿Todo bien por aquí? —pregunté a Helen, que parecía más sonriente de lo habitual.

—Sí.

—Hmm. ¿Ha pasado algo?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Tu rostro. Pareces feliz.

—Tal vez tengas razón…

—Helen… —Sonreí, ya curiosa por saber lo que podría estar sucediendo.

—Digamos que hice una pequeña prueba y ha salido muy bien, al fin y al cabo.

—¿Y puedo saber de qué se trata?

Helen me analizó durante algunos segundos, pero finalmente dijo algo que me dejó alarmada:

—Hanna llamó a Colin para que estuviera con ella en el parque y él… aceptó.

Me quedé blanca.

—Espera… ¿por qué no me dijiste nada?

—Como te comenté, era una prueba que, gracias a Dios, ha dado resultado. Es muy extraño, pero Colin salió de su habitación menos de cinco minutos después de que Hanna lo llamara.

—Algún día acabarás conmigo, ¿lo sabías? Será mejor que vaya a ver qué están haciendo.

—De acuerdo, hija.

Helen continuó sonriendo, mientras yo todavía intentaba asimilar la noticia que acababa de darme.



Bueno… ver a Colin empujando a Hanna en el columpio fue toda una sorpresa para mis ojos. Mi pequeña realmente había logrado sacarlo de su escondite.

Durante algunos minutos permanecí «escondida», observando aquella escena. Mi hija reía y hablaba con Colin, que claramente parecía incómodo.

—No supe qué hacer, Isabelle. —Jeanne se acercó a mí, bastante nerviosa—. Fui yo quien llamó a Colin cuando Hanna me lo pidió. Como no te encontré en casa, le pregunté a Helen qué hacer, y ella me dijo que podía avisarle.

—Helen ya me lo contó. Puedes quedarte tranquila.

Jeanne respiró profundamente, dejando escapar una sonrisa tímida. El alivio en su rostro era evidente.

—Iré a continuar con mis tareas. Espero que no me despidan por esto. —Sonrió antes de alejarse.

—Es más probable que me despida a mí… —dije en voz baja, aunque ella ya no estaba lo suficientemente cerca como para escucharme. En realidad, esa afirmación iba más dirigida a mí misma.

—Nadie te va a despedir mientras sigas haciendo tu trabajo. —La voz grave de Colin resonó justo detrás de mí.

—Hanna te está distrayendo, es evidente. —Me giré para mirarle.

Hanna estaba ahora sola en el parque, deslizándose por el tobogán.

—Haremos lo siguiente: no te preocupes por lo que haga mientras esté dentro de la mansión. Deja que la niña haga lo que quiera, incluso… distraerme, si se da el caso.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—¿Acaso me has visto bromear alguna vez?

—Sí, hace unos minutos en el parque.

No pude evitar ese pequeño juego de palabras y sonreí ligeramente. Probablemente mañana se acabaría el mundo por culpa de un meteorito, porque por primera vez vi a Colin sonriéndome. Sí, Colin sonrió. Y fue a mí.

—Buena jugada.

—¿Ves? No es tan difícil sonreír un poco.

—No abuses de mi paciencia. Simplemente quédate con lo que te he dicho: déjala libre aquí dentro.

—Entonces te aviso desde ya que mi hija es muy cariñosa. —Crucé los brazos, observándolo con malicia.

—¿Cariñosa? —pareció interesado o quizás preocupado, todavía no había identificado exactamente cuál era su reacción.

—Sí. Hanna no te dejará tranquilo, y esta decisión es completamente tuya.

—Entiendo.

—Si has cambiado de opinión, es mejor que me lo digas ahora.

Observé a Colin durante algunos segundos mientras parecía pensar en ello, mirando a Hanna jugar alegremente. Su respuesta no tardó mucho:

—Está bien. No me importa. Tu hija me cae bien.

¡Madre mía!

¡Existe un Colin con sentimientos! No pretendía burlarme de él, simplemente estaba sorprendida por la relación que estaba surgiendo entre ambos.

—Y tú también le caes muy bien a ella, tío Colin. —No pude resistirme a provocarle con esa frase.

Colin me observó con cara de pocos amigos y contestó secamente:

—¿No tienes trabajo pendiente?

—Sí. Hasta pronto.

Me alejé, pero esta vez no lo hice molesta como en otras ocasiones. Estaba empezando a notar a Colin algo menos tenso cuando estábamos juntos, y eso ya era un gran avance.



Ya era mi hora de salida cuando Hanna empezó a hablar sin parar sobre cosas aleatorias y rápidamente acabó llegando al tema del «tío Colin».

—Mamá, ¿sabías que el tío Colin es ar…qui…to…to? —pronunció lentamente, y no entendí bien lo que quiso decir.

—¿Qué has dicho?

—¡Arquitoto, mamá! —repitió con cierta impaciencia y rapidez, frustrada porque no entendía aquella palabra inventada.

—Quiere decir arquitecto. —Colin apareció de repente como una sombra, acercándose a nosotras.

—¿Ves, mamá? El tío Colin sí que lo entendió bien.

No pude evitar soltar una carcajada. ¿Sería mala madre si luego le pidiera a mi hija que repitiera esa palabra varias veces seguidas?

—Esa fue exactamente mi reacción —comentó él.

—Me alegra que os estéis haciendo amigos.

—El tío Colin es bueno.

—Creo que eres la única persona que piensa así —respondió Colin.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Es hora de irnos, jovencita. —Cogí su mano suavemente.

—Mañana el tío Colin y yo vamos a jugar otra vez.

—Hanna, no abuses de su paciencia.

—Pero… él me lo pidió, mamá.

Tanto mi rostro como el suyo se giraron automáticamente hacia Colin, que de pronto parecía totalmente incómodo.

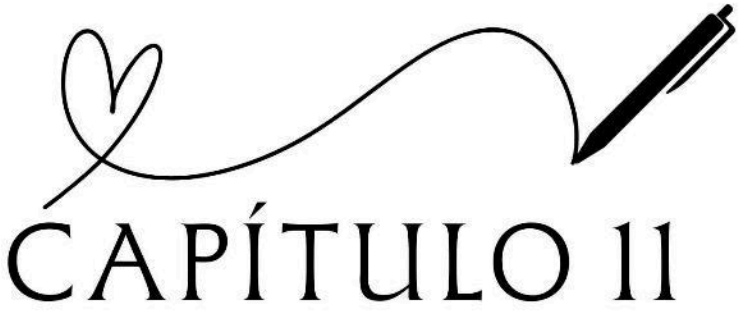
—Bueno… es que vi que Joshua no quiso jugar con ella y… me ofrecí yo… si ella quería, claro.

Sólo Hanna es capaz de derribar las barreras de ese hombre; resulta increíble. Verlo tan vulnerable no es algo normal, y reconozco que está aún más guapo cuando se siente incómodo.

—Tú también puedes jugar, mamá.

—Se nos hace tarde. Vámonos ya. —Esta vez fui yo la que se sintió avergonzada.

Noté que Colin sonreía discretamente, y por lo visto no soy la única que disfruta poniendo a los demás en situaciones incómodas.



«A veces basta una sola frase para volver a sentirnos vivos…»

COLIN ADAMS

No recuerdo haberme divertido así en mucho tiempo. Hoy fue un día diferente.

Tal vez exagero al decirlo, pero Hanna consiguió arrancarme varias carcajadas hoy, y todavía no entiendo cómo logra derribar mis barreras con tanta facilidad.

Antes de volver a entrar en mi habitación, me fijé en que Joshua estaba jugando a la consola en el salón. Dudé unos segundos sobre si sería buena idea acercarme, pero al final terminé sentándome a su lado en el sofá.

Mañana empezaría el colegio, y confié en Isabelle para llevarlo.

—¿Vas ganando?

—¿Eh?

Señalé con el dedo el juego de fútbol.

—Sí.

—Parece que eres bastante bueno.

La verdad es que había perdido gran parte de la cercanía con mi hijo, y si antes incluso jugábamos juntos, ahora ni siquiera conseguía observarlo o comentar lo que hacía. Quería cambiar eso.

¡Solo tienes que dar el primer paso, Colin!

—Más o menos…

—¿Te importa si me quedo viendo cómo juegas?

—No.

Los siguientes cinco minutos estuvieron dominados por un profundo silencio en la sala.

Una voz interna insistía en que permanecer allí era mala idea, ya que no soy un padre presente, pero hoy decidí ignorar esos pensamientos, porque ya había roto muchas de mis propias reglas.

—¿Por qué estabas jugando con esa niña? —Joshua me sorprendió al iniciar él mismo la conversación.

—Ella estaba sola y me llamó.

Inmediatamente pausó el juego, mirándome muy enfadado. Su expresión había cambiado drásticamente.

—¡No quiero una hermana! —exclamó con brusquedad, lanzando el mando sobre el sofá e intentando salir rápidamente de la sala. Esta vez no permití que eso sucediera.

—¡Joshua! —Le sujeté suavemente la mano—. Ella es hija de Isabelle, no estoy buscando una hermana para ti, si es eso lo que piensas.

—Pero a ti te cae bien.

—Sí, Hanna es una niña buena y muy alegre. Podrías darle una oportunidad, sé que te sientes solo.

—¡Yo quiero a mi hermana y a mi madre!

Supe lo furioso que estaba al escuchar el tono de su voz, y durante un instante me quedé sin palabras.

—No eres el único que las echa de menos. Todos los días pienso en tu hermana y daría cualquier cosa por que estuviese aquí con nosotros.

—¡Ya no quiero jugar más!

Salió del salón y fue directamente hacia su habitación.

Mi cabeza estaba a punto de explotar, así que cerré los ojos durante unos segundos, intentando comprender lo que pasaba por la mente de mi hijo. Fue inútil.

La verdad es que ya no sé qué hacer.

—Con el tiempo mejorará, Colin. —Escuché la voz de Helen cerca de mí y abrí los ojos inmediatamente.

—Ya no sé cómo actuar. Intento acercarme a Joshua, pero él me ignora por completo. Soy un fracaso como padre, Helen.

—No, no lo eres. —Se sentó a mi lado.

No puedo ser grosero con Helen. No intentéis entenderlo, pero es una de las pocas personas con las que nunca me irrito.

—Ese accidente me destrozó. Literalmente.

—Sé que Maddison no volverá, pero Joshua sigue aquí contigo, y en el fondo sabes que debéis acercaros.

—Tengo que arreglar esto de alguna manera. Pensaré en algo. —Me levanté, dedicándole una leve sonrisa—. Gracias por estar presente incluso cuando ni yo mismo me soporto.

—No tienes que agradecerme nada. Sabes que siempre estaré aquí para lo que necesites.

Jamás he dudado de las palabras de Helen, porque si existe alguien que siempre ha hecho todo por mí, es ella. Solo espero poder aprender de mis errores y no empeorar aún más la relación con mi hijo.

ISABELLE CAMPBELL

Hoy llevaría al hijo de Colin al colegio.

Confieso que no entendí muy bien el sentido de algo así, especialmente teniendo él tres chóferes a su servicio, pero preferí no darle importancia.

—¿Joshua está listo? —pregunté a Helen, que parecía bastante ocupada desde primera hora de la mañana.

—Ya está bajando.

Esperé unos cinco minutos, pero la persona que apareció frente a mí fue otra: Colin. Me observó de una manera distinta a la habitual, y hoy no parecía tan irritado.

—Buenos días.

Un detalle: esas palabras salieron de la boca del propio Colin.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

Ya que él había iniciado la conversación, nada mejor que intentar sacar algún tema.

—Dentro de lo posible, sí.

—Me alegro.

—Isabelle, necesito hablar contigo sobre Joshua, más concretamente sobre el motivo por el que vas a llevarlo al colegio.

—Tienes varios chóferes; la verdad, no entiendo bien por qué tengo que coger uno de los coches y llevarlo yo.

—Precisamente ahí está la cuestión. —Dio un paso adelante y bajó ligeramente la mirada—. No lo llevarás en coche.

—¿No? —Me quedé confundida.

—Joshua no va en coche. Esto comenzó después del accidente de Jennifer y Maddison. Ha tenido ataques de pánico varias veces, y cuando vino el psicólogo a atenderlo aquí en casa, todo quedó aclarado. Desde entonces recibe tratamiento cada quince días, pero aún no está preparado para intentarlo otra vez. Su colegio queda a unas cinco calles de aquí, y necesito que vayáis caminando.

—Ah, no hay ningún problema.

Todo cobró sentido tras escuchar sus palabras. Por lo visto, Colin no es el único con secuelas después del accidente que sufrió su familia.

Juzgarlo no tendría sentido, y no sé qué pasa exactamente por la cabeza de su hijo. Lo único de lo que estoy segura es que Colin también necesita ayuda psicológica, aunque dudo muchísimo que él tomara esa decisión voluntariamente.

—Gracias, Isabelle.

Intentó sonreír, pero no le salió. Simplemente se giró.

Mis pensamientos me suplicaban decir algo más, al menos una palabra de ánimo, pero temía abusar de la paciencia de Colin, algo que últimamente hacía demasiado.

—Todo irá bien. Las cosas entre vosotros mejorarán, y te prometo que seré una buena compañía para Joshua.

Colin no respondió nada, pero permaneció quieto durante unos segundos antes de seguir su camino hacia esos pasillos que yo nunca había osado pisar.



Joshua y yo acabábamos de salir de la mansión. Parecía triste y no hablaba conmigo.

—¿Estás animado por el primer día? —Intenté sacar conversación.

—No quería venir. Preferiría quedarme en casa jugando a la consola.

—¿Ah, no echas de menos a tus amigos?

—No.

A pesar de tener solo siete años, Joshua parece entender perfectamente cómo el accidente afectó su vida, y es extremadamente sincero.

—Es importante estudiar, Joshua. Además, es necesario.

—¿Y si fingimos que vamos al colegio y volvemos a casa?

Vaya, qué listo…

—Muy bien, pero entonces tendrás que aceptar que me despidan y que mañana te lleve otra persona.

El niño se quedó pensativo unos segundos, pero enseguida mostró una ligera sonrisa.

—No quiero que te despidan.

—Entonces, es una pena. Tendremos que ir al colegio. —Le devolví la sonrisa.

No volvimos a conversar hasta llegar. Joshua no es el tipo de niño hablador, o al menos ya no lo es. Tampoco lo conocí antes de que la tragedia sucediera.

—Que tengas un buen día en clase.

—Gracias. Y… perdona por haber sido antipático con tu hija. —Dijo eso y rápidamente salió hacia la entrada principal, sin darme tiempo a responder.

La verdad, ni siquiera sabía qué podía haber pasado entre ellos.

COLIN ADAMS

No me gusta hablar sobre ciertos problemas que tiene Joshua, independientemente de quién sea la persona que pregunta. Aunque Isabelle es una mujer que habla más de la cuenta y demasiado curiosa, cada día confío más en ella.

No me preguntéis cómo ha ocurrido ni por qué mi corazón se ha ablandado de esta forma. Sé que no es bueno volverse vulnerable en algunos aspectos, pero admito que estoy algo feliz, no lo voy a disimular.

—¿Te gusta jugar en el parque?

Sí, estaba nuevamente en el parque con la pequeña miniatura de Isabelle, que es capaz de hablar aún más que su madre. Hoy estaba todavía más inquieta que ayer, y me pregunto si siempre será así.

—Antes me gustaba más.

—Hmm… ¿Jugabas aquí con tu hija?

—Sí, muchas veces.

Maddison no me dejaba trabajar hasta que venía al parque o tomaba el té con sus muñecas. Yo siempre fui bastante torpe en esos juegos de té o café imaginarios, pero al menos tenía la certeza de que ella se divertía conmigo.

O quizás fingía muy bien.

—¿Tu mamá te ha dicho cuándo empiezan las clases en tu cole? —Intenté cambiar de tema, ya que me sentía incómodo cada vez que Hanna sacaba a relucir algo de mi pasado.

—Hmm, no sé cuándo empiezan, pero prefiero quedarme aquí.

Niños…

—Pero para poder quedarte aquí tienes que ir al cole primero —dije amablemente, aunque con un toque de seriedad.

—¿En serio?

—Sí.

—Ah, entonces sí que voy a ir.

Sonreí.

Esta pequeñita…

—¿Te acuerdas de tu papá?

Sí, esa pregunta fue demasiado aleatoria para mi gusto. Después de aquella breve conversación con Isabelle, cuando mencionó que el padre de Hanna las había abandonado, me pregunté varias veces qué podría haber ocurrido.

No quise preguntárselo directamente a Isabelle porque sabía que ella tampoco dudaría en cuestionarme algo parecido, y yo difícilmente estaría dispuesto a conversar sobre mi pasado. Me sentía culpable preguntándole esto a una niña tan pequeña.

—Bueno… solo un poquito —contestó con normalidad, como si no le importara demasiado.

—Entiendo.

Había cometido un error al hacer esa pregunta, y ya estaba pensando cómo cambiar de tema. La vida privada de Isabelle no me interesa y no tengo necesidad de hurgar en ello.

—Mi papá se fue de casa y nos dejó solas a mamá y a mí. Ella lloró mucho.

No deberías haber dicho eso, Hanna.

Me quedé dando vueltas a sus palabras y una gran sensación de arrepentimiento se apoderó de mí. No tenía necesidad alguna de tocar ese tema.

—Mi papá apretaba a mamá, la pellizcaba y también le daba algunos golpes.

—¡¿Cómo sabes tú eso?! —No sabía si enfadarme o sorprenderme por el hecho de que una niña tan pequeña recordara algo así.

—Una vez mamá y la abuela hablaban, y yo las escuché.

Justo lo que no necesitaba hoy era sentir rabia.

¡Precisamente hoy no!

En un impulso que no preví, detuve el columpio y sujeté sus dos pequeñas manos. No tenía ni idea de qué estaba haciendo, pero sentí la necesidad de decirle unas palabras a la niña:

—Tu papá no volverá a hacerle daño a tu mamá nunca más. Un día ella encontrará a alguien a quien tú llamarás papá, y esa persona os tratará a las dos como os merecéis.

La pequeña me observó durante largos segundos, dejándome desconcertado.

La inocencia de Hanna consigue desarmarme por completo. Cuando me mira, parece ver algo muy profundo en mí, algo que ni siquiera yo mismo soy capaz de reconocer.

—Vale, tío Colin.

Nos quedamos en silencio unos minutos más en el parque. No dijimos nada más, y esa quietud acabó por incomodarme un poco. Por lo visto, estoy aprendiendo de Isabelle a hablar más de la cuenta, y en los momentos menos indicados.

—Tengo sueño —dijo Hanna mientras se levantaba del pequeño columpio y estiraba los brazos hacia mí.

Al principio no entendí lo que quería, pero enseguida comprendí que deseaba que la cogiera en brazos. Aunque sentí cierta vergüenza, lo hice igualmente.

Aún no sabía bien adónde llevarla, o más bien sí había un lugar…

Caminé hacia aquellos pasillos que normalmente evito, y finalmente puse a Hanna en la cama de mi difunta hija. La niña debía

estar realmente cansada, porque se durmió durante el corto trayecto.

Me quedé observando a esa pequeña durante varios minutos, tratando de entender por qué Hanna despertaba tantas emociones en mí. Ella no se parecía en absoluto a Maddison, y generalmente cuando tengo contacto con otros niños —algo extremadamente raro—, no me emociono ni me afecto como sucede con ella.

Algo extraño está pasando aquí, pero aún no he logrado descubrir qué es exactamente.



Estaba tomando un descanso de mi trabajo.

Decidí pasear un poco por el jardín y enseguida me encontré con Helen, que hoy estaba más sonriente de lo habitual.

Ella es una mujer alegre, y reconozco que siento una leve envidia cuando la veo sonreír así. Me gustaría ser un hombre feliz, pero

después de todo lo que me ha ocurrido, resulta bastante complicado lograr semejante proeza.

—¿Está mal decir que estuve observándoos unos minutos mientras jugabais en el parque?

—Sí, Helen. Muy mal. Pero tranquila, no voy a despedirte por eso. —Sonreí, y ella me devolvió la sonrisa.

No estaba enfadado, ni mucho menos. Hanna consigue despertar en mí un lado bueno, un lado que creí que ya no existía dentro de mí.

—Esa niña es un encanto. Tan pequeña como es, habla por los codos y le encanta conversar con todo el mundo. Estoy segura de que ya conoce a todas las personas de esta casa.

—Cierto, Hanna habla muchísimo, incluso de lo que no debería. —Recordé los últimos acontecimientos.

—Pero de todas las personas aquí, a quien más cariño tiene es a ti.

—Juego con ella en el parque, algún mérito tendré —intenté quitar importancia al asunto.

—No, Colin. Te busca todos los días, y en algunas ocasiones tenemos que decirle que no estás en casa porque, de lo contrario, no te dejaría ni respirar.

—¿Lo dices en serio? —me sorprendí.

—Sí. Isabelle se vuelve loca con eso. —Sonrió mirando de reojo, observándola mientras entraba en la cocina—. Se preocupa demasiado y odia que Hanna te interrumpa, aunque no estés haciendo nada importante. Es su forma de ser. Isabelle es buena persona y está muy comprometida con hacer su trabajo correctamente.

En el fondo, eso ya lo sabía. Reconozco que la he amenazado más de una vez y que exijo más de lo que debería, pero entiendo su postura, aunque sea un poco, y sé que su vida no ha sido nada fácil, especialmente después de haber sufrido un abandono.

—Hanna es muy especial para mí —solté sin pensarlo, y solo después fui consciente de mis palabras.

—Lo sé, y creo que con el tiempo vuestra relación será todavía mejor.



Me sentí ligero al retomar mi trabajo y avancé bastante en la parte que tenía bloqueada.

Al final, tener un buen día me ayudó en algo, aunque tampoco debería acostumbrarme a eso, porque mi experiencia con días que empiezan bien no suele ser demasiado buena.

Crear expectativas es una auténtica mierda, así que prefiero mantenerme alerta en todo momento.

Miré mi reloj y vi que ya pasaban de las cinco de la tarde. Avisé a Helen para que vigilara a Hanna y la ayudara cuando la pequeña se despertase. Supuse que aún estaría dormida en el cuarto.

En teoría, solo Helen tenía autorización para andar por esos pasillos, pero al parecer Hanna no es muy amiga de las normas y ya ha estado por aquí más veces de las que imagino.

Decidí salir un poco de mi habitación para estirar las piernas, y antes fui al cuarto de mi hija, pero Hanna ya no estaba allí durmiendo.

Un verdadero milagro que estuviese despierta y no me hubiera llamado para jugar.

Sí, lo sé, me estoy dando demasiada importancia. Es culpa de Helen, que me hizo creer que la niña me está dando más atención de la debida. Lo correcto sería que se alejara, considerando que soy el menos agradable de esta casa.

Me dirigí hacia la cocina, donde Helen estaba preparando algunos dulces, nuevamente sonriente.

—Buenas tardes. Discúlpame por no haberte avisado de que Hanna ya se había despertado, pero es que ha hecho un nuevo amigo, y ahora tendrá que dividir sus atenciones con él.

—Buenas tardes, Helen. ¿Un nuevo amigo?

—Sí. Ve a echar un vistazo en la sala junto al jardín de invierno.

Confieso que sentí curiosidad. Me dirigí hacia allí, y cuando vi a Hanna jugando con Joshua, sentí que mi corazón se detenía.

Mi hijo estaba enfadado con el mundo, convencido de que yo intentaba sustituir a su hermana, y ahora ahí estaban los dos, divirtiéndose con algún tipo de juego de preguntas y respuestas.

—Hanna es muy insistente —dijo Helen, acercándose a mí.

—¿Qué hizo esta vez?

—Estuvo detrás de Joshua desde que llegó del colegio. Él intentó alejarse de ella, pero Hanna no lo dejó tranquilo, se pegó a él como una lapa.

—No puedo creerlo. —Sonreí incómodo.

—Créetelo. La insistencia duró un par de horas y creo que acabó ganándose a Joshua por puro cansancio. Él prometió jugar con ella solo unos minutitos, pero el tiempo fue pasando, pasando… y ya llevan un buen rato divirtiéndose juntos.

Me sentí realmente feliz al escuchar aquello. Demasiado, quizá.

—Al final acabarán olvidándose de mí.

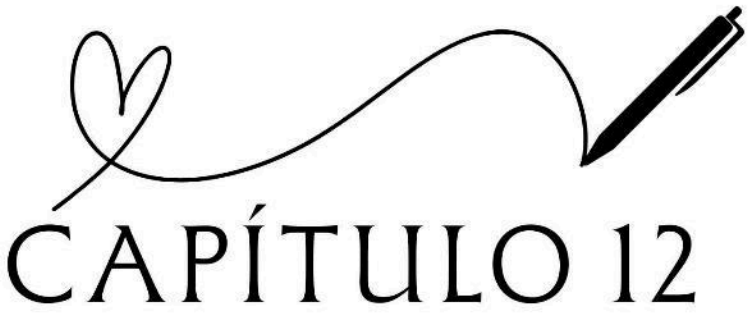
—…o podrías verlo como una oportunidad.

Helen me miró fijamente y entendí al instante lo que quería decir. Aunque no fuera el escenario ideal para acercarme de nuevo a Joshua, podría intentar unirme a ellos.

De hecho, conociendo a Hanna, probablemente ella misma me incluiría sin querer si me viera cerca.

—Veremos cómo evolucionan las cosas con los días. Nunca se sabe.

Hoy necesitaba ir a un sitio, pero después de todo lo ocurrido, era mejor dejarlo para otro día. Necesito dormir en paz, al menos esta noche.



«Basta con una sola chispa…»

ISABELLE CAMPBELL

Me pasé prácticamente toda la tarde mordiéndome las uñas.

Helen algún día acabará conmigo, eso lo tengo claro. Siempre soy la última en enterarme de todo, y descubrir que Hanna había estado durmiendo justo en la cama que pertenecía a la hija de Colin me dejó los pelos de punta.

Colin es extremadamente amable con Hanna, pero temo que en algún momento explote. No sabría cómo reaccionaría siendo madre, y mucho menos cómo reaccionaría mi hija.

La última travesura de mi querida hija inquieta fue perseguir a Joshua sin descanso durante dos horas, rogándole prácticamente para jugar juntos.

Pensé que no tendría éxito, pero por lo visto ni yo misma conozco lo insistente que puede llegar a ser, porque cuando me di cuenta ambos estaban jugando en el parque.

Al principio Joshua tenía una expresión de pocos amigos, pero creo que la persistencia de Hanna terminó ganándolo por agotamiento, y ahora siguen jugando, esta vez en una de las salas.

Cuando fui a echarles un vistazo una vez más, noté que Colin y Helen estaban conversando cerca del lugar. El rostro de Colin parecía más amigable, y creo que haber visto una escena así ayudó bastante en su parte más «sociable».

—Será mejor que alguien hable con estos dos, o esta broma no tendrá fin —dije mientras me acercaba a Colin.

—Tengo mucho trabajo pendiente, os dejaré a vosotros decidir qué hacer —Helen sonrió, alejándose rápidamente.

Colin parecía estar ausente cuando ella salió, ya que no dijo absolutamente nada. Por un momento pensé que se debía a mi presencia, pero enseguida pronunció algo que no esperaba en absoluto:

—Después de la muerte de Maddison, Joshua se negó a jugar con cualquiera de sus amigos; siempre decía que la única con quien merecía la pena jugar era su hermana. La verdad, estoy sorprendido con lo que veo.

—Ah, bueno, Hanna tuvo que perseguirlo un buen rato —me reí, y Colin esbozó una pequeña sonrisa.

—Eso me han contado. Es un poco persuasiva.

—¿Un poco? —Nuestras miradas se cruzaron, y enseguida sentí vergüenza por haberle observado así—. Ella consigue todo lo que se propone.

—Lo sé.

Esta vez fue Colin quien me observó detenidamente. Parecía querer preguntarme algo, pero no lo hizo. Lo único que consiguió fue

ponerme más incómoda de lo habitual, ya que esos ojos…

—En fin, creo que deberíamos hablar con los niños y…

—¿Cómo era realmente tu relación con el padre de Hanna?

Ahí estaba algo que no esperaba. ¿Por qué Colin me preguntaría algo así de repente?

—Buena —respondí con rapidez.

—¿Estás segura? —claramente dudaba de mí.

—¿En serio me preguntas si estoy segura?

—Creo que mientes. —No se molestó en responder a mi pregunta, simplemente dijo lo que pensaba.

No entendía el repentino interés de Colin por este tema, pero tampoco quería profundizar demasiado en una conversación así.

—Éramos una pareja normal, y como todas, tuvimos nuestros problemas.

—Por lo visto, demasiados, ya que has sido bastante específica mencionando los defectos y no las virtudes.

Nuevamente me perdí en los ojos de aquel hombre, que parecían hipnotizarme para que dijera todo lo que él quería saber. Esta conversación estaba volviéndose demasiado peligrosa…

—¡Tío Colin, tío Colin! ¿Quieres jugar con nosotros?

Para mi suerte, Hanna apareció justo a tiempo y rompió este incómodo momento.

—¿Qué tal si lo dejamos para otro día? —Colin sonrió, dirigiendo su atención a Joshua, que permanecía quieto.

—Hm, vale.

Colin llamó a Jeanne, que rápidamente se acercó a nosotros.

—Llévate a estos dos para que se duchen. Creo que ya están cansados.

—Está bien, Colin.

Sus empleados realmente se toman en serio lo de no llamarlo «señor».

Todos salieron de allí. Confieso que yo también deseaba marcharme, especialmente porque Colin me estaba observando como si pudiera ver hasta el fondo de mi alma.

—¿Qué tal un juego de preguntas y respuestas? —dijo mientras me ayudaba a recoger las cartas con las que nuestros hijos habían estado jugando.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, será divertido. Aunque no es muy recomendable jugar conmigo.

—¿Ah, sí? ¿Y puedo saber por qué? —me interesé.

—Porque odio perder, y siempre consigo lo que quiero.

Otra razón más para no hacer lo que él pedía.

—Mejor no.

—Qué pena —respondió sin apartar sus ojos de mí.

—Tendremos otras oportunidades, seguro…

—No lo has entendido —me interrumpió—. Qué pena que no aceptes por las buenas, porque sí vamos a jugar, y lo haremos ahora mismo.

Sonreí, ligeramente burlona, pero Colin parecía completamente serio.

—¿En serio?

—¿Tengo cara de estar bromeando? Serán solo tres preguntas.

No, definitivamente no estaba bromeando.

—¿Y si empatamos…?

—No habrá empate.

Miré la caja del juego de preguntas y respuestas, y noté que era para niños de hasta ocho años. Eso me tranquilizó, no voy a negarlo.

—¿Puedo empezar? —pregunté alegremente mientras cogía una de las cartas.

—Adelante.

Tomé una carta y leí la pregunta inmediatamente:

—¿Cuál es el color conocido mundialmente como símbolo de la paz?

—El blanco —respondió serio.

—Demasiado fácil. Tu turno.

Colin cogió una carta, pero tras un segundo la devolvió al montón.

—¿Cómo era realmente tu relación con el padre de Hanna? —Hizo especial énfasis en la palabra «realmente».

Me quedé paralizada. ¿Qué pretendía al repetir esa pregunta que ya me había hecho antes?

—Eso… no está escrito ahí —contesté, nerviosa y avergonzada a partes iguales.

—Es una lástima que no puedas estar segura de eso. El tiempo corre…

Colin no se marcharía de aquí sin una respuesta. Por la manera en que me miraba, parecía más bien un cazador frente a su presa.

Todo esto se estaba volviendo muy extraño.

—Al principio nos llevábamos bien, pero con el tiempo nuestra relación fue empeorando, especialmente cuando descubrí que él perdía mucho dinero apostando. Creo que nuestra afinidad comenzó a romperse en ese momento, y después de un tiempo él simplemente se marchó.

Intenté decir estas palabras con la mayor calma posible, aunque por dentro estaba enfadadísima por tener que compartir esta información. Pero Colin no me conoce tan bien, y si piensa que voy a darle algo sin recibir nada a cambio, está muy equivocado.

—Entiendo.

—Ahora me toca a mí.

Cogí el mazo de cartas y tomé una al azar, observándola por apenas un segundo, exactamente como él había hecho conmigo.

—¿Por qué crees que aislarte hará que la tristeza que sientes desaparezca?

Si él quiere jugar, jugaremos…

Creo que Colin esperaba que yo hiciera algo así, pero mantuvo su semblante perfectamente neutral.

—No lo creo. No me aislo porque eso vaya a aliviar o empeorar mi dolor. Simplemente no consigo hacer las cosas que antes me resultaban normales, desde que Maddison murió. Jamás aceptaré haber perdido a mi hija de la manera en que ocurrió, ni podré perdonarme nunca por eso.

—¿Y tu esposa? Yo…

—Te queda solo una pregunta. ¿Seguro que quieres gastarla en eso?

—Será mejor… dejar este juego por hoy. —Me levanté, incómoda.

—¿Alguna vez te han humillado o agredido a ti o a Hanna, el hombre que vivía contigo? —preguntó mientras también se levantaba.

Este juego había ido demasiado lejos, y hasta un ciego se daría cuenta de ello.

—Eso es muy personal.

—Lo sé.

Colin seguía clavando sus ojos en mí, y no sabía qué decir exactamente. Igual que él, tengo dificultad para abrirme con ciertos asuntos.

—Sí. Me agredió algunas veces, pero jamás permití que pusiera una mano encima a Hanna. Al principio fueron empujones y bofetadas, pero un día me dio un puñetazo. En ese mismo momento amenacé con denunciarlo, pero él dijo que, si hacía eso, se llevaría a Hanna y nunca más volvería a verla. Acabé cediendo, como una idiota. Era madre joven

y creí en sus amenazas. Varias veces, cuando salía solo con ella, se quedaba más tiempo fuera del necesario, como para hacerme sentir miedo. A pesar de todo, eran muy unidos, y como ya conoces a Hanna, sabes que se lleva bien con cualquiera. Pero después de ese episodio intenté mantenerlos siempre vigilados, y desde entonces él nunca volvió a pasar tiempo a solas con ella. Meses después mejoró como padre y como pareja, pidió disculpas cada día por haberme agredido, y yo lo perdoné porque se esforzaba en traer comida a casa y me trataba como cuando nos conocimos. Nunca volvió a agredirme, pero un tiempo después desapareció sin más, y nunca lo volví a ver. Si tuviera la madurez que tengo ahora, jamás habría seguido con él después de la primera agresión, porque nunca fue solo violencia física, sino también emocional.

Colin siguió observándome, claramente nervioso. Yo también lo estaba, ya que jamás hablaba abiertamente sobre estas cosas.

—Como dijiste, esto ha ido demasiado lejos.

—No importa —dije, atrayendo nuevamente su atención—. Aún me queda una pregunta.

Aunque no respondió, reuní valor suficiente para decir:

—¿Qué problema hay con mis besos? ¿Tan horrible fue besar a una mujer que lleva meses sin estar con nadie? ¿Por qué me amenazas cuando podrías simplemente mantenerte lejos?

—Creo que ya has superado el número de preguntas permitido. —Se giró, pero no dejaría que la conversación acabara así.

—Y creo que no tienes el valor suficiente para decirme la verdad.

Y aquí estoy… enfrentando a mi propio jefe sobre un beso que ocurrió hace días.

—No quiero hablar de eso. —Su voz grave resonó por la habitación.

—Claro, supongo que no soy lo bastante buena para ti.

—¡No vuelvas a decir eso jamás! —Dio dos pasos, acercando su cuerpo peligrosamente al mío.

—Colin…

—No te tengo miedo —gruñó.

—Nunca dije que lo tuvieras.

—Entonces, ¿por qué demonios piensas que besas mal? —Enarcó las cejas, claramente irritado.

—¿Esa es tu tercera pregunta? —lo provoqué.

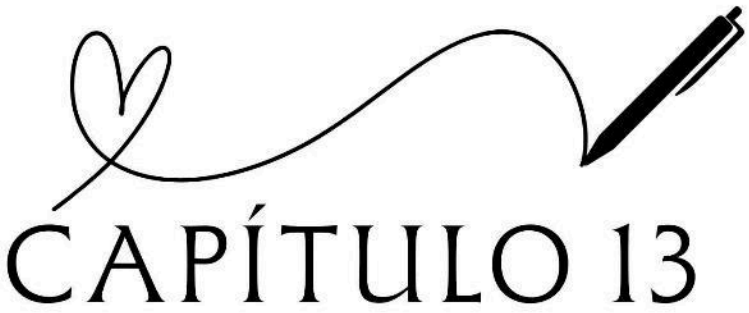
Mi comentario no pasó desapercibido, y Colin me empujó contra la pared, tomando bruscamente mis labios.

No entiendo a este hombre.

Cada día cambia un poco más, para bien o para mal. Puede sonar confuso, pero esta es la realidad que estoy viviendo.

Como había previsto, Colin se detuvo abruptamente y miró fijamente en lo profundo de mis ojos.

—¿Todavía crees que no me gusta cómo besas?



«Ay, los niños… ¡¿cómo detenerlos?!»

ISABELLE CAMPBELL

Lauren me atrapó en cuanto llegué a casa y no me dio ninguna oportunidad de escapar. A veces tengo la sensación de que tiene un radar especial para detectar cuando he vivido algo diferente. Es increíble.

—¿Es tan difícil controlar tu cuerpo cuando pasa algo así, mujer? —preguntó Lauren, obligándome a reflexionar al respecto.

Le había contado sobre nuestro inocente juego de preguntas y respuestas que terminó volviéndose algo demasiado personal.

—Sí.

—¡Menuda necesidad tienes, hija! —se burló, haciéndome poner los ojos en blanco.

Mira quién fue a hablar…

—Habló la puritana, que al lado de Mark se pone más suave que una pluma.

—Eh, no vale meterme a mí en esto.

Mi amiga tiene debilidad por un compañero del trabajo. Bueno, más que debilidad, es una caída en toda regla. Se lían continuamente, pero Mark no es de los que se comprometen, y Lauren se conforma con ser utilizada… y utilizar.

—Sabes perfectamente de qué hablo, así que no me juzgues.

—¿Cómo será en la cama? —Miró hacia arriba, haciéndome pensar brevemente en aquella pregunta—. Por cómo lo describes…

—No quiero pensar en algo que jamás ocurrirá.

—¿Y acaso tienes una bola de cristal para estar tan segura? —cruzó los brazos, dejándome en jaque.

—Es prácticamente imposible, son solo unos besitos. Nada más, nada menos.

—¿Y qué más da? ¡Los hombres son hombres! Puede ser rico, pobre, flaco, gordo, bajito o alto… ¡da igual, mujer! Todos ellos tienen necesidades, igual que nosotras.

—¡Pero está mal! —protesté—. ¡Es mi jefe, Lauren! Tengo que controlarme y no echarlo todo a perder.

—Según lo que me has contado, fue él quien te besó. ¡Las TRES VECES! —dijo exageradamente, arrancándome una carcajada.

—Vale, admito que en alguna ocasión lo provoqué un poco.

—Lo que tú no quieres reconocer es que este hombre puede volverte loca. Y peor aún: no quieres aceptar que está a punto de ocurrir.

—No metas ideas en mi cabeza. Soy madre soltera, no tengo tiempo para estas cosas, los besos son esporádicos, así que deja ya el tema.

—Imagínate esto conmigo: Colin cogiéndote en brazos, llevándote hasta la cama, quitándote lentamente la ropa, acariciando cada punto sensible de tu cuerpo, y después bajando con su boca hacia…

—¡Eh, eh, basta ya! No me metas más fantasías en la cabeza de las que ya tengo con él.

—¡Ajá, lo sabía! —exclamó, soltando risas disimuladas tras tocar mi punto débil.

No debería haber hablado así, con esa euforia que claramente delataba que fantaseaba con ese hombre. Qué tonta fui…

—Eres de lo peor, ¿lo sabías?

—Lo sé. Me encanta que pienses así de tu mejor amiga —bromeó.

El resto de la conversación siguió girando en torno a la misma persona, un tema que traté de ignorar con todas mis fuerzas, aunque en realidad deseaba recordar nuestros últimos momentos juntos, esperando secretamente que algo más ocurriese conforme pasaran los días…

COLIN ADAMS

¡Es la tercera vez que meto la pata al besar a Isabelle!

No terminar lo que empiezo me cabrea profundamente, pero no puedo hacerlo. Aunque no lo parezca, la respeto, especialmente después de conocer una parte de su pasado.

No puedo pensar en esto ahora; mañana debo concentrarme únicamente en el odio y el desprecio…

Me desperté temprano y empecé a prepararme para mi «rutina».

Ya estoy en la prisión esperando a que uno de los guardias me anuncie. Hoy es el día en que hago una visita especial a cierta persona.

¡Qué idiota soy al decirlo de ese modo!

¡De especial nada! Hoy es el día en que humillo todavía más a alguien, y aunque no me enorgullece, es algo que me reconforta, al menos algunos días.

No tardaron demasiado en llamarme, y en cuestión de minutos ya estaba frente a frente con aquel hombre. Nada más sentarme, fui

directo al grano:

—Veo que estás mejor que la última vez —me burlé.

Él, como de costumbre, ni siquiera se dignó a mirarme.

—Será mejor que me prestes atención, ya sabes perfectamente de lo que soy capaz —advertí, consiguiendo así que levantara la mirada.

—¿No te cansas nunca de humillarme?

—La verdad, no. —Sonreí—. Es casi como una terapia para mí.

—¿Cuántas veces tendré que disculparme por lo que pasó?

—¿Lo dices en serio? ¿Disculparte? ¿En qué momento de tu miserable vida crees que podría perdonarte por todo lo que hiciste conmigo y con mi familia?

—¿No te parece suficiente con que me hayan condenado a cadena perpetua? —dijo alzando la voz, mirándome furioso.

—¡No! —Golpeé la mesa con fuerza.

—De alguna manera estoy muerto, y tú te encargas de recordármelo cada quince días.

Sí, mis visitas son quincenales, y durante esos días estoy aún más irritable de lo normal. Bueno, decir que estoy irritable es suavizar demasiado mi estado, ya que siento que algo me posee por completo.

—Parece que prefieres recibir palizas diarias aquí dentro en vez de hablar conmigo. Si es así como lo quieres… —Hice ademán de levantarme, pero él reaccionó rápidamente:

—¡No! Está bien…

—Eres basura, ¿lo sabías? ¡Personas como tú jamás deberían haber nacido!

—Cometí un error.

—¿Esa es tu excusa? ¿En serio? ¿Decir que cometiste un error? —pregunté, fuera de mí, con ganas de matarlo con mis propias manos.

—¿Me vas a decir que tú nunca has cometido ninguno?

Aquella frase fue suficiente para hacer que me lanzara contra el cristal que nos separaba.

—Algún día celebraré tu muerte, ya lo verás. —Me quedé mirándolo fijamente durante unos segundos—. Por hoy es suficiente.

Salí de aquella sala sin mirar atrás…

ISABELLE CAMPBELL

Helen no tenía aquella sonrisa habitual que ya me había acostumbrado a ver. Sé que todos tenemos problemas, e incluso evité preguntarle por la mañana qué era lo que ocurría, pero de cierta forma estoy preocupada, y en uno de los pocos momentos que estuvimos a solas decidí cuestionarla.

—¿Te ha pasado algo?

—No es nada conmigo, Isabelle. Es solo que suelo estar preocupada en días como hoy.

—¿Quieres hablar sobre ello?

Tras unos segundos en los que no miró directamente a mi rostro, respondió:

—Lo único que puedo decirte, y pedirte, es que evites acercarte a Colin hoy, y que Hanna haga lo mismo. Hoy no es un buen día para eso.

No entendía muy bien a qué se refería Helen, pero necesitaba saber si sus palabras tenían algo que ver conmigo o con Hanna.

—¿Qué ocurre? ¿He hecho algo mal?

—No tiene nada que ver contigo o con Hanna —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. No sé cómo explicártelo, pero cada día 15 y 30 del mes, Colin sale de casa por la mañana y regresa por la tarde cambiado. Ni siquiera a mí me cuenta lo que sucede, y creo que la única vez que me trató mal fue cuando le pregunté sobre este asunto.

Me alarmé al escuchar aquello, y enseguida recorrí con la mirada el salón en busca de mi hija, que no estaba a la vista.

—Mantendré a Hanna alejada de aquellos pasillos. Pero antes necesito encontrarla.

COLIN ADAMS

—¡Maldita vida!

Arrojé contra la pared el segundo vaso de whisky, furioso con todo y con todos los que me rodeaban.

Llevo encerrado en mi bar privado desde hace dos horas, y desde que llegué no he parado de beber.

¿Para qué detenerme?

Entiendo perfectamente por qué muchas personas me juzgan por lo que soy, y la verdad es que me da absolutamente igual.

Pero también soy consciente de que mi vida va de mal en peor, y que mis ganas de hacerle daño a ese hombre solo aumentan con cada visita que realizo. Él se lo merece.

—¿Qué estás haciendo? —escuché la voz de Hanna cerca de la entrada principal de mi bar.

¿Qué demonios hace esta niña aquí?

—¡Vete de aquí! —respondí lo más bajo que pude.

—¿Estás bien?

—Sí. ¡Ve a buscar a tu madre y quédate con ella! —Elevé un poco el tono, aunque seguí sin mirarla. Estaba borracho, irritado, cabreado por el simple hecho de estar vivo.

—Ah, ya estaba con ella. Quiero quedarme un poco contigo. Podemos…

—¡Que te vayas, Hanna! —grité, mirándola directamente por primera vez, con los ojos ardiendo de rabia.

Soy un monstruo por gritarle así a una niña de cinco años que parece preocuparse por mí. Mi lugar está en el infierno, si es que existe.

Jamás antes había levantado la voz a ninguno de mis hijos; ni siquiera recuerdo haber hablado fuerte con ningún niño. Pero ahora había hecho algo imperdonable.

No tuve valor para volver a mirar el rostro de Hanna, solo bajé la cabeza, pensando en lo estúpido que había sido. Seguro que ya nunca volvería a hablar conmigo; los niños de hoy en día…

Mi corazón se detuvo cuando, de repente, sucedió algo inesperado.

—Sé que estás triste, tío Colin. Tu hija no está aquí y tú la quieres mucho. —Hanna apoyó una de sus pequeñas manos sobre mi cabeza y empezó a acariciarme el cabello, dejándome completamente paralizado —. ¿Quieres un abrazo, tío Colin?

No pude aguantar más y comencé a llorar.

¿Por qué esta pequeña hace esto con un hombre como yo?

¿Por qué parece que mis miedos no significan nada para ella?

¿Por qué insiste en permanecer a mi lado, aunque yo sea frío e insensible?

En este bar, ese momento debería ser únicamente mío, pero aquel diminuto ser no acepta un no por respuesta.

Ahora ya no sé qué hacer. Estoy llorando como un niño mientras ella me acaricia suavemente el cabello, dejándome desarmado e incapaz de reaccionar.

Ni siquiera sé si tengo el valor suficiente para enfrentarme a esta niña. Parece capaz de ver hasta el fondo de mi alma, y no estoy

acostumbrado a sentirme tan vulnerable delante de nadie, mucho menos de una criatura tan pequeña.

Estoy totalmente perdido…

ISABELLE CAMPBELL

Busqué a Hanna por todos lados, pero no conseguía encontrarla. Esta niña algún día me matará de preocupación; parece conocer la casa mejor que las personas que trabajan aquí.

Necesitaba ir hacia los pasillos que tengo prohibidos, ya que estoy casi segura de que esa pequeña revoltosa se encuentra allí.

Seguí mi instinto y avancé con cuidado, abriendo puerta tras puerta de aquella zona desconocida. Para mi sorpresa, cuando abrí la tercera puerta casi me caí de espaldas.

No podía creer lo que estaba viendo. Algo así no podía estar sucediendo…

Colin y Hanna estaban juntos, y mi hija tenía una de sus manos sobre la cabeza de Colin, quien visiblemente estaba llorando por algún motivo.

Ninguno de los dos se dio cuenta de mi presencia, así que me quedé allí observándolos durante al menos un minuto, tratando de entender lo que estaba pasando. Sobre todo, intentando comprender

cómo Colin había permitido que ella entrara aquí, ya que parecía un lugar demasiado privado.

Una tremenda duda me invadió: ¿debía dejarlos solos o sacar a mi hija a la fuerza de allí? Ahora estaba segura de que Colin lloraba desconsoladamente, y conociendo bien a mi hija, ella lo sabía.

Me asaltó otro pensamiento: ¿sería posible que Colin la hubiera llamado? No, no tendría sentido que él la hubiese llevado precisamente a su bar privado, lo que refuerza mi teoría de que Hanna continúa entrando en lugares sin ser invitada.

Entonces percibí cierto movimiento, y desde mi escondite escuché la voz de Colin:

—Tu madre debe de estar preocupada; gracias por hacerme compañía.

—Ujum. De nada.

Hanna caminó hacia la salida, mientras Colin permanecía sentado en uno de los taburetes…



Nada más salir por la puerta, cogí rápidamente la mano de Hanna y la llevé hacia la cocina. Le iba a caer una buena regañina, vaya que sí.

—¡Hanna! ¿Qué te he dicho sobre entrar en esos pasillos? —fui directa al grano.

—Pero, mamá…

—¡Hija, no estás en tu casa! Por favor, échame una mano. Ya no sé qué hacer contigo.

—Fui a buscar al tío Colin, y estaba llorando, así que le hice mimos.

Helen se llevó la mano a la boca, con los ojos vidriosos al escuchar aquello.

—Ella no tiene la culpa, Isabelle.

—Ese no es el problema, Helen. Es la privacidad de Colin. Sé que a veces mi hija se pasa de la raya.

—Sí, eso es cierto. Pero en esta ocasión ella está consiguiendo tocar su corazón de alguna manera, y algo así no había ocurrido nunca desde… el accidente.

—¿Crees que Hanna podría estar ayudando?

—Sí. Ayer él mismo me dijo que pretendía acercarse más a Joshua, y sé que esta pequeñina ha contribuido muchísimo a eso.

—¿Lo ves, mamá? ¡He ayudado!

Miré a mi hija y sonreí. Realmente, a pesar de ser tan pequeña, tiene sus virtudes. De todos modos, le debo otra disculpa a Colin, aunque ahora estoy más tranquila, ya que parecía que ambos estaban muy cómodos juntos.



Reuní valor suficiente y fui a hablar con Colin cuando vi que estaba en uno de los jardines de la mansión. Todavía me resulta difícil enfrentarme a esos ojos, especialmente después del último beso.

Él consigue muchas cosas de mí, mientras yo apenas tengo información sobre él.

—Discúlpame por Hanna, es que insiste en romper…

—¡Ya no hay más reglas! —me interrumpió—. Al menos, no para ella.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes perfectamente lo que quiero decir —fijó su mirada en mí —. Ella puede andar libremente por la casa cuando y como le apetezca. Hanna se ha convertido en mi mejor compañía, aunque no lo pretendiera. Es la persona más cercana que podría considerar una amiga, se preocupa por mí, y no pienso decepcionarla.

Me quedé boquiabierta ante sus palabras.

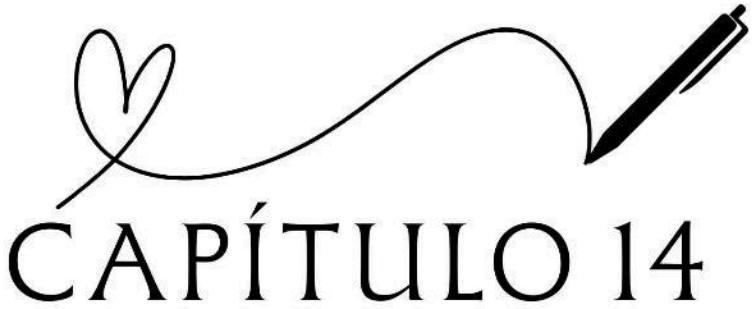
—Si algún día ella me llama y descubro que tú o cualquier otra persona ha dicho que estoy ocupado o algo parecido, juro que despediré al responsable. Quiero que comuniques esto a todos. ¿He sido claro?

—Sí-sí, perfectamente.

—Bien. Puedes volver a tu trabajo.

Él siguió mirando hacia arriba mientras yo me alejaba, y no pude evitar recordar la expresión que tenía en el rostro durante nuestra conversación.

Aunque aún lo percibo distante, tuve la sensación de que Colin ya no es el mismo hombre que conocí cuando empecé a trabajar en la mansión.



CAPÍTULO 14

«Cuando una mujer se propone volver loco a un hombre, ni siquiera el más indiferente logra resistirse…»

ISABELLE CAMPBELL

Esta mañana recibí mi primer sueldo y no sé ni cómo expresar lo feliz que estoy. Creo que jamás había visto tanto dinero en mi cuenta.

Vale, reconozco que suelo exagerar, así que no me lo tengáis en cuenta.

Trabajé durante toda la mañana mucho más animada que de costumbre, sin ni siquiera enfadarme con algunos errores de los empleados de Colin; solo los corregía educadamente y les pedía que no volviera a ocurrir.

Hablando de Colin, hoy llegó un paquete dirigido a él, así que estoy buscándolo por toda la mansión.

Este lugar es tan inmenso que aún me pierdo por algunos de sus pasillos, y eso que todavía no conozco una parte entera: aquella zona prohibida en la que Colin tanto se empeña en impedirme entrar.

—¿Tienes idea de en qué habitación puede estar? —le pregunté a Helen, tras explicarle que ya lo había buscado por casi todos los rincones. Ella me dijo que no estaba en su dormitorio, ya que solo ella lo limpiaba.

—No lo sé, Isabelle. Prueba en el gimnasio, creo que es el único sitio que falta.

—Vale.

Dudo mucho que esté allí. Nunca lo he visto entrenar durante el día y, por lo que dicen, Colin suele hacer ejercicio por la noche.

Fui sin ninguna expectativa de encontrarlo en ese lugar, pero al abrir lentamente la puerta…

Aquella visión celestial me dejó completamente hipnotizada. Ese hombre entrenando con esos pantalones cortos, mostrando aquellos muslos torneados, sin camiseta, haciendo fuerza en aquella máquina…

Me quedé allí observando y disfrutando cada detalle de su cuerpo durante al menos cinco minutos. Incluso olvidé para qué había venido, porque mi atención estaba ahora en otra parte.

—¿Piensas quedarte ahí parada mirándome mucho más tiempo?

Sabía que era mala idea quedarme embobada con sus músculos marcados y perfectos…

—¿No vas a decir nada? —preguntó algo brusco.

—Yo… solo venía a preguntarte si necesitas algo —dije inventando la peor excusa posible.

Maravillosa respuesta, Isabelle. Cada día que pasa te superas más.

—¿A qué se debe el honor de que te preocupes por mí?

Él siguió haciendo press de banca, y yo no podía apartar los ojos de ese cuerpo impresionante.

—Hoy recibí mi primer sueldo. Llevo un mes trabajando para ti —dije, olvidando por completo el paquete que era la verdadera razón por la que lo estaba buscando.

Aun así, mis palabras eran ciertas.

¿Que la primera semana fue un auténtico infierno? ¡Sin duda!

Pero con fuerza de voluntad y algunos insultos mentales logré soportar a Colin, y ahora hasta puedo darle las gracias, porque podré pagar muchas facturas atrasadas con este primer sueldo.

—Espero que no estés esperando un «enhorabuena» ni nada por el estilo. Tendría que haberte despedido la primera semana. Me diste pena y lo sabes perfectamente.

—Eh, no hables así.

Entré en ese enorme gimnasio, que era exageradamente grande para que solo una persona entrenara en él.

—Solo soy sincero.

—¿Y por qué razón no me despediste entonces?

Ahora estaba apenas a unos metros de su cuerpo musculado. Qué tentación… ¡Contrólate, mujer!

—Ya te lo he dicho antes: me diste pena.

—¡Mentira! Yo sé que te gusto.

Terminó el ejercicio y Colin se sentó en el banco, mirándome con cierta incredulidad.

—Un momento. ¿En serio crees que me gusta que me cuestiones sobre el trabajo que deberías hacer tú, tener que resolver problemas que no me corresponden, y encima que alguien invada mi gimnasio privado? Solo por esta última razón ya tendría motivos suficientes para despedirte.

Él seguía siendo borde, pero en el fondo sé que está cambiando. ¡Ah! ¿Sabes qué? Voy a poner a prueba esa teoría ahora mismo…

—¿Ah sí? Pues si tienes tanto valor, despídeme ahora mismo.

Colin soltó una carcajada, pero yo no estaba bromeando. Dudaba mucho que hiciera algo así.

—Ya te he advertido que no es bueno jugar conmigo.

—Parece que no tienes valor —crucé los brazos con aire desafiante.

—Pensaba que eras más lista. Provocarme poniendo en riesgo tu empleo no es algo que yo haría si estuviera en tu lugar.

—Soy una mujer segura, no puedo evitarlo. Estoy haciendo mi trabajo lo mejor que puedo a pesar de tus malos modos. Incluso me he acostumbrado, ¿sabes? Creo que nada puede afectarme ya.

—Ya veo —se acostó de nuevo sobre el banco, preparándose para otra serie—. Vuelve a tu trabajo y sal de mi gimnasio.

—No.

—Isabelle… no abuses de mi paciencia. No ha sido una petición.

—No voy a irme. No es culpa mía si me tienes miedo.

Vamos a ver hasta dónde puede aguantar…

No tuve que esperar mucho. Él se levantó y quedó justo delante de mí. No podía evitar seguir admirando ese cuerpo tan atractivo. Aunque vivía aislado, Colin se cuidaba muy bien, y solo con mirarlo era capaz de enloquecerme.

—¿Has perdido algo aquí?

—¿Qué? —fingí no entenderle, aunque sabía exactamente a qué se refería.

—¿Piensas seguir mirando mi cuerpo durante mucho rato más?

—¿Y qué problema hay con eso?

Él bufó molesto. En el fondo, resultaba excitante provocarlo.

—¿Te vas por las buenas o por las malas?

—Siento curiosidad por saber cómo sería «por las malas».

—Isabelle… no sé hasta dónde quieres llegar, pero será mejor que pares ya. No me conoces —se acercó aún más, haciéndome estremecer sin siquiera tocarme.

—No sé de qué hablas. Sé más claro.

Sin previo aviso, Colin me levantó y me empujó suavemente contra el cristal más cercano al aparato en el que se ejercitaba.

—¿Querías claridad?

—No la quiero, la necesito.

—Muy bien.

En ese momento, simplemente me di la vuelta sonriendo.

—¿Por qué… por qué te vas? —abrió mucho los ojos, mirándome incrédulo.

—Consejo gratis: la próxima vez que empieces algo conmigo, ¡no lo dejes a medias! Ahora estamos en paz y no hace falta seguir con estos jueguecitos.

Acababa de cruzar definitivamente la delgada línea que nos separaba, comenzando así mi propio juego con mi jefe insensible.

Al fin y al cabo, nadie le obligó a dejar de besarme y marcharse en mitad de nuestro pequeño juego de preguntas y respuestas…



Hasta me siento más ligera y segura.

Nunca había disfrutado tanto trabajando aquí como esta tarde. Es bueno sentir que llevas el control de algo. ¿Ha durado poco? ¡Sí!

Pero, ¿y qué importa?

Al fin y al cabo, Colin no me odia tanto, y hasta diría que le gusto al menos un poquito.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Helen.

—Nada —respondí, sobresaltada.

—Parecía que estabas soñando despierta —entrecerró los ojos, desconfiada.

—Ah, solo pensaba en lo que voy a hacer esta noche —respondí esquivando su mirada.

—Ya veo.

Seguí trabajando con normalidad, pero mi mente volvió inevitablemente a recordar el intenso beso en el gimnasio.

Ese gesto fue la señal definitiva que necesitaba para atreverme finalmente a llamar a cierta persona. Descolgaron al segundo tono.

—Necesito tu ayuda.

COLIN ADAMS

¡Esta mujer va a acabar conmigo! ¡Si no la despido es solo por Hanna!

¿Será verdad eso?

¿Hasta cuándo seguiré usando esta excusa conmigo mismo? El hecho es que realmente me gusta Isabelle, me vuelve loco su manera de provocarme.

—¡Maldita sea la hora en que besé por primera vez a esa mujer! —murmuré, completamente frustrado.

Fue un grave error, porque ahora deseo más, necesito más, y ella lo sabe perfectamente. Mi intención era tenerla bajo control, pero está ocurriendo exactamente lo contrario.

Estaba a punto de ponerme a trabajar en algo cuando vi a Helen acercarse hacia mí.

—Colin, tienes visita —dijo, y traté de recordar, pero no esperaba a nadie.

¿Será posible que…?

—¿Es quien estoy pensando? —Una ligera esperanza cruzó por mi mente.

—Sí —respondió, con una pequeña sonrisa.



—¡Hombre, Colin! ¿Cómo va esa fuerza?

—Igual que siempre.

Sí, allí estaba él otra vez: Henry Grant. Mi queridísimo amigo, o al menos así se autodenominaba él. No esperaba su visita, pero por la expresión de Helen, ya me había imaginado quién era.

—Vamos, que sigues tan estresado como siempre.

—¡Lo que tú digas! —gruñí—. ¿Qué quieres esta vez?

—Nada —respondió, sentándose cómodamente y estirándose.

—¿Cuál es exactamente tu placer en venir a mi casa a tocarme las narices?

—La falta de algo mejor que hacer.

—Fantástico…

De reojo vi a Isabelle pasar desde la cocina hacia el jardín, y mis ojos no pudieron ocultar el deseo que sentí al cruzarse nuestras miradas. Podría jurar que ella me regaló una pequeña sonrisa, y tal vez yo también lo hice.

¿Qué demonios estoy haciendo…?

—¿Pero qué coño es eso, Colin Adams?

—¿Por qué me llamas así? —vociferé tras el susto inicial.

—No cambies de tema —soltó una sonrisa maliciosa, y ya imaginaba lo que venía después.

—No soy adivino —intenté desviar el asunto, pero sabía que Henry no iba a callarse.

—Hasta hace poco, Isabelle te miraba como alguien que, si pudiera, te mataría. Y ahora te sonríe así… Vaya, vaya, tú has dormido con ella.

—¡Cierra la boca! —le señalé con el índice—. ¡Habla más bajo!

—¡Aclárate! ¿Quieres que cierre la boca o prefieres que sea más sutil?

—¡Prefiero que estés callado!

—Pues va a ser que no —puso cara divertida.

—No hemos dormido juntos, si es lo que crees.

—Ah, entonces aún estáis en la fase de jueguecitos —soltó una carcajada—. ¿Haces esto con todas las que trabajan para ti? —siguió provocándome, y yo ya no sabía cómo callarle la maldita boca a Henry.

—Tío, sabes que te odio, ¿verdad?

—Como ya te dije antes, solo sé que soy lo más cercano que puedes llamar "amigo" —me guiñó el ojo y llamó a Jeanne, que apareció enseguida—. Vino tinto, por favor. El que tenga en la bodega este semental de aquí.

Jeanne se sobresaltó, y yo casi agarro a Henry del cuello por la rabia que sentía.

—Nada de violencia, por favor. Esta carita es esencial para que las mujeres se enamoren de mí.

—¿A qué has venido realmente?

—Ya te lo dije, a nada. Solo pasaba a charlar, y ahora que sé lo que está pasando, creo que tenemos mucho de qué hablar tú y yo.

—Con quién salgo o dejo de salir no es asunto tuyo.

—Hmm —soltó una sonrisa maliciosa—. ¿Entonces es cierto que vas en serio con esta relación?

—Henry… —cerré los puños.

—Perdón, no he podido resistirme.

El idiota se reía como un descerebrado, y al fondo podía ver cómo Isabelle de vez en cuando nos observaba con cierta curiosidad.

Ahora, cuando ella me miraba, había algo distinto en sus ojos; ya no parecía tenerme miedo, y eso estaba mal, porque debería tenerlo.

Esa mujer no puede acercarse más…

—Bueno, bromas aparte, quiero informarte que vamos a estar más juntos este mes que viene, ya que estaré en la ciudad.

—Como si no tuviera malas noticias a diario… —ironicé.

—Sé que en el fondo te alegra.

—Sí, estoy encantado, radiante de felicidad.

—Solo quería decirte que algunos días saldremos a tomar unas copas… o todas, quién sabe. Podríamos ir a un parque de atracciones como pareja y adoptar un perro juntos.

Realmente tenía un problema…

—Adopto al perro si eso implica que me dejes en paz —comenté.

Lo decía en serio, adoptaría un perro si con eso Henry se alejaba de mí, y no bromeo.

—A partir del parque era broma, Colin.

—Es más probable que adopte un perro a que salga contigo "a tomar algo". Además, salir contigo empeora el asunto.

—¡Uuuuy! Me llamo Colin Adams y como tengo un bar privado, no puedo salir con mi amigo. Soy demasiado poderoso… —dijo en tono burlesco, y esta vez tuve que reírme. Está completamente loco, ¿qué se le va a hacer?

—Aún no he identificado tu verdadero problema. No sé si viene de nacimiento o si te volviste así después de empezar a ganar dinero…

—Ya sé que no quieres adoptar un perro porque ya tienes uno en casa.

—¿Tengo uno? —me confundió.

—Sí. Tú, perrazo.

Juro que me levanté y corrí detrás de él por lo menos cinco metros después de ese comentario imbécil.

Fue Isabelle quien apareció trayendo el vino, y antes de que ella se acercara, Henry me lanzó “esa” mirada.

—¡Ni se te ocurra! —le advertí entre dientes.

—Gracias, guapa —le dijo Henry.

—De nada.

—Colin me ha hablado muy bien de ti. Parece que ya llevas un mes aquí. ¡Enhorabuena!

En realidad yo no le había dicho nada, pero este imbécil tenía una excelente noción del tiempo, y obviamente recordaba la última vez que me visitó.

—Sí, he batido un récord —respondió ella.

—¿Y sigue siendo tan borde contigo?

—¡Henry! —gruñí.

—A ratos —ambos me miraron—. En otros momentos está más tranquilo.
¡Isabelle, cállate! ¡No le sigas el juego!

—Ya veo. En cualquier caso, muchas gracias —dijo Henry, con esa sonrisa odiosa.

—De nada.

Isabelle regresó a la cocina y este idiota seguía observándome con burla.

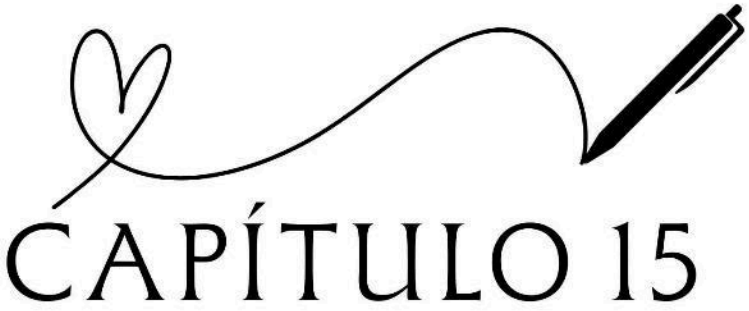
—Sabes… formáis una pareja muy mona, ¿entiendes lo que quiero decir?

—¡Ya basta! Bébete tu vino y márchate.

—¡Vaya manera de hablarle a tu amigo! ¡Estoy decepcionado! —Me guiñó, simulando estar dolido—. Iré a charlar con Joshua un rato, al menos él sí que me aprecia. Hasta luego, perrazo.

¡ME SACA DE QUICIO!

No es posible que esté rodeado de tantos idiotas…



«Hay momentos en los que no conseguimos disimular lo mucho que nos importa alguien…»

ISABELLE CAMPBELL

Al llegar a casa recibí la llamada de Jefrey, el amigo con quien había contactado unas horas antes.

—Hola, guapísima. Perdona por no poder hablar en aquel momento, ¿qué necesitas?

Jefrey es un encanto; es mi amigo hacker. Bueno, no sé si lo es realmente, pero me gusta llamarle así.

—Disculpa por haberte llamado de esa manera, creo que soné desesperada.

—Solo un poco.

Ambos reímos.

—Jefrey, ¿sería mucho pedirte que buscases información en la famosa deep web por mí?

Para quien no lo sepa, la deep web es un lugar donde se pueden encontrar datos confidenciales y relevantes sobre prácticamente cualquier cosa.

Es como si la internet que conocemos contuviese apenas el 10% de toda la información disponible, mientras que la deep web posee el otro 90% restante. O algo así, no lo sé explicar muy bien.

Para alguien como yo, que no tiene experiencia en estos asuntos, es bastante peligroso aventurarse allí, pero para mi amigo, que constantemente dice buscar información en ese lugar, es bastante seguro.

O al menos eso es lo que él afirma.

—Claro. ¿Sobre quién?

—Sobre mi jefe. Necesito saber qué pasó exactamente en su pasado. Me siento algo mal por curiosear, pero… en fin, no lo puedo evitar.

—Todos buscamos información de alguna manera, ya sea sobre un familiar, una celebridad, o el chico que acabas de conocer en Tinder. No te sientas culpable.

—Intenté buscar en internet normal, pero no encontré nada relevante.

—Suerte que me conoces a mí —bromeó—. Casi nada se me escapa.

—Eso me deja más tranquila —suspiré después de una leve sonrisa—. Su nombre es Colin Adams, un arquitecto famoso aquí en la ciudad.

—Déjamelo a mí. Prepararé un informe y te lo enviaré cuanto antes.

—Jefrey… muchísimas gracias, de verdad. No sé cómo agradecerte.

—No te preocupes. Tú ya me has ayudado muchas veces, guapísima.



Después de despertar, fui directamente a la habitación de Hanna, que permanecía calladita, como de costumbre. Al intentar despertarla, noté cierta resistencia y vi que tenía el pelo algo húmedo.

—¿Qué pasa, cariño?

—Me duele la cabeza.

Puse la mano en su frente y noté que estaba más caliente de lo normal. Sin perder tiempo, cogí el termómetro para medirle la fiebre, que marcó 38°.

Hablé con mi madre, que rápidamente me tranquilizó diciendo:

—Si empeora, yo la llevo al hospital, hija. Hoy estoy libre, así que puedes ir a trabajar tranquila. Cualquier cosa, te aviso.

—Vale, mamá. Gracias.

Salí de casa rumbo a la mansión, aunque por dentro estaba bastante preocupada.



Colin no dejaba de mirarme durante toda la mañana, y no había conseguido identificar exactamente el motivo. Su rostro parecía distinto al habitual.

Después de un rato, decidió interrumpir algunas de mis tareas para preguntar:

—¿Dónde está Hanna?

Así que era eso…

—Se quedó en casa con mi madre. Está con algo de fiebre.

—Deberías haberla traído. Aquí cerca hay dos hospitales. Excelentes hospitales —dijo con evidente nerviosismo.

—No creo que…

—¿Cuánta fiebre tiene? —continuó con el mismo tono.

—Casi 38°, pero…

—¿Desde cuándo está así? —Me interrumpió.

—Me di cuenta hoy mismo, pero…

—Como he dicho, hubiese sido mejor traer a Hanna. —Me volvió a cortar.

—¿Vas a dejar que hable, o es que es muy difícil?

Creo que es la primera vez que le reclamo a Colin que me interrumpa.

No me importa si se molesta o no, lo que no entiendo es su desesperación.

—Habla.

—Está con mi madre, como te dije. Sé que ellas irán al médico si la fiebre sube, y aún no entiendo tanta preocupación. Sabes

perfectamente que los hospitales aquí son extremadamente caros, más todavía en este barrio.

Colin no dijo nada al principio, solo caminó de un lado a otro, pensativo.

—¿Y cómo está ahora? —preguntó suavizando un poco la voz.

—He llamado hace unos minutos a mi madre, y Hanna está mejor tras tomar el medicamento que teníamos en casa.

—¿Le has dado medicina sin saber exactamente lo que tiene? —Entrecerró los ojos.

—¡Por Dios, hombre! Tranquilo, que sé perfectamente lo que hago. Aunque no lo parezca, Hanna es mi hija y sé cuidar de ella.

—Más te vale saberlo.

Se marchó como si no hubiese pasado nada, y por un momento llegué a pensar que Colin era el padre de Hanna, porque además de esa preocupación, parecía saber demasiado...

COLIN ADAMS

No quería parecer la desesperación en persona al hablar con Isabelle, pero no sé qué me pasó. Está claro que ella conoce bien a su hija y sabe perfectamente qué hacer en estos casos; el problema fui yo, haciendo ese numerito por algo tan sencillo.

Intenté volver a centrarme en el trabajo, pero seguía teniendo en la cabeza el tema «Hanna». Aún no entendía por qué estaba tan preocupado, dado que ella no es responsabilidad mía.

De repente, escuché cómo se abría la puerta de mi habitación y vi a Joshua mirándome.

Hacía tiempo que él no venía aquí, e incluso evitaba acercarse al dormitorio de su hermana, que está al lado del mío.

—¿Dónde está Hanna? —preguntó sin rodeos.

—Tiene fiebre y hoy no vino —respondí. Me alegré de que Joshua viniera a verme. Aunque fuera por Hanna, ya era un gran avance que intercambiáramos unas pocas palabras.

—Vale.

—Veo que os habéis hecho buenos amigos. —Aproveché la oportunidad, intentando continuar la conversación.

—Sí. Ella insistió mucho, así que al final le di una oportunidad.

—¿Le diste una oportunidad? —Sonreí por la forma en que lo dijo.

—Sí.

—Me alegra que os llevéis bien. No quiero sustituir a tu hermana; Hanna es tu amiga. Mi amiga —dije con cuidado. Hablar sobre Maddison delante de Joshua siempre es complicado. Dado que eran muy unidos, percibo una enorme rabia en su rostro cada vez que surge algo relacionado con su hermana.

—Vale. Hanna dijo que algún día te llamaría para jugar con nosotros.

Me quedé sorprendido al escucharlo decir eso. No pensé que Joshua sacaría un tema así, y menos aún conmigo de por medio. En mi cabeza, mi hijo detestaba la idea de compartir cualquier espacio conmigo, mucho menos jugar juntos.

—¿Y tú permitirías eso algún día?

Joshua se quedó pensando mientras miraba al vacío, pero enseguida contestó:

—Si ella quiere, sí.

No pronuncié ni una palabra más; simplemente observé su expresión. Mi hijo se parecía mucho a mí, y difícilmente encontraba tiempo para acercarme a él, ya que también él me evitaba.

Sé que yo hacía lo mismo con todo el mundo, y sé que estoy equivocado en eso, pero todavía tengo algunos demonios que no desaparecerán fácilmente.

Tras asentir ligeramente con la cabeza, comenzó a cerrar la puerta lentamente.

—Si necesitas algo, solo tienes que llamarme —le dije. Joshua únicamente me miró un instante y salió de mi habitación.

No podía arruinar ese breve instante de alegría tras nuestra conversación. El simple hecho de no haber discutido entre nosotros ya era un gran avance.

ISABELLE CAMPBELL

Hanna estaba mucho mejor cuando llegué a casa. La fiebre había bajado bastante.

—Ha sido solo un pequeño susto —dijo mi madre.—O los medicamentos han hecho efecto rápidamente.

Mi madre se fue al salón y yo me quedé hablando un rato con mi hija, que estaba muy tranquila. Normalmente, cuando se pone enferma, su ánimo cae por completo y duerme durante muchas horas.

Pocos minutos después, mi madre volvió a la habitación donde yo estaba y dijo:

—Me he dado cuenta de que hay un coche delante de casa, pero nadie ha salido de él. Estoy pensando en llamar a la policía.

No respondí inmediatamente, solo miré por la ventana. Podía ser algún chófer de Colin, quién sabe.

Tras observar mejor el coche, me di cuenta de que ninguno de los vehículos de la mansión se parecía a aquel coche negro. Decidí salir a

ver qué estaba pasando. No hace falta decir lo nerviosa que se puso mi madre con esa idea.

En cuanto salí por la puerta de casa, dos hombres bajaron del vehículo. Más bien dos armarios, ya que eran enormes y parecían más bien guardaespaldas.

—¿Buscan a alguien? —pregunté.

—Sí. Perdona que hayamos estado aquí tanto rato. Estamos buscando a un hombre llamado Rudolph. ¿Le conoces?

Mi corazón se aceleró un poco. ¿Qué podrían querer estos dos hombres, que parecían guardaespaldas, del padre de Hanna?

—Sí. Es el padre de Hanna, mi hija.

—¿Y sabes a qué hora llega a casa?

—No. Nos abandonó.

No quería alargar esa conversación. Sería mejor borrar esa parte de mi vida.

—¿Y no tienes ni idea de dónde podría estar? —Dio dos pasos hacia mí y se quitó las gafas oscuras.

—No. Ninguna.

—Piensa bien. ¿No dijo nada...? ¿Desapareció como por arte de magia? —preguntó esta vez el otro hombre.

—Ya se lo he dicho. Hace años que no lo veo. ¿Por qué tantas preguntas sobre él?

—Le debe una cierta cantidad a nuestro jefe —dijo el hombre que estaba más cerca de mí—. Y el plazo para pagar terminó el mes pasado.

—Lo siento, no tengo la información que buscan.

—Isabelle... —Pronunció mi nombre y me estremecí. No había dicho mi nombre en ningún momento—. Nuestro jefe está impaciente y no es un hombre al que le gusten los juegos.

—No estoy jugando. No sé nada de Rudolph. ¿Por qué no lo buscan en otro sitio? Les aseguro que aquí no van a encontrar nada.

Ambos intercambiaron miradas, y esa conversación no me estaba gustando en absoluto. En el fondo, tenía la sensación de que sospechaban que yo sabía el paradero de Rudolph, aunque realmente no tenía ni idea de dónde podría estar.

—Toma —dijo uno de ellos entregándome una tarjeta con dos números de teléfono—. Si descubres algo, llámanos en un plazo máximo de quince días. Que tengas un buen día.

—¿Por qué quince días? —pregunté, pero uno de ellos sonrió y ambos subieron al coche.

No tenía un buen presentimiento.



—¿Ha venido Hanna hoy?

—Sí.

Estaba caminando con Joshua rumbo al colegio. En los primeros días no hablaba demasiado conmigo, pero después de hacerse amigo de Hanna algunas cosas cambiaron, y ahora charlamos sobre muchas cosas, especialmente sobre ella.

—¿Ya no tiene fiebre?

—Ayer mismo ya estaba bien. Es fuerte —dije, guiñándole un ojo.

—Entonces... me dejarás jugar con ella, ¿no?

—Claro que sí —sonreí, y el niño se puso contento.

Se me ocurrió una idea, aunque no sabía si Joshua aceptaría, pero ¿qué perdía por intentarlo?

—¿Y qué te parece si también invitas a tu padre a jugar con vosotros?

—¿Mi padre? —Pareció asustado o sorprendido, no logré identificar bien su reacción.

—Sí, él mismo —asentí.

—Ah, él no quiere, y prefiero jugar solo con Hanna.

—Creo que sería una buena idea. Tu padre está muy solo.

—Ya... Desde que murió mi hermana está raro.

Aunque es un niño, Joshua comprende y siente los efectos de la tragedia que ha golpeado a su familia.

Además de perder a un padre presente, perdió también a su hermana y a su madre, y creo que algunos efectos de esa pérdida fueron

inmediatos en su vida.

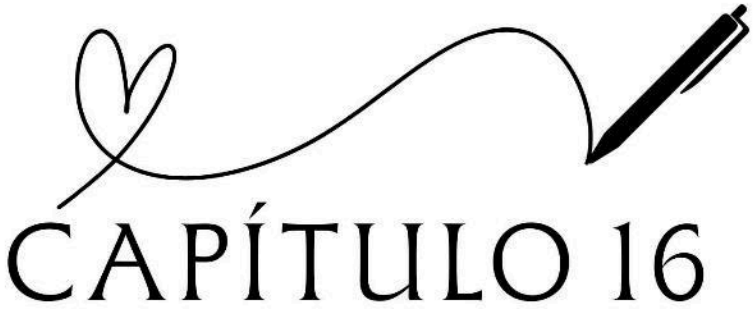
—Joshua... —Me agaché para quedar a su altura al llegar a la puerta del colegio— Dale una oportunidad a tu padre. Sé que echa mucho de menos a tu hermana y que la mayoría del tiempo no sabe qué hacer. También te echa de menos a ti, solo que no sabe cómo acercarse de nuevo.

El niño me miró, pero no dijo nada al principio.

No sé exactamente qué ocurrió en los días posteriores a la tragedia, pero parece que Joshua sigue afectado, después de todo es solo un niño y hay ciertas cosas que aún no puede entender del todo.

—Vale.

Siguió su camino y entró en el colegio. Ojalá mis palabras pudieran animarle de alguna manera.



«Lo inevitable sucede cuando dos cuerpos se conectan.»

ISABELLE CAMPBELL

Observé el exterior de la mansión y me di cuenta de que hacía tiempo que no veía un clima tan peligroso en la ciudad. La tormenta era tan fuerte que tuve miedo de salir de la mansión para irme a casa.

—Es más prudente que os quedéis aquí a dormir.

—¿Quieres matarme del susto? —Me llevé una mano al pecho debido al sobresalto por la voz de Colin tan cerca de mí.

—Creo que deberías estar más atenta cuando alguien se acerca.

—¿Con este ruido ahí fuera? Lo veo complicado. —Volví a fijarme en el exterior, donde la tormenta parecía empeorar por momentos.

—Ya he hablado con Helen. Ella preparará una habitación para que Hanna y tú durmáis.

—Todavía no he decidido si me quedaré. —Me giré, y nuestros ojos se encontraron.

—No te lo estaba pidiendo. —Sus ojos oscuros no pedían, ordenaban—. No sería responsable por mi parte permitir que corrieseis cualquier riesgo con esta tormenta.

—Ya veo…

—¿Qué ocurre, Isabelle? —gruñó.

—Nada. Gracias por tu... amabilidad.

Colin negó con la cabeza y desapareció de mi vista. Este hombre es muy raro, parece uno de esos mayordomos de película de terror; en un momento aparece de la nada, y al siguiente, desaparece sin más…



Miré el móvil y en ese momento ya pasaba de medianoche. No conseguía dormirme y, por el ruido, la tormenta había empeorado aún más. En el fondo, Colin tenía razón; no habría sido buena idea volver a casa.

Había llamado a mi madre hacía cerca de una hora y me dijo que estaba bien. Confieso que eso me tranquilizó un poco.

Miré hacia el lado y Hanna dormía profundamente. Decidí ir a una de las salas de la mansión a dar una vuelta, qué sé yo, a gastar energías de alguna manera. No estaba demasiado cómoda, eso era un hecho.

Durante unos minutos caminé de un lado a otro de la mansión, pero aun así no conseguía cansarme ni tener sueño, más bien todo lo contrario. Para mi sorpresa, me topé con Colin dirigiéndose hacia la cocina.

—¿Necesitas algo? —me ofrecí. Aunque no era mi horario de trabajo, me gusta ser servicial siempre que puedo.

—No.

—La tormenta ha empeorado, ¿verdad? —Intenté sacar conversación, sin saber muy bien por qué.

—Sí.

Cogió una manzana y fue directamente hacia la sala en la que yo estaba, observando el exterior de la mansión.

El hombre es un encanto de simpatía; conversar con él es básicamente un monólogo.

—Tu mansión es demasiado grande. A veces me pierdo.

Y la idiota aquí sigue intentando empezar una conversación…

—Con el tiempo te acostumbrarás.

Colin no me miró a los ojos en ningún momento, simplemente permaneció donde yo estaba. No me gusta estar en el mismo ambiente que una persona a quien parece disgustarle mi compañía, así que di algunos pasos para regresar a mi habitación.

—¿No tienes sueño? —preguntó esta vez mirándome.

—No consigo dormir bien cuando no estoy en casa. Sé que parece una tontería.

—No lo parece. Definitivamente es una tontería.

Colin siempre tan educado y amable…

—Imaginé que dirías algo así. Tus palabras ya no me afectan, creo que me he acostumbrado.

—¿Tan previsible me he vuelto?

—Prefiero otra palabra para describirte. —Giré la cara.

—¿Cuál?

—Borde. Con todo y con todos, excepto con Hanna.

Colin se detuvo analizándome, y juraría que iba a replicar mis palabras, pero no lo hizo.

—Aprendí a ser así. Mi paciencia se ha ido agotando con el tiempo. No intentes entenderlo.

—¿Y por qué Hanna es una excepción? —Crucé los brazos, curiosa por la respuesta.

—Supongo que porque es una niña, no lo sé. Generalmente tengo más paciencia con los niños; no me sacan de quicio a propósito. En cambio, los adultos se esfuerzan en ello. —Me miró fijamente.

—Por lo visto tus palabras eran una indirecta.

—No he dicho nada. Eso lo has dicho tú.

—Soy lista. Desde el primer día que empecé a trabajar aquí, no te caí bien.

—Si te sirve de consuelo, ninguna de las mujeres que he contratado me ha caído bien. —Se mantuvo firme.

—¿Nunca has pensado en buscar ayuda profesional? Después de todo lo que has vivido, creo que sería lo normal.

—Por lo visto, disfrutas irritándome. —Se acercó más, pero no me intimidó—. ¿Qué puedo hacer para que dejes mi vida personal en paz?

—Ya es demasiado tarde para eso, eres un misterio. Y en el fondo, me encanta resolver misterios.

—No. En el fondo, además de no necesitarlo, no quieres entenderme.

—Ah, sí quiero.

—¿Qué problema tienes, mujer? —Estábamos a escasos centímetros el uno del otro, pero aquel recelo inicial ya no existía. Si fuera mi primer día de trabajo, Colin me habría intimidado, pero lo que sentía ahora era... deseo. Ya no le tenía miedo, pero al parecer él lo buscaba.

—Mi problema eres tú. Odio no entender a la gente.

—Isabelle… ¿por qué estás haciendo esto? —Entrecerró los ojos, y juraría que me miraba con deseo.

—Yo no he hecho nada.

El hombre respiró profundamente y cerró los ojos por unos segundos. Algo en su interior claramente lo estaba incomodando.

—No intentes entenderme, sé que nunca lograrás esa hazaña.

—Quiero intentarlo igualmente. —Seguí firme.

—Mujer… —Se acercó más, cogiendo parte de mi cabello y acercándolo a su rostro—. Lo mejor para ti es no acercarte a mí.

—Has sido tú quien lo ha hecho. No tengo la culpa si me tienes miedo.

—¡No te tengo miedo! —gruñó.

—Entonces, ¡demuéstramelo!

Colin no permitiría que una mujer como yo jugase con él. Con la mano derecha sujetó firmemente mi cuerpo, atrayéndolo hacia adelante de forma abrupta y apoderándose nuevamente de mi boca.

¿Cuándo iba yo, una simple empleada, a conseguir tantos besos del poderoso Colin Adams?

—¡No me provoques más, Isabelle! —habló entre dientes, cerca de mi oído.

—Yo… no sé de qué me hablas. —¿Qué estábamos haciendo? Esto no está bien.

—No está bien, pero no quiero parar. ¿Y tú? —Cogí parte de su pelo, guiándolo nuevamente hacia mi boca.

—Si seguimos, ¡seré yo quien no podrá parar, mujer!

Ese aroma, su boca, ese cuerpo fuerte. No consigo comportarme en presencia de este hombre, lo necesito dentro de mí con urgencia, y…

—¡Mamá! ¡Mamá!

Nos giramos y Hanna nos estaba mirando con cara desconfiada. Por suerte, no nos estábamos besando, pero si hubiese llegado uno o dos segundos más tarde…

—¿Qué ocurre, cariño?

Intentamos disimular lo máximo posible. Colin dio dos pasos hacia el lado, arreglándose un poco el pelo.

—Me he despertado por el ruido. ¿Qué estabas haciendo con el tío Colin?

—No era nada, Hanna —fue él quien contestó—. Estábamos… observando el exterior... la tormenta.

¿En serio, Colin? Vaya excusa…

Tuve que mirarle y negar con la cabeza. Juraría que esta era una de las pocas veces que veía al hombre avergonzado.

—Buenas noches a las dos. Me voy a dormir.

Colin sonrió a Hanna y rápidamente se dirigió a su habitación. En cuanto a mí, ni siquiera me miró…

—Voy a dormir contigo, cariño. —Cogí la mano de Hanna y volví al cuarto que Colin nos había prestado. El problema era que aún tenía la

escena que había ocurrido hacía instantes muy fresca en la memoria, y difícilmente conseguiría dormir…

COLIN ADAMS

Ya no sé qué hacer con Isabelle.

Sinceramente, no consigo controlarme cuando está cerca, y esto podría significar mi ruina. Esa mujer me desequilibra, y lo hace a propósito, estoy seguro.

Decidí entrenar un poco para liberar toda esa tensión acumulada en mi cuerpo. Por suerte, o por desgracia, no me crucé con Isabelle en la sala que lleva a mi gimnasio, lo que me dejó algo más aliviado.

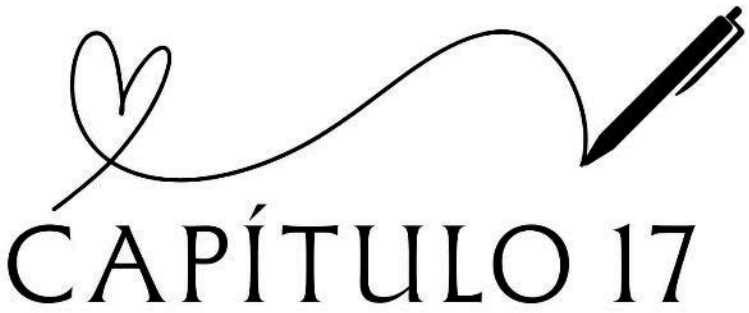
Realicé algunos ejercicios, pero fue en vano intentar sacarla de mi mente.

Su aroma, su boca, su cuerpo… todo seguía impregnado en mi cabeza, y no sabía cómo librarme de Isabelle.

Cogí una de las pesas y la lancé al suelo con fuerza.

Estoy confuso, irritado y completamente loco por no ser capaz de controlar mi propio cuerpo. Para mí, es inadmisible que algo así suceda.

Intenté centrar nuevamente mi atención en los ejercicios, y por un tiempo logré calmarme, pero al notar la presencia de aquella mujer tan cerca de mí otra vez, perdí por completo la razón y ya no pude pensar en nada más…



«El tiempo no vuelve atrás, pero podemos hacer las cosas de otra manera si así lo deseamos…»

COLIN ADAMS

Estoy en una de las habitaciones de invitados de la mansión.

Isabelle se ha quedado dormida en mi cama, y no me parecía correcto quedarme en el mismo dormitorio con ella. Esa mujer me altera demasiado, y sé que terminaría observándola toda la noche si me quedase allí. No puedo permitir que ninguna mujer tenga tanto poder sobre mí, y esta cercanía está volviéndose demasiado peligrosa.

Necesito pensar en otra cosa, porque no me ayuda en absoluto recordar esta noche salvaje que hemos tenido en el gimnasio.

¡Deja de pensar en ello!

Me giré en la cama, intentando dialogar con mi propio cerebro que insistía en que mis pensamientos se centraran exclusivamente en ella.

Tengo que dejar de pensar en Isabelle. Mañana será un nuevo día, un día en el que finalmente haré lo que me prometí hacer desde la tragedia que golpeó a mi familia.



Estar aquí es como un ritual para mí.

Visitar a este hombre se ha convertido en una parte de mi vida, una parte que intento olvidar, pero no hago nada por conseguirlo. Dicho de esta forma parece masoquismo, pero es necesario revivir ciertas

heridas, sentir que de alguna manera sigo vivo a causa del error cometido por otra persona.

Sé que probablemente no entendáis nada de lo que estoy diciendo, y tampoco debéis preocuparos por los detalles. Solo yo sé bien lo que he pasado, lo que sigo sufriendo cada día…

Una vez más estoy frente a él, y ni siquiera tengo que esforzarme para que brote en mi rostro un profundo odio.

—¿Cómo te ha ido?

—Supongo que ya lo sabes —respondió sin mirarme directamente, como ya me había acostumbrado.

—Lo sé, y además disfruto con ello.

Por primera vez levantó la mirada, y poco después movió ligeramente la cabeza, en desacuerdo.

—Nunca dejarás de venir aquí —susurró con resignación.

—Si eso es una pregunta, creo que ya sabes la respuesta. Seguiré viniendo las dos veces al mes que tengo establecidas.

—¡No quiero tu visita! —gritó por primera vez, sorprendiéndome un poco.

—¿Así que… quieres ir por ese camino? ¿No te he demostrado ya de lo que soy capaz? —pregunté, y al instante el hombre cambió de expresión.

—Lo siento…

—No. Todavía no has sufrido ni la mitad de lo que tengo reservado para ti. De una forma u otra, pagarás por todo el dolor que me has causado.

—Lo siento mucho… —Bajó la cabeza, y pude ver una pequeña lágrima deslizándose por su rostro; lágrima que, en cuanto la vi, me hizo soltar una breve carcajada.

—Es tan hermoso verte llorar. Hasta me conmueves, ¿sabes?

—Colin…

—¡No pronuncies mi nombre! —señalé con el dedo índice hacia él.

—Yo… siento mucho todo esto.

La rabia que sentía cada vez que repetía esas palabras era simplemente inconmensurable.



Llevo treinta minutos contemplando la lápida de mi hija, pero no consigo decirle nada.

¿Qué podría contarle?

¿Que soy un monstruo y hago sufrir a las personas?

¿Que mi vida dejó de tener sentido desde que ella se fue?

¿Que he perdido por completo las ganas de vivir como un hombre normal?

—Perdóname… tendría que haber sido yo quien ocupara tu lugar.

Esas pocas palabras dieron paso a un llanto intenso durante algunos minutos. Hay tantas cosas que decir, pero nadie me escucha. Fui abandonado por todos, y yo mismo me encargué de que fuese así.

—Sabes… he conocido a una niña muy alegre. Creo que habríais sido buenas amigas, aunque estarías prácticamente obligada a pasar tiempo con ella —sonreí mientras secaba algunas lágrimas de mi rostro

—. Se llama Hanna, pero es lo opuesto a ti. A pesar de todo, me cae bien. Aunque a veces me incomoda un poco, nunca me irrita su presencia.

Recordé a Maddison corriendo por la mansión. Generalmente jugábamos al escondite, y debo reconocer que pasábamos mucho tiempo juntos. Era otra excusa más para estar cerca de mis hijos, ya que Joshua también participaba.

Ellos dos eran inseparables, y ahora veo claramente el efecto devastador que la muerte de Maddison ha provocado en mi hijo. Desde entonces, Joshua jamás volvió a abrirse con nadie, ni tampoco aceptó nunca el hecho de que su hermana pequeña ya no estuviera aquí.

Maddison aún no había cumplido los tres años cuando Joshua celebró su quinto cumpleaños. En el momento en que iba a soplar las velas, le pedí que pidiese un deseo antes de apagarlas. Segundos después, ninguna vela quedó encendida, y él me miró con una gran sonrisa. Todavía recuerdo aquel día como si fuese ayer…



—¿Has pedido tu deseo? —pregunté después de que todas las velas se apagaran.

—Sí, papá.

—Me alegro mucho, hijo.

—He pedido crecer rápido para poder proteger siempre a mi hermana de los hombres malos.

Miré a Joshua y sentí un orgullo inmenso al escuchar palabras tan profundas y bonitas de un niño tan pequeño.

—No hacía falta que me lo dijeras. Estoy orgulloso de que pienses así en tu hermana.

Segundos después, ya estábamos abrazados. Me esforcé mucho para no echarme a llorar, porque reconozco que, cuando se trata de mis hijos, me vuelvo un hombre bastante llorón.

—¿Puedo abrazaros yo también, papi? —preguntó Maddison, claramente un poco celosa por no ser incluida.

Debo dar gracias a Dios, porque somos una familia bendecida y feliz…



Al lado de la tumba de mi hija está la suya.

Jeniffer…

En realidad, no tenía absolutamente nada que decirle a mi difunta esposa. Esa palabra incluso puede sonar extraña para quienes no conocen mi historia.

—No debería haber aceptado enterrarlas una al lado de la otra. ¡No mereces la hija que tienes!

Lo único que conseguía sentir era aún más odio, y esa era mi señal para marcharme del cementerio, porque Maddison no se merecía tanto rencor en mi corazón.

ISABELLE CAMPBELL

Soñé despierta con Colin.

Está mal, lo sé. Pensar tanto en un hombre que no está disponible nunca es bueno.

Quizá la manera en que lo he dicho suene rara, porque Colin está soltero, pero en el fondo sé que difícilmente estaría con una mujer que invade su poco espacio personal.

Debo admitir que me llevé un buen susto al despertar en su cama, hasta me sentí incómoda, pues ni siquiera recuerdo el momento exacto en que me dormí. No quería abusar de su paciencia, así que rápidamente salí de su habitación.

En este momento estoy trabajando, y no he visto a Colin ni en toda la mañana ni al inicio de la tarde.

Ya estoy acostumbrada a no verlo por la casa, sé que Colin pasa aislado la mayor parte del tiempo.

Mientras caminaba hacia una de las habitaciones, me encontré con Colin viniendo en dirección opuesta.

Mi corazón se aceleró, no me pregunten por qué. Parezco una adolescente enamorada, y eso no es normal en una mujer como yo.

—¿Necesitas algo? —sonreí cuando nos cruzamos.

Parecía una idiota, lo sé.

—Que no me hagas preguntas a cada momento. ¿Podrás hacerlo o es pedir demasiado a tu inteligencia?

Soy una imbécil por pensar que me trataría bien después de lo que ocurrió anoche.

Te lo mereces, Isabelle. Tu ingenuidad me asombra.

Ese fue mi cerebro, poniéndome en mi sitio.

—Solo pregunté…

—¡No preguntes! ¿Qué problema tienes con las preguntas?

—¿Por qué me tratas así? ¿Qué te he hecho? —repliqué.

—Eres irritante, Isabelle. Eso es lo que haces.

No… ningún hombre puede ser tan frío y amargado como Colin; esto ya se está saliendo de control.

—¡Y tú eres un… gilipollas!

¡Ups!

Vi claramente cómo estrechó los ojos, pareciendo un animal listo para saltar sobre su presa.

—¿Qué has dicho? Creo que no he escuchado bien. —Avanzó un paso, quedando a centímetros de mí, pero si piensa que me voy a intimidar, está muy equivocado. Soy lo bastante mujer como para plantarle cara a cualquier hombre.

—No sé si tienes problemas de audición, pero lo repetiré tranquilamente. —Tomé aire—. Eres un gi-li-po-llas —pronuncié pausadamente la última palabra para que no hubiera margen de error —. ¿Lo has oído bien o tendré que escribirlo o dibujarlo? —añadí con ironía, tal como él mismo había hecho conmigo en otras ocasiones.

Colin parecía no dar crédito a lo que acababa de decir, su rostro lo demostraba claramente, pero si antes parecía enfadado, ahora mismo no sabría ni cómo describir su expresión, porque nunca lo había visto así.

Por primera vez sentí miedo.

—Parece que no valoras tu empleo. Por lo visto quieres que te despida ahora mismo, ¿verdad?

Confieso que por unos segundos pensé en disculparme, pero ¿sabes qué? ¡Al diablo! ¡No voy a permitir que me trate como un animal!

—Si me quieres despedir, hazlo, ¡pero hazlo ahora mismo! —dije con voz firme y alta—. ¡No necesito quedarme aquí solo porque me pagas bien! ¡No soy tu saco de boxeo!

—Cuida esa boca, Isabelle…

—¡Espera! Ya que vas a despedirme, antes tendrás que escuchar algunas cosas. —Respiré profundamente—. Deberías prestar más atención a tu hijo en lugar de fastidiar a la gente que te rodea. Aunque no lo creas, esas personas intentan ayudarte y no tienen por qué soportar tu mal humor diario. Eres demasiado egocéntrico, y dudo mucho que seas capaz de amar a alguien, incluso a ti mismo. ¿Por qué no coges toda esa rabia que llevas dentro, la transformas en amor y se la das a tu hijo? ¿Es mucho pedir? Si tu intención es morir solo, algo me dice que vas por el camino correcto, porque pareces uno de esos malditos egoístas a los que estoy acostumbrada a ver durante toda mi

vida. ¿Y sabes qué? Al final solo tienen dos opciones: o mueren solos o por algún milagro logran recomponerse, aunque en tu caso eso último lo veo prácticamente imposible.

No recuerdo haber dicho algo con tanto odio; estaba completamente fuera de mí. Ni siquiera sé lo que me pasó.

Colin me miraba con extrañeza, la sorpresa en su rostro era evidente. Aunque dije todo eso de un tirón, me arrepentí en el instante mismo en que terminé la frase, porque podría despedirme con justificación.

Como si eso fuera a marcar alguna diferencia…

—Voy a pasar por alto tus palabras. —Su rostro volvió a la normalidad, como si no hubiera ocurrido nada.

—¿Cómo dices?

No podía estar hablando en serio…

—Has oído bien. Lo pasaré por alto porque claramente estás con el síndrome premenstrual —lo dijo como si fuera una conversación normal.

—¡Vaaya! ¿El poderoso Colin sabe cuándo una mujer tiene el síndrome premenstrual? ¡Eso sí que es impactante! —me burlé, todavía enfadada.

¿Ves? Soy tan contradictoria que dije estar arrepentida, pero aquí estoy, burlándome otra vez.

—Sí. Mi mujer se volvía insoportable en esos días, igual que tú ahora. —Sonrió, y esa sonrisa fue extraña, porque era bonita pero al mismo tiempo tan triste y melancólica—. Y sí, merezco cada palabra que me has dicho.

—Esto debe de ser una broma. ¿No me vas a despedir?

—De tanto que mencionas esa palabra parece que lo desearas.

—No —puntualicé rápidamente—. Solo digo que te he ofendido, y aún estoy muy molesta contigo.

—Ya se te pasará.

—¡No, no se me pasará! —protesté.

—No puedo hacer nada al respecto. No pienso cambiar mi forma de ser.

—¡Ni yo la mía!

Me estaba haciendo experta en responderle.

—Pues sigue así. No me importa. Aunque no lo parezca, me gusta tu sinceridad —añadió la última frase ya de espaldas, alejándose de mí.

¿Qué diablos acaba de pasar aquí? ¿Por qué este hombre es tan contradictorio?

COLIN ADAMS

No, no despediría a Isabelle por ser sincera con sus palabras, solo desearía que no lograse ver tanto dentro de mí.

Nadie tiene la culpa de mis días de mierda, y descargar mi frustración en los demás no me hace ningún bien.

Nunca se lo he contado a nadie, pero sí acudí a un psicólogo durante tres meses, para ser exactos. Creí que me ayudaría, y durante un tiempo pareció funcionar.

Pero tras aquella falsa sensación de alivio, todo empezó a desmoronarse, y cuanto más tiempo pasaba, menos aceptaba la idea de haber perdido a mi hija. Finalmente abandoné las sesiones.

Tomé una decisión entonces, aunque ahora podría estar mucho mejor si hubiera hecho lo contrario.

Mi problema es la rebeldía. Sí, parezco un joven rebelde que hace exactamente lo opuesto a lo que le dicen. Seguí los consejos de mi psicólogo, pero al revés.

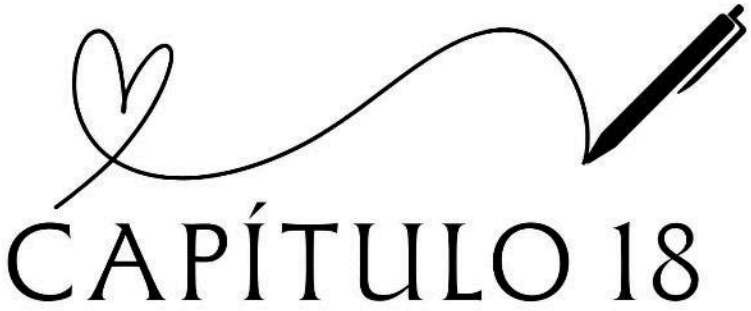
Cuando me decía que saliera, yo me aislaba.

Cuando sugería que me divirtiera, me encerraba en mi habitación.

Cuando recomendaba conocer gente nueva, me perdía en los recuerdos del pasado.

No se puede ayudar a alguien que no quiere ser ayudado. Terminas perdiendo tu tiempo y haciendo que los demás pierdan el suyo. Así es como me sentía, y así es como aún me siento en muchos aspectos.

Aunque parezca un hombre complicado que hace todo lo posible por alejar a los demás, sé que la mayoría comprende que cada persona vive su dolor a su manera, y eso es lo que hace diferentes nuestros problemas. Lo que todavía no sé es cómo conseguir ser un hombre mejor para mi familia y para la gente que me rodea. En este momento, eso me parece imposible.



«Algunas decisiones impulsivas son la mejor opción para quien necesita demostrarse algo a sí mismo.»

COLIN ADAMS

Decidí dar el primer paso. Un paso demasiado arriesgado.

— Me estás asustando. ¿Qué pasa?

Todavía no entiendo por qué estoy haciendo esto, especialmente después de haber llamado hace unos minutos a Henry, el tipo alegre.

Lo invité a mi mansión para hablar, algo realmente raro en mí. Normalmente es él quien aparece sin avisar, pues sabe perfectamente que no soy de los que invitan a nada ni a nadie.

—Hoy vamos a salir —dije de golpe, aunque estaba más inquieto que nunca. No tenía ni idea de por qué estaba dando este paso tan arriesgado.

Como era de esperar, el hombre empezó a reírse en mi cara. ¿En qué momento de su vida podría imaginarse escuchar algo así saliendo de mis labios?

En efecto, lo llamé a mi casa para decirle que hoy iríamos a beber a algún bar aleatorio de Miami, sin hora para volver.

—¿A qué se debe tal honor? Ah, y como esto sea una broma, me voy a cabrear mucho, que lo sepas.

—Estoy harto de quedarme en casa, y no, no es una broma.

La culpa es de Isabelle. Verla constantemente todos los días me está afectando más de lo debido, y no puedo simplemente pedirle que no se cruce conmigo dentro de mi propia casa.

—¿A dónde iremos? ¿Un bar? ¿Una discoteca? ¿Un club de intercambio de parejas?

Madre mía…

—¿Tengo yo pinta de frecuentar esos sitios?

—Nunca se sabe. Los tímidos y calladitos sois los peores. —Se encogió de hombros.

—¡Que no soy tímido! —dije elevando el tono de voz.

—¡Solo aburrido!

Henry seguía picándome, y yo, como un auténtico idiota, caía en su juego. Maldita la hora en que se me ocurrió salir de casa.

—Disfruta de la mansión unos minutos. Voy a arreglarme y enseguida salimos.

—Estaré en la sala de juegos echando una partida de billar para ir calentando motores.

—Haz lo que quieras.

—No tardes. Ya es un milagro que me invites a salir, no quiero que te arrepientas por el camino. —Se dirigió hacia la sala de juegos.

—Soy un hombre de palabra —respondí, aunque por dentro ya comenzaba a arrepentirme de la idea de salir de la mansión.

ISABELLE CAMPBELL

La noche cayó y Lauren y yo salimos para beber un poco y desahogarnos. Ella había trabajado mucho esta semana y la idea fue suya, decía que necesitaba «despejarse».

—Tu jefe es un capullo integral, amiga.

—Sí... —respondí, pero estaba en las nubes. Me sentía culpable por odiarlo, aunque al mismo tiempo lo deseaba. ¿Qué demonios me pasa?

Lauren aún no sabía nada de mi última aventura sexual con Colin, y me estaba planteando si debía contárselo o no. Seguro que me regañaría, porque siempre hablo fatal de él frente a ella. ¿Cómo decirle de repente que prácticamente me acosté con ese ogro en su propia cama? Peor aún: ¿cómo explicarle que fui yo quien lo buscó y me lancé a sus brazos sin más?

—Yo no tengo tus nervios de acero. Le habría pedido la baja voluntaria la primera vez que me hablara de malas maneras. —Tomó un sorbo de su margarita, y yo hice lo mismo.

—Es la necesidad de mantener un buen trabajo —le dije, aunque en el fondo sabía que había algo más. Me había acostumbrado al lugar, a la gente, y ya veía claramente el lado bueno de Colin, esa parte que él tanto se empeñaba en ocultar.

El bar comenzó a llenarse y noté que varios hombres nos miraban. Me sentía deseada, y necesitaba algo así. Últimamente no había estado íntimamente con ningún hombre, excepto Colin, aquella madrugada loca en la que pude dar rienda suelta a todos los deseos reprimidos que guardaba dentro.

—De aquí solo te vas sola si quieres. —Lauren movió ligeramente la cabeza hacia la derecha, señalando a un chico que no apartaba la vista de nuestra mesa. Mejor dicho: de mí.

—Creo que debería aprovecharlo, ¿no?

COLIN ADAMS

No estoy cómodo.

Claro que esperaríais oír algo así de mi boca, soy predecible hasta ese punto. Henry parece haber elegido el lugar más concurrido de la ciudad, y la cantidad de personas en este bar solo aumentaba con cada minuto que pasaba.

—Pero aquí solo hay chicas guapas… —dio un sorbo a su cerveza, guiñándome un ojo, claramente burlándose.

—Me siento fatal por haberte invitado a salir.

—¿Es por mi compañía o por el sitio?

—¡Ambos! —respondí sin titubear.

—Me da igual. Estás aquí, y eso ya es un avance.

—Como digas.

Llevábamos media hora en el bar, y parecía que la mayoría de las universitarias de una mesa habían dejado de hacer lo que estaban

haciendo solo para mirarme.

—¡Tienes fans!

—Ya me he dado cuenta.

Una de ellas me guiñó un ojo, otra se mordió el labio, la que parecía más joven sonrió mientras se tocaba el pelo al observarme…

Estoy demasiado viejo para esto.

—Colin… Colin… Colin. Intenta relajarte un poco.

—La palabra relajarme no existe en mi vocabulario.

—Haz como tu empleada, prueba a charlar con alguien nuevo, igual tienes una experiencia interesante.

—¿Mi empleada? ¿De qué hablas?

—¿No la has visto? Mira al fondo, a la izquierda.

Hice lo que Henry sugirió y me encontré con ella.

¿No era suficiente tener que ver a Isabelle prácticamente a diario? ¿Encima tengo que encontrarla también en un sitio así?

Aunque, para mi sorpresa, no era precisamente enfado lo que sentí en ese momento. Sentía… celos. Verla siendo descaradamente seducida por otro hombre me estaba irritando, y no conseguía disimularlo.

—Voy al baño.

En realidad, no tenía necesidad alguna de ir al baño, fue solo un pretexto para pasar cerca de ella. Pero de poco sirvió, ni siquiera me miró.

O fingió no hacerlo.

Lo hice dos veces más. Sí, parecía un psicópata al acecho y no me sentía nada bien intentando captar la atención de esa mujer.

—Sé un poco más discreto, por favor —dijo Henry, pero no aparté la vista de Isabelle. Esto está tan mal…

—¿Qué pasa?

—Sabes perfectamente qué pasa, Colin Adams.

—¡Odio que me llamen por mi nombre completo! —gruñí mirándolo directamente.

—Lo sé. Sentir celos de Isabelle no te servirá de nada, es mejor que lo asumas.

—¿Quién ha dicho que estoy celoso? Estoy preocupado… por su hija.

¿Qué tenía que ver Hanna con que yo estuviera observando a Isabelle? Nada. Era la peor excusa que había inventado en mi vida; no, la peor excusa de la historia.

—Creo que también deberías mejorar tus excusas. Esta ha sido lamentable.

No respondí nada, solo seguí mirando a Isabelle, y me enfurecía cada vez más conforme pasaba el tiempo y la veía intercambiar sonrisitas con aquel tipo, que hacía lo mismo. La conversación entre ambos ya estaba en susurros, y sería inevitable lo que ocurriría en pocos minutos.

¡Maldita seas, Isabelle!

¿Cómo voy a sacarte de mi cabeza? ¿Realmente quiero hacerlo?

¡Esas preguntas sin respuesta me matan!

—Necesito tomar un poco de aire.

Salí de la mesa y fui hacia el exterior para pensar en qué hacer. Debería marcharme; así me ahorraría tiempo y estrés, pero no me hacía ninguna gracia dejar a Isabelle en manos de un tipo al que apenas conoce. Ella debería estar conmigo.

Aunque cualquier hombre sería mejor que uno tan problemático como yo; seguramente soy la peor compañía posible para ella.

Por el rabillo del ojo vi que el hombre con el que conversaba salió del bar, pero lo hizo solo. Observé que sonreía más de lo normal y, momentos después, atendió una llamada. No estábamos muy lejos el uno del otro, quizá a unos dos metros.

—Sí, tardaré —decía—. Estoy hablando con una chica y está loquita por mí.

Al escuchar esas palabras, sentí que la sangre me hervía.

ISABELLE CAMPBELL

Disimulé la sorpresa inicial al darme cuenta de que Colin estaba en el bar con Henry.

Aquel hombre nunca salía a ningún lado, y de repente estaba en el mismo sitio que yo. Seguirme seguro que no lo hizo, porque Lauren y yo decidimos venir aquí en el último momento. Simplemente estoy desconcertada.

Conocí a un hombre interesante en el bar, Alfred se llamaba, y nuestra charla era animada y agradable. No pude evitar sentirme incómoda al notar las miradas de Colin hacia donde yo estaba, y sinceramente, no sabía muy bien cómo reaccionar.

—¿Qué tal si vamos a un lugar más tranquilo? Prometo no atacarte —bromeó Alfred guiñándome un ojo.

—Eso no es algo que debas decirle a una mujer que desea ser atacada —respondí. Aunque había algo de indirecta en mi comentario, solo lo dije para romper el hielo.

—Tendré que reconsiderar mi estrategia entonces.

Conversamos unos minutos más, y luego ya estábamos en su coche. Alfred era divertido, en ningún momento trató de sobrepasarse, por así decirlo.

—¿Qué te parece si vamos al Jack's? Solo tú y yo.

Lo pensé unos segundos. Lauren estaba entretenida con un moreno bastante animado, y en código, mientras estábamos en la mesa, me dijo que estaría bien. En la vida, a veces merece la pena arriesgarse.

—¿Por qué no?

Justo cuando Alfred encendió el coche y avanzamos unos diez metros, otro vehículo pasó rápidamente a nuestro lado, girando bruscamente hasta bloquear nuestro paso, colocando su frontal frente a nosotros y obligándonos a detenernos de golpe. Me quedé perpleja y asustada con aquella maniobra, pero más aún cuando el hombre que conducía bajó del coche…

Colin se acercaba a grandes pasos hacia nosotros. Inmediatamente abrimos las puertas y salimos del vehículo.

—¿Qué demonios haces, tío? —preguntó Alfred nervioso.

Y no era para menos. ¿Qué diablos pasaba por la cabeza de Colin para actuar así?

Colin no contestó, simplemente me observó de arriba abajo con intensidad.

—He venido a llevarla a casa.

Esto tenía que ser una broma.

—¿Y quién coño eres tú?

—Soy el jefe de Isabelle.

Alfred me miró, arqueando las cejas a la espera de que yo dijese algo.

—¿Es eso cierto?

—Sí, pero ahora no estoy trabajando. ¿Qué estás haciendo, Colin? —dije, dirigiendo mi atención hacia él.

—Como ya te he dicho, vine a llevarte a casa.

—¿Y quién ha dicho que quiero irme contigo?

—Oh, sí que vas a venir. ¡Puedes estar segura!

—Mira, colega, la cosa está clara, ella no quiere irse contigo.

—No soy tu colega, y créeme que sí quiere.

—¿Cuál es tu problema? —me acerqué a él, furiosa, pero Colin hizo algo completamente inesperado.

—¡Mi problema es que no consigo sacarte de mi cabeza!

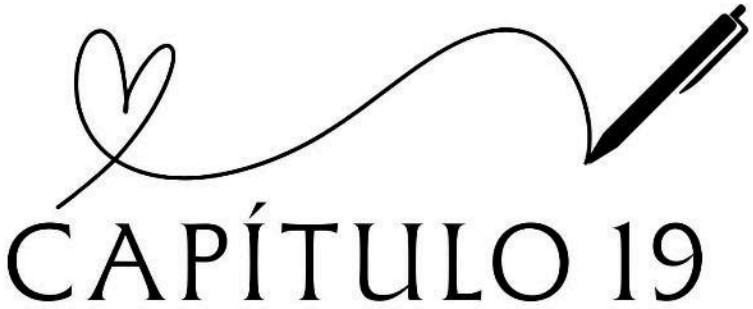
Y Colin me besó de golpe.

Y no fue un simple beso, sino algo intenso, pasional, como si yo fuese de su propiedad.

Incluso llegó a morderme suavemente los labios cuando se separó de mí, y sus ojos seguían ardiendo de rabia al cruzarse nuestras miradas.

—¿Pero qué cojones haces, Colin? —Henry apareció justo en ese momento a nuestro lado, rodeados por varias personas que nos observaban con curiosidad—. ¿Era necesaria toda esta escena?

—Puedes irte ya. Me encargo yo de Isabelle. Tenemos mucho de lo que hablar.



«Incluso el corazón más duro guarda sentimientos ocultos, aunque sea en lo más profundo…»

ISABELLE CAMPBELL

Ya en casa, Colin me llevó sin pronunciar ni una sola palabra desde que subimos al coche. Curioso, porque le había dicho a Henry que teníamos mucho de qué hablar.

Ya estoy cansada de intentar comprender la mente de este hombre. Es bipolar, no tiene lógica alguna. ¿Qué problema mental

puede llevar a alguien a hacer lo que él hizo en plena calle? ¡Ese hombre hizo casi una maniobra de película para frenar frente al coche en el que yo estaba!

—¿No vas a decir nada? —pregunté, rompiendo el silencio.

—Creo que deberías elegir mejor tus compañías.

—Ah, ¿así que ahora él era mala compañía? —crucé los brazos mientras lo analizaba fijamente.

Clavé mis ojos en los de Colin, que había parado en un semáforo.

—¿Y bien…?

—Tienes que estar bromeando.

—Espera un momento. ¿Este espectáculo ha sido porque estás celoso de mí?

¿Por qué habré dicho eso…?

La expresión del hombre cambió radicalmente. Pensé que se abalanzaría sobre mí, por la rabia tan intensa que observé en sus ojos.

—¡No son celos, joder! ¡Sólo intentaba protegerte!

—Fue agradable conmigo, amable, conversamos durante mucho rato, me dijo que tenía un hijo y otras cosas que no necesito repetir. Me sonrió todo el tiempo, me hizo sentir especial y, ¿ahora dices que querías protegerme?

—Isabelle…

—Ah, ahora sí quieres escuchar.

No soy propiedad de ningún hombre para que Colin piense que puede interferir en mis relaciones.

—¡No voy a dejar que te acuestes con él!

Justo en ese momento habíamos llegado frente a mi casa.

—¡Eso no lo decides tú! ¿Has oído la expresión “mi cuerpo, mis reglas”? Pues tengo derecho a salir con quien quiera, cuando quiera.

¡Ahora sí que lo he visto todo!

Colin permaneció callado unos instantes, luego golpeó con fuerza el volante con ambas manos.

—¡No consigo olvidar nuestra última noche! ¡No puedo sacarte de mi cabeza! ¡Me estoy volviendo loco porque no consigo pensar en

nada más que en ti! ¡Odio sentirme así, atrapado por alguien! Ese es mi problema, ¡y tú no ayudas nada! ¿Contenta ahora?

Fue brusco y dulce al mismo tiempo. ¿Se estaba declarando ante mí?

—¿Es verdad lo que acabas de decir?

—¡Claro que lo es! ¿O de verdad crees que me importaría verte con otro hombre si no estuviera claramente interesado en ti?

Colin salió del coche y permaneció unos segundos mirando hacia arriba. Yo también salí y me quedé observándolo mientras me daba la espalda.

No logro entenderlo, no sé cómo lidiar con este tipo de comportamiento. A veces parece amable, atento y cariñoso, pero otras veces es exactamente lo contrario.

Colin no es un hombre capaz de controlar sus sentimientos y noto en su mirada y en sus palabras lo mucho que eso le afecta.

—Olvida lo que te he dicho —dijo, volviéndose hacia mí—. No tenía derecho a hacer lo que hice. Eres libre, y lo que yo sienta no importa.

—Sí importa. En el fondo, tus palabras me importan mucho más de lo que crees.

Me acerqué más y clavé mi mirada en la suya sin que él dijera nada brusco. Quería entenderlo, y parecía dispuesto a dejarme hacerlo, al menos un poco.

—Sé que has pasado por cosas muy difíciles en tu vida, pero nunca es tarde para volver a empezar. Sé que hablo demasiado, pero cuando decidas abrirte, estaré aquí para ti.

—No lo entenderías.

—Pero quiero entenderlo. Lo que ya no puedo soportar es que me uses como saco de boxeo.

Colin sabe que la forma en que me trata no me gusta para nada, pero algo en mi interior dice que puedo cambiarlo para bien, y siempre sigo mis instintos.

Intento con todas mis fuerzas no dejar que me afecte cuando está cerca y me trata mal, pero aunque lo intento, sigue siendo difícil.

—Soy un desastre de hombre. Un pésimo padre como consecuencia. Lo sé muy bien, Isabelle.

—No, no lo eres —le tomé una mano y pude notar la sorpresa en su rostro—. La forma en que tratas a Hanna puede que no signifique nada para ti, pero para mí dice más de lo que imaginas. Tu problema es que te has cerrado al mundo, y te resulta más fácil alejar a quienes están cerca de ti. Pero todos tenemos un lado vulnerable, y el tuyo está cada vez más expuesto. No eres una mala persona, Colin Adams.

Sus ojos brillaron tras mis palabras, y no sabía exactamente qué intentaba encontrar en mi mirada, porque no parpadeaba siquiera.

—Esto está mal —sonrió ligeramente mientras negaba con la cabeza, incrédulo.

—¿Qué está mal?

—Oír eso —se acercó más y puso suavemente ambas manos en mi cuello—. Nadie ve nada bueno en mí, ¿por qué tienes tanta fe en un hombre tan perdido como yo?

—Te equivocas. Hay muchas personas que creen que tu vida tiene solución. Yo, Henry, Helen… somos algunas de ellas, y Hanna también, aunque sea pequeña. Necesitas permitirlo, y si lo haces, estoy segura de que tu vida cambiará. Si quieres, yo puedo ayudarte.

Colin dudó tras escuchar mis palabras, apartó la mirada durante un segundo, pero enseguida volvió a mirarme directamente y dijo algo que me dio esperanza:

—Quiero tu ayuda. Te quiero a ti, Isabelle, y te necesito.

—Entonces empieza besándome como lo hiciste hace unos minutos.

—Algo así ni siquiera es necesario pedírmelo.

Es imposible explicar lo que sucede cuando nuestras bocas se encuentran.

Es ardiente, explosivo, inolvidable.

Acabamos en la cama, y los minutos siguientes fueron intensos y muy especiales para mí.

Nos quedamos mirando el techo durante unos segundos, sin decir nada. Después de un tiempo, él rompió el silencio:

—¿Qué acaba de ocurrir aquí?



Colin ya se había vestido y quería salir cuanto antes de mi habitación.

—No pensamos en las consecuencias de esto. ¡Tu hija...! No sé qué pensar, solo de imaginar que pudo haber escuchado algo...

—No ha escuchado nada.

Fuimos al salón y le traje un vaso de agua.

—¿Estás segura, Isabelle?

—No, la verdad es que no —confesé, y aquello lo puso aún más inquieto.

—Isabelle...

—No estoy satisfecha.

Prácticamente salté sobre él y lo besé apasionadamente.

—Qué apetito insaciable tienes… —susurró con voz ronca, colocándome sobre el sofá.

El beso volvía a calentarse, y justo cuando pensaba que tendría otra muestra de lo que Colin era capaz de hacer, escuché una vocecita a lo lejos:

—Mami, ¿estás ahí?

—¿Qué te había dicho, Isabelle? —Colin se apartó rápidamente, intentando recomponerse. Debo admitir que me hizo gracia verlo tan preocupado, pero por el tono de voz de mi hija, ella no estaba en la cocina, sino más bien cerca de mi habitación.

Unos diez segundos después, Hanna apareció en el salón, y sus ojitos brillaron al ver al hombre.

A mi hija realmente le gusta él. Es verdaderamente increíble.

—¡Tío Colin!

—Hola, Hanna —contestó visiblemente incómodo.

Observo siempre la interacción entre ellos cuando están juntos y sé que él también aprecia a mi hija.

Al principio pensé que Colin solo la "toleraba", pero ahora me doy cuenta de que estaba equivocada. Los dos se quieren mutuamente.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a acompañar a tu mamá.

En parte era verdad. Lo que ella no necesitaba saber eran las circunstancias por las cuales Colin había sido tan gentil conmigo.

—Ah, vale.

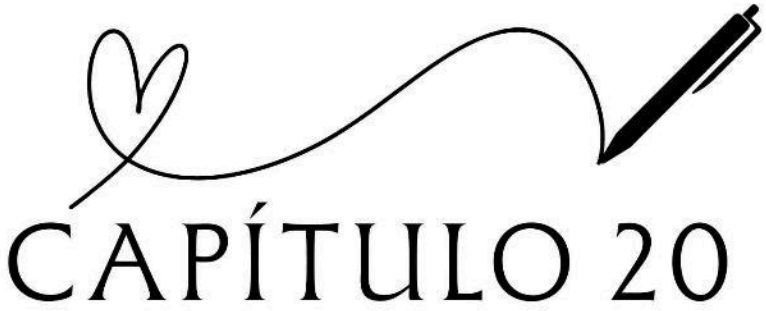
—Despídete de él, cariño. Colin ya se marcha —intervine.

—Adiós, tío Colin. —Fue hacia él y lo abrazó. Era evidente que él se sentía algo avergonzado ante las muestras de cariño, y debo decir que me gusta verlo así, vulnerable.

—Cuídate mucho, pequeña.

—Sí, lo haré. Y también cuidaré de mamá, como tú me dijiste hace muuuchos días.

Soy inmensamente feliz por tener una hija tan especial.



«Algunos sueños se rompen cuando menos lo esperamos…»

ISABELLE CAMPBELL

—¡Madame!

—¡Deja de llamarme así, Tito! —le solté al conductor principal de Colin—. Te encanta hacer estas bromitas, ¿eh? —añadí, riendo enseguida.

Tito mostró una sonrisa amplia y continuó conduciendo hacia la mansión de Colin.

—Soy una persona normal. Aunque quisiera, jamás sería como esas mujeres de la alta sociedad.

—Menos mal, porque la mayoría son insoportables. He llevado a algunas y... mejor no digo nada más, que quiero conservar mi empleo.

—Demasiado tarde, ya me has dejado con la intriga.

—Son cosas pequeñas. Por ejemplo, ajustar el aire acondicionado exactamente a 22,5 grados; no 22, ni 23. O abrir la ventanilla exactamente diez centímetros por delante. Conducir a una velocidad estricta de 35 a 40 kilómetros por hora y jamás sobrepasarla por ninguna razón. Cosas así.

—¡Pero qué absurdo! —exclamé indignada—. ¿Cómo puede haber gente así?

—Ni te imaginas todo lo que pasamos los chóferes…

Seguimos conversando durante todo el trayecto. Tito era un hombre alegre, al que claramente le encantaba trabajar de conductor. Había sido el segundo empleado que Colin contrató después de Helen.

Ya en la mansión, terminé mis tareas de primera hora y me preparé para llevar a Joshua al colegio.

—¿Listo? —pregunté.

—Sí.

Joshua parecía diferente, algo más alegre de lo habitual. No sabía si era por haber visto a Hanna o si había ocurrido algo, pero no quería invadir la privacidad de un niño.

—¿Sabes? Ayer mi padre entró en mi cuarto —dijo de repente, sorprendiéndome.

—¿En serio?

—Ajá. Se quedó allí un rato, pero yo fingí que estaba dormido.

—¿Por qué fingiste?

—No lo sé. Me di cuenta de que papá se quedó mirándome, después miró al techo de la habitación. A veces abría un poquito el ojo y veía que estaba mirando mis juguetes. Cuando salió, me dio un beso en la mejilla y me dijo que me quería.

No esperaba oír eso. Al menos no así.

Me quedé sin palabras. Una actitud como aquella demostraba claramente que Colin estaba luchando contra sus miedos, acercándose poco a poco a Joshua.

—Dale una oportunidad a tu padre, Joshua. Pasó por muchas cosas difíciles cuando tu madre y tu hermana fallecieron. Sé que tú también estás dolido, que algunos días parecen más tristes que otros, pero tu padre también lo está pasando mal, y estoy segura de que no le gusta esta distancia que se ha creado entre vosotros.

—Vale, tía Isabelle.

¡Genial! ¡Ahora soy la tía Isabelle!

Sonreí. Era lo más justo.

—¿Puedo llamarte así? —preguntó él.

—Claro. Además, Hanna llama a tu padre tío Colin, así que no veo ningún problema.

Los dos empezamos a reír, y el camino hacia el colegio resultó ser mucho más alegre y agradable de lo que esperaba.



La mañana pasó en un abrir y cerrar de ojos. Después de recoger a Joshua del colegio, me quedé en la cocina ayudando a Helen con la comida, ya que Jeanne estaba enferma y no había venido a trabajar.

—Hoy Colin está diferente —comentó de repente Helen.

—¿Ha pasado algo?

—No lo sé exactamente. Parece… feliz. Nadie en esta casa está acostumbrado a verlo así. Hanna está encantada.

—Claro que lo está —respondí, sonriendo.

De pronto, escuchamos los gritos alegres de dos niños desde uno de los salones. Miré desconcertada a Helen.

No eran gritos de miedo o susto, sino risas y voces llenas de diversión.

—¿De dónde viene todo ese jaleo? —preguntó Helen, saliendo conmigo de la cocina en busca del origen de aquel ruido, que

aumentaba a medida que avanzábamos por los pasillos.

Finalmente descubrimos el lugar, y al abrir con cuidado una rendija de la puerta, casi nos caímos del asombro.

Joshua y Hanna corrían por la habitación tratando de huir de alguien que, con los ojos vendados, intentaba atraparlos.

—¡No sirve de nada esconderse! ¡Voy a ganar este juego!

Era Colin, con los ojos tapados, intentando alcanzarlos en aquel pequeño salón. Helen y yo los observamos a través de la puerta entreabierta mientras los tres disfrutaban jugando juntos.

Colin podría haberlos atrapado en cualquier momento a pesar de tener los ojos vendados, pero no lo hacía; al contrario, permitía que se divirtiesen corriendo de un lado a otro.

Después de algunos segundos, Helen cerró suavemente la puerta y, al mirarnos, compartimos una sonrisa llena de complicidad.

—Mejor los dejamos jugar tranquilos un rato más. Ni siquiera puedo describir lo feliz que estoy al verlos así de alegres.

Al regresar a la cocina, seguí reviviendo mentalmente esos breves instantes en que vi a Colin jugando con los niños. ¿Sería posible que

finalmente hubiera encontrado una manera de reconquistar a Joshua?



El momento de marcharnos estaba llegando, y al parecer, una personita quería quedarse aquí a toda costa.

—¡No quiero irme, mamá! —dijo Hanna, con una carita enfadada que era hasta graciosa.

—Hija, no seas cabezota. Vienes aquí todos los días.

—Sí, pero hoy estábamos jugando con Joshua, y fue la primera vez que nos divertimos muuucho los tres juntos.

—Hmm. Quizá otro día podáis repetirlo.

—Ya…

—Vamos, despídete de Helen, que te estoy esperando.

—Vale… —Puso una carita triste y salió lentamente.

Esta niña…

Colin esperó un momento después de que nuestra conversación terminara, acercándose a mí enseguida.

—Hanna te ha delatado —fui yo la primera en hablar.

—¿Sobre qué?

—Creo que lo sabes bien. ¿Qué estabas haciendo con esos niños? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta. Simplemente quería oírlo de su propia boca.

—Dar el primer paso. Estoy intentando recuperar el tiempo perdido con mi hijo, y Hanna es muy buena persuadiendo a la gente.

—¡Qué vergüenza! —bromeé—. Usar a la niña para acercarte a Joshua —dije, fingiendo reproche.

—Eso es lo que tú crees. Por lo visto, es ella la más interesada, porque así tendrá más gente para divertirse. A tu hija no le gusta la palabra "no", y parece que será aún más cabezota y respondona que tú.

—Eh, para ya, que yo no soy así.

Hanna regresó a nuestro lado con esa cara dramática de tristeza que casi conseguía conmoverme. Pero ni por esas iba a ceder.

—¿Por qué estás triste? —preguntó Colin, agachándose para mirarla directamente.

—Es que mamá quiere irse —respondió haciendo pucheros, lanzándome una mirada como si yo tuviera la culpa por querer marcharme.

Vaya teatrera está hecha...

—Mañana volverás otra vez, pequeña.

—Sí… pero hoy quería quedarme más rato. —Cruzó los brazos, mostrando su enfado.

Empecé a reír y noté cómo Colin hacía un esfuerzo por no hacer lo mismo.

—Tu madre tiene cosas que hacer en casa. Mañana podrás disfrutar más, y quizás juguemos de nuevo. Pero eso dependerá mucho de que hoy no estés triste.

—Vale. Voy a estar feliz. —Y enseguida apareció una gran sonrisa en su rostro.

Esta vez Colin se rio, y me encantaba ver cómo trataba a Hanna. Nunca imaginé que tendría tanta sensibilidad con los niños. Por lo visto,

hay muchas cosas sobre él que aún no sé, ya que Colin Adams es toda una caja de sorpresas.



—Podemos llegar más temprano mañana a casa del tío Colin, ¿verdad, mamá?

Lo que me faltaba por escuchar...

Íbamos de camino a nuestra casa. Colin me había dicho hoy que Tito sería el encargado fijo de llevarnos y traernos todos los días de la mansión. A mí todavía me parecía exagerado y no quería dar más trabajo a nadie, pero probad a discutir con Colin una sola vez y veréis lo difícil que es convencerle o argumentar cualquier cosa...

—No, hija. Tu madre necesita dormir.

Ella no tiene ni idea de que mientras juega felizmente por la casa, yo me paso el día corriendo y volviéndome loca con tanto trabajo.

—¿Te gusta el tío Colin, mamá?

Justo lo que tenía que preguntar en medio de esta conversación… Es una miniatura mía, ahora estoy completamente segura.

—Es majo —me limité a decir, mientras ella me observaba atentamente. Cuanta menos información, mejor.

Supongo que entendéis lo que quiero decir. ¿Sabéis esas ocasiones en que los niños os miran fijamente como si fueran capaces de leer vuestra alma? Pues mi hija puede ser así a veces.

Además de dejarte en evidencia, parecen darse cuenta cuando estás incómoda y te miran aún más intensamente, esperando que digas o hagas algo; aunque lo que tú realmente quieres es que dejen de observarte como si hubieses hecho algo malo.

—Sí que lo es.

El coche se detuvo y, al abrir la puerta, el pánico se apoderó completamente de mí.

¡Mi casa parecía estar destrozada!

Al principio no lo noté, porque los cristales del coche eran más oscuros de lo habitual, pero cuando caí en la cuenta, me quedé sin

palabras.

Miré hacia los lados y vi al menos tres coches patrulla aparcados frente a mi casa. En cuanto me vieron acercarme a la puerta —que estaba destrozada—, enseguida se dirigieron hacia mí.

—Tito… quédate con Hanna, por favor —dije angustiada.

—Sí, señora Isabelle.

Por un instante me preocupó que mi madre pudiese estar dentro, pero recordé que hoy llegaría más tarde.

—¿Es usted la dueña de la casa? —me preguntó uno de los policías.

—Sí —respondí aturdida—. ¿Qué… ha pasado? —apenas logré completar la frase.

—Recibimos una denuncia por vandalismo y vinimos a comprobarlo, pero desgraciadamente cuando llegamos ya no había nadie dentro.

Estaba en trance; sin esperar más explicaciones, me dirigí rápidamente hacia el interior.

Al entrar y ver aquello, me desesperé y rompí a llorar. No podía creer lo que veían mis ojos: todo estaba roto, tirado por el suelo o pintado. El sofá rasgado, las mesas partidas…

Fui hacia las habitaciones casi por instinto, sin razonar claramente. Las camas destrozadas, los espejos hechos añicos, la ropa desgarrada y algunas cosas incluso quemadas…

Me derrumbé en el suelo. Mi vida se estaba viniendo abajo delante de mis propios ojos…

COLIN ADAMS

Tenía dos llamadas perdidas en mi móvil, y cuando vi el número sentí que algo iba mal. Tito me había llamado, y eso no era una buena señal. Cuando lo contraté, fui muy claro diciéndole que solo me llamara directamente en caso de extrema necesidad.

—Tito, ¿qué ha ocurrido?

—Jefe... han destrozado la casa de Isabelle.

—¿Qué dices?

—Cuando traje a Isabelle y Hanna a su casa, nos dimos cuenta de que estaba completamente destruida por fuera. Por dentro todo está roto, desgarrado o quemado. Preferí llamarle porque Isabelle... está muy afectada, y su madre aún no ha llegado. Discúlpeme si hice mal en llamar directamente a su móvil.

—No, hiciste bien. Voy para allá ahora mismo. Gracias, Tito.



Hanna estaba con Tito, llorando sin parar, mientras que Isabelle permanecía sentada en la acera hablando con uno de los policías, también desconsolada.

Fui primero hacia donde estaba Hanna, ya que no quería interrumpir a Isabelle en ese momento.

—Hola, pequeña.

Nada más verme, me abrazó y empezó a llorar aún más fuerte. Partía el corazón verla así, y yo no sabía exactamente cómo reaccionar. En un rápido vistazo noté que el exterior de la casa de Isabelle estaba destrozado; el tejado roto, la puerta abierta y resquebrajada.

También parecía que alguien había lanzado un cubo de pintura sobre la fachada.

Todo era un absoluto caos.

—Tito, ¿conseguiste alguna información más?

—No. Pero parece que por dentro está aún peor. Hay varios objetos quemados, muebles destrozados y esparcidos, ropa rasgada... Isabelle está devastada.

¿Quién podría haber hecho algo así, y con qué propósito?

Doña Elisa acababa de llegar y estaba tan impactada como yo, o incluso más. Minutos después, Isabelle terminó de hablar con los policías y se acercó a su madre. Decidí darles espacio y seguí con Hanna, que todavía lloraba, muy triste.

—La Lulu está rota, y le arrancaron la cabeza a Loren —dijo entre sollozos.

Supuse que eran sus muñecas.

—Tranquila, mi niña. —La cogí en brazos y caminé de un lado a otro, tratando de entender qué demonios había sucedido allí.

Pasado un tiempo, Isabelle caminó hacia nosotros, visiblemente afectada.

—Mamá, quédate con Hanna un momento.

Isabelle se acercó a mí, pero inmediatamente comenzó a llorar sin parar, derrumbándose en mis brazos poco después. Todo esto

estaba siendo demasiado para ella.

—Lo... he perdido todo, Colin. Absolutamente todo. —Hundió el rostro en mi pecho.

No puedo describir lo que sentí al escuchar esas palabras tan duras de su boca. Nunca había pasado por algo así, pero perder todo aquello por lo que luchaste tanto debe ser una de las peores sensaciones del mundo.

—Todo se arreglará. Estoy aquí y no pienso dejarte sola.

Isabelle seguía llorando. En mi cabeza ya tenía clara la decisión que iba a tomar, ni siquiera tuve que pensarlo demasiado.

—Las tres vendréis conmigo a la mansión. Por tiempo indefinido.

El abrazo se detuvo de inmediato, y pude ver una enorme sorpresa en los ojos de Isabelle.

—No... Eso está fuera de discusión. No puedo aceptarlo —dijo, tartamudeando ligeramente.

—No te estoy dando opción. Si prefieres, considéralo una orden.

—¿Por qué haces esto? —Entrecerró los ojos, secando algunas lágrimas rebeldes que seguían cayendo.

—Me importáis. Mucho más de lo que imaginas.

Ni siquiera yo podía creer lo que acababa de salir de mi boca, sobre todo por la manera tan natural con que lo dije, algo que hacía tiempo no ocurría. Soy un hombre que generalmente no se preocupa por casi nada, pero cuando se trata de Isabelle, no puedo evitarlo. Y eso que he intentado ignorarlo muchas veces.

—¿Cómo puedo agradecértelo?

—Estando presente para Hanna siempre que ella lo necesite. Esa es la mejor forma.

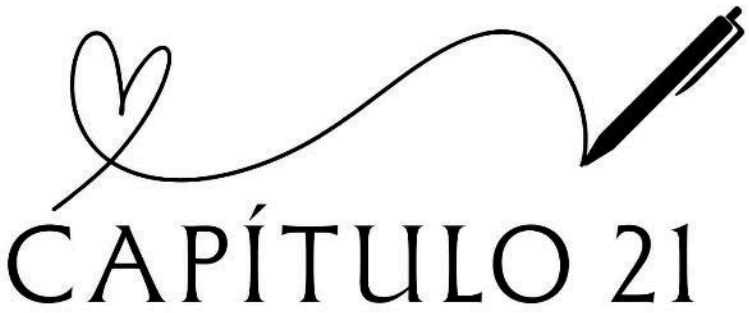
Nunca he sido muy bueno con ciertas palabras, eso es un hecho.

Mucho menos cuando hablo con esta mujer, que siempre consigue desarmarme por completo.

—Perdóname por todo. Por insultarte mentalmente siempre que puedo, por enfrentarte continuamente, en fin…

—Si tu intención es darme las gracias, vas por muy mal camino.

Por un instante, logré sacar una sonrisa de los labios de Isabelle, y eso ya era suficiente motivo para saber que, por fin, había hecho algo bien.



«Cuando la pequeña se empeña, no hay escapatoria...»

ISABELLE CAMPBELL

Apenas pude salvar algo de mi casa.

La mayoría de nuestra ropa había sido quemada o destrozada, y yo seguía desorientada por todo lo ocurrido.

El solo hecho de pensar que esto podría ser culpa de una persona que me abandonó hace años, hacía que sintiera una rabia descomunal.

Es absurdo que esos hombres piensen que sé dónde está Rudolph; no tiene ningún sentido.

A pesar de encontrarme en una habitación cómoda en la mansión de Colin, no logré pegar ojo y terminé dirigiéndome al salón. Es un lugar que siempre me ha gustado mucho, y admito que las vistas desde aquí hacia el exterior de la mansión son aún más bonitas.

Tras pocos minutos, alguien se acercó a mí.

—Imaginaba que estarías aquí.

Sonreí ligeramente.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

—No he venido por eso. Al menos no esta vez. —Se aproximó más—. Pensé que vendrías aquí, y decidí esperarte.

Miré a Colin con sorpresa, sobre todo porque lo había dicho de una forma tan natural, como si llevásemos años siendo amigos.

—Podrías haberme buscado directamente. La mansión es tuya.

—No. Necesitas intimidad. Preferí seguir mi instinto y venir a encontrarte.

—Eres muy perceptivo.

Aparté mi mirada, fijándome en la lluvia que caía sobre el jardín. Todo lo que mi madre y yo habíamos conseguido con tanto esfuerzo estaba prácticamente destruido, e incluso reparar mi casa me iba a costar demasiado.

—¿Cómo lo está llevando Hanna? —preguntó.

—Mi hija no ha dejado de llorar. Sus vestidos y muñecas eran de las cosas que más quería en la vida, y ahora están todas destrozadas.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. No quería verla pasar por algo así, y no sabía cómo solucionaría esta situación. Ella aún es pequeña y no entiende ciertas cosas.

—Eso se arregla fácilmente. Puedo ayudarte a comprar...

—¡No! ¡Ni se te ocurra! —le interrumpí—. Ya nos estás ayudando demasiado y no hace falta.

—¿No crees que eres un poco mayor para ponerte orgullosa?

—Más bien soy demasiado joven para aceptarlo —repliqué—. En serio, por favor, no hace falta.

—Tengo malas noticias: no suelo hacer mucho caso a la gente. Hago lo que me apetece. Creo que ya lo sabes, pero sigues intentando que abandone algo que ya tengo en la cabeza.

—Colin...

—La vida es demasiado corta como para que uno desaproveche oportunidades en medio de las desgracias.

—Y yo que pensaba que eras arquitecto, pero resulta que eres filósofo —bromeé.

Colin se echó a reír, y eso todavía me desarmaba, sobre todo porque no era un gesto habitual en él.

—No cambies de tema. Mañana mismo iréis las tres de compras.

—¡Con una condición! —protesté, dando un pisotón en el suelo.

—Ah, ¡ya empezamos con tu cabezonería otra vez! —resopló, claramente frustrado.

—Voy a devolverte hasta el último céntimo que gaste.

—Está bien. —Sonrió con cierta burla.

—¿De verdad está bien? —No acababa de creerlo del todo, había aceptado demasiado rápido.

—Si eso te hace sentir mejor... a mí me da igual.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sonará arrogante, como todo lo que digo, pero dime: ¿qué impacto tendrá en mi fortuna que me pagues o no?

—Para ti ninguno, pero para mi conciencia sí. —Crucé los brazos.

—Lo que digas, mujer. Me ha quedado claro que estoy hablando con la persona más cabezota del mundo.

No supe cómo, pero segundos después estaba abrazada a Colin. Nos quedamos así un buen rato, sin decir nada. Su gesto podría parecer insignificante a ojos de otros, porque tiene muchísimo dinero y esas cosas, pero lo que está haciendo por mí y mi familia es algo muy bonito que jamás esperé.

Si hoy fuese mi primer día de trabajo, y recordase cómo se comportaba conmigo entonces, estoy segura de que ocurriría el apocalipsis si yo intentara algo así con él.

—Será mejor que te apartes. No estoy acostumbrado a este tipo de gestos.

Por llevarle la contraria, lo abracé aún más fuerte. Tenía que aprovechar los momentos en que Colin se volvía "accesible", y claramente este era uno de ellos.

—Me da exactamente igual. Alguien me dijo que era muy cabezota.

—¿De verdad no vas a soltarme?

—¿Qué tienes en contra de un abrazo? ¡Qué raro eres! —le miré con una sonrisa divertida, y él apartó la mirada, evidentemente incómodo por aquella muestra de afecto.

—Yo no abrazo. Y mucho menos dejo que me abracen. —Se soltó con suavidad.

—Qué pena. Podríamos abrazarnos todos los días si quisieras. —Sonreí. Adoro sacar de sus casillas al famoso Colin Adams.

—Buenas noches, Isabelle. Lo que tú necesitas es dormir y dejar de irritarme.

No sé por qué lo siento así, pero en mi cabeza tengo la impresión de que está cambiando, y esta vez podría asegurar que es para mejor…

COLIN ADAMS

Tuve que contenerme para no tomar a Isabelle del modo en que sueño despierto desde hace días.

No podía hacerlo hoy, no después de todo lo que había sufrido. Isabelle logra calmar la rabia que llevo dentro durante unos momentos, algo que nadie había conseguido hasta ahora.

No entiendo por qué sucede esto; si es porque es irritante al intentar descifrarme, o porque soy yo quien realmente le da pie para hacerlo.

No lo sé, y tampoco quiero pensar en ello.

Dijo que mañana hablaríamos tranquilamente, y que tenía una idea de lo que podría haber ocurrido con su casa. A pesar de sus palabras, aquella noche me fui a dormir preocupado por algo que hasta entonces desconocía...



Hoy, ya con más calma, Isabelle me contó la razón por la que creía que habían destrozado su casa.

Ni que decir tiene que me cabreé muchísimo, pero hice lo posible para no demostrarlo. Últimamente no entiendo muy bien los sentimientos que me invaden, sobre todo cuando se trata de Isabelle y Hanna, porque no soy precisamente del tipo sobreprotector.

Por lo visto, el padre de Hanna tiene culpa directa en todo este problema, y ahora temo por ella. Lo ocurrido fue claramente un aviso de que esos tipos no se creyeron ni por un segundo cuando Isabelle les dijo que no sabía dónde estaba ese tal Rudolph.

—Tendrás que quedarte encerrada una temporada —le solté, anticipando ya sus protestas.

—¿Encerrada? —arqueó las cejas con incredulidad.

—Sí, pasarás unos días en la mansión sin salir a ningún lado.

—Ni hablar —se burló riéndose.

—Sí hablar —le respondí con firmeza—. Después de todo lo que has contado, ¿crees de verdad que esos tíos que han hecho esto con tu casa te van a dejar en paz?

—No puedo acusarlos así, sin más. Quizá… quizá no hayan sido ellos.

Me llevé las manos a la cabeza. Isabelle seguía sacándome de mis casillas, insistiendo en ver el lado bueno de todo, pero el mundo no es así. La gente mala está por todas partes.

—Ni siquiera pienso responderte. Por lo que dijiste, te dieron un plazo de quince días para contestarles, y justo al comienzo del día dieciséis ocurrió aquello en tu casa. Eres demasiado ingenua si crees que no fueron ellos.

Isabelle se detuvo y respiró hondo. Sabe que tengo razón, aunque odie admitirlo, pero en este caso es imposible escapar de los hechos.

—Tienes razón. Ignorar lo ocurrido sería peor.

—Piensa en Hanna, en tu madre y en ti misma. Aquí tampoco se está tan mal —intenté sonar divertido, algo que evidentemente no soy,

pero para convencerla de quedarse encerrada las 24 horas del día tenía que reinventarme. Isabelle es muy difícil.

—Trabajar para ti 24 horas al día, todos los días seguidos, va a ser un coñazo.

—Saber que estás en mi mansión 24 horas al día, todos los días seguidos, será un coñazo —le devolví el golpe, y ella estalló en carcajadas.

Las mujeres en general son muy raras, o quizá sea yo el que no está acostumbrado a ellas.

—Estás muy gracioso últimamente. No sé si alegrarme o preocuparme por tu cambio de humor.

—Es indiferente. Tengo momentos así —mentí. No sabía lo que eran momentos divertidos hasta que apareció cierta persona.

—Ya, claro…

—Otra cosa: tu madre ayudará a Helen aquí en casa. La he contratado.

Ahí sí que Isabelle se quedó boquiabierta.

—¿Por qué bromeas con eso?

—No es una broma, ni mucho menos —puntualicé con firmeza—. Tu madre no necesita ir de un lado a otro trabajando para desconocidos y arriesgándose a quedarse sin nada que hacer y perder dinero. Menos aún después de todo lo ocurrido.

—Ella no lo aceptará —murmuró incómoda.

—¿Qué parte de "la he contratado" no has entendido? Ya he hablado con ella y lo he solucionado.

—Colin…

—Antes de que me bombardees con preguntas, tengo que salir a resolver algunas cosas fuera. Es necesario después de lo de ayer. Y te recuerdo: tienes prohibido salir de aquí a menos que yo vaya contigo. Cuando regrese, iremos a comprar ropa y todo lo que vosotras tres necesitéis.

Me giré de espaldas porque no podía mirar a Isabelle, especialmente cuando se le llenan los ojos de lágrimas justo antes de agradecerme algo, o cuando está enfadada conmigo.

—No sé por qué estás haciendo todo esto, pero… gracias. Te debo muchísimo y ni siquiera sé qué decirte.

—Trabaja y mantén tu cabeza ocupada. Es lo mejor que puedes hacer por ti misma hasta que resolvamos toda esta situación.



Mi conversación con la madre de Isabelle no se limitó únicamente a contratarla para trabajar aquí. Teníamos otros asuntos que tratar, y así lo hicimos. Pero Isabelle aún no puede saberlo; confío plenamente en Elisa para que no se lo cuente, porque eso supondría mi ruina.

Tras haber hecho lo que tenía previsto, regresé a la mansión. Necesitaba darle una noticia a Isabelle.

—Tu casa estará precintada durante un mes. Hablé con un policía amigo mío.

—¿Precintada?

—Sí. Tengo algunos contactos, así que fui personalmente a la comisaría para ver si había novedades y saber cuándo podrás regresar a casa. Haré todo lo posible para ayudarte a recuperarla cuanto antes.

Y de nuevo Isabelle volvió a hacer aquello…

Tiene esa manía suya de correr y abrazar a las personas sin motivo aparente, lo que siempre me deja desconcertado.

—…y tú otra vez con estas cosas. ¿Cuál es la excusa ahora?

—Me estás ayudando. —Me miró fijamente—. Eres un buen hombre —añadió mientras me soltaba.

—Lo que tú digas. Solo espero que la policía consiga dar con los responsables de ese destrozo.



No soy idiota, así que tomé precauciones antes de traer a Isabelle, Hanna y Elisa a uno de los centros comerciales de la ciudad.

Además de ser un lugar concurrido, lo que siempre ayuda en estos casos, tres de mis hombres estaban cerca vestidos de paisano, y

también pedí a Helen que las acompañara. Y sí, también llamé a Henry después de explicarle todo lo ocurrido.

—Me gusta este paseo. Se te da bastante bien eso de hacer de niñero.

Empezó pronto a sacarme de mis casillas.

—Ya te expliqué por qué hago esto.

—Lo sé. Pero creo que tienes bastantes motivos adicionales.

—¿Ah, sí? —arqueé las cejas.

—Te gusta Isabelle, y lo sabes. Te conozco mejor de lo que piensas, amigo mío.

—Ajá, claro. Si tú lo dices...

Henry permaneció a mi lado apenas cinco minutos más y luego se fue junto a Helen y Hanna.

Confieso que, con cada paso que daba, miraba cuidadosamente alrededor buscando algo sospechoso. No creo que la persona que hizo aquello en casa de Isabelle vaya a detenerse fácilmente, y ahora mismo es imprescindible extremar la vigilancia.

—¡No camines junto a Hanna! —Isabelle me abordó de repente, y disimulé el sobresalto inicial.

—¿Qué problema hay con eso?

—Te pedirá todo lo que vea. Siempre pasa cuando vamos juntas de compras, también con mi madre, y tú no tienes por qué aguantarlo.

—Ah, ya veo...

Conforme avanzaba el día, comencé a estar de acuerdo con Henry y mi supuesto talento para niñero. Tenía los pies destrozados, y no recuerdo haber estado nunca tanto tiempo seguido en un centro comercial como hoy.

Tras detenerme brevemente en una tienda de muebles decorativos, volví a prestar atención a las tres mujeres y no conseguí ver dónde estaba Isabelle. Me alarmé durante unos segundos mientras la buscaba alrededor.

Un gran alivio recorrió mi cuerpo cuando la vi acercarse a mí, cruzada de brazos, con el rostro visiblemente nervioso y algo enrojecido.

—¿Qué te dije sobre no darle cosas a Hanna? —preguntó sin dudar, pero yo no tenía ni idea de a qué se refería.

—Por si no te has dado cuenta, llevo prácticamente todo el rato a tu lado, y no he hecho nada.

—Entonces, ¿qué significa esa montaña de cosas?

Miré hacia donde señalaba, y vi a dos de mis hombres cargados de bolsas.

Y se supone que tenían que pasar desapercibidos…

Helen también llevaba varias bolsas, y Hanna sonreía de oreja a oreja. ¿Qué demonios estaba pasando? Observé mejor, y entonces…

¡Lo sabía!

—¿De qué te ríes? —Isabelle parecía desesperada.

—Yo no tengo nada que ver con todos esos regalos que lleva Hanna. Lo habría intentado, pero otra persona fue más rápida que yo. Por lo visto, ha hecho un nuevo amigo.

Henry llevaba a la niña subida a los hombros y ambos reían sin parar. Mi amigo podrá tener muchos defectos, entre ellos ser demasiado

alegre para mi gusto, pero admiro profundamente su generosidad y buen corazón.

—Alguien se preocupó mucho por mí, pero olvidó a otra persona —comentó Isabelle, llevándose ambas manos a la cara.

—Hija, relájate —Elisa se acercó a nosotros sonriendo—. Deja que Hanna se divierta un poco, y luego ya encontraremos la forma de pagarle al hombre.

—Buena suerte con eso —apunté yo—. Henry no es como yo; no conseguiréis devolverle ni un solo céntimo.

—Genial. Ahora sí que no sé qué hacer con mi vida…

Me permití esbozar una ligera sonrisa. ¿Estaría mal decir que Isabelle está especialmente atractiva cuando se siente avergonzada o irritada?

Sí, definitivamente no consigo sacarla de mi cabeza...



La salida había llegado a su fin.

¡Gracias a Dios!

Tres horas en un centro comercial para mí eran lo mismo que correr una maratón; estaba completamente agotado.

—¿Habéis visto algún movimiento extraño?

—Ninguno, jefe —respondió Norton, el encargado de mi seguridad.

—Bien.

—Y… perdone por eso.

Señaló con un gesto de cabeza a los otros dos guardaespaldas que cargaban numerosas bolsas en las manos.

—La niña es muy insistente, y me temo que no han sabido decirle que no.

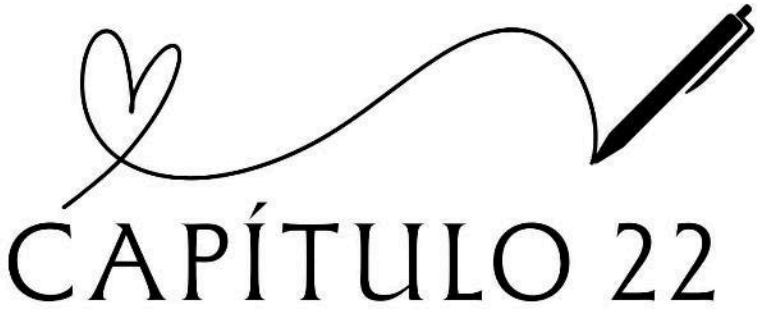
Sonreí recordando que tenía toda la razón en eso.

—Lo sé perfectamente. Hanna consigue siempre lo que quiere.

—Así es, jefe.

La pequeña tiene un carácter fuerte y es capaz de ganarse a cualquiera, incluso a mis hombres, que habitualmente parecen tener cara de pocos amigos.

Pocos minutos después salimos del centro comercial, y en mi interior sentía la satisfacción del deber cumplido.



CAPÍTULO 22

«No hay forma de mantener el control cuando el cuerpo no piensa en otra cosa…»

ISABELLE CAMPBELL

Antes de que Colin entrara en su despacho privado, decidí charlar un poco con él. O más bien picarle un rato, según se mire.

—¿Ves? No ha sido tan difícil.

—¿De qué estás hablando? —frunció el ceño.

—Salir un poco, respirar aire fresco… esas cosas que hace la gente normal —le di un pequeño toque en el brazo, y él negó con la cabeza en desacuerdo.

—¡Tonterías! —Continuó caminando y yo le seguí.

—¿Cuánto tiempo hacía que no salías así? Ya sabes, relajarte, divertirte y esas cosas…

—No me he divertido, si es lo que quieres saber. Estaba demasiado preocupado por manteneros seguras.

—Eres un hombre complicado, ¿lo sabías? —Crucé los brazos, entornando los ojos. No estaba realmente enfadada por la manera en que me hablaba, pero la realidad era que, con cada día que pasaba, disfrutaba más provocando a Colin Adams. Eso era un hecho.

—¿Soy complicado por preocuparme por ti?

Sin darme cuenta, habíamos acabado en aquel pasillo "prohibido", justo delante de una de las puertas. Había sobrepasado los límites sin querer, pero ahora era demasiado tarde para retroceder.

—Perdona, no debería estar aquí.

—¡No!

—¿En serio?

—¿Por qué me haces esto? —su tono se volvió brusco de repente.

—¿De qué hablas? Yo no he hecho nada.

—¿Por qué me provocas? ¿Por qué no eres capaz de alejarte de mí y por qué yo tampoco puedo alejarme de ti? ¡Contéstame!

Sus palabras me pillaron completamente desprevenida. No tenía ni idea de lo que Colin quería oír de mis labios, y peor aún, ni siquiera sabía qué responder.

—No sé… quizás nos gustamos.

Vale, lo reconozco, era la peor respuesta posible. Y la más infantil también.

—¡No siento nada por ti!

Sin embargo, tomó mi cuerpo con firmeza y pasó una mano lentamente por mi pelo, sin apartar en ningún momento sus ojos de los míos.

—¿En serio? —le pregunté desafiante.

—Muy en serio.

Luego, su otra mano se aventuró por mi piel, acariciándome suavemente cerca del vientre, subiendo poco a poco...

—Lo que estás haciendo es bastante contradictorio, ¿no crees?

Colin mantuvo su mirada fija en la mía y suspiró profundamente.

—Sí, tienes razón. Será mejor que pare. Buen trabajo.

Se alejó rápidamente del lugar, dejándome allí plantada, hablando sola.

Colin Adams, eres un auténtico hijo de…



Mi trabajo no salió demasiado bien después de lo que Colin hizo conmigo.

Solo podía pensar en aquella escena y en cómo fui capaz de permitir que pasara algo así en su propia mansión. La vergüenza apareció solo ahora.

Estaba en la cocina, sentada en una silla con la mirada perdida en el techo, imaginando lo que me esperaba.

—Te veo muy pensativa.

Di un salto en la silla al notar que Colin me observaba atentamente.

—Son… cosas.

—Ya veo.

Me costaba mirarlo a los ojos. Quería sacar algún tema de conversación, pero tenía reparos en hacerlo.

—¿Cómo te ha ido el día en el trabajo?

—Bien —respondió él—. He avanzado bastante con parte del proyecto de la mansión de James.

—Entiendo. Y… ¿qué haces cada quince días cuando sales de aquí?

Vaya pregunta más aleatoria acababa de soltar. Además, era bastante arriesgada, pero no me importaba, porque cada vez que sucedía, Colin regresaba convertido en otro hombre.

—¿Qué tipo de respuesta prefieres? ¿Mi versión normal o la paciente?

—La paciente.

—Resuelvo algunos asuntos pendientes de mi pasado.

—¿Y cuál sería la respuesta de tu versión normal?

—Algo así como: no es asunto tuyo lo que hago o dejo de hacer fuera de estas paredes. Tú trabajas para mí, no al revés. No tengo por qué darte explicaciones —dijo sin enfado, pero con contundencia.

—No hace falta decir cuál prefiero.

—Entonces no abuses de mi paciencia. Llevas aquí el tiempo suficiente para saber que no tengo demasiada.

Negué lentamente con la cabeza y me aparté un poco, pero no sin antes añadir:

—Ya verás cómo mejoras, me encargaré personalmente de ello.
—Buena suerte, porque la vas a necesitar.



—¿Puedo preguntarte algo, Isabelle?

—Claro.

—¿Qué pasó con vuestra casa? —Joshua y yo íbamos de camino a su colegio.

—Estaba destrozada cuando llegamos —respondí, intentando no revivir aquellos momentos, algo extremadamente difícil porque la imagen de mi casa destruida regresaba constantemente a mi mente.

—Mi padre dijo que os quedaréis un tiempo en nuestra casa.

Aún no sabía exactamente qué representaba esta noticia para Joshua, ya que Colin hablaba continuamente sobre su aislamiento. En realidad, los dos lo hacían, y el uno con el otro, que era aún peor.

Sin embargo, a pesar de todo, me parecía que últimamente empezaban a entenderse, y esperaba poder ayudarles con ello en los próximos días.

—Sí, solo será el tiempo necesario hasta que pueda arreglarlo todo.

Ese era precisamente el mayor problema, porque no tenía ni idea de cuándo ocurriría eso realmente. Los gastos para reparar la casa serían desorbitados, y sabía perfectamente que no podría pagarlos, al menos no ahora.

Acabábamos de llegar a la puerta del colegio, y justo después de despedirnos, escuché la voz de Joshua diciéndome algo que me sorprendió bastante:

—A mí no me importa que os quedéis en casa. Adiós, Isabelle.

Aún no lo sabía, pero aquello era un gran paso, no solo para mi vida, sino también para la de Colin.



Colin me había llamado. Hasta aquí, todo normal, ningún problema… excepto por el pequeño detalle de que estaba en esa parte

de la casa: su habitación.

Nunca me había atrevido a entrar allí, principalmente por miedo a ser despedida, aunque ahora estaba un poco más tranquila. Aun así, por mucho que él mismo me hubiera llamado, sentía cierto reparo porque, al fin y al cabo, aquel era su cuarto.

—¡Entra! Estoy aquí al lado.

En cuestión de segundos entré en una habitación que solo podía alcanzarse atravesando el dormitorio. Supuse enseguida que era allí donde Colin daba vida a sus proyectos. El espacio era relativamente amplio y había varios objetos sobre una de las mesas.

Pude ver una carpeta A3, algunos tubos extensibles, un maletín portadocumentos, un tablero portátil, entre otras cosas.

—¿Necesitas algo? —pregunté con cautela, al darme cuenta de que estaba trabajando.

Y yo pensando que quería otra cosa... ¿o quizás era exactamente eso lo que quería?

¡Deja de fantasear con este hombre!

—Sí.

—¿Qué necesitas exactamente?

—Cumplir una promesa.

—¿Cómo?

Al principio no entendí bien a qué se refería.

Colin se levantó y se acercó más a mí. Por un instante pensé que iba a besarme y, en el fondo, lo deseaba. Había algo en Colin que resultaba adictivo; aunque supiera que era peligroso, no podía controlarme.

—James Sullivan. ¿Recuerdas su frase sobre aprender con cierto arquitecto?

Sonreí.

—No va a servir de nada. No tengo estudios ni nada por el estilo.

Colin se detuvo apenas a unos centímetros de mí, y de pronto sentí que se me secaba la boca. Su simple mirada conseguía ponerme nerviosa, y comportarme como una mujer normal en su presencia se había vuelto extremadamente complicado.

—Lo sé.

—Sigo sin entender bien el propósito.

—¿Sabes cuál es tu problema, Isabelle?

—Oh, tengo varios —mascullé—. Ni siquiera me pidas que los enumere.

—No pensaba hacerlo. Pero conmigo tienes la oportunidad de descubrir si realmente quieres esto en tu vida.

¿Si quiero dedicarme a esta profesión o si te quiero a ti concretamente?
Por supuesto que mi cerebro iba a pensar algo así.

—Me gusta.

—¿La idea?

—No, no eso exactamente. Bueno… me gusta en lo que te estás convirtiendo como hombre.

Colin entrecerró los ojos ligeramente, aunque no dijo nada. Debo admitir que durante unos segundos no pude identificar bien lo que se escondía tras su expresión. Lo último que quería era irritarlo, especialmente ahora que estaba siendo tan bueno conmigo y con mi familia.

—Explícame mejor… —Dio otro paso adelante y retrocedí ligeramente.

—Solo que… me gusta cómo estás tratando últimamente a las personas. Especialmente a tu hijo —hablé deprisa, de manera algo torpe, tropezando con las palabras.

—Entiendo.

Dio otro paso, y al retroceder nuevamente, sentí la pared contra mi espalda.

—Entonces… ¿cuál es la primera lección?

Qué idiota soy…

—¿Tan aterrador soy, Isabelle?

—No, en absoluto —puntualicé rápidamente.

—¿Acaso beso tan mal como para que te encojas cada vez que me acerco?

Exactamente lo contrario…

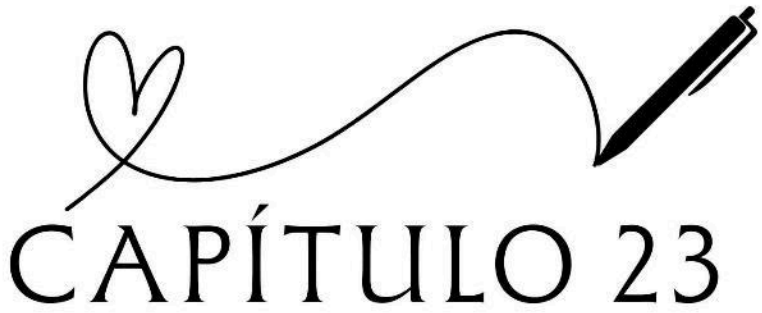
—¿Por qué tantas preguntas? —susurré.

—Solo estoy poniéndote a prueba. Nada más.

—Y… ¿he aprobado el examen del famoso Colin Adams?

Una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Sí, lo aprobaste desde el mismo instante en que entraste en esta habitación.



CAPÍTULO 23

«Hay ciertas preguntas que exigen respuestas…»

ISABELLE CAMPBELL

Mi amistad con Joshua crecía cada día más, y ahora hablábamos con bastante frecuencia.

Me había acercado a él sobre todo durante nuestros trayectos de ida y vuelta al colegio, y el niño había comenzado a abrirse más conmigo.

No sé cómo sería antes, pero ahora parecía algo retraído, y tardaba en coger confianza con la gente. No lo culpo por ello, quizás sea por la tragedia que sufrió su familia hace algún tiempo.

—Joshua... ¿a qué le tienes más miedo? —le pregunté al llegar a la mansión, tratando de sacar conversación.

—No lo sé. Supongo que a morir.

Asentí suavemente con la cabeza y sonreí enseguida.

—¿Y a algo más?

—A los coches.

Sí, justo ahí quería llegar. No sé por qué, pero se me había ocurrido una idea, y en el fondo quería ayudar a Joshua con ese problema.

—¿Por qué no intentas enfrentarte a eso? Si quieres, puedo ayudarte a superar tus miedos.

El niño me miró desconfiado, claramente contrario a mi propuesta. Yo solo quería hacer una prueba.

—¿Cómo?

—¿Qué tal si nos subimos a uno de los coches?

Joshua abrió los ojos como platos, y vi que al principio la idea no le hizo ninguna gracia. Tomé con ternura una de sus manos y añadí rápidamente:

—No vamos a movernos. Tranquilo. Solo subir y nada más.

—¿Lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

Con cierta reticencia entramos en el coche que normalmente utilizaba Tito. Fue como si Joshua estuviera subiendo por primera vez a un automóvil; miraba todo a su alrededor con cautela y curiosidad.

Sabía perfectamente que podía estar traumatizando aún más a un niño, pero tengo un sexto sentido para algunas cosas y suelo confiar en mis instintos.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien —respondió temblando ligeramente, y de nuevo tomé su mano en la mía.

—Olvidemos que estamos en un coche y hablemos de otra cosa. De cualquier cosa.

—Vale.

—Voy a contarte un secreto. No es algo que le diga normalmente a las personas, pero confío en ti y quiero que tú también confíes en mí.

—¿Qué es?

—Perdí a mi padre siendo muy pequeña —hice una breve pausa —. No lo recuerdo demasiado bien, pero sé que hacía muy feliz a mi madre. Murió de cáncer, y mi madre sufrió una depresión durante algunos años. Yo no lo entendía, porque era solo una niña. Al crecer, me prometí que intentaría llenar de algún modo el vacío que mi madre tenía en el corazón, aunque entendí que eso sería muy difícil, porque cuando alguien muere solo permanece vivo en nuestra mente y en nuestro corazón. Luego tuve a Hanna y formé una familia, pero el padre de ella nos abandonó, dejándome sola. Experimenté entonces una tristeza que hasta ese momento desconocía.

Joshua prestaba atención absoluta a cada una de mis palabras. Para mí era difícil recordar algunos acontecimientos, pero en ciertos casos era necesario, y si lo hacía por un bien mayor, lo haría con gusto.

—¿Nunca volvió?

—No. Pero ahora tengo una familia conmigo. Mi madre y Hanna son mi mundo, y cada día doy gracias por tenerlas a mi lado. Lo que intento decirte es que, aunque tu padre esté distante ahora mismo, sigue siendo tu padre y te quiere muchísimo, pero en ocasiones no sabe cómo actuar contigo. Intenta comprenderle. A veces se culpa por lo que ocurrió con tu madre y tu hermana.

Joshua bajó la cabeza durante unos segundos y luego pronunció unas palabras que me sorprendieron mucho:

—Él no tiene la culpa. Lo sé.

Fue increíblemente maduro por su parte decir algo así.

Le di un largo abrazo.

En el fondo Joshua entendía perfectamente lo que había pasado, pero a veces, en nuestra mente humana, es más fácil culpar a alguien que admitir que nadie tiene la culpa.

Seguimos charlando durante unos diez minutos más dentro del coche. No volví a verlo temblar ni una sola vez, y hasta creo que por momentos olvidó por completo que estábamos dentro de un vehículo.

Al salir, se volvió hacia atrás y contempló el coche durante unos instantes.

—Ni siquiera recordaba que estaba ahí dentro.

—Es un buen comienzo.

Ese pequeño paso era excelente para lo que tenía pensado intentar más adelante…

-

COLIN ADAMS

Hoy el trabajo me cundió más que otros días.

Cuando hacemos algo que nos gusta, ocurre algo distinto; no me preguntéis por qué, porque no entiendo muy bien esas cosas, simplemente lo siento así.

Aunque me considero un hombre infeliz en varios aspectos de mi vida, y pese a haber sido prácticamente obligado por James a diseñar su nueva mansión, puedo decir que estoy satisfecho con el resultado de lo que estoy haciendo. Al parecer, aún no he perdido mi toque.

La puerta de mi despacho se entreabrió, y vi a mi hijo dudando si entrar o no. No me importa en absoluto, y hasta me alegra que sea ya la segunda vez que me busca.

—¡Papá!

—¿Qué pasa, hijo? —respondí enseguida.

—Quería preguntarte si… quieres venir a ver un partido de fútbol. Voy a jugar yo.

Era la primera vez desde el accidente que mi hijo me invitaba a alguna actividad suya.

Había quedado muy claro que nuestra relación prácticamente se había roto después de aquel terrible día, y durante meses intenté sin éxito acercarme nuevamente a él.

Reconozco que yo soy el que más se ha equivocado en esta historia, porque dejé de luchar por la persona que más amo en la vida.

Hasta hoy sigo pagando el precio de mis errores y mis pérdidas, pero ahora, por primera vez en mucho tiempo, siento que hay esperanza. Isabelle y Hanna me han hecho abrir los ojos sobre todo lo que me estoy perdiendo, y esta vez pienso hacer las cosas bien.

—Podemos llevar también a Hanna, si ella quiere —añadió deprisa, seguramente pensando que mi demora en responder significaba que iba a rechazar su invitación.

—Sí, voy —dije finalmente—. ¿Cuándo es el partido?

—Pues… ahora.

—¿Entonces qué hacemos aquí? ¡Vamos! —Me levanté de la silla sin saber muy bien el motivo de mi entusiasmo repentino, y creo que mi

hijo tampoco lo entendía del todo.

—¿De verdad? ¿Vas a venir? —Sus ojos se iluminaron al escuchar mis palabras, casi sin poder creerlo. Y no era para menos; él nunca me pedía nada, y yo tampoco solía ofrecerme.

—Sí, voy contigo.

—¿Podemos avisar a Hanna?

—Claro.

—¡Gracias, papá! —salió de mi habitación con una sonrisa de oreja a oreja, y ese gesto me llenó de alegría, pues no era algo que sucediese con frecuencia.



Los dos niños caminaban cogidos de mis manos por la acera, y Norton, mi guardaespaldas, nos seguía unos metros más atrás.

Normalmente no suelo pedir que me sigan de esta manera, pero después de lo ocurrido en casa de Isabelle, y teniendo en cuenta que Hanna está conmigo, prefiero prevenir que lamentar.

Isabelle aceptó al instante que la llevara conmigo, además, el campo de fútbol estaba a solo ocho manzanas, relativamente cerca.

—Voy a marcar un gol para cada persona de la casa —comentó Joshua animado.

—Hmm. Yo quiero que marques dos goles para mí, que he venido a verte jugar —dijo Hanna.

—¿Por qué dos?

—Porque sí, claro.

—Vale.

Ambos se echaron a reír, y la pequeña quedó encantada al ver que su petición había sido aceptada.

Los niños estaban entusiasmados y no dejaron de hablar ni un minuto desde que salimos de la mansión hasta llegar al pequeño campo.

—Me tengo que ir, papá.

—Buena suerte, hijo. Gana el partido por nosotros. Hanna y yo estaremos animando desde las gradas.

—Vale.

Aún estábamos algo incómodos el uno con el otro, y nos despedimos sin besos ni abrazos. Seguía teniendo miedo de expresar mis sentimientos y no ser correspondido, algo que todavía estoy intentando mejorar en mí mismo.

—¿Crees que marcará mis dos goles? —preguntó Hanna cuando Joshua ya se había alejado.

—Espero que sí.

—Hmm. No me gusta el fútbol —soltó de repente, dejándome desconcertado.

—¿En serio?

—Ajá.

—¿Por qué no te gusta?

—Es que se hacen daño. No me gusta eso. Y además, me da miedo la sangre —dijo riéndose.

Su sonrisa era preciosa, y cada día que pasaba veía con mayor claridad que era la viva imagen de su madre. Cuando creciera hablaría por los codos, podría apostar a eso.

—Si no te gusta, ¿por qué aceptaste venir con nosotros?

—Porque Joshua es guay. Me cae bien. A veces le hago jugar conmigo cuando está de mal humor, y al final siempre acabamos jugando juntos igualmente.

Aquello sí que no me lo esperaba viniendo de una niña de cinco años. Comencé a reírme; esta pequeña era demasiado lista para su edad.

—¿Por qué te ríes? —preguntó curiosa.

—Porque alguien es demasiado inteligente para tener solo cinco años. Siempre me sorprendes.

—¿Soy guay, tío Colin?

—Más que guay —extendí los brazos simulando abarcar algo muy grande.

—¿Y qué es más que guay?

—¡Súper guay!

Me puse a reír con la pequeña, y entonces…, ¿qué estaba haciendo? ¿Cómo había ocurrido esto en tan poco tiempo? Sin darse cuenta, Hanna estaba derribando todas mis barreras, haciendo que me acercase de nuevo a Joshua, que fuese más paciente con las personas a mi alrededor, permitiendo que Isabelle entrara en mi vida…

Todo esto era culpa de esta pequeña.

—¿«Esta pequeña»? —repitió ella confundida.

—¿Cómo? —No me había dado cuenta de que había murmurado esa última frase en voz baja, y seguramente ella la había escuchado.

—Quise decir que todo esto es culpa tuya, ¡Hanna! —dije fingiendo estar enfadado, entrecerrando los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Eso es malo?

—Al contrario, me estás convirtiendo en una buena persona.

—Pero si tú eres muy bueno, tío Colin. ¿Sabes una cosa? Me gustas muchísimo.

Esa niña me desarmaba por completo, no había forma de resistirme. Cuanto más hablaba, más me descubría a mí mismo, y quizás lo mejor sería callarme un poco.

—Es recíproco.

—¿Eh?

Sonreí.

—Quiero decir que tú también me gustas mucho. Muchísimo, de hecho.

—Ah, vale.

El partido acababa de empezar, así que nos quedamos en silencio, observando el juego.

Aunque la pequeña solía ser bastante habladora, estuvo callada la mayor parte del tiempo, algo que me sorprendió bastante. Hanna realmente estaba concentrada mirando a Joshua…



Por desgracia, el equipo de mi hijo perdió el partido por 6-5, pero cuando Joshua regresó, no vi tristeza en sus ojos. Al contrario, parecía

contento, aunque no sabía exactamente el motivo. Podrían ser varias cosas, pero prefiero creer que una de ellas era nuestra presencia.

Entonces ocurrió algo inesperado… y cuando digo inesperado, lo digo literalmente. Hanna corrió hacia Joshua y le dio un largo abrazo.

—¡Marcaste dos goles para mí!

Miré hacia Joshua, que me devolvió la mirada desconcertado. Mi hijo no entendía muy bien aquel gesto, pero yo solo negué ligeramente con la cabeza y cerré un poco los ojos, indicándole que no intentara comprender la lógica de esa pequeña.

—Tío Colin, necesito ir al baño.

—Te acompaño hasta el vestuario femenino.

La esperé en la puerta del baño. Antes le pregunté si podría entrar sola, y por suerte me dijo que sí. Me habría sentido tremendamente incómodo si hubiese necesitado ayuda.

—¿Por qué me ha abrazado? —preguntó Joshua, todavía algo confuso—. Dije que iba a marcar goles para todos, solo hice dos y además perdimos el partido.

—Ella ha decidido que esos dos goles eran para ella. No le des vueltas. Lo importante es que está feliz. Hanna es pequeña aún y no comprende algunas cosas.

—Al principio ella me parecía muy pesada, pero ahora me cae bien. ¿Eso está mal, papá?

—¿Por qué iba a estar mal? —pregunté interesado, queriendo entender a qué se refería exactamente.

—Pues… por mi hermana. ¿No estoy traicionándola al jugar y hablar con Hanna?

Me agaché para quedar a su altura. En ese momento era necesario actuar como padre y no evitar decir lo que realmente debía expresar.

—Hijo… estoy seguro de que Maddison estaría muy contenta de que hicieras amigos. Tu hermana era una niña muy especial y adoraba estar contigo. Nunca he visto a nadie sentir tantos celos por ti, ni siquiera yo o tu madre. Pero estoy convencido de que ella no querría verte solo, aislado del mundo, y mucho menos sin amigos.

—¿Entonces por qué tú estás así?

No esperaba una pregunta como esa, y menos aún una cuya respuesta desconozco. Todos los días me pregunto por qué dejé de interesarme por el mundo, aunque la respuesta es bastante clara en mi cabeza: Maddison.

¿Cómo voy a darle fuerzas a mi hijo si yo mismo no soy capaz de superar su pérdida?

Recordar su muerte me llena de una profunda tristeza, algo que probablemente nunca llegue a superar del todo.

—Porque me siento culpable de todo —fue lo único que conseguí decir.

—Echas mucho de menos a Maddison, ¿verdad, papá?

Joshua no me había vuelto a llamar «papá» desde el accidente, y ahora, escuchar de nuevo aquella palabra que para muchos podría ser insignificante, para mí significaba absolutamente todo.

—La echo tanto de menos que daría mi vida por tener a tu hermana aquí de nuevo.

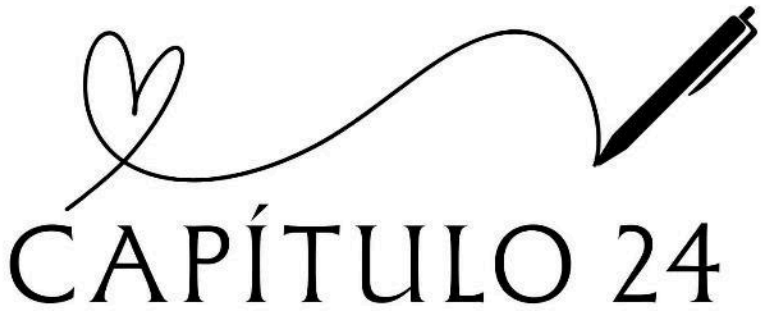
—¿Y por qué no echas de menos también a mamá?

La conversación empezaba a volverse peligrosa, y era evidente que mi hijo sabía que no hablaba nunca de Jeniffer, y que algo más había ocurrido.

—Han pasado algunas cosas. Temas de adultos.

—¿Algún día me contarás qué pasó?

—Sí, hijo. Todo a su tiempo.



CAPÍTULO 24

«Es necesario dar el primer paso...»

ISABELLE CAMPBELL

Colin me pidió que llevara a Hanna con él al partido de Joshua, y cuando regresaron, noté un brillo diferente en su rostro.

—¿Qué pasa?

Sí, lo estaba analizando descaradamente, de esa forma que él odia, pero que ya no puedo evitar.

—No es nada.

—Colin Adams. Dime qué ha pasado.

Creo que yo misma me he tomado la libertad de intentar mirar un poco más allá del corazón de Colin y, por ahora, encuentro poca resistencia por su parte, lo cual es genial.

—Últimamente estás muy atrevida.

—Es la confianza —me encogí de hombros.

—No recuerdo haberte dado tanta «confianza».

—Sé que te gusto.

Reconozco que esa frase salió sin querer.

—Un poco.

—Mucho —repliqué con una seguridad descarada.

Esta vez fui yo quien tomó la iniciativa y prácticamente me lancé sobre él, quedando a escasos centímetros de su boca. Cuánto deseaba besarle...

—Eres demasiado provocadora, y parece que siempre eliges los mejores momentos para hacerlo —siseó.

—¿Ah, sí? —Miré alrededor y no vi a nadie cerca.

—¿Acaso crees que si alguien nos estuviese mirando dejaría de hacer algo?

—Pienso que sí.

—Alguien aún no me conoce bien —gruñó.

—¿Qué tal si yo... te conozco mejor? ¿Crees que me quedaría satisfecha o intentaría alejarme? —lo provoqué, acercándome aún más a sus labios.

No respondió, tan solo me atrapó entre sus brazos sin darme opción a apartarme. Y, en realidad, yo tampoco quería...



Los días fueron pasando, y de vez en cuando me entregaba a Colin.

Intento por todos los medios ver siempre el lado bueno de las personas, y estoy absolutamente segura de que Colin lo tiene, aunque por alguna razón intente ocultarlo. Probablemente sea a causa de la tragedia, pero, por muy difícil que haya sido todo, hay que seguir adelante.

Estaba saliendo de la mansión con Joshua para llevarlo al colegio, y pensé que ya era hora de poner en práctica algo que llevaba mucho tiempo considerando.

—¿Qué te parece si hacemos otra prueba en el coche?

—Vale.

Fuimos hasta uno de los coches, y tras entrar, enfoqué mis ojos en los suyos.

—¿Qué te parece si damos una vuelta a la manzana?

Joshua lo pensó durante algunos segundos. Claramente no se sentía muy cómodo con lo que le había pedido. Estaba a punto de decirle que podíamos intentarlo otro día, pero él se adelantó:

—Quiero intentarlo.

Le hice una señal a Tito, y antes de llegar al final de la primera calle, con el coche ya en movimiento, su cuerpo y sus manos empezaron a temblar, y Joshua empezó a sudar frío casi al instante.

—Yo... tengo miedo —tartamudeó, mirando aterrorizado hacia las ventanillas.

Rápidamente hice una señal para que Tito parara el coche y me bajé con Joshua inmediatamente.

—No pasa nada por tener miedo. Algún día conseguirás superarlo.

—¿Y si no lo consigo? —preguntó desesperado.

—Tranquilo. Solo necesitas paciencia. Cuando estés listo, estaré aquí para intentarlo de nuevo.



Quedé con Lauren en una cafetería cerca de la mansión. Hacía días que no nos veíamos en persona, solo hablábamos por WhatsApp.

Conversamos sobre muchas cosas, desde el vandalismo en mi casa hasta nuestro día a día, pero el tema principal siempre terminaba siendo Colin.

—Te gusta Colin.

—Sí. Tiene buen corazón, aunque haga todo lo posible para demostrar lo contrario.

—No... mejor dicho: estás enamorada de él.

—¿Es eso malo?

No pensaba luchar contra mis sentimientos, porque eran reales.

—Malo no es la palabra exacta. Más bien peligroso. Por lo que me cuentas sobre ese hombre, es contradictorio y podría hacer algo que no esperas.

Reflexioné brevemente sobre sus palabras, y Lauren tenía razón. Además, estaba el hecho de que estaba viviendo en su casa y, quisiera o no, era muy distinto a estar en mi propio hogar.

—Mi mayor problema es que no consigo alejarme de él, y ni siquiera estoy segura de querer hacerlo. Necesito ayudarle de alguna manera.

—¿Necesitas? —arqueó las cejas, confundida.

—No me preguntes por qué, pero siento que estoy logrando romper sus barreras y... no sé, Lauren —suspiré—. Nunca se me ha dado bien entender mis sentimientos, y no creo que ahora vaya a ser diferente.

—Y pensar que antes odiabas a ese hombre...

—La vida da muchas vueltas.

—Y esos armarios, ¿te vigilan todo el rato con esa cara de pocos amigos? —Lauren miró a nuestro alrededor, hacia donde dos de los guardaespaldas de Colin permanecían inmóviles.

—Es la primera vez que salgo sola, y Colin me ha obligado a aceptar esto. Aún no sé si es necesario tanto despliegue, pero discutir con él es complicado. Mejor aceptar los hechos y ya está.

—Que se preocupe tanto por ti es muy tierno —señaló—. Por lo visto, él también está enamorado.

Sonreí tontamente. ¿Podría Colin estar enamorado de mí? No, eso era demasiado difícil.

—Mejor no crear expectativas, ¿no? Vamos a dejar que las cosas sucedan de manera natural.

—Vale. Ahora cuéntame, ¿hay novedades sobre quién hizo aquello en tu casa? —su tono cambió, y la conversación dejó de ser tan relajada como al principio.

—Según Colin, no, y la policía tampoco tiene nada concreto aún. Está bastante claro que alguien quiso darme un «aviso», pero espero que entiendan que no sé dónde está Rudolph ni tampoco quiero saberlo.

—Entiendo. Lo mejor que puedes hacer es quedarte en casa de Colin, y gracias a Dios que se ofreció a proponértelo. Imagina qué habrías hecho si no estuvieras allí.

—Prefiero ni pensarlo. Mi casa quedó prácticamente destruida. No tendría dónde dormir.



Hoy decidí no comentarle nada a Joshua sobre mi intento de subirlo a un coche en movimiento. Me sentía mal por haberlo puesto nervioso y por haber fallado de alguna forma, pero, para mi sorpresa, fue él quien sacó el tema del día anterior.

—Isabelle, quiero intentarlo otra vez. Creo que a mi padre le gustaría mucho que volviera a ir en coche.

Sonreí ligeramente.

—Está bien, vamos a intentarlo. Joshua… hazlo primero por ti mismo. Sé que a tu padre le haría feliz, pero procura siempre sentirte bien contigo. Nuestra propia opinión es siempre la más importante.

—Vale.

Al entrar al coche pude notar de nuevo su miedo y que sus manos temblaban algo más de lo habitual. Se me ocurrió una idea, aunque no sabía si tendría efecto.

—Prueba a cerrar los ojos.

Joshua se mostró reacio por unos instantes, pero finalmente obedeció.

—¿Qué te parece si vamos hasta el colegio con los ojos cerrados?

—¿Tú y yo? —preguntó, todavía con los ojos cerrados.

—Sí. De hecho, acabo de cerrarlos también.

—Vale.

Le indiqué a Tito que condujera al colegio de Joshua a una velocidad moderada y sujeté una de sus manos. No tenía ni idea de si algo así funcionaría, pero en la vida nos equivocamos muchas veces antes de acertar.

El coche empezó a moverse lentamente y notaba cómo él me apretaba la mano con frecuencia.

—Sé que tienes miedo. Estoy aquí contigo, y te prometo que estaremos bien. Enseguida llegaremos.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Tito continuó avanzando y poco a poco noté cómo Joshua se iba tranquilizando. Cada vez que el coche se detenía, él se sobresaltaba un poco, pero yo hacía todo lo posible por hablarle bajito y decirle que todo estaba bien.

El camino fue breve y el coche se detuvo tras unos pocos minutos. Abrí ligeramente los ojos y vi el colegio de Joshua.

—Hemos llegado —dije, y cuando abrió los ojos, su sorpresa fue evidente. Ni él mismo podía creer que hubiese dado ese paso.

—¿Vamos? —pregunté, mientras el niño miraba hacia afuera, sin saber qué hacer a continuación.

—¡Estoy vivo!

No pude evitar reírme un poco.

—Enfrentar nuestros miedos siempre es bueno, y llegará el día en que ya no tendrás miedo de subir a un coche.

Joshua me miró fijamente a los ojos durante unos segundos, y acto seguido me abrazó con fuerza. Aunque no esperaba una reacción así, correspondí al abrazo.

Sé que lo ha pasado muy mal con todo lo que ha ocurrido, pero paso a paso, por pequeños que sean, conseguiré ayudarlo a seguir adelante.



Ni siquiera puedo expresar lo feliz que trabajé durante toda la mañana.

Ser la responsable directa de que Joshua haya dado un paso para enfrentarse a sus miedos me dejó eufórica, aunque sé que aún debo tener cuidado, porque quedan muchas etapas por cumplir.

Ahora estoy nuevamente frente a la puerta del colegio, esperando a que salga. Cuando por fin lo vi aparecer, noté que estaba sonriendo más de lo habitual e incluso iba hablando con otro niño. Puede parecer poco, pero jamás lo había visto salir conversando con alguien del colegio; esta era la primera vez.

—Hola, Isabelle.

—Hola. ¿Qué tal el día en el colegio?

—Muy bien.

—¿Cómo quieres regresar a casa? ¿En coche o caminando?

Joshua pareció analizar las opciones por un instante, pero rápidamente respondió:

—En coche.

—Vale.

—Y esta vez quiero ir con los ojos abiertos.

Me quedé quieta, algo preocupada. Ese era un gran paso y no sabía si estaba preparado para algo así.

—Joshua, no tienes que apresurar las cosas. ¿No crees que sería mejor ir con más calma?

—Yo... solo quiero intentarlo una vez.

Reflexioné sobre sus palabras. Esta vez era yo la que tenía ciertas dudas, pero mi lado emocional se impuso, y sentí en el fondo que él podía ser suficientemente fuerte para afrontar aquello.

—Está bien.

Entramos en el coche, y de inmediato él agarró una de mis manos.

—Todo va a salir bien —dije, haciéndole una señal a Tito para que pusiera en marcha el coche hacia la mansión.

Una vez que el coche se puso en movimiento, al igual que la primera vez, Joshua apretó un poco más mi mano y noté cómo volvía a temblar ligeramente. Estaba a punto de interrumpir aquella experiencia cuando escuché su voz:

—Estoy bien. Puedo hacerlo —dijo rápidamente, con la vista clavada hacia delante.

Sonreí, intentando darle ánimos de algún modo.

El trayecto continuó lentamente y noté cómo él observaba en todas direcciones desde el interior del coche. Evidentemente tenía miedo, pero al menos estaba luchando, y eso me hacía sentir muy orgullosa.

No pasó mucho tiempo hasta que llegamos a la puerta de la mansión. Cuando el coche entró, no puedo describir la felicidad que irradiaba su rostro.

—¡Lo he conseguido, Isabelle! ¡Lo he conseguido!

Joshua estaba eufórico y volvió a abrazarme con fuerza. No sabía qué hacer a continuación, si salir del coche o quedarse allí celebrando. Cuando finalmente salimos del vehículo, vi a alguien cuya expresión era justo lo contrario a la de Joshua. Me tocaría dar explicaciones...

COLIN ADAMS

Henry había pasado por la mansión para enseñarme un asunto relacionado con su trabajo.

Qué raro, ¿no? Precisamente él, que dice venir a «visitarme», se pone a hablar de trabajo en un día como hoy, y cuando lo hace se comporta como todo un profesional, por increíble que parezca.

Salimos de mi pequeña sala de reuniones y fui en busca de Isabelle para resolver algunos asuntos, pero no la encontré en ningún rincón de la mansión. Aun así, no estaba enfadado, lo cual ya era todo un avance.

—¿Isabelle está por aquí? —le pregunté a Helen, que estaba preparando la comida.

—Llevó a Joshua al colegio en uno de los coches.

—Ah, vale.

Salí de la cocina, pero a los dos segundos me giré de golpe, volviendo mi atención hacia Helen.

—¡Espera! ¿Has dicho que se ha llevado a Joshua en uno de los coches? ¿En qué demonios está pensando esta mujer?

Helen se asustó un poco, pero enseguida asintió ante mi pregunta.

—¡Tranquilízate, Colin!

Esta vez fue Henry quien habló, mirándome con firmeza, algo poco habitual en un hombre como él.

—¿Cómo voy a tranquilizarme? ¿Has oído lo que ha dicho? —subí el tono de voz.

—No lo sé, simplemente hazlo. Ella jamás haría algo que perjudicara al niño. Confía en ella.

Confiar en la gente es mi punto débil, porque no confío en nadie.

La última vez que intentamos que Joshua subiera a un coche, mi hijo estuvo mal durante días, sin dormir bien y sin dirigirnos la palabra por un tiempo considerable. Ni siquiera la psicóloga consiguió avanzar, ¿por qué iba a lograrlo Isabelle?

—No, esto no va a acabar bien —me dirigí hacia el garaje, aunque me sentía perdido, sin saber muy bien qué haría a continuación.

—¡Tío! ¡Joder! ¿Puedes tranquilizarte de una vez?

—Iba a decir algo más, pero en ese momento vi llegar el coche de mi conductor principal, y en él estaban Isabelle y Joshua. Aunque estaba a cierta distancia, pude observar que ambos se abrazaban en el interior del vehículo, lo que me dejó aún más confundido.

Tras bajar del coche, no cambié mi expresión seria y molesta por lo ocurrido, e Isabelle lo notó, estoy seguro. Lo que no esperaba era ver a Joshua venir corriendo hacia mí, saltando de alegría y diciendo:

—¡Lo he conseguido, papá! ¡Isabelle me ha ayudado y he logrado ir en coche!

Hay momentos en los que uno se queda sin reacción, y este fue uno de esos.

¿Estoy enfadado? Sí. ¿Estaba totalmente en contra de la idea de ponerlo en un coche? Mucho. ¿Le diría unas cuantas cosas a Isabelle cuando estuviésemos solos? Sí… ¿o no? Ya no lo sé.

—Estoy orgulloso de ti, hijo —me agaché—. ¿Estás bien?

—Sí. Isabelle me ayudó, me agarró la mano.

—¿En serio?

—Sí. Fuimos al cole con los ojos cerrados, y a la vuelta volvimos con los ojos abiertos. ¿A que mola?

—Muchísimo.

—¿Dónde está Hanna? Quiero contárselo.

—¡Te llevo con ella! —dijo Henry, lanzándome luego su famosa mirada de «tenía razón».

—¿Me va a caer una bronca? —preguntó Isabelle de pronto—. Porque si es así, prefiero recibirla ahora.

¿Y ahora qué vas a decir, Colin Adams?

Eso fue mi cerebro preguntándomelo a mí mismo. Yo, que siempre tengo una respuesta lista para todo, no sabía qué decirle ahora a esta mujer que estaba sacando a flote sentimientos que jamás pensé que volvería a sentir.

—La verdad es que no lo sé.

Fue lo mejor que se me ocurrió decir.

—¿No lo sabes?

—No. Aún intento aclarar si me alegra o me molesta lo que has hecho, porque si hubiese salido mal, tendríamos problemas, y de los graves. Y cuando digo graves, hablo en serio, porque ya intentamos algo parecido hace un tiempo.

—Perdóname, Colin —murmuró bajando la voz.

—No.

—Ya lo imaginaba —bajó la cabeza.

—Mi «no» no tiene nada que ver con tu disculpa. Me refiero a que no hace falta que te disculpes. Gracias por mostrarle que hay formas de enfrentar sus miedos. Eso me hace sentir realmente feliz.

Además de insistente, Isabelle es una mujer valiente, y eso tengo que reconocerlo. Consiguió que Joshua afrontara sus miedos, algo que ni su propio padre logra hacer muchas veces, quizá porque en mi cabeza rondan demasiados temores.

—Si esto hubiera ocurrido hace un tiempo, probablemente estaría despedida, ¿verdad?

—Probablemente no. Ya estarías en la calle.

—¿Y qué ha cambiado entonces?

Buena pregunta. ¿Qué ha cambiado?

Podría responderle que yo estoy cambiando, o que están cambiando mis sentimientos hacia ella y hacia las personas que me rodean, pero todavía siento rabia en gran parte del día, y no creo estar mejorando como persona.

De lo que sí estoy seguro es de que Isabelle me altera, y ya no puedo disimular la atracción que siento por ella.

—No lo sé.

—Ah, claro que lo sabes —me guiñó un ojo—. La cuestión es si vas a decírmelo o no.

—No —me alejé unos pasos.

—Ni falta que hace. En el fondo te gusto, quizá hasta estés enamorado.

¡Maldita sea!

Si mencionó esas palabras sin querer, podría entenderlo, pero si realmente piensa eso, tengo que admitir que es una mujer demasiado atrevida y segura de sí misma.

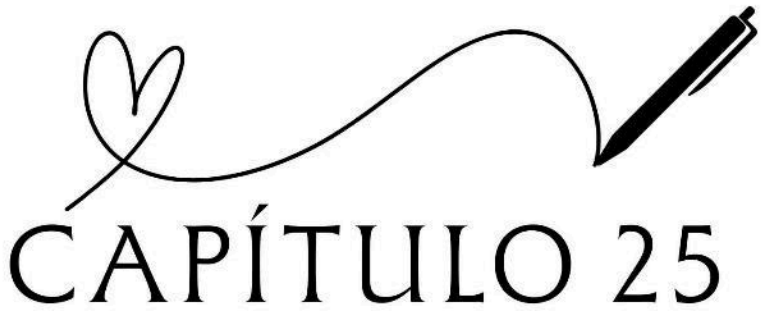
—Hablas demasiado. Especialmente cuando no es necesario. Quédate con tu teoría, y yo me quedaré con la mía.

—Está bien, Colin Adams.

Se alejó prácticamente dando saltitos, completamente segura de que yo estaba enamorado de ella.

Las cosas que tengo que aguantar…

El problema vendría si resultara que ella tiene razón. Eso no sería bueno para nadie.



CAPÍTULO 25

«El momento en que gran parte de las dudas se aclaran es también cuando más duele el corazón...»

COLIN ADAMS

Hoy es nuevamente uno de esos días en los que debo salir de la mansión por algo que no me enorgullece. Ahora forma parte de mi rutina, y cuando se trata de esto, no dejo de hacer lo que me he propuesto, por muy equivocado que sea ante los ojos de los demás.

Noté que Isabelle estaba algo inquieta, pero decidí no preguntarle nada. Cada uno tiene sus propios problemas, y no necesito preocuparme más de lo que aparento.

—Sabes… he estado contando los días —decidió hablar justo cuando pasé por una de las salas.

¿Qué está intentando decir esta mujer?

—Sé más clara.

Hoy no tenía mucha paciencia, ya que es el día en que atiendo mis asuntos fuera de la mansión.

—Vas a salir, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas?

Isabelle se quedó en silencio por unos segundos. No entendía bien el motivo de su pregunta.

Muchos temas relacionados con ella resultan difíciles de interpretar a primera vista. No sé qué respuesta espera, pero, de todas formas, no pienso contarle lo que hago. Eso está totalmente descartado.

—¿Vas a hacer lo que estoy pensando? ¿Resolver un asunto que siempre te hace volver aún más irritado?

—No empieces, Isabelle. Eso no es asunto tuyo —intenté sonar tranquilo en mi respuesta.

—Aun así, me preocupo más de lo que imaginas. No puedo ignorar ciertos sentimientos, y hago todo lo posible por ayudar a quienes realmente ocupan un lugar importante en mi corazón.

No quería, pero necesitaba alejarla de mí, al menos por hoy.

—Te daré un consejo gratis: si realmente sabes de qué van estos días, lo mejor que puedes hacer es mantenerte lejos de mí cada vez que tu agenda marque estas fechas.

No le di oportunidad de responder y salí de la mansión.



Ya en la prisión, me puse cara a cara con aquel hombre, algo que ya era habitual.

—¿Qué tal va tu vida de mierda?

—¿Hasta cuándo vas a seguir haciendo esto conmigo, tío? Por el amor de Dios... —Bajó la cabeza, pero lástima es lo último que podría sentir por él. Lo único que sentía era rabia.

—¿Usando el nombre de Dios? Si existen el cielo y el infierno, ten por seguro que acabarás en el peor rincón del infierno.

—¿Y tú? ¡Dímelo! —su voz subió de tono, como siempre.

—No tengo intención de ir al cielo, y ni siquiera sé si creo en algo así —respondí con sinceridad, ya que esa era realmente mi opinión.

—Tío… no hace falta que hagas esto. Ya estoy pagando por todo, y tú te encargas de recordármelo constantemente. Por favor, déjalo ya.

—¿Cómo es tu rutina? —Ignoré sus comentarios.

—¡Para ya con esto!

—¿No vas a responderme?

—¿Para qué responder? ¡Ya sabes perfectamente cómo es, porque eres tú quien controla mi vida!

Y sí. Tenía toda la razón.

Aunque él estuviera en una cárcel, la persona que realmente decidía lo que podía o no hacer era yo. ¿Que si me sentía orgulloso de eso? Para nada, pero cuando se trataba de este desgraciado, era la rabia la que me movía, y eso no iba a cambiar; al contrario, solo empeoraría.

—Estoy esperando. Venga, dime lo que haces desde que te despiertas hasta que te acuestas. Con detalles.

El hombre volvió a bajar la cabeza, sacudiéndola en señal de negación. Soy terrible cuando me lo propongo, y sé muy bien cómo expresar esa perversidad.

—Me despiertan a las cinco de la mañana. No tengo desayuno, y mi primera comida no llega hasta después de la una. Estoy aislado del resto de presos y no puedo hacer ejercicio en la cárcel. Mi tiempo al aire libre es muy corto y tengo otra comida por la tarde. Registran mi celda todos los días, y los guardias siempre la dejan patas arriba. Si creen que los miro mal, me golpean como a un perro, y ya he perdido la cuenta de cuántas veces he terminado en la enfermería. Ceno alrededor de las ocho, y esa es mi última comida del día.

—Creo que llevas una vida demasiado buena. Siempre se puede empeorar.

—¡Eres un monstruo, tío!

Me levanté y le di un puñetazo al cristal que nos separaba, sintiendo cómo me dolía la mano por el impacto.

—¡Tu error fue meterte con la familia equivocada! Tu vida empeorará, ¡puedes tenerlo claro!

Salí de la prisión. Por hoy, no necesitaba hacer nada más en ese lugar.

ISABELLE CAMPBELL

Mientras hacía mi trabajo, escuché algunos ruidos extraños en una parte de la casa, aunque en un principio no conseguí distinguir de dónde venían exactamente.

Tras unos minutos dando vueltas por los alrededores de la mansión, me di cuenta de que aquellos sonidos provenían precisamente de la zona donde Colin me había prohibido entrar.

Durante un rato me quedé dudando: ¿entro o no? Cada segundo que pasaba los ruidos aumentaban más y más, hasta que finalmente decidí seguir mis instintos. Tras recorrer unos metros, escuché claramente la voz de Colin al fondo de un pasillo, y cuando me acerqué...

Allí estaba Colin, golpeando la pared con los puños, gritando y llorando como un niño.

No sabía qué hacer. No en ese momento.

—¡Por favor… deja de hacerte daño! —Ignoré todas las normas, pisando un lugar expresamente prohibido.

—¡Vete de aquí! —rugió.

—¡Dime cómo puedo ayudarte! —Me mantuve firme y me acerqué aún más a él.

—Ya te lo he dicho: ¡lárgate de aquí! —Esta vez habló más despacio, aunque notablemente furioso.

—¡No!

Entonces vino prácticamente corriendo hacia mí y me acorraló contra la pared. No parecía el mismo hombre que había conocido durante estos últimos días.

—¿Cuál es tu problema? ¿Por qué sientes esa necesidad constante de sacarme más de quicio todavía? —gruñó, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas por la rabia.

—Solo quiero ayudarte, en lo que sea necesario.

Yo tenía que luchar para que el lado bueno de Colin saliera a flote. Él no podía permitirse retroceder, y me importaba demasiado como para dejarlo librar esta batalla solo.

—Eres increíble… tu problema mental es más grave de lo que pensaba —se acercó a mis labios y tomó una de mis manos, aunque

sabía perfectamente que no iba a besarme.

—De nada sirve que me hables así. Tus palabras cargadas de odio ya no me afectan.

—¡Me das lástima, Isabelle!

—Ya te he dicho que…

—Si piensas que estoy enamorado o siento algo por ti, estás completamente equivocada. Métete en la cabeza que no quiero nada contigo.

—Colin, todas las personas tienen sentimientos…

—¿Tengo que repetirlo otra vez? ¡Yo no tengo sentimientos, desaparecieron hace años! —Me cortó, soltándome unos segundos después.

Una lágrima rebelde resbaló por mi rostro.

Colin seguía atormentado por su pasado, y había momentos en que sus peores demonios salían a la superficie, como ahora. Por más que lo hubiera visto irritado antes, nunca se había mostrado así.

Lo que más me dolía era no saber exactamente lo que ocurría en su corazón, porque… quiero, quiero desesperadamente entender ese

corazón lleno de angustia y dolor.

Ya no tengo dudas de que estoy enamorada de él. No hay escapatoria.

—¿Por qué me tratas así? Solo quiero lo mejor para ti. Siempre lo he querido —dije aún llorosa, pero Colin siguió dándome la espalda, con la mirada clavada en el suelo, hasta que instantes después se giró, sujetándome firmemente por los hombros y mirando fijamente al fondo de mis ojos.

—Insúltame, ódiame si quieres… pero no intentes entender lo que pasa por mi cabeza cada día. No me obligues a descargar contigo todo lo que guardo dentro. Estoy seguro de que no serías capaz de soportar la carga que llevo.

Salió de su propio dormitorio dejándome sola, y yo continué allí, sin entender absolutamente nada de esa furia periódica que se apoderaba de él.



Nunca imaginé que podría ver a Colin tan fuera de sí como esta vez.

Soy perfectamente consciente de que en estos días concretos Colin suele estar más irritable que de costumbre, pero hoy estaba mucho peor.

Pensé en hablar con Helen cuando estuvimos juntas en la cocina, aunque sabía que intentar comprender aún más a Colin no serviría de nada.

Al regresar al salón principal, lo observé cruzar el jardín con el rostro aún desencajado. Tomó uno de los coches y se preparó para salir de casa. En esta ocasión pensé en hacer algo arriesgado, así que fui rápidamente hacia Tito, pero Joshua me detuvo justo cuando alcancé al conductor.

—¿Qué le pasa a mi padre?

—No lo sé.

—Estoy preocupado por él. Ha ocurrido algo, lo sé. He oído los ruidos, Isabelle.

Miré primero a Joshua y luego a Tito. Ya había tomado mi decisión.

—¡Tito, sigue a Colin! —dije con firmeza.

—Isabelle… me despedirá si hago eso.

—No, no lo hará. Confía en mí.

—¡Yo voy también! —dijo Joshua.

No tuve mucho tiempo para pensarlo; perdería de vista el coche de Colin si no actuábamos rápido.

Recorrimos el mismo camino que Colin, y durante el trayecto intentaba entender por qué Joshua había insistido en acompañarnos.

Probablemente fue por la manera en que vio salir a su padre. Y no solo él: yo también estaba bastante preocupada por lo que Colin pudiera hacer consigo mismo.

El recorrido fue breve, y en cuestión de cinco minutos, Colin aparcó su coche. Cuando me percaté del lugar hacia el que se dirigía, todo empezó a cobrar sentido para mí.

—Quédate aquí, ¿vale? Voy tras tu padre, pero regresaré enseguida —le dije a Joshua.

—Vale. Cuida de él, estoy preocupado.

—No te preocupes, todo saldrá bien. —Tomé sus manos, intentando reconfortarle de algún modo.

Joshua asintió y, acto seguido, fui en busca de Colin.

COLIN ADAMS

—Soy una basura de persona, ¿verdad?

Frente a la lápida de mi hija me derrumbé por completo. No me siento orgulloso en absoluto del hombre en que me he convertido. Nadie a mi alrededor me soporta, y hago todo lo posible para que cada día me odien más.

—Todo sería diferente si hubiera conseguido salvarte, hija. No pude, perdóname.

Recordar el día en que ella murió me causa tanto dolor que es imposible medir una angustia tan profunda. Ahora entiendo que ciertos dolores emocionales son mucho peores que los físicos.

Darse cuenta de que tu mundo puede cambiar en cuestión de segundos parece algo irreal, algo para lo que nunca estás preparado.

Pero cuando tu vida se pone patas arriba debido a un simple error, todo cobra sentido y ya nunca vuelves a verla de la misma manera.

—Tú y Joshua sois lo más importante de mi vida. —Lloré aún más tras decir aquellas palabras.

Mi hija nunca volverá a decirme que me quiere, que soy el hombre más importante de su vida...

Otra vez la rabia se apoderó de mí, y empecé a golpear con fuerza la hierba de aquel lugar que solo me traía tristeza. Nunca imaginé que enterraría a uno de mis hijos, y ahora estoy completamente trastornado, sin ningún control sobre mis emociones.

—¿Por qué yo, Dios? ¿Por qué me odias tanto? ¿Qué hice para que una mierda así sucediera en mi vida? ¡Me tendrías que haber llevado a mí! ¿Por qué a mi hija? ¡Contéstame!

Sabía perfectamente que no obtendría respuesta alguna. Nunca las tenía.

Me tumbé sobre la hierba y empecé a llorar como un niño. Mi vida terminó en el mismo instante en que mi hija se fue.

-

ISABELLE CAMPBELL

Ver a Colin tumbado sobre la hierba, llorando desconsoladamente, me destrozó el corazón.

Estaba invadiendo su espacio, y por un lado me sentía fatal por hacerlo, pero por otro entendía perfectamente que él necesitaba ayuda.

Cuando se incorporó, actué sin pensar en las consecuencias.

—Tranquilo, todo estará bien —le abracé, pero Colin continuó llorando de manera desgarradora.

El peso que lleva en su pecho es inmenso, y no sé cómo ayudarle. Es imposible aliviar esa carga, ya que Maddison jamás volverá.

Él se guarda toda la rabia y el dolor, jamás habla con nadie sobre sus sentimientos. Me da miedo pensar en el día en que llegue a su límite y ya no quiera recibir ayuda, sucumbiendo a la fuerza de emociones tan oscuras.

—No hace falta que te quedes aquí —dijo en voz baja.

—Ni se me pasa por la cabeza dejarte así.

—Isabelle, por favor…

—¡No pienso separarme de ti! ¡No voy a hacerlo!

Lo abracé con más fuerza aún. Colin no se resistió, pero tampoco se giró para mirarme en ningún momento. Escuchar cómo lloraba mientras contemplaba la tumba de su hija me estaba destrozando por dentro.

Presenciar algo así me resultaba insoportable.

Transcurrieron varios minutos en los que ambos seguimos mirando la tumba de Maddison, ahora arrodillados. Sentí que aquello era demasiado íntimo, y en mi mente creía no tener derecho a estar allí, pues ese momento era suyo.

—Papá.

Al oír la voz de Joshua detrás de nosotros, Colin se giró, sorprendido.

Su rostro seguía devastado. Sus ojos estaban apagados, sin ningún rastro de luz. La tristeza que vi en él no era normal, y eso me rompía un poco más a cada segundo.

No puedo entender por qué me importa tanto Colin Adams, pero sé que no puedo abandonarlo.

No lo haré.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Colin con voz baja.

—Pedí venir. Me preocupé por ti y Isabelle me trajo en coche.

En cualquier otra situación estoy absolutamente segura de que Colin habría estallado contra mí, pero ahora simplemente intentó forzar una sonrisa para su hijo, diciendo después:

—Esta es la tumba de tu hermana, y al lado está la de tu madre.

Pensé que Joshua había asistido al entierro de ambas, pero por lo visto eso no sucedió.

—Nunca tuve valor para venir aquí, papá.

—Os dejaré solos —susurré.

—Quédate —respondió Colin, con cierta urgencia en su voz—. No tienes que irte. De hecho, no quiero que lo hagas.

Asentí.

Ambos observaron en silencio las lápidas durante varios minutos, sin decir una palabra.

—Papá, ahora tengo menos miedo a subirme a un coche.

—Estoy orgulloso de ti, hijo.



Nos quedamos un rato más en el cementerio y poco después regresamos a la mansión. Colin no mencionó nada sobre el hecho de que lo hubiésemos seguido, y en cuanto llegamos, subió directamente a su habitación sin pronunciar ni una sola palabra.

Helen observó nuestra llegada, pero inicialmente no me dijo nada.

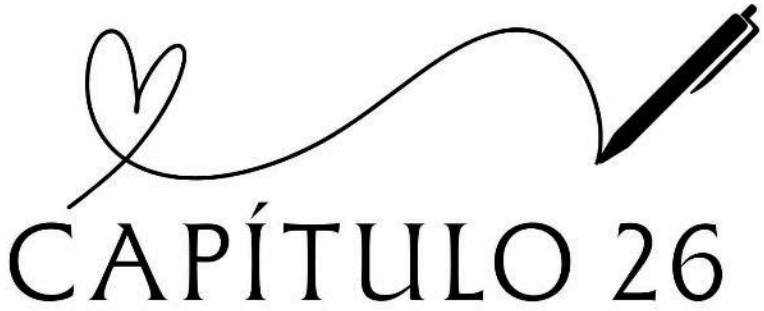
—Creo que sabes algo sobre ese accidente en el que murieron la esposa y la hija de Colin. Por favor, dime qué fue lo que pasó.

Helen dudó.

—Isabelle, crees que lo sé, pero no tengo esa información. Lo único que recuerdo es que Jennifer y Colin discutieron mucho durante el último mes antes de que ella muriera, algo que no era habitual en ellos. Eran personas alegres, disfrutaban mucho junto a Joshua y Maddison. Una familia completamente normal. Algo pasó entre ellos, pero no puedo decirte qué, porque ni yo misma lo sé. Lo siento mucho.

—Está bien. —Sonreí ligeramente, asintiendo. No tenía razones para desconfiar tanto de ella.

A pesar de mis palabras, en realidad no estaba bien. Algo había sucedido, y aunque no supiera qué era, tenía claro que intentaría descubrirlo con el tiempo.



«Un simple gesto puede devolvernos la alegría en tiempos difíciles...»

ISABELLE CAMPBELL

—Vine a preguntar si necesitas algo.

Armándome de valor, me acerqué a su espacio de trabajo. Últimamente ignoro muchas de las reglas que él mismo impuso. Una más o una menos no supondrá ningún problema.

Supongo...

—Estoy bien.

—¿Te puedo hacer compañía?

Esperaba claramente un no por respuesta, especialmente después de todo lo ocurrido, pero su respuesta llegó rápida y de un modo que no había previsto:

—Si eso es lo que deseas, sí.

—¿En serio?

—Sí. Otra vez —dijo con evidente sarcasmo.

—¿Es pedir demasiado que digas «sí» una vez más? —me contuve para no reír.

—No pienso responder a eso. —Volvió a centrar su atención en el trabajo que realizaba en su enorme mesa.

Me acerqué un poco más y logré ver lo que estaba haciendo.

No tardé demasiado en darme cuenta de que estaba trabajando en el proyecto de la mansión de James Sullivan.

Permanecí en silencio unos instantes, simplemente observando lo que había sobre el papel y sus anotaciones.

—Has hecho bien en colocar el jardín aquí. Creo que tendrás más espacio si desplazas la piscina hacia este lado —señalé con el dedo. —Ahora dime: ¿y si la puerta de entrada fuese un poco más pequeña y aprovecharas mejor este espacio? —Indiqué nuevamente el lugar, y Colin me miró confundido.

—Ya sé... esto no es asunto mío.

Colin giró su silla en mi dirección y cruzó los brazos. Me esperaba una buena bronca. Nada fuera de lo normal...

—¿Cómo sabes lo que significan mis anotaciones?

Esa pregunta sí que no me la esperaba.

—Pues, simplemente lo sé.

—¿Simplemente lo sabes?

—Sí. Sigo a algunos arquitectos nacionales, veo vídeos y ese tipo de cosas. Capto fácilmente consejos, observo la disposición de cada trazo y sus explicaciones, conozco algunos significados... En fin, no

tengo ningún curso ni nada parecido, pero con solo echar un vistazo identifico algunas anotaciones.

Colin me examinó por unos segundos, parecía sorprendido, incluso algo complacido por lo que acababa de decir.

—¿Qué te parece aprender algo más y ayudarme con el proyecto?

No fue apropiado, pero solté una carcajada nada más terminar su frase. Había sido una buena broma.

—¿Puedo saber qué te hace tanta gracia? —preguntó con cierta impaciencia en su tono.

—Eso no se hace —me dirigí hacia la puerta. —Menos aún con alguien cuyo sueño es ser arquitecta.

—No entiendo.

—Claro que lo entiendes. ¿Qué lógica tiene pedirme ayuda precisamente en el proyecto de una mansión? ¡Una mansión! —repetí.

—Quiero ver si tienes talento.

—No sé nada técnico —aclaré.

—¿Sabes cuál es el error de la mayoría de la gente que sale de la universidad? —Se acarició la barba con una mano.

—No. ¿Cuál es?

—Confiar demasiado en la técnica, y no en la percepción. Tuve algunos compañeros así, ¿sabes dónde están ahora?

—No. ¿Dónde?

—Trabajando como conductores de Uber, auxiliares administrativos, abogados, nutricionistas, entre otras profesiones —enumeró. —No estoy cuestionando a qué se dedican ahora, ni mucho menos, solo trato de mostrarte que tener una carrera no significa necesariamente que vayas a dedicarte a eso. Confiar demasiado en un título no es bueno. Consejo gratuito: nunca confíes únicamente en un diploma. La técnica no es suficiente; la práctica es una maestra mucho mejor, y yo soy un ejemplo de eso. Así que te lo pregunto de nuevo: ¿quieres ayudarme y aprender algo nuevo, o vas a seguir pensando que me estoy burlando de ti, precisamente yo, que no tengo sentido del humor alguno?

—Dado que insistes tanto, acepto —dije sentándome en una silla, bastante animada. —Será estupendo aprender con el mejor.

—No soy el mejor. Pero sí uno de los que más ha trabajado duro en la vida, aunque también tuve algo de suerte.

—Lo dudo.



En las dos horas siguientes aprendí tantas cosas que jamás había imaginado.

Puede que no lo parezca, pero Colin es un profesor excelente, y además... tiene paciencia. Eso me sorprendió bastante.

—Se te da bien enseñar, ¿lo sabías?

—Si a veces ya tengo ganas de tirarme por una ventana, ¿qué crees que haría si tuviese que entrar en un aula? —Cruzó los brazos con expresión seria.

—*Bah*, eso da igual. El caso es que sabes transmitir tus conocimientos. Habría arquitectos mucho mejores si tú dieras clases. Es

solo mi humilde opinión.

—Por lo visto, te gusto de verdad.

—Sí. Creo que estoy enamorada.

¡No! ¡No! ¡No!

¡Qué tonta soy! Eso no debería haberlo dicho, ¡y menos tan claramente!

—¡Repítelo! —no sonó como una petición, sino como una orden.

—No —sonreí incómoda.

—¡Repítelo! —dijo más alto, poniéndose en pie y acercándose. Aquel aroma...

—No —insistí, y Colin me levantó de la silla con facilidad, llevándome hasta la pared.

—Si tengo que pedirlo una tercera vez, esto no va a acabar bien.

—Bueno, en mi humilde opinión, estoy enamorada de ti —intenté sonreír, pero no lo conseguí—. ¿Algún problema con eso?

—Todos.

Colin me besó con fuerza, brusco, como ya me había acostumbrado.

Pero esta vez fue distinto: el beso empezó a volverse lento, demasiado pausado incluso, y cuando intenté intensificarlo, Colin se apartó de repente, visiblemente enfadado consigo mismo. De eso estaba segura.

—¿He hecho algo mal? —pregunté, aunque sabía que no era culpa mía.

—Lo siento... no estoy bien.

—¿Seguro que no es por mi culpa?

En ese instante tomó mi rostro entre sus manos y volvió a posar sus labios sobre los míos durante un largo momento. Luego, al mirarme directamente a los ojos, dijo:

—No. Todo lo contrario, tú eres la razón por la que intento estar mejor. Es solo que... a veces me pasa esto. Perdóname.



Había pasado más de una semana desde el episodio en el cementerio.

Aunque la mansión era un buen lugar para estar y vivir, echaba de menos mi casa. Mi madre y yo habíamos luchado muchísimo para comprarla, y sabía perfectamente todo lo que nos había costado levantarla.

A pesar de todo, notaba felicidad en su rostro ahora que trabajaba para Colin. Ya no tenía que desplazarse por toda la ciudad, y podía trabajar con más tranquilidad. Rara vez la había visto estresada estos días.

—Ya te dije que Colin no era un jefe tan malo —le guiñé un ojo. En realidad, había dicho justo lo contrario cuando empecé a trabajar para él.

—Casi no veo a Colin, pero cuando coincidimos me trata estupendamente.

—Lo normal. Al parecer solo es borde conmigo. Debe ser por miedo, no sé.

—O quizá le gustas, y por eso teme acercarse demasiado.

Me quedé pensando brevemente en sus palabras. Quizás tenía razón. Al menos era lo que yo solía decirle constantemente para provocarlo un poco.

—Creo que no —volví a la realidad.

Continué trabajando, terminando buena parte de mis tareas durante la mañana. Ya me había acostumbrado a la rutina y no tenía problemas para completar mis obligaciones a tiempo.

Incluso delegar funciones empezaba a resultarme sencillo, ya que el personal me conocía mejor y se mostraba más receptivo.

—Hoy tienes un compromiso, Isabelle —anunció Colin al entrar en la cocina, donde yo descansaba en ese momento.

Su expresión estaba enfadada, pero había algo diferente en ella. No lo entendía muy bien, parecía que intentaba disimular su rostro.

—¿Qué compromiso?

—Cuando llegues al sitio, lo descubrirás.

—¿Y si no quiero ir?

Provocar a Colin Adams era entretenido. Creo que soy la única persona que lo hace, la única que posee semejante valentía.

—Pues no vayas. Llevaré a tu madre y a Hanna.

Enarqué las cejas.

¿Qué pretendía insinuar con eso?

—No lo entiendo. ¿Puedes explicármelo?

—¿Por qué no puedes dejar de ser curiosa ni siquiera un segundo y simplemente hacer lo que te pido sin cuestionarlo? —respondió irritado.

—No me gusta que me lleven a lugares desconocidos sin saber a dónde voy.

—¿Hablas en serio?

Nos miramos fijamente durante algunos segundos y nos echamos a reír a la vez. Aquello no era verdad, y Colin lo sabía perfectamente, sobre todo por nuestras aventuras en varios lugares de la casa.

—Está bien. Iré.



Colin había dado libre a Tito por la mañana, así que él mismo conducía el coche llevándonos a mí, a Hanna y a mi madre hacia algún lugar desconocido.

—¿Sabes qué significa esto? —pregunté en voz baja a mi madre, que parecía tan desconcertada como yo respecto a lo que Colin se traía entre manos.

Durante unos minutos más, Colin continuó conduciendo sin pronunciar una sola palabra. ¿Nos estarían secuestrando? La sola idea me hizo reír interiormente.

Desde luego, se me ocurrían unas tonterías...

De pronto, el coche se detuvo. Colin bajó y nos abrió la puerta. Verlo actuar como un caballero era aún más extraño, pero no comenté nada. Al salir y levantar la mirada, sentí cómo el asombro me recorría de arriba abajo. No tuve reacción.

—Bueno... La imagen habla por sí sola —comenzó él—. Mentí cuando dije que tu casa estaba siendo investigada por la policía este mes. Tuve que decirte aquello para evitar que sospecharas de la reforma que estaba haciendo. Aunque no soy el único responsable de esto: tu madre también es cómplice. Conocía mis planes y los disimuló muy bien, por cierto.

La fachada de mi casa era irreconocible, pero no en un mal sentido: parecía nueva, mucho más bonita que antes.

Di algunos pasos para observarla mejor. No fui capaz de decir nada a Colin, estaba paralizada.

—Voy a abrirla.

Cuando abrió la puerta principal y entré, descubrí que incluso el interior estaba muy cambiado, pero todo estaba precioso. ¿Qué estaba pasando allí?

—Me ha costado algo de trabajo, pero esta nueva casa lleva mi firma. Todo esto lo hice yo mismo. La mayoría de las veces que salía era para venir aquí a estudiar ciertos detalles. Como no hubo que tirar paredes, básicamente modifiqué la distribución y la decoración.

Normalmente no me gusta hacer este tipo de trabajo, pero sabía que valdría la pena. Pensé que te gustaría.

Al escuchar sus últimas palabras volví mi rostro hacia Colin y rompí a llorar. Un gesto así era demasiado para mí.

—No, llorar no vale. Basta ya —desvió la mirada, pero noté que incluso él se había emocionado un poco al verme así.

—Yo… no sé qué decirte ni cómo agradecerte esto… —sollocé.

—Ni falta que hace. Estaba harto de tenerte todo el día en mi casa, por eso aceleré el proceso.

Intentaba bromear, y no pude evitar sonreír y lanzarme a abrazarlo fuertemente. Lo mucho que este hombre me sorprendía era indescriptible.

—Tú y esa manía de hacer esto —se refirió al abrazo.

—Tú y esa manía de ser tan bipolar —le respondí con la misma moneda, aún emocionada—. De verdad que no sé por qué me gustas tanto, no tengo ni idea.

—Porque no soy predecible, supongo.

Observé los ojos de aquel hombre. Siempre que lo hacía, notaba una profunda incomodidad en su rostro.

—¿Por qué escondes que tienes un buen corazón, si en el fondo, muy en el fondo, te importan las personas que te rodean? Sé que eres un hombre excelente y una persona maravillosa, pero vives en el pasado y para el pasado, por eso te irritas con facilidad. ¿Por qué no miras tu presente y tu futuro, y entiendes que hay gente que se preocupa por ti? A mí me importas muchísimo, y no solo por lo que haces por mí, sino por cómo eres con todos. Eres un amor con Hanna, ayudaste a mi madre cuando más lo necesitaba, estás intentando acercarte nuevamente a tu hijo, y veo que tratas bien a tus empleados, cuando yo pensaba exactamente lo contrario al conocerte. Sé que eres buena persona, no necesitas fingir lo contrario.

Quizás había hablado demasiado. Pero no me arrepentía de haber expresado mi punto de vista con tanta claridad. Colin sabía perfectamente lo que yo decía, y aunque intentaba aparentar otra cosa, yo conocía la verdad.

—Creo que prefiero tus abrazos. Cuando te emocionas te pasas con las palabras.

—Vas a volver a ser el Colin de antes. Haré lo posible para verte feliz.

—Eso, lamentablemente, no ocurrirá. El tiempo no vuelve atrás, y algunas heridas jamás se curan.

Hanna y mi madre entraron en la casa, y al igual que yo, se sorprendieron al ver la nueva distribución y la decoración interior.

Nos dirigimos hacia los dormitorios. Incluso allí todo era diferente, pero sumamente bonito. Colin tenía talento para la decoración.

—Hay otra sorpresa. Abrid los armarios —ordenó Colin.

Hicimos lo que pidió. Uno por uno, fuimos abriendo cada armario y descubrimos multitud de prendas nuevas en cada uno de ellos.

—Aquí necesité algo de ayuda de tu madre. Aunque conozco un poco sobre ropa femenina, otras prendas eran algo más complicadas.

—¿Vamos a volver a vivir aquí? —preguntó Hanna, algo contrariada.

—Sí, cariño.

—Ah... ¿tengo que venir yo también, mamá?

Lo dijo con tristeza, y enseguida entendí el motivo de sus palabras.

Hanna...

—¿Por qué estás triste, pequeña? —esta vez fue Colin quien preguntó.

—Es que prefiero quedarme en tu casa grande.

—Ay, Hanna, hija mía... —puse las manos en mi cabeza, cerrando los ojos.

A veces los niños dicen las cosas más inesperadas en el peor momento posible.

—Tranquila, Isabelle —dijo Colin, agachándose para estar a la altura de mi hija—. Podrás ir allí todos los días, no te preocupes. Nada va a cambiar, Hanna.

—¿Lo prometes?

—Sí. Lo prometo.

—Vale.



—Mañana ya podéis volver, Isabelle. Estoy solucionando otros asuntos más serios.

—Imagino que te refieres a los responsables de lo ocurrido en mi casa.

—Exactamente —afirmó con la cabeza—. La policía no ha conseguido ninguna información, y eso me está sacando de mis casillas. Mientras no haya avances, dejaré a dos de mis guardaespaldas aquí a tiempo completo.

—Colin, no hace falta...

—¿Otra vez vas a empezar? —me interrumpió—. No ha sido una sugerencia, te lo estoy comunicando, Isabelle. Estarán como máximo a diez metros de vuestra casa y me informarán de inmediato si sucede algo fuera de lo normal.

No entiendo cómo Colin puede preocuparse tanto en algunos momentos, y en otros apenas consigue mantenerse en pie debido al

dolor de su pasado. Por más contradictorio que sea, lo admiro por eso.

—¿Sirve de algo que diga «no»?

—Creo que ya sabes la respuesta.

—¿Cómo puedo agradecértelo? Hablo en serio, no estoy haciendo nada más que cumplir con mi trabajo.

—En realidad sí que haces más —comprendí enseguida a lo que se refería—. Pero no es por eso por lo que hago estas cosas. Me gustas, y solo Dios… —se detuvo, negando algo con la cabeza— …solo yo sé lo difícil que es admitirlo. Hanna y tu madre también son especiales para mí, y quiero lo mejor para vosotras. No soy un hombre que sepa expresar sus sentimientos, y ni siquiera sé si alguna vez lograré hacerlo con alguien, pero hago lo que puedo, y vosotras tres lo merecéis, sobre todo por aguantarme, algo que ni yo mismo consigo.

—¡No tienes por qué enfadarte con Dios!

—No quisiera, pero lo estoy. Mucho. Jamás aceptaré lo que pasó en mi vida.

—«Jamás» es una palabra demasiado fuerte.

—Lo sé —puntualizó—. Vámonos, mañana podréis regresar y estar tranquilas.

Miré alrededor y noté que solo Colin y yo permanecíamos en la habitación, así que lo besé. Con ganas.

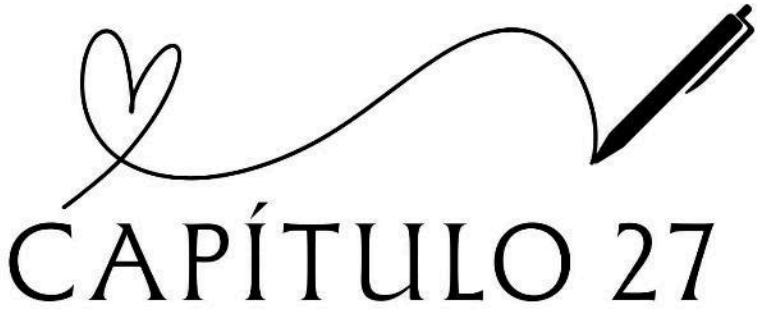
—Isabelle…

—¿Qué pasa?

—No escojas los peores momentos para hacer eso. Podría perder el control —gruñó, luchando contra algo en su interior.

—Pues contrólate —le guiñé un ojo—. No podemos hacer nada aquí. Creo que ya me entiendes.

—Dices eso justo después de provocarme hace un segundo. Definitivamente, las mujeres sois complicadas…



«Ha llegado el momento de las revelaciones, y con ellas, los dolores que tanto nos atormentan…»

ISABELLE CAMPBELL

Tenía innumerables llamadas perdidas en mi móvil.

Jefrey, mi amigo, me había dicho que necesitaba hablar urgentemente conmigo. Quedamos en encontrarnos frente a la puerta de la mansión, y treinta minutos después ya estábamos conversando junto a la acera.

—Te has convertido en una mujer muy difícil de encontrar. No estabas en tu casa ni anteayer ni ayer por la noche.

—Lo siento, tuve algunos problemas con mi casa.

—¿Problemas?

—Sí.

Le conté a Jefrey lo que había ocurrido en el último mes. Le hablé sobre las personas que aparecieron en mi casa y cómo, tras quince días, habían destruido gran parte de ella.

—¡Dios mío! ¿Y qué dice la policía?

—No saben absolutamente nada. Quien me está ayudando es Colin, incluso ha reformado mi casa.

Sonreí.

Recordar aquello me dejaba embobada como una niña pequeña. No sé, darme cuenta de que él se preocupa por mí me hacía sentir bien, y tenía una buena sensación cada vez que estábamos cerca.

No me juzguéis; conozco sus defectos, y yo también tengo muchos, pero siento que sus gestos son sinceros.

—¿Colin Adams? Pues… qué raro oír eso. —Se rascó la cabeza, desconcertado—. Sobre todo después de que me pidieras investigar algunas cosas.

Había olvidado que le había pedido ayuda a Jefrey para conseguir información sobre Colin, y hasta ese instante no lo recordé.

—¿Has descubierto algo importante?

—Sí. Perdona la tardanza, es que…

Jefrey se detuvo y levantó la mirada, como si buscara las palabras adecuadas para la ocasión.

—No sé muy bien cómo explicarte esto. Las cosas que he encontrado sobre este hombre son muchas y contradictorias, nunca supe qué creer. Ha sido complicado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mira… Si yo fuera tú, hoy mismo empezaría a buscar otro empleo. Trabajar con un jefe como él no te traerá nada bueno, y te aseguro que toda la información que he reunido está bien fundamentada. Pero bueno, dejaré que tú misma decidas. Toma.

Me entregó un pendrive.

—Léelo todo. Y ten mucho cuidado con ese hombre, Isabelle. Muchísimo cuidado.

—Jefrey, él es una buena persona.

—Me sorprenden tus palabras —sujetó mis manos—. No estoy diciendo que sea malo contigo, solo que las cosas que he descubierto no son precisamente positivas. Es mejor que saques tus propias conclusiones. Tienes suficiente material para hacerlo.



Pasó un día y me sentí maravillada por estar nuevamente en mi casa.

Todo parecía nuevo, y cada pequeño detalle que observaba me fascinaba. Colin había hecho un trabajo increíble, y todavía no tenía ni idea de cómo agradecérselo.

Cuando su nombre me vino a la mente, enseguida recordé a Jefrey y el pendrive que me había entregado. Salí de casa por unos

minutos y hablé con Lauren. Poco después, cuando volvimos a mi casa, le mostré mi renovado hogar.

—Está todo precioso. Es increíble lo colado que está por ti —comentó con sarcasmo.

—Lauren, no empieces con tus teorías disparatadas.

—Hasta un ciego lo vería. Este hombre está loco por ti.

—Solo ha sido un favor, ni siquiera sé cómo devolvérselo.

—Ah, yo sí que lo sé.

Conversamos durante algunos minutos más y luego le pregunté si le importaba prestarme su portátil esta noche.

—Claro que sí. Mañana me lo devuelves cuando regreses de la mansión.

Asentí con la cabeza.

Lauren fue a su casa y regresó con el ordenador.

—No me estropees a mi bebé, o tendremos un problema serio.

—Tranquila, no le pasará nada —respondí sonriendo.

Con algo más de calma, me fui a mi habitación y conecté el pendrive al portátil.

No sabía exactamente por qué, pero tenía miedo de la información que había conseguido Jefrey. Su forma de hablar fue extraña, lo que me hizo sospechar que quizás sus hallazgos eran más graves de lo que había imaginado.

Abrí la carpeta titulada «Colin Adams» y, durante las siguientes horas, leí cada una de aquellas informaciones…

COLIN ADAMS

Busqué a Isabelle por toda la mansión.

No quería admitirlo, pero soy rehén de esa mujer. Se ha vuelto imposible para mí alejarme de ella, y hasta hoy me pregunto cómo logra afectar así a mi cuerpo y a mi corazón.

Al principio no la soportaba, y eso era bastante evidente para cualquiera. Su forma distraída, combinada con su habilidad para meterse en el peor momento posible, reforzó lo que pensé al verla por primera vez: «Esta mujer no durará ni una semana trabajando conmigo».

Pensé en despedirla varias veces, pero, increíblemente, le di oportunidades que jamás ofrecí a ninguna otra empleada antes que a Isabelle. ¿Por qué? Aún no lo sé.

O quizá sí lo sé, pero no quiero reconocerlo.

Me enamoré de ella sin querer, completamente sin querer. Y no fue solo por ella por quien empecé a sentir algo tan intenso, porque

Hanna venía en el mismo lote. Con esa inocencia suya me conquistó tan rápido que aún no sé cómo llegamos a hacernos tan amigos.

La primera persona que vio algo bueno en mí fue Hanna, y eso empezó a abrir lentamente las puertas de mi corazón. Gracias a ella conseguí acercarme nuevamente a Joshua, y después de muchísimo tiempo comencé a encontrarle un sentido a la vida.

Isabelle tampoco se quedó atrás. Empecé a verla de manera distinta cuando aumentó nuestra convivencia.

Ella se preocupaba por mí, aunque yo hiciera lo imposible por tratarla mal o incluso amenazara su empleo; allí estaba ella diciendo lo que nadie más se atrevía a decirme, abriéndome los ojos día tras día.

Detestaba ese choque con la realidad, y aún lo detesto. Mirar directamente a los ojos a una persona y saber que puede descifrarte tan fácilmente no es algo cómodo.

Te deja sin argumentos porque sabe perfectamente quién eres y por qué te aíslas del mundo de esta forma.

Mi mayor error —y a la vez el más acertado— fue besarla por primera vez. Aquello despertó algo en mi interior que hasta entonces había permanecido dormido.

Por primera vez desde la muerte de Jeniffer me sentí vivo, y poco a poco he ido cambiando como hombre.

Ya no sentía tanta rabia, y los momentos con Joshua, Hanna e Isabelle eran algo que esperaba con ansias todos los días. Claro que eso no borraba el dolor por la pérdida de mi hija, pero al menos ya no tenía que pensar en la muerte a cada instante, ¿me entendéis?

Isabelle fue mi válvula de escape, la mujer que consiguió hacerme entender que el mundo no se compone únicamente de dolor y rabia.

Después de doblar por uno de los pasillos la vi, pero al verme ella tomó otro camino, alejándose rápidamente. Debía estar cargada de trabajo, y últimamente, cada vez que coincidíamos, terminábamos inevitablemente en la cama.

Durante varios minutos la «perseguí», pero ella encontraba siempre la manera de esquivarme. Sin entender muy bien lo que ocurría, la vi dirigirse hacia la cocina. Tomé otro camino y terminamos chocando allí minutos después.

—¿Qué pasa? —pregunté directamente.

—Tengo mucho trabajo —intentó esquivarme, pero percibí claramente que algo iba mal.

—Isabelle… —Tomé sus manos, pero ella se soltó rápidamente—. ¿No vas a decirme lo que sucede? ¿Es… por hoy? —añadí titubeante.

Ella sabía perfectamente que hoy era el día en que salía de casa y volvía completamente distinto. Tenía la certeza de que había grabado ese detalle, y sabía también que muchos empleados comentaban al respecto.

Isabelle clavó sus ojos en los míos y sin querer respondió a mi pregunta con aquella mirada.

—Quiero oír la verdad de tu boca. ¿Qué haces fuera de estos muros y qué pasó realmente con tu esposa, de la que nunca hablas?

—¿Otra vez esa pregunta? —la solté—. Eso no es asunto tuyo. ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo?

—Necesito escuchar la verdad de ti. Completa.

Por su manera de hablar daba a entender que sabía algo, aunque eso era prácticamente imposible.

—¿La necesitas? No arruines lo que tenemos.

—Si no eres sincero conmigo, lo nuestro termina aquí.

La mirada de Isabelle cambió radicalmente. Estaba decidida a descubrir algo, e incluso su tono de voz era diferente al habitual.

—Lo que sucedió en mi pasado no es asunto tuyo —respondí lo más calmadamente posible.

—Entonces nuestro presente juntos no es lo bastante importante para ti —replicó con firmeza.

—No quiero ni pienso tener esta conversación contigo.

Salí de la cocina, aunque por dentro me sentía fatal por haber reaccionado así. Por primera vez sus palabras me habían afectado profundamente.



Ya no me sentía cómodo viniendo a este lugar. Ya no.

Visitar a una persona que solo te trae recuerdos horribles no tiene ningún sentido. Solo alguien masoquista haría algo así,

empeñándose en revivir un pasado que jamás podrá olvidar.

Y sin embargo aquí estoy, esperando a Kurt, el hombre que destruyó mis sueños, la persona directamente responsable de la muerte de Maddison y, en consecuencia, también de Jeniffer.

—Esto nunca cambiará —dijo, mirándome fijamente a los ojos.

—¿Es una pregunta?

—No. Es una afirmación.

No respondí. Tampoco hacía falta hacerlo.

Dar explicaciones no es algo que acostumbre, y mucho menos a una persona a la que desprecio con toda mi alma.

—Perdóname. Me arrepiento profundamente de lo que hice —bajó la cabeza.

—Lo dices porque estás cansado de mirarme a los ojos sabiendo que destruiste a mi familia. No insistes en disculparte por ti mismo, lo haces porque estás harto de la humillación.

—¿Qué más quieres de mí? ¡Voy a pasar aquí el resto de mis días!

—Sabes… tardé un tiempo en descubrir que Jeniffer me engañaba contigo —ignoré su pregunta—. El error fue mío, ya que fui yo quien os presentó. ¿Cómo iba a desconfiar de mi mejor amigo en aquel entonces?

—Colin…

—¡Cierra la boca! —lo interrumpí—. Eres la representación de todo lo malo que existe en mi vida. Por tu culpa ya no consigo confiar en nadie.

—Me equivoqué, lo reconozco.

Me eché a reír. Si hubiera sido un error común podría hasta entenderlo.

La traición es algo habitual en el mundo actual. Por repugnante que sea, parece que la gente lleva en su naturaleza traicionar la confianza ajena.

Yo desprecio profundamente esas actitudes, aunque soy consciente de que mi opinión no va a cambiar el mundo. Estamos en decadencia.

—¿Cómo iba a sospechar de Kurt O'Neal, mi mejor amigo? Eso estaba fuera de toda lógica. Pero el destino quiso atar los cabos por mí…

Va a sonar extraño decir esto, pero descubrí por casualidad el romance entre mi esposa y mi mejor amigo.

Un día paseaba por el centro comercial, algo poco habitual en mí, y vi a Kurt dirigiéndose hacia una tienda. Aceleré el paso para alcanzarlo, saludarlo y conversar sobre varios asuntos pendientes.

Claro, quería hablarle sobre mi matrimonio, que se estaba desmoronando. Después de todo, él era mi mejor amigo, ¿no?

Aunque habíamos estado algo distanciados el último mes, entendía que era por su trabajo, y tenía la absoluta certeza de que la culpa no era suya. Necesitaba sus consejos, entender de alguna manera cómo había llegado al fondo del pozo en mi matrimonio.

Pero el destino —ese ser, si es que puedo llamarlo así— decidió actuar, y desde unos veinte metros vi a Jeniffer caminando hacia Kurt. En un primer momento no pensé nada malo, pues también eran muy amigos, pero la situación cambió rápidamente, y comprendí todo en menos de cinco minutos.

Manos entrelazadas, su mano acariciando tiernamente el cabello de ella, un pulgar en su mejilla, un beso en la frente…

No necesitaba más para entender lo que estaba sucediendo, pero el momento culminante llegó con el apasionado beso que cerró aquella conversación.

Rara vez me quedaba paralizado ante alguna situación, pero puedo decir que hasta agradezco haber presenciado aquella escena.

No sabía cómo reaccionar ante esa doble traición. Me habían puesto los cuernos por partida doble. La traición de un amigo es traición, y punto.

Durante una semana entera estuve dándole vueltas a lo ocurrido, pero no dije nada. Guardé conmigo lo que vi.

Aquella escena parecía una pesadilla de la que no lograba despertar, y fue entonces cuando inicié, sin saberlo, algo que arruinaría mi vida para siempre. Me guste o no, fui indirectamente responsable de la muerte de mi hija. De la muerte de Jeniffer.

—Amé a Jeniffer con todas mis fuerzas. Tienes que entender…

—¡Traicionaste mi confianza! —golpeé la mesa con el puño—. ¡Tú mataste a mi mujer y a mi hija! ¡Jamás voy a perdonarte!

Sí, el responsable confeso de ambas muertes era él.

Cuando digo que fui indirectamente responsable, quiero decir que una decisión mía desencadenó toda aquella tragedia.

La rabia me consumió hasta tal punto que me negué a divorciarme, y aquel asunto se prolongó durante meses. Claro que no quería quedarme con Jeniffer después de todo lo ocurrido; esa no era la cuestión.

Durante los meses siguientes no le eché en cara lo que había visto en el centro comercial. Temía perder el control y acabar estrangulándola o haciendo algo peor.

Finalmente, acabé diciéndole el motivo por el cual no firmaría los papeles del divorcio, y ni siquiera hace falta describir el rostro de shock que puso cuando supo que yo era consciente de su traición.

—Aquello del coche… fue un error, algo de lo que me arrepiento cada día de mi vida —balbuceó, antes de romper a llorar.

No, no sentía ninguna lástima por el hombre que tenía delante. De hecho, pensaba que aún podía estar peor.

No deseaba que muriera; porque cuando alguien está vivo, puede sufrir de muchas maneras, algo que en el fondo yo deseaba para él.

Si tuviera que resumir toda esta historia en pocas palabras, diría: ¡ambos planearon matarme!

Por eso Kurt está aquí, cumpliendo cadena perpetua. Básicamente.

El problema fue que, debido a un arrebato de mi esposa, fue ella quien murió, llevándose consigo una parte de mí cuando Maddison también se vio involucrada.

Jeniffer y yo tuvimos una pelea fuerte en un día concreto. Como ya dije antes, al principio me negué al divorcio, pero la situación se había vuelto tan tensa y tan insoportable para nuestros hijos que reconsideré su petición y comencé a inclinarme por la separación.

El mayor problema surgió cuando Jeniffer metió a los niños en medio de la conversación. Eso era algo que yo no podía permitir…

Aunque no era una madre especialmente presente, los niños estaban muy apegados a Jeniffer, y a mí no me parecía mal. Al contrario, veía cómo se esforzaba para compensar a Joshua y Maddison debido a su trabajo.

La principal causa de nuestra última pelea fue que ella EXIGIÓ que los niños permanecieran con ella, proponiendo que estuvieran

conmigo apenas cinco días al mes.

Aquello detonó toda mi ira, y fue entonces cuando pronuncié exactamente estas palabras: «solo conseguirás eso si estoy muerto», a lo que ella contestó: «por mí no quedará».

Claro que en aquel instante jamás pensé que realmente intentaría algo contra mí.

En pleno calor del momento, consideré que era solo una discusión más, ya que se habían vuelto habituales, a pesar de vivir todavía bajo el mismo techo, aunque en habitaciones separadas. Pero un mes después…

Las peleas continuaron, principalmente por la custodia de los niños, hasta que Jeniffer hizo algo impulsivo. Cogió a Maddison y salió de casa.

Planeaba recoger también a Joshua, que estaba en la escuela de fútbol, pero nunca llegó allí. El coche sufrió un accidente en la carretera, exactamente a dos kilómetros de nuestra mansión, y ambas perdieron la vida.

Al principio, yo ni siquiera sabía que Maddison estaba con ella, ya que Jeniffer simplemente había cogido uno de los coches y salido de la

mansión.

El shock inicial fue inevitable.

Pensé que había sido un descuido por los nervios de nuestra discusión. Me culpé cada día por lo ocurrido y entré en una profunda depresión. Ya no tenía fuerzas, pero necesitaba mantenerme en pie por Joshua.

Mi hijo estaba destrozado, asistía a terapia, y cuando volvió a montar en coche tras el accidente se descontroló, llorando desconsoladamente. Dormí muchas noches en su habitación, y me despertaba constantemente con sus gritos.

Su pesadilla era siempre la misma: iba en un coche que caía por un precipicio.

Ya no sabía qué más hacer. Pero lo peor llegó tres meses después, cuando descubrí la verdad detrás del accidente.

Él, Kurt, había planeado matarme. Saboteó el coche accidentado, solo que no había contado con que Jeniffer lo conduciría en aquel preciso momento.
Sí, ella lo sabía. Eso era lo más duro para mí.

La policía abrió una investigación detallada y minuciosa. Se comprobó que ambos habían planeado mi muerte. Los audios que intercambiaron no dejaban lugar a dudas.

El error fatal de Jeniffer fue no escuchar el último audio de Kurt, enviado aproximadamente dos horas antes del accidente, en el que especificaba qué coche había saboteado.

También le pedía que se asegurase de que fuera yo quien condujera ese vehículo, puesto que habitualmente era ella quien más lo usaba, y no yo.

Ese fue el error decisivo de Jeniffer. Teníamos cinco coches en el garaje, y los usábamos todos. Ninguno estaba destinado específicamente a una persona.

—Planeasteis mi muerte durante casi un mes, y al final matasteis a mi hija, una niña inocente que no tenía ninguna culpa. Me arrancasteis un trozo del corazón.

La ira con que pronuncié aquellas palabras fue tal, que cuando me di cuenta, una única lágrima caía lentamente por mi rostro mientras miraba fijamente al hombre que había destrozado mi vida.

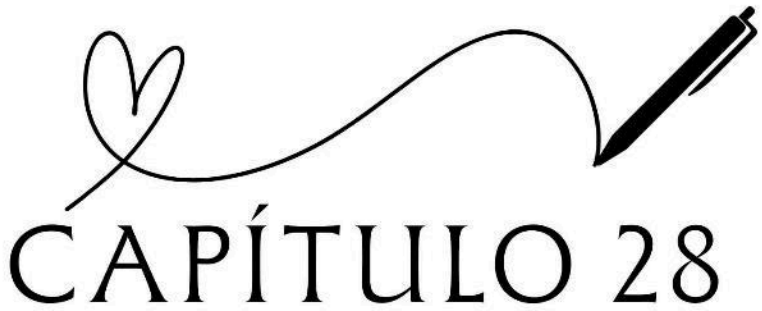
—Estoy pagando por mis errores.

—No… aún no has pagado nada, y me aseguraré de recordarte todos los días por qué estás aquí.

—¡No aguanto más las palizas en prisión! ¡Para ya con eso! ¡Te lo suplico si es necesario!

—Ya no tenemos nada más que decirnos por hoy.

Me levanté. Mi cabeza estaba a punto de explotar, y necesitaba urgentemente tomar aire fresco.



«El pasado moldea nuestro presente, y nuestro futuro depende exclusivamente de las decisiones que tomamos.»

COLIN ADAMS

Pasó una semana y seguía con asuntos pendientes con Isabelle.

Apenas me miraba a la cara, ni siquiera se esforzaba en hablar conmigo, limitándose a temas triviales relacionados con el trabajo.

No entendía por qué precisamente ahora insistía tanto en preguntarme sobre la tragedia ocurrida en mi familia, pero no iba a revelar algo que había luchado tanto por esconder.

—¿Quieres té?

—Me encantaría. — Sonreí.

Sí, estaba jugando a las casitas con Hanna, o como quiera que se llame esto. Básicamente consistía en estar sentado sin hacer absolutamente nada, fingiendo que bebía y comía con unas muñecas. Hacía mucho tiempo desde que había tenido esta experiencia con Maddison. En aquella época, o jugábamos a esto o íbamos al parque.

—¿Está rico el té que he preparado?

—Delicioso.

—Pues bébetelo bien, ¿vale? —dijo con autoridad, casi obligándome.

—Claro que sí. — Asentí.

Hanna había empezado el colegio hacía unos días, y al principio no estaba demasiado animada; creo que prefería quedarse aquí jugando con cualquiera que estuviera disponible en la casa.

Yo soy su preferido, modestia aparte, o al menos eso creo, ya que hay juegos en los que Joshua no quiere participar, como este. Y yo… tengo que confesar que decirle «no» a esta pequeña es complicado.

Lo intenté hace algunos días y me miró con tanta tristeza que retrocedí en mi decisión. Y para un hombre como yo, cambiar una decisión tomada es bastante difícil.

—Tío Colin…

—¿Sí?

—¿Con cuántos años puedo tener novio? —preguntó mirándome fijamente.

—¿Cómo dices?

Claro que me sobresalté, sobre todo viniendo de una niña tan pequeña.

—Es que quiero saber cuándo puedo dar besos en la boca. —Sonrió enseñando los dientes, algo avergonzada.

—¡Nunca! —respondí alzando la voz—. ¿Dónde se ha visto una niña…?

Me callé de repente. A veces olvido que estoy hablando con una niña de cinco años.

—Pero veo que otras personas lo hacen —intentó argumentar.

—Son adultos. Tú eres una niña, espera unos… quince años o más.

Soy pésimo tratando estos temas. No tengo ninguna habilidad para conversar sobre noviecitos ni mucho menos sobre besos.

—Vale, tío Colin. Es que te vi a ti y a mamá besándoos en la boca.

Me quedé helado. Y yo que pensaba que la situación no podía empeorar…

—¿Estás segura? ¿No habrás visto… mal?

Excelente excusa, Colin.

—No. Fue hace ya unos días. —Sonrió.

—Lo siento, Hanna. Yo… no sé ni qué decir.

Es raro que yo sienta vergüenza o incomodidad, pero en ese momento no sabía dónde meterme. Estaba completamente desorientado, ni siquiera fui capaz de inventar una excusa decente.

—No pasa nada. A mamá le gustó, se quedó sonriendo después de que te fueras.

Enarqué las cejas. Esta niña era demasiado lista para ciertas situaciones. No era posible.

—¿Isabelle sabe que lo viste?

—Creo que no. No le he dicho nada a mamá. ¿Quieres que se lo diga? —Sus ojitos brillaron.

—¡No! —contesté rápidamente, haciendo que la pequeña se sobresaltara—. Mantengamos esto en secreto entre tú y yo, ¿de acuerdo?

—Vale.

Seguimos jugando, pero unos quince minutos después de nuestra conversación «adulta», Isabelle se acercó con los brazos cruzados.

—Hanna, creo que ya has entretenido demasiado a Colin. Tiene que trabajar. Ve a buscar otra cosa que hacer.

Isabelle tenía razón, pero a mí no me importaba en absoluto pasar un rato con Hanna. Aun así, no dije nada porque por el tono de voz que utilizaba, estaba claramente nerviosa.

—Pero, mamá…

—No te lo estoy pidiendo, jovencita, es una orden.

Isabelle estaba siendo estricta incluso con Hanna, algo a lo que no estaba acostumbrado.

—Vale. Adiós, tío Colin.

—Hasta luego, pequeña.

Hanna salió de la sala y pronto desapareció de nuestra vista. Isabelle iba a hacer lo mismo, pero la sujeté por el brazo izquierdo cuando se dio la vuelta.

—¿Vas a decirme qué está pasando?

—¿Qué quieres de mí? —ignoró mi pregunta.

—Te quiero a ti.

—Lo que estamos haciendo no es bueno para nadie. —Bajó la mirada—. No quiero seguir con esto.

Observé a Isabelle y pude notar claramente su incomodidad. Ya sabía cuál era el motivo por el que actuaba así conmigo. No hacía falta ser muy listo para entenderlo.

—Tu problema conmigo es no conocer mi pasado. Por eso me evitas. O mejor dicho, estás evitándome.

—Te agradezco todo lo que has hecho y haces por mí, de verdad. —Isabelle me observó y esbozó una ligera sonrisa—. Pero el problema no es solo ese. No hay futuro para nosotros, y lo sabes.

—¿Ah, sí? ¿Quién dice que no lo hay?

Esta vez fue ella la sorprendida. Durante mucho tiempo oculté lo que sentía cuando estaba a su lado, pero había llegado el momento de expresarlo claramente, demostrar que no soy un hombre tan carente de sentimientos. Ella me hace bien; sus gestos conmigo nunca saldrán de mi mente, y sé que se preocupa de verdad por mí.

—No juegues conmigo. Simplemente dime la verdad sobre quién eres realmente.

—¿Quién soy realmente?

—Tu pasado, y el impacto que tiene en tu presente.

—Otra vez con esa historia. —Pasé la mano por mi cabello, intentando tranquilizarme.

—Justo lo que pensaba. No confías en mí ni quieres contarme la verdad. —Bajó los ojos y se alejó, dirigiéndose hacia el exterior de la mansión.

Lo correcto habría sido ir tras ella, pero no lo hice. Hay demasiadas cosas en juego, y no quiero revivir mi pasado, no cuando lo siento tan presente cada día en mi mente.

ISABELLE CAMPBELL

Realmente deseaba que Colin se abriese conmigo, especialmente después de haber accedido a tanta información sobre él.

No sabía hasta qué punto era cierta. Jefrey me aseguró que prácticamente todo lo que había descubierto era correcto, y eso me preocupaba. Colin no era un mal hombre, pero saber lo que supuestamente había hecho con cierta persona…

—¿Por qué no podía quedarme jugando más rato con el tío Colin? —preguntó mi hija, enfurruñada a mi lado y mirándome con cierto enfado por haber interrumpido su momento juntos.

—Porque él tiene que trabajar.

Hanna necesitaba entender que estábamos en la casa de otra persona, pero aparentemente ella prefería ignorar por completo ese «pequeño» detalle.

—Pero creo que él prefiere jugar conmigo —insistió, intentando argumentar su postura.

Buen intento.

—La vida no es solo jugar, cariño. Los adultos trabajan; si no, se mueren de hambre.

Sabía perfectamente que ese no era precisamente el caso de Colin.

Él ya tenía una carrera hecha y podría jubilarse si quisiera; supongo que inconscientemente intenté ponerme como referencia.

—Pues yo solo quiero jugar —dijo haciendo un puchero.

—Buena suerte con eso.

Hanna permaneció callada durante algunos segundos. Creí que iba a cambiar de tema, pero cuando escuché nuevamente su voz…

—Me gustaría que el tío Colin fuera mi papá.

Abrí los ojos como platos al escuchar esas palabras. Sabía que se habían convertido en grandes amigos, pero oír algo así me dejó desconcertada…

Me llevé otro susto cuando vi a Colin apoyado en una encimera dentro de la cocina.

—¿Has oído lo que acaba de decir Hanna? —pregunté inmediatamente, algo inquieta.

Colin me observó durante algunos segundos y después respondió:

—No. Solo escuché mi nombre.

—¿Puedo ir a jugar al parque?

—Claro que puedes.

Colin fue más rápido que yo, respondiéndole enseguida.

Hanna salió corriendo hacia el exterior de la casa. Yo permanecí observando aquellos ojos oscuros, preguntándome si estaría diciendo la verdad.

—¿Qué pasa?

—Nada. Pensé que habías oído algo.

Su rostro permaneció inalterable.

—¿Necesitas algo? —preferí cambiar de tema.

—No. Solo vine a la cocina a buscar algo para comer. No voy a interrumpir tu trabajo.

Se dirigió hacia la cesta de frutas y cogió un plátano y una manzana. Luego desapareció de mi vista sin añadir una palabra más.

COLIN ADAMS

En mi habitación seguí pensando en lo que Hanna había dicho hacía un momento.

Sí, escuché perfectamente cuando dijo que le gustaría que yo fuera su padre, y no sé si reaccioné bien al mentirle a Isabelle diciéndole que no había oído nada importante.

No soy un hombre que trate de arreglar la mayoría de sus supuestos errores, pero eso no cambia el hecho de que nuestra última conversación me dejó bastante incómodo.

Isabelle merecía conocerme mejor, sobre todo porque me había convertido en una persona cercana a toda su familia.

Decidí actuar por instinto y fui a buscarla.

Todavía estaba en la cocina, y al verme, se dio la vuelta, quedándose de espaldas a mí. Noté su rostro ligeramente hinchado durante el breve instante en que se giró. Estaba claramente disgustada, y cuando puse una de mis manos en su espalda, ni siquiera reaccionó.

—¿Qué te pasa?

Isabelle siguió de espaldas unos segundos más, pero al girarse, su rostro había cambiado por completo. Una profunda amargura era claramente visible en su mirada, y sabía perfectamente que aquello era culpa mía.

—No le des falsas esperanzas a Hanna.

—No entiendo…

—No quiero que se encariñe contigo más de lo que ya está. Últimamente la tienes demasiado consentida, y eso es culpa tuya.

No comprendí a qué se refería exactamente.

Realmente me gustaba pasar tiempo con Hanna, y no lo hacía para acercarme más a Isabelle. Ambas estaban en mi corazón, y nunca necesitarían competir por un lugar en él.

—¿Por qué tienes tanto miedo de que Hanna se encariñe conmigo? —me acerqué más, preguntando, y entonces su rostro se transformó en una expresión de rabia.

—¡Porque nunca ha tenido un padre, maldita sea! No sabe lo que es eso, y tú y yo no tenemos absolutamente nada juntos. ¡Nada más!

—Isabelle…

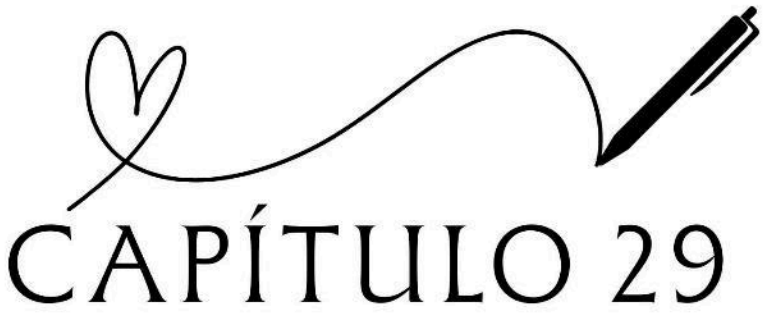
—¿Qué pasará cuando terminemos con esto que tenemos? ¿De verdad crees que me gustará ver cómo te considera su padre cuando tú y yo ya no tengamos nada que ver? ¿Por qué te cuesta tanto entender algo tan simple, Colin?

—No consigo olvidarte. Te quiero a ti. Te necesito a ti —fui absolutamente sincero en mis palabras.

—Entonces, si eso es verdad, tendrás que ser sincero conmigo. Con todo. Incluso con tu pasado.

Mi pasado era algo que no hablaba con nadie. Absolutamente con nadie.

Mi mayor problema era que no quería perder a Isabelle. Sinceramente no sabía qué hacer, porque si decidía contárselo, tendría que contarlo todo, y estaba seguro de que ella no aprobaría en qué clase de hombre me había convertido después de aquel accidente…



«¿Qué harías si supieras toda la verdad?»

COLIN ADAMS

Un largo silencio invadió el ambiente durante varios segundos.

En el fondo comprendía perfectamente a Isabelle, aunque pudiera no parecerlo. Yo también odiaría que una persona por quien siento algo especial me ocultase cosas, especialmente si se trataba de un tema tan grave que pudiera transformar nuestra relación por completo.

Y eso era precisamente lo que ocurriría si le contaba todo lo necesario. Probablemente mis acciones tras perder a mi hija serían inmediatamente desaprobadas por ella.

No sabía qué hacer ni cómo actuar. No quería perderla, pero debía ser sincero, porque Isabelle me había cambiado, y para bien.

Antes de conocer a Isabelle y Hanna, yo era un hombre sin expectativas, atrapado en el pasado. Ellas me mostraron el presente, y ya no concebía un futuro sin las dos.

—Creo que será mejor que busque otro lugar donde trabajar —dijo Isabelle con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo, notablemente triste.

Me pilló desprevenido con esa frase. Ni siquiera había considerado tal posibilidad. Isabelle no iba a salir de aquí. ¡Eso ni pensarlo!

—¡No, no vas a dejar de trabajar para mí! —respondí con firmeza.

—¡Eso no lo decides tú, Colin! —replicó con el mismo tono.

—¡Claro que sí! —di un paso hacia ella, pero Isabelle no retrocedió.

Isabelle no sabía cuánto me costaba dejarla ir. Ocultaba mis sentimientos muy bien, pero ya era insoportable seguir escondiéndolos.

Ella necesitaba una prueba clara de que iba en serio, y yo tenía que actuar como un hombre que sabía perfectamente lo que quería.

—Colin, en el fondo no te conozco bien. Lo que estamos haciendo no está bien, y lo sabes.

—Por eso vas a empezar a conocerme a partir de ahora —di otro paso y tomé una de sus manos con firmeza—. Pregúntame lo que quieras. Te responderé con sinceridad, te lo prometo.

Había tomado mi decisión.

Isabelle claramente dudó de mis palabras. Incluso yo dudé por un instante, pero esta conversación era necesaria. Necesitaba que confiase en mí tanto como yo confiaba en ella.

—¿Por qué intentas a toda costa ocultar tu pasado?

—Me traicionaron, Isabelle. Empecemos por ahí…

ISABELLE CAMPBELL

—Mi falta de confianza hacia las personas comenzó el día que descubrí que mi difunta esposa me engañaba constantemente con mi mejor amigo —dijo sin titubear—. Mi relación con Jeniffer empeoró después de descubrirlo, y en aquel momento no sabía qué hacer, porque pensaba constantemente en nuestros hijos.

En el pendrive ya se hablaba sobre la infidelidad de su esposa.

—¿Ella llegó a chantajearte de alguna manera?

—Sí. Muchas veces. Jeniffer era una médica muy reconocida en la ciudad, y si hubiésemos ido a juicio, los dos tendríamos prácticamente las mismas posibilidades de obtener la custodia de Joshua y Maddison; incluso diría que ella tendría más probabilidades. En aquel momento tuve miedo.

—¿Y no hiciste nada?

—No. Fui un cobarde, pero…

Colin dejó la frase a medias. Recordar su pasado era doloroso y yo no tenía ningún derecho a seguir cuestionándolo sobre su familia.

—Perdona, no debí insistir tanto. No tienes que darme explicaciones cerré los ojos.

—No es eso. Quiero contártelo. Necesito quitarme este peso de encima. —Sus ojos oscuros reflejaban una tristeza profunda, y comprendí que para Colin era un enorme esfuerzo recordar a Jeniffer y a su hija—. El amante de mi esposa, mi mejor amigo, manipuló mi coche para que sufriera un accidente, solo que en ese coche iban Jeniffer y Maddison.

Uno de los documentos del pendrive mencionaba una alteración en el vehículo, que fue la causa principal del accidente. Una persona había sido encarcelada por eso, y lo que más me sorprendió fue descubrir que Colin lo visitaba frecuentemente…

—Lo siento muchísimo.

—Jeniffer y yo discutimos ese día, y ella pretendía llevarse a los niños por la fuerza. Joshua no estaba en casa y el accidente ocurrió camino de recogerlo. Si él hubiera estado en casa, probablemente mi hijo no estaría vivo.

Colin bajó la cabeza y yo no sabía qué decir. Nada de lo que pudiera expresar calmaría su dolor, así que decidí permanecer en silencio, escuchando.

—Soy humano, y la única forma que encontré para vengarme es… algo que hago cada quince días. Visito a Kurt, el amante de mi esposa y responsable de sus muertes, lo humillo y convierto su vida en prisión en un infierno.

No sabía exactamente qué hablaban durante esas visitas, aunque ahora podía intuirlo. Respecto a convertir su vida en un infierno, no sabía exactamente a qué se refería, pero me hacía una idea.

—¿Qué es exactamente lo que le haces, Colin?

Durante un tiempo no contestó, solo miró hacia los lados.

—Todo el daño que está a mi alcance. Es maltratado en la cárcel, y la mayoría de las cosas que le suceden allí dentro ocurren por mi intervención. Creo que aún no lo entiendes, pero soy un monstruo. Por eso las personas como yo merecen y deben permanecer solas. Aisladas de todo y de todos. No suelo tratar mal a la gente, pero él es la gran excepción.

Me llevé la mano a la boca, impactada por lo que acababa de escuchar. Jamás imaginé que Colin hiciera algo así. Ni siquiera encontraba palabras para expresar lo que sentía en ese momento.

—Merecías conocer la verdad. Eso es todo —respiró profundamente.

—¿Por qué sigues haciéndole eso? ¡Ese hombre ya está en prisión!

—¡Porque lo merece! —respondió con rabia—. El peor castigo es poco para él, y pienso asegurarme de ello hasta el día que me muera.

—¡Es humano, Colin! Por muy grave que haya sido su error, quizás se haya arrepentido.

—Ah, debes de estar bromeando conmigo, ¿no? Te voy a decir algo: estoy en contra de la pena de muerte. ¿Sabes por qué? Porque existen maneras mucho mejores de hacer que alguien pague por sus errores, y mantenerlo vivo en una pequeña celda sufriendo cada día es un excelente ejemplo. Morir sería demasiado rápido y yo jamás estaría satisfecho con eso. Jamás.

—¿Cómo puedes hablar así? ¿Dónde está el Colin que conocí y del que me enamoré? —pronuncié esas últimas palabras en voz baja,

haciendo que cerrara los ojos durante unos segundos.

—Necesitas saber quién soy realmente, en qué me convertí después de perder a Maddison. No sé qué has podido ver en un hombre roto como yo, pero mereces conocer la verdad de mi pasado y también de mi presente.

Todo y nada se cruzaba en mi mente al mismo tiempo.

Pensé que conocía una parte importante de la historia de Colin cuando Jefrey me entregó aquel pendrive, pero ahora veía claramente que eso era apenas la punta del iceberg. Había mucho más, cosas realmente impactantes para mí.

Colin acababa de reconocer explícitamente que torturaba al amante de su esposa en prisión, y solo Dios sabe qué más le hacía a ese hombre mientras estaba encarcelado. Estoy en contra de cualquier tipo de violencia, y aquello había llegado demasiado lejos. Sin embargo, Colin necesitaba saber algo más.

—Sabía algunas cosas —admití finalmente.

—¿Cómo dices?

—Investigué mucho sobre ti, pero no logré encontrar información sólida. Le pedí ayuda a un amigo que sabe de ordenadores para ver si había algo relevante sobre tu historia. Parte de lo que me has contado ya lo sabía, excepto el verdadero motivo por el que ibas a la prisión.

La expresión de Colin cambió drásticamente. En ese instante parecía el hombre que vi por primera vez al aceptar este empleo, y aquel brillo que tanto me gustaba en sus ojos desapareció repentinamente. Me asusté.

—Lo que acabo de escuchar es una broma, ¿verdad? ¡Más vale que lo sea!

—No. Quise saber sobre ti y no me arrepiento. Me importas.

Colin dio un paso hacia delante, alarmándome.

—No deberías haber jugado conmigo —dijo lentamente mientras se acercaba aún más—. ¿Con qué derecho crees que puedes indagar en mi pasado? Peor aún: ¿cómo te atreves a hacerme quedar como un idiota, sabiendo casi todo lo relacionado conmigo?

Estaba furioso, y cada segundo que pasaba tenía más miedo, lo reconozco. Nunca había visto a Colin así y no sabía qué podía ser capaz

de hacer en un momento de rabia como ese.

—Colin…

—¡Vete ahora mismo de mi casa! ¡Fuera de aquí! —gritó interrumpiéndome, sobresaltándome por completo.

—¡Si lo hice fue porque me importas! ¡Sólo busqué información sobre ti, nada más!

Varias lágrimas comenzaron a deslizarse por mi rostro y salí corriendo de la habitación, sin rumbo alguno.

COLIN ADAMS

Isabelle salió llorando y yo no supe qué hacer. Había sido demasiado duro con ella, pero esta vez fue ella quien abrió la puerta para que algo así sucediera.

Me quedé sentado en uno de los sofás del salón, con la mirada perdida en la nada.

Me sentía impotente, sin saber qué hacer ni cómo actuar. La realidad era que estaba extremadamente nervioso, como no recordaba haberlo estado desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Joshua, mirándome desconfiado.

No tenía ganas de hablar, menos aún con la cabeza caliente.

—Nada.

—Papá…

—No quiero hablar —dije elevando un poco la voz, mirándolo directamente.

—Solo quería preguntarte si…

—¡Que no quiero hablar con nadie, Joshua! ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? —grité.

Joshua comenzó a llorar de repente, y fue en ese preciso instante cuando comprendí que realmente era un monstruo incapaz de tratar bien ni siquiera a alguien de mi propia familia.

—¡Ojalá hubieras muerto tú en lugar de mamá y Maddison! —me gritó entre lágrimas, justo antes de salir corriendo y dejarme paralizado durante varios segundos.

No podía culparlo. Su padre era un ser despreciable que únicamente pensaba en sí mismo. Probablemente estaría mejor si ellas estuvieran vivas y yo muerto…

ISABELLE CAMPBELL

Antes de salir de casa de Colin escuché cómo le gritaba a su hijo. También oí lo que le respondió Joshua, y pensé en el impacto que habrían causado aquellas palabras en Colin.

—Mamá, ¿por qué estaba hoy tan enfadado el tío Colin?

Porque tu madre decidió remover su pasado, hija.

—Son cosas de adultos, cariño. Los adultos tenemos muchos problemas respondí de forma breve.

—Ah… ¿Yo también tendré problemas cuando sea mayor?

—Puedes estar segura de que sí. —Sonreí.

—Hmm. Vale.

Terminamos de ver Frozen y llevé a Hanna a la cama. Hoy estaba aún más enérgica de lo normal.

—Mañana voy a jugar muuuuucho.

—No lo dudo ni un poco. —Me reí con la inocencia de mi hija.

Lo que no sabía era si todavía tenía trabajo. Aquella discusión había sido distinta a todas las anteriores, y no tenía ni idea de cómo me trataría Colin mañana. A veces no lograba entender lo que pasaba por su cabeza tras nuestras peleas.

No podía dejar de pensar en lo que me había dicho hoy. Jamás habría imaginado que Colin pudiera ser tan cruel con alguien como lo era con el amante de Jeniffer.

Regresé al salón. No tenía sueño y continuamente nuestra última discusión volvía a mi mente.

De repente, escuché un ruido afuera de casa, como si se hubiera caído una tabla de madera.

Abrí la puerta.

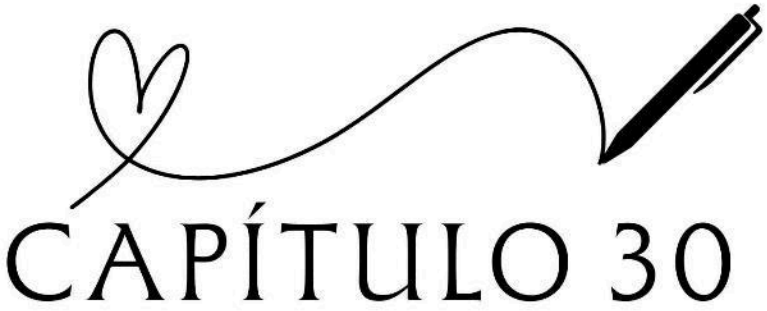
Miré hacia fuera y no vi a ninguno de los dos guardias que Colin había dejado para vigilarme, por decirlo así.

Caminé hacia el exterior y, a unos dos metros, vi a un hombre tirado en el suelo.

Cuando estaba a punto de darme la vuelta para entrar de nuevo en casa e intentar llamar a alguien, uno de los guardias de Colin apareció de repente frente a mí, visiblemente nervioso, seguido por otro hombre que llevaba algo apuntándole en la espalda.

Al instante me di cuenta de que se trataba de un arma y me quedé completamente paralizada.

—¡Quietecita! Vamos a dar un paseo… ¡Todos juntos!



«Esta es mi oportunidad de hacer lo correcto, de sacrificarme por los demás…»

ISABELLE CAMPBELL

Le ordené a Hanna que cerrara los ojos y le tapé los oídos desde el momento en que salimos de casa, diciéndole que era solo un juego en el que estábamos participando. Mi madre me miraba desesperada.

Íbamos en el coche de los guardias de Colin. Los dos guardias estaban en los asientos delanteros, y justo detrás había tres matones, dos de ellos con armas apuntando hacia las espaldas de los guardias.

—¡Al menor movimiento extraño, todos moriréis! —esta vez habló el que parecía ser el jefe, situado en medio y sin arma en las manos.

Íbamos todos apretados, ya que éramos seis personas en el asiento trasero.

En pocos minutos llegamos a la mansión de Colin. El cristal del coche era muy oscuro, y sabía que desde fuera no se podía ver prácticamente nada.

Justo frente al portón principal, uno de los guardias que trabajaba en la mansión hizo un gesto para que el conductor bajara la ventanilla. Ese procedimiento era habitual para entrar en la propiedad.

—Baja la ventanilla solo lo suficiente para que pueda verte, o tendremos serios problemas. Te lo aseguro. Si te preguntan por qué habéis regresado, dirás que vuestro jefe os lo ha pedido; si no, estas mujeres morirán aquí mismo frente a vosotros.

Cuando el coche se detuvo, uno de los guardias bajó la ventanilla.

—¿Ha ocurrido algo para que volváis?

—Colin lo pidió. Fue una orden directa —dijo con voz firme.

—Está bien.

La puerta se abrió y el coche entró enseguida.

Los siguientes quince minutos pasaron como un relámpago por mi mente.

Casi todas las personas de la casa fueron reducidas, pero todo ocurrió en un inquietante silencio. Dos de los tres hombres registraron la mansión, mientras que el otro permaneció cerca de los empleados.

Al principio no vi a Colin por ninguna parte, así que deduje que estaría en su habitación.

Pasaron algunos minutos más hasta que finalmente lo vi caminando hacia nosotros, con uno de los matones apuntándole con una pistola en la espalda.

Les vendaron los ojos a nuestros hijos, pero permanecieron a nuestro lado en todo momento. No entendía la razón de mantenerlos con nosotros, pero tanto Colin como yo seguíamos tapándoles los oídos. No era justo que pasaran por algo así; sería un trauma terrible.

—Mamá, ¿cuándo va a acabar este juego? —preguntó Hanna.

—¿Qué está pasando? —preguntó Joshua después.

—Todo está bien, Hanna —respondí retirando mis manos de sus oídos.

—Hijo, terminará pronto —dijo Colin, haciendo lo mismo que yo.

—Jay, lleva a todos al gimnasio y enciérralos allí, menos a ellos —el hombre señaló hacia mí, hacia Colin y hacia los niños—. Si alguien intenta algo extraño, tienes permiso para matarlo.

Incluso el jefe de seguridad estaba entre esas personas, y por lo que pude entender, usaron a Colin para que el resto de los guardias no reaccionara.

—¿Qué pretendes con todo esto? —Colin intervino, intentando dar un paso hacia delante.

—¡Quieto ahí! —la pistola apuntó directamente a su pecho—. Aquí solo hablo yo, tú cállate.

—¿Qué queréis?

—Lo que más miedo te da, Colin. Ese es tu nombre, ¿no?

Colin no respondió. Solo miró en nuestra dirección, donde yo permanecía abrazada fuertemente a Hanna.

—Ah, ya entiendo —sonrió—. Jeremy, acerca a los niños y a la mujer.

—¡No! ¡Aléjate de ellos! —gritó Colin aterrado, interponiéndose entre nosotros.

—¿Y tú quién te crees que eres para hablarme así?

—Ellos tres no tienen nada que ver con esto.

—¿Y qué? —respondió el hombre que supuse era el jefe—. Estoy interesado en otras cosas. Esta mansión es una mina de oro —miró maravillado alrededor—. Y te equivocas, jamás habría llegado hasta ti sin Isabelle.

Todo aquello era culpa de la deuda contraída por Rudolph.
Bajé la cabeza, angustiada.

—¡Isabelle! —oí la voz de Colin—. Esto no es culpa tuya. Todo saldrá bien —intentó tranquilizarme.

El hombre movió la cabeza lentamente, como si se estuviera divirtiendo con la situación.

—Vi una oportunidad en todo esto. Estudié vuestros movimientos durante un tiempo, observé la rutina de quienes visitan

esta mansión. El problema era cómo entrar aquí, pero ya que los guardias estaban día y noche frente a la casa de Isabelle, solo tuve que volver con ellos.

—¿Quién eres tú exactamente?

—Me llamo Marcos, y quien va a pagar la deuda del noviecito de ella serás tú.

—Llévate todo lo que quieras y vete.

Marcos parecía tenerlo todo bajo control, ya que no mostró ningún signo de nerviosismo en ningún momento.

—Ah, eso no va a suceder.



Mientras uno de los matones nos vigilaba, Marcos intentaba iniciar una conversación aparentemente amistosa con Colin.

—He investigado sobre ti, Colin. Tu mujer y tu hija murieron en un accidente. Qué tragedia, ¿verdad? —se burló, y pude ver cómo crecía la ira en los ojos de Colin.

—Ellos no tienen por qué estar aquí —respondió entre dientes.

—Ah, sí que tienen. Por lo que he visto, te importan bastante. ¡Trae aquí a la niña, Isabelle!

—¡No! ¡Ella no irá! —Colin se interpuso rápidamente delante de nosotros.

—No lo voy a repetir otra vez.

—¡No irá! —insistió Colin, elevando el tono de voz.

—¡Entonces trae al niño!

Colin colocó a Joshua detrás de él, pero siguió tapándole los oídos.

—Vaya…

—¡Entonces que vengas tú! —me señaló directamente.

—Isabelle, ¡ponte detrás de mí! ¡Ahora!

Hice lo que me pidió.

—Mamá, ¿qué está pasando? Estoy escuchando gritos —dijo Hanna preocupada.

—Es parte del juego, cariño. Quédate calladita, por favor —le susurré muy cerca de uno de sus oídos.

—Vale.

Joshua parecía más tranquilo, solo movía la cabeza de lado a lado, completamente ajeno a lo que ocurría justo frente a él.

—Voy a contar hasta tres. Si ninguno viene, ¡pagarás tú la cuenta, Colin!

Colin no respondió de inmediato.

—¡Uno!

—Esto no es necesario…

—¡Dos!

Marcos ignoró el comentario de Colin.

—Colin, ¡yo voy! —dije decidida.

—¡No vas! —me reprendió rápidamente.

—¡Última oportunidad!

Nadie dijo nada más.

—¡Tres!

—Perdóname por todo, Isabelle.

Tras aquellas palabras, un disparo resonó en el salón…



Los niños se sobresaltaron al escuchar el disparo. Sentía el corazón latiéndome a mil por hora.

Miré a Colin, y estaba de pie, sin ninguna herida aparente.

¡Gracias a Dios!

—¡Tienes agallas, tío! ¡Me has caído bien!

Colin miró alrededor, observando enseguida dónde había impactado la bala. El disparo fue en dirección al sofá, y no hacia

nosotros tres.

Cuando hice ademán de agacharme, Colin me sujetó, indicándome con la mirada que permaneciera de pie.

—Papá, tengo miedo. ¿Qué ha sido ese ruido tan fuerte?

Colin dudó unos segundos, pero finalmente se agachó, quedando a la altura de su hijo. Luego me miró de forma distinta.

Parecía estar tramando algo, pero Marcos todavía sujetaba firmemente el arma, y cualquier movimiento en falso era demasiado arriesgado.

Con disimulo, Colin le destapó los oídos a su hijo y le dijo en voz baja:

—¿Te acuerdas del pasadizo secreto, Joshua? Allí solíamos jugar con tu hermana. Forma parte del juego encontrarlo.

Joshua asintió con la cabeza.

—Allí estarás seguro. Cuando yo te lo diga, necesito que vayas…

—¡Sal de ahí ahora mismo y deja de susurrarle cosas al niño! —gritó Marcos interrumpiéndolo, alarmando a Joshua. Colin rápidamente volvió a taparle los oídos y se puso en pie.

—Jeremy, revisa la mansión y marca todos los puntos donde haya objetos valiosos, como acordamos ayer —le dijo Marcos al matón que nos vigilaba desde lejos.

—Sí, jefe.



Todos estábamos en tensión.

Marcos paseaba por el salón, tocaba algunos objetos y sonreía casi siempre.

—Voy a sacar mucho dinero. Esa zorra me ha llevado hasta una auténtica mina de oro.

Colin dio un paso adelante, pero le sujeté del brazo.

—¡No hagas eso! ¡Déjale hablar! —le supliqué, intentando detenerle para que no reaccionara ante las provocaciones. Eso sería nuestro fin.

—Bien… como Jeremy y Jay están tardando tanto, deduzco que esta mansión tiene muchas cosas de gran valor. Vamos a montar una fiesta…

Justo cuando Marcos giró ligeramente el cuerpo, Colin se lanzó sobre él, derribándolo.

Los dos hombres comenzaron a forcejear violentamente, pero Marcos aún tenía el revólver en una mano y Colin intentaba arrebatárselo como fuese. Ambos tenían una complexión similar, eran fuertes y ninguno conseguía dominar al otro.

—¡Corre a mi habitación y usa la contraseña, Joshua! ¡Rápido! —gritó Colin.

Entendí de inmediato su idea y salí corriendo con los dos niños a toda prisa. Cuando alcanzamos el pasillo, les quité rápidamente las vendas. Intenté mirar hacia atrás, pero entonces escuché algo terrible…

Un disparo resonó en la sala, y por el rabillo del ojo pude ver cómo Colin caía hacia un lado, retorciéndose de dolor.

—¡Corre, Isabelle! —consiguió decirme con gran esfuerzo.

Cuando quise darme cuenta, ya estaba corriendo con los dos niños a través de la mansión…



—¿Qué ha sido ese ruido, Isabelle?

—¿Dónde está la habitación secreta de la que habló tu padre? —pregunté casi sin aliento mientras corríamos, ignorando la pregunta de Joshua. Lo único importante era ponernos a salvo cuanto antes.

—Está dentro de su habitación.

Estaba en la dirección opuesta a la que habíamos tomado.

Intenté atajar por otro camino, pero a unos veinte metros de nosotros vi a uno de los matones de Marcos parado frente a nosotros. El disparo debía haberlo alertado.

—¿Quién es ese hombre, mamá?

También ignoré la pregunta de mi hija y cogí a ambos de la mano, corriendo en la dirección contraria.

Antes de continuar miré hacia atrás para comprobar si nos seguía, pero el hombre simplemente sonreía y avanzaba caminando lentamente, como si supiera perfectamente que no teníamos a dónde ir. O eso creía él.

Todo esto era culpa mía. Jamás debería haber permitido que esto sucediera. Todo se debía a la deuda de Rudolph. Pero no podía pensar en eso ahora mismo. Necesitaba proteger a los niños; Colin se había arriesgado para salvarnos.

Colin…

No podía dejar de pensar en el ruido del disparo que había oído. Me angustiaba no saber dónde había sido herido o si se trataba de algo grave. Necesitaba encontrar una solución rápidamente.

Entramos en la habitación de Colin, cerrando la puerta con rapidez.

—¿Dónde está exactamente el lugar que mencionó tu padre, Joshua? —pregunté nada más entrar.

—¡Ah, es aquí!

Era la misma habitación donde entré hacía varios días, aquella en la que Colin trabajaba en sus proyectos, pero en aquel momento no reparé en que se necesitaba una contraseña para entrar.

—La contraseña es el día y el mes del cumpleaños de mi padre. Creo que es 1210.

Intenté rápidamente introducir esa contraseña, pero no funcionó.

Seguramente Colin la habría cambiado.

—¿Recuerdas alguna otra, Joshua?

—No. ¡Solo recuerdo esa, Isabelle!

—Voy a encontraros… —uno de los matones canturreaba desde el pasillo, por la distancia de su voz.

—¿Esto forma parte del juego, mamá?

No respondí tampoco esta vez.

¡Piensa, piensa, piensa!

—Vamos a probarla al revés.

Tecleé 1012. Al instante la puerta se abrió y entramos rápidamente.

Al menos por ahora estábamos a salvo.

COLIN ADAMS

Me ataron a una de las sillas y, por lo visto, pronto empezaría un interrogatorio.

La bala solo me había rozado, pero cerca del abdomen sangraba ligeramente.

—¿Ya te he dicho que tienes una mansión preciosa? —comentó Marcos, arma en mano.

No respondí. Mi ira crecía cada vez que escuchaba su voz.

—Sabes, este lugar es demasiado grande, así que voy a ahorrar esfuerzos a mi compañero. Dime: ¿hacia dónde han ido?

—Como si fuera a decirte algo.

Sentí su puño impactando contra mi rostro casi inmediatamente después de mis palabras.

—¿Así que lo quieres por las malas? Te lo preguntaré una vez más: ¿hacia dónde han corrido? —elevó considerablemente su tono de voz.

—No importa. Dentro de poco llegará la policía.

Otra vez sentí un puñetazo, seguido de otro y otro más…

Noté enseguida el sabor metálico de la sangre en la boca.

—No me importaría nada matarte aquí mismo. —Apoyó la pistola contra mi cabeza y soltó una carcajada inmediatamente después.

No respondí.

—Jeremy, recoge todo lo valioso que hayas encontrado en la mansión. No podemos perder más tiempo.

Como todo el mundo estaba encerrado en una de las habitaciones, no había forma de alertar al exterior de la mansión. En realidad, sí existía una manera, y nuestras vidas dependían de ello.

—Vamos, prometo perdonar la vida a los niños si me lo dices.

—¡Llevaos todo lo que tenga valor! ¡Lo que queráis! ¡Cuadros, joyas, dinero, pero déjalos en paz! —grité desesperado.

Solo imaginar que esos hombres pudieran hacer daño a los tres hizo que se me revolviera el estómago. No iba a permitir que sucediera bajo ningún concepto.

—¿Y arriesgarme a que informen a la policía sobre nuestra posición? ¡Ni hablar! Voy a preguntártelo una última vez, porque mi paciencia está llegando al límite: ¿Dónde están?

Permanecí nuevamente en silencio.

—Parece que quieres sacar lo peor de mí…



No veía absolutamente nada por el ojo derecho debido a la enorme hinchazón.

Durante los últimos minutos había recibido golpes continuos en la cabeza y en la cara. Estaba mareado y veía todo borroso.

—¡Vaya, parece que realmente te importa la zorra esa!

—¡Cierra la boca!

—Justo lo que pensaba. —Se puso de pie y volvió a golpearme varias veces seguidas en el rostro—. Si ya he matado a varias personas,

¿crees que no haría lo mismo contigo solo porque seas un niño rico?

Tiró la silla conmigo encima al suelo, haciendo que mi cabeza golpeara fuertemente contra el frío pavimento.

—¿Vas a decirme dónde están la mujer y los niños o no?

Ante mi silencio, comenzó a darme patadas con violencia en el pecho, la espalda y el abdomen. Cada golpe que recibía me arrancaba un grito de dolor.

Las agresiones continuaron, y cuanto más tiempo pasaba, más débil e impotente me sentía.

—Agujas. Tráelas —ordenó Marcos a uno de sus matones.

Después de alejarse unos segundos y tomar una bolsa pequeña que habían traído, su subordinado le entregó el objeto.

—¿Sabes una cosa? Hay personas capaces de soportar dolores que ni siquiera imaginamos. Tienen una resistencia increíble.

No respondí. Ni siquiera podía mirarle directamente debido a que mis ojos estaban casi cerrados por los continuos golpes que había recibido.

—Veremos si un niño mimado como tú encaja en ese perfil.

El matón levantó bruscamente la silla conmigo encima.

—Esta es tu última oportunidad para decirme dónde están.

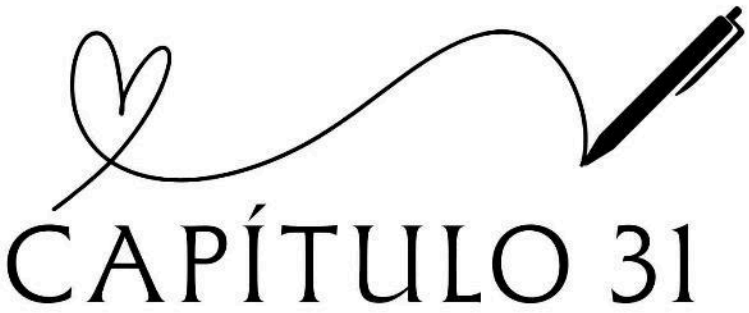
—¡Vete a la mierda!

—¡Perfecto!

Rápidamente comprendí para qué eran las agujas, y cuando empezaron a clavarlas bajo mis uñas, sentí un dolor indescriptible.

—Jefe, ya sé dónde están. He conseguido abrir la puerta de una habitación, pero hay otra puerta dentro que necesita una contraseña.

Hasta donde pude ver, Marcos me lanzó una mirada distinta, y al parecer ya planeaba algo contra mí.



«Hay luz en medio de la oscuridad…»

ISABELLE CAMPBELL

Oía los gritos de Colin y sabía perfectamente que lo estaban torturando.

¡Todo era culpa mía!

Llevábamos varios minutos en la habitación secreta dentro del cuarto de Colin, y por otra puerta situada en el fondo de esta misma

sala, pensé que podríamos escapar.

Probablemente Colin pasaba mucho tiempo aquí, porque las fotos de sus hijos decoraban todo el lugar. Creía que utilizaba este espacio solo para trabajar, pero me había equivocado. Esta parecía ser su refugio más personal.

Otra cosa que no había notado la primera vez era el tamaño de esta habitación, pues parecía tener más de 200 metros cuadrados.

Me dirigí hacia la segunda puerta, con la esperanza de salir de la mansión, pero era necesaria otra contraseña.

—Esta contraseña no me la sé, Isabelle —me dijo Joshua. Yo no tenía ni idea de qué hacer.

—¡Vamos a pensar!

Pero no tenía tiempo para pensar en nada. Necesitábamos salir inmediatamente y llamar a la policía, aunque tampoco sabía cómo lo haríamos exactamente.

Lo peor era que los gritos de Colin cada vez eran más intensos, y me aterraba pensar que no resistiera mucho más.

—Voy a probar con la misma contraseña.

Tecleé 1012, pero no ocurrió nada. Intenté también con la inversa, pero tampoco funcionó.

Busqué frenéticamente por toda la habitación, pero no hallé ninguna pista.

Además de desesperada, estaba muy agitada, y no sabía por dónde empezar.

Cerré los ojos, intentando pensar rápido.

¿Cómo saldría yo de una habitación cuya contraseña desconocía? Parecía imposible…

De pronto, una idea surgió en mi mente.

No, eso solo ocurre en las películas…

Pero no tenía nada mejor, y con cada grito que escuchaba desde el salón, más angustiada me sentía.

Necesitaba actuar ya, así que pondría inmediatamente mi idea en práctica.

COLIN ADAMS

Volví a gritar de dolor, una y otra vez.

—¿Cuál es la puta contraseña?

No respondí, simplemente cerré los ojos.

—Parece que te gusta que te torturen.

Marcos salió de la habitación, pero minutos después regresó con un pequeño soplete en la mano.

—Lo que voy a hacerte te dolerá, Colin. Mucho más de lo que imaginas.

—No tienes que hacer esto —murmuré con dificultad, ya casi sin fuerzas para abrir la boca.

—Sabes, he oído decir que cuando se quema a una persona en ciertos puntos específicos, el dolor es tan insoportable que simplemente se rinde. Nunca lo he probado, pero parece que no me queda otra opción. Así que voy a preguntártelo de nuevo: ¿me dirás cómo entrar en esa habitación, o prefieres decírmelo por las malas?

No iba a entregar a Isabelle y a los niños. Podía acabar conmigo aquí mismo, pero sabía que ellos estarían a salvo en mi habitación, especialmente después de oír a su matón decir que habían conseguido entrar.

No me importaba lo que me hicieran, mientras ellos estuvieran bien podría estar en paz.

—Ya veo… lo quieres por las malas. Alguien va a sentir tanto dolor que acabará llorando como una niña pequeña.

Los minutos siguientes fueron una auténtica pesadilla. Puedo asegurar que jamás había sentido tanto dolor en toda mi vida.

Insatisfecho, Marcos siguió golpeándome también con sus puños.

Me quemó cerca de los dedos de las manos, en los pies, en el abdomen, en los hombros, en la espalda…

Había llegado al límite. De repente, todo se volvió negro…



Maddison y yo estábamos tomando el té con sus muñecas. Al final me había acostumbrado a eso.

—Papá, ¿sabías que quiero ser astronauta?

—¿Astronauta?

—Sí. Quiero conocer el sol.

Comencé a reírme por la inocencia de Maddison.

—Cariño, allí hace mucho calor. Nadie podría llegar hasta allí.

—¿En serio?

—En serio.

—Entonces quiero ir a la luna. —Hizo un pequeño puchero y volví a reírme.

—Eso ya es algo más fácil —consideré.

—¿Y si el cohete explota cuando vaya allí? Tengo miedo, papá. No quiero morirme.

Le tomé sus manitas delicadas entre las mías y le di un beso suave en la frente.

—Yo siempre te protegeré, no tienes por qué preocuparte.

—Pero ¿y si me muero, papá?

—Hija… tú morirás siendo muy viejecita. No tengas miedo.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Te protegeré para siempre.

La abracé con fuerza. Mis hijos lo son todo para mí, y haré lo que haga falta por ellos y para ellos.



Sentí el agua fría sobre mi rostro, pero apenas conseguía ver nada. Sabía que la zona alrededor de mis ojos debía estar lamentable, y

notaba cómo la sangre fluía abundantemente por mi cara; aun así, las agresiones no cesaban.

Iba a morir. Me matarían a golpes.

No he sido un hombre bueno durante mi vida, especialmente después de la tragedia que destrozó a mi familia. Sé que me convertí en un ser despreciable, que odiaba tener que enfrentarme a las personas que me rodeaban, y por ello merecía pasar por esto.

El odio que albergué en mi corazón durante tanto tiempo se había extendido incluso hacia aquellos más cercanos a mí, y era consciente de todos mis errores. Y aún los cometo.

Por algún milagro, descubrí que aún había espacio para sentimientos nobles en mi interior, y tras conocer a Hanna e Isabelle, algo cambió en mi corazón. Intenté ignorar esa sensación e incluso mantenerlas lejos de mí, pero no pude conseguirlo, especialmente por la pequeña.

No sé qué tiene esa niña, pero me resulta imposible estar lejos de ella. Aunque muchas veces interrumpía mis actividades diarias, adoraba cuando mostraba preocupación por alguien como yo.

Si realmente me conociera a fondo, sé que nada de eso ocurriría. Menos mal que ella es todavía una niña inocente.

Con Isabelle todo fue mucho más complicado, pero poco a poco logró derribar las barreras que yo mismo había levantado. Al principio, ella me odiaba, lo sabía bien, pero a medida que pasaban los días noté que no era únicamente odio lo que sentía su corazón.

Cuanto más se esforzaba en ayudarme, más atraído me sentía por ella. No sabría decir exactamente cuándo ocurrió, pero a partir del momento en que acepté que me estaba enamorando de ella, simplemente me dejé llevar, y ese sentimiento creció.

—Voy a contarte un secreto. ¿Sabes el noviecito de Isabelle? ¡Pues está muerto! No me pagó y tampoco tenía dinero cuando lo encontré, lo que me condujo directamente hacia ti… —se detuvo—. ¿Qué te hace pensar que vosotros sois diferentes? ¡Dímelo! —Volvió a detenerse para echarse a reír—. Eres muy resistente, así que probaré una última cosa, y quizá entonces abras la boca.

No respondí nada, creo que ni siquiera podía hacerlo. Debido a la paliza recibida, no conseguía emitir ningún sonido.

La verdad es que ya no soportaba más lo que me estaban haciendo. Había llegado a mi límite.

No sabía si estaba soñando, pero en aquel instante escuché un fuerte ruido en la mansión, un ruido que parecía el sonido de una alarma disparándose…

ISABELLE CAMPBELL

La alarma de la casa empezó a sonar con fuerza.

¡Mi idea había funcionado!

Aun así, seguíamos encerrados en aquella habitación.

Recé para que alguien viniera rápidamente en nuestra ayuda y que Colin estuviera bien.

La idea había sido sencilla, quizás demasiado. Básicamente, había introducido la contraseña errónea cinco veces seguidas en muy poco tiempo, y eso activó la alarma de seguridad de la casa.

Unos minutos después escuché las sirenas de los coches de policía y, desde la ventana, pude ver al menos diez vehículos policiales acercándose rápidamente a la mansión.

Decidí que aún no iba a salir con los niños, no todavía. Desconocía qué ocurría en los pasillos de la mansión y solo tomaría la iniciativa cuando estuviera segura de que los policías habían entrado.

La espera duró alrededor de media hora, y entonces escuché cómo alguien entraba en la habitación de Colin.

—¡Policía! ¿Hay alguien ahí?

—¡Sí! —Respondí golpeando la puerta, señalando dónde estábamos.

Observé por la mirilla y vi que el hombre llevaba uniforme.

¡Gracias a Dios!

Introduje la primera contraseña y, al abrir la puerta, sentí un alivio indescriptible.

—¿Están bien?

—Sí.

—¿Hay algún herido?

—No, ninguno.

—¿Qué está pasando, mamá?

—¿Esto es parte del juego, Isabelle?

Los niños preguntaron prácticamente al mismo tiempo.

—Todo está bien, niños.

La hora siguiente fue un caos, y aún no tenía noticias de Colin. Dejé a los niños con Helen y le pedí que evitara acercarse a la multitud de policías que registraban la mansión.

Tiempo después me informaron sobre Colin y sentí un gran desespero al escuchar que lo habían trasladado al hospital.

Salí rápidamente para buscar noticias suyas. Cuando estaba abandonando la mansión, me encontré con Henry entrando en ella, y parecía estar tan asustado como yo.

—¿Alguna novedad?

—Sí. Colin está en el Hospital Mercy.

—Entonces iremos para allá ahora mismo.

Subí al coche de Henry y pocos minutos después llegamos al hospital.



Ya en el hospital, Henry y yo nos separamos para buscar noticias, pero no conseguí averiguar nada.

—¿Has conseguido alguna información sobre cómo está? —le pregunté a Henry, que bajó la cabeza inmediatamente.

—Todavía no, pero la tendremos, aunque para eso tenga que perseguir a todos los médicos de este hospital.

La noche avanzaba lentamente y las noticias no llegaban.

Había perdido ya la cuenta de cuántas veces había buscado al médico que atendía a Colin, pero nadie me daba ninguna información.

Permanecí sentada durante largos minutos. Llevaba casi una hora sin ver a Henry, que también estaba tratando de conseguir noticias.

Después de mucho esperar, vi a Henry doblando la esquina del pasillo y viniendo hacia mí.

—¿Alguna novedad? —Me levanté rápidamente.

—Sí.

—¿Está bien?

—Ahora sí. Isabelle… le dieron una paliza muy fuerte. Colin tiene varias fracturas por todo el cuerpo, e incluso sufrió una hemorragia interna, pero ahora mismo su estado ya se ha estabilizado.

—¡Dios mío!

Ya me lo imaginaba, sobre todo después de escuchar sus gritos, pero aun así, oírlo en palabras me dejó en estado de shock.

—He venido a buscarte para que hablemos con el médico. Nos está esperando ahora mismo.

Le hicimos muchas preguntas al doctor y quedé horrorizada al escuchar algunas de sus respuestas.

Habían quemado partes del cuerpo de Colin, le clavaron agujas debajo de las uñas, lo habían herido de maneras que ni siquiera sabía cómo explicar.

—También tiene afectado el habla, pero se recuperará con el tiempo. Tenía una inflamación considerable en la cara, que ya estamos controlando —añadió el médico.

—Y… ¿cuándo podremos verlo?

—Ahora mismo está sedado. Cuando despierte, podrán pasar a verle.

Realmente no sabía qué hacer.

Me quedé sentada en aquellos bancos del hospital durante horas, preguntándome cómo podría estar su estado psicológico después de todo aquello.



—Los han detenido —dijo Henry bruscamente, haciendo que abriera los ojos al instante.

—¿Dónde?

—En una de las salidas de la ciudad.

Henry pasó los siguientes quince minutos contándome con detalle cómo había sido la persecución policial.

Después de que sonara la alarma, permanecieron mucho tiempo dentro de la casa, ya que intentaron llevarse el mayor número de objetos posibles de la mansión.

Uno de los coches patrulla vio a los delincuentes salir con el vehículo en el que nos habían llevado hasta allí, y en ese momento, varias unidades policiales fueron movilizadas para darles caza.

—Menos mal que ya están detenidos.

—Isabelle… hay algo más. —Parecía incómodo—. Uno de mis amigos trabaja en comisaría y me ha contado que…

Se detuvo, dudando sobre si debía continuar o no.

—Puedes decírmelo.

—Rudolph es el padre de Hanna, ¿verdad?

—Sí.

—Los hombres que entraron en la mansión lo mataron hace unos días.



Casi dos días.

Ese fue el tiempo que Colin estuvo dormido.

Finalmente había despertado, y cuando estaba a punto de entrar en su habitación, sentí cómo el corazón se me aceleraba. Aún no entendía exactamente por qué.

—Ten paciencia con él —me aconsejó el médico justo cuando iba a abrir la puerta—. No está hablando con nadie.

—Descuide, lo tendré —asentí.

Me acerqué lentamente hacia el hombre que, a su manera, se había sacrificado por nosotros. Me senté en la silla junto a él y coloqué suavemente una mano sobre su pelo.

—¿Cómo te encuentras?

Colin no dijo nada, simplemente miraba fijamente hacia un punto en la pared.

Tomé sus manos, pero él seguía sin desviar su mirada. Parecía estar sumergido en algún recuerdo, permanecía inmóvil y ni siquiera parpadeaba.

—Voy a estar aquí contigo. Es una promesa.

Colin, nuevamente, no pronunció ni una sola palabra, así que me recosté cuidadosamente sobre su pecho, permaneciendo a su lado. A pesar de todo lo ocurrido, él estaba vivo, y en medio de tantas dificultades, eso era una gran victoria.

Durante varios minutos me quedé en silencio, únicamente escuchando el latido de su corazón. Verlo tan abatido y silencioso me había afectado profundamente, y estaba decidida a hacer todo lo posible para que su vida regresara a la normalidad.

—Todo irá bien.



Estuve hablando con su médico durante casi una hora.

Necesitaba escuchar algunas explicaciones y también buscaba respuestas.

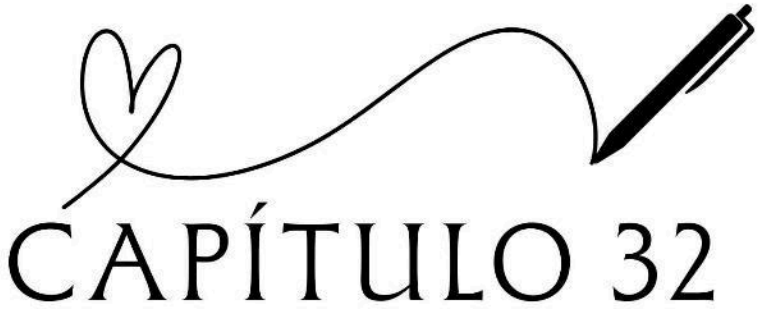
Aunque no fuese mi culpa, en mi cabeza sentía que todo podría haberse evitado si Colin no hubiese sido tan atento conmigo, ayudándome cuando más lo necesité, protegiéndome incluso desde la distancia.

—Algunos pacientes quedan en estado de shock, como le ha ocurrido a Colin. Ha sufrido torturas graves y necesita tiempo para recuperarse. La fisioterapia será fundamental para que vuelva a caminar con normalidad, ya que ha recibido golpes constantes en la espalda, cerca de la columna. Es esencial que tenga fuerza de voluntad y que desee recuperarse —me explicó, intentando aclarar algunos detalles sobre su recuperación.

Escuchaba atentamente al médico, pero también sentía mucho miedo.

Conocía lo suficiente a Colin como para saber lo terco que podía ser, y mi preocupación aumentó tras escuchar las palabras del médico. Aun así, me hice una promesa: no me importaría que Colin me tratara mal, siempre que cumpliera con todas las indicaciones.

Haría lo posible y lo imposible para asegurarme de que Colin siguiera al pie de la letra todas las recomendaciones médicas…



«Hace falta algo más para que nuestra vida vuelva a la normalidad…»

ISABELLE CAMPBELL

Colin había vuelto a casa.

Lo trajeron en silla de ruedas, y durante esta última semana casi no había hablado con nadie. Conversar con él era prácticamente un monólogo, ya que respondía únicamente lo esencial, frases de tres palabras como mucho.

Pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo. No sé exactamente los efectos que aquella tortura había dejado en su mente, pero estaba segura de que necesitaba a alguien que le motivara a seguir adelante, y esa mujer iba a ser yo.

—Necesito que hagas la fisioterapia tal y como te la indicaron.

Silencio. Ni siquiera me miraba.

Colin ni siquiera discutía conmigo. Estaba ausente, como si no le importara absolutamente nada de lo que sucedía a su alrededor. No se desplazaba sin la silla de ruedas y su rostro aún mostraba hinchazón a causa de las agresiones.

—Colin, ¿me estás escuchando?

Desvió la mirada hacia mí, pero no dijo nada.

Aquel gesto apenas duró tres segundos, y enseguida volvió a fijar la vista en… la nada.

Resultaba muy difícil hablar con él o intentar animarle para que realizase correctamente su rehabilitación. Conociéndolo bien, sabía que no iba a ser sencillo. Al final, todo lo que rodeaba a Colin era complicado.

—Me aseguraré personalmente de que hagas todos los ejercicios como es debido.

Decidí darle un tiempo, aunque ya estaba planeando los próximos pasos y cómo acompañaría de cerca su recuperación.



Intenté continuar normalmente con mis tareas diarias en la mansión, pero cada segundo que pasaba lejos de Colin lo hacía todo más difícil.

La necesidad de estar cerca suyo me consumía, y por mucho que él quisiera y necesitara su espacio, algo dentro de mí no lo soportaba. Por eso, de vez en cuando encontraba una excusa para comprobar cómo estaba, aunque no pronunciara ni una sola palabra.

Fue precisamente en una de esas ocasiones en las que me acerqué a su habitación cuando vi a Hanna saliendo de allí, acompañada por Helen.

Mi hija no estaba bien, y su carita lo decía todo. Ya tenía una ligera idea de lo que podría haber pasado.

—¿Qué ocurre? —Al acercarme un poco más, observé su rostro y noté que estaba triste y con los ojos llorosos.

—El tío Colin no me ha hablado. Ni siquiera me ha mirado.

Me agaché y puse las manos en sus hombros.

—Cariño, a Colin le ha pasado algo muy difícil. Está muy malherido.

Esta había sido la parte más dura para mí: Joshua y Hanna.

Hasta hace pocos días ambos creían que estaban participando en un juego, pero ahora había tenido que explicarles, con delicadeza, algunas cosas que ocurrieron aquel fatídico día.

No les conté todos los detalles, solo lo esencial: que la mansión había sufrido un asalto y que Colin había resultado herido.

No podía mentirles, especialmente porque los niños están constantemente cerca de él.

—Ya… ¿Pero volverá a hablar con nosotros?

—Estoy segura de que sí. —Esbocé una leve sonrisa—. Ve a jugar ahora, ¿vale? Quédate un rato con Joshua, él también necesita compañía.

—Vale.

Cuando mi hija se marchó por el pasillo, Helen se giró hacia mí, ofreciéndome una amplia sonrisa.

Ella siempre encontraba esperanza en todo. Me alegraba verla así, aunque, siendo humana, era inevitable cuestionarme todo y estar siempre alerta respecto a casi todas las cosas.

—Colin volverá a ser el de antes —dijo Helen, notando la desesperación que sentía ante la situación. Últimamente no dormía bien, y a menudo nos cruzábamos durante la madrugada.

—Espero que todo salga bien.

—Él es fuerte. Lo que Colin hizo por vosotros ya demuestra lo importantes que sois para él. Confía en mí, el tiempo nos ayudará.

Reflexioné sobre sus palabras y, acto seguido, la abracé con fuerza. Lloré largamente sobre su hombro.

Puede que el hombre en el que Colin se había convertido para mí fuera insignificante para los demás, pero solo yo sabía hasta qué punto mis sentimientos por él eran verdaderos… y profundos.



Fui a pasar un rato con Lauren. Últimamente paso casi las veinticuatro horas del día en la mansión, y mi amiga me envía mensajes cada día para saber cómo estoy.

Sé que no es bueno aislarme, y mucho menos estar todo el tiempo pensando en las consecuencias de lo ocurrido, pero soy incapaz de programar mi mente para otra cosa. Es complicado.

—¿Cómo está él, amiga?

Estábamos en uno de los restaurantes del barrio. Necesitaba salir de la mansión y despejarme un poco.

—Como siempre. No abre la boca prácticamente para nada y esta vez no hay excepciones, ni siquiera con Hanna o Joshua, con quienes

hablaba mucho antes de que pasara todo.

—Imagino lo duro que tiene que ser para ti todo lo que ocurrió —dijo con ternura, tratando de consolarme.

—Sí.

—Estoy aquí para lo que necesites. Cuenta conmigo siempre.

—Muchísimas gracias, eso es muy importante para mí.

Lauren era una persona atenta, que siempre estuvo dispuesta a ayudarme cuando más lo necesité. Entiendo que últimamente no le he dedicado suficiente atención, pero prometo cambiar eso.

—Con tanto ajetreo ni siquiera te he preguntado cómo estás tú.

—Ah, lo de siempre —respondió, sonriendo—. Estoy trabajando muchísimo, apenas tengo tiempo para divertirme.

—Eso va a cambiar, te lo aseguro —afirmé, mirándola directamente a los ojos—. Cuando Colin mejore, tú y yo volveremos a salir juntas, aunque sea para ir a cualquier sitio.

—Te tomo la palabra. Puedes estar segura de eso.

Seguimos charlando durante más de una hora.

Lauren parecía triste por algo, pero no conseguí identificar exactamente qué era. Sin embargo, sabía que poco a poco acabaría contándomelo, ya que Lauren conocía bien la amiga persuasiva que tenía…



Hoy es el primer día de fisioterapia, y estoy frente a frente con Lucas, el fisioterapeuta de Colin, que me mira incómodo, intentando explicarme algo que yo ya sabía que pasaría.

—Él… bueno, se niega a hacer los ejercicios. No me mira, no habla conmigo, y tira algunas pesas al suelo a propósito.

—¿Podrías dejarme un momento a solas con él? Quizás pueda conseguir alguna reacción, no lo sé.

—Claro, como prefieras.

Entré en la sala que usaríamos para la fisioterapia.

Colin estaba en la silla de ruedas, mirando hacia el exterior de la mansión sin siquiera pestañear.

Me acerqué un poco más, pero él no apartó la vista.

—Necesito que hagas los ejercicios —dije, posando suavemente mi mano sobre la suya, y él la apartó abruptamente.

—Colin, por favor.

Por primera vez me miró directamente, con los ojos ardiendo de rabia.

Yo no podía comprender el dolor que él sentía, porque cada persona afronta sus miedos de manera distinta, pero era evidente que él no estaba bien.

—Isabelle… vete —dijo entre dientes.

—Iré cuando hagas los ejercicios que te ha indicado el fisioterapeuta —contesté con firmeza.

—¡Que te vayas! —elevó la voz, mostrando gran ira en su rostro.

—Colin, ya te lo he dicho, solo me voy a ir cuando…

—¡Sal de aquí! —gritó, agitándose en la silla.

—¡No pienso salir! Vas a hacer todo lo que te diga el fisioterapeuta, y estaré aquí para asegurarme —insistí con determinación.

Esto es muy difícil para mí también, pero llegaré hasta las últimas consecuencias para que él se recupere.

—¡No pienso hacer una mierda! ¿Me oyes?

—¡Claro que sí! Tú me ayudaste muchas veces a mí y a mi familia, y ahora es mi turno de hacer algo por ti. Me da igual si me insultas o hablas mal de mí. Si te resulta más fácil, ódiame todo lo que quieras, pero VAS A HACER TODOS LOS EJERCICIOS.

Colin cogió algo que tenía al lado y lo lanzó contra la pared, haciéndolo añicos.

—Si quieres comportarte como un niño enfadado, es tu problema, pero eso no me afecta.

—¡Te odio, Isabelle! ¡Mucho!

—Y yo te amo… muchísimo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al decir esas palabras, pero hice todo lo posible por mantenerme firme.

Colin mantuvo su expresión furiosa y luego giró la cabeza hacia otro lado.

—Vas a salir adelante, puedes estar seguro de eso.

Salí de la sala.

Hablé demasiado, me expuse muchísimo, y ahora no sé qué efectos tendrá en la cabeza de Colin que le haya dicho que le amo de esta manera…



Pensé que conforme pasaran los días Colin volvería a la realidad y haría los ejercicios propuestos por el fisioterapeuta, pero no fue exactamente eso lo que sucedió.

—Por desgracia sigue negándose a hacer los ejercicios y está bastante débil. Ya no sé qué más hacer, Isabelle.

El fisioterapeuta volvió a ser sincero conmigo, y en su tono de voz noté preocupación, ya que Colin necesitaba moverse, ejercitar sus músculos, entre otras cosas.

—Se lo he explicado todo, incluso lo que ocurrirá si no realiza correctamente los ejercicios. Sus músculos se atrofiarán, y luego podría ser demasiado tarde para revertirlo.

—Encontraré una solución. Colin necesita un golpe de realidad. Por hoy puedes marcharte, mañana será otro día.

—¿Estás segura? —preguntó bastante desconfiado.

—Sí.

Necesito intentar algo, necesito superarme de alguna manera…



Unos diez minutos después de que se marchara el fisioterapeuta, fui a buscar a Colin.

No iba a permitir que acabara con su propia vida de esa manera, especialmente porque yo tenía parte de culpa en lo sucedido, ya que si no me hubiera conocido, nada de esto habría pasado.

—Mañana empezarás a tomarte en serio la fisioterapia —dije sin rodeos.

—No lo haré.

—Colin, tu vida depende de ello, igual que volver a andar sin esa silla de ruedas. ¿Cuándo vas a dejar de ser tan cabezota?

—Déjame tranquilo de una maldita vez. No pienso repetírtelo.

—No lo haré. ¿Hasta cuándo seguirás comportándote como un niño? —Crucé los brazos y casi grité estas palabras.

—¡Vete de aquí! —Se agitó en la silla de ruedas, fuera de sí por la rabia.

—Por lo visto, prefieres las cosas por las malas. A partir de mañana tendrás la compañía de dos personas durante tus sesiones de fisioterapia.

—¿Qué has dicho?

—Exactamente lo que has oído.

—La casa es mía y…

—Ese no es mi problema. ¡Ahora las cosas se harán a mi manera!



—¿Que tú qué?

—Exactamente lo que has oído.

Henry estaba en la mansión, pero recibía el mismo trato que todos cuando intentaba dirigirse a Colin.

Le conté lo que pretendía hacer, o mejor dicho, lo que iba a hacer.

—Poner a Hanna y Joshua a acompañar a Colin todo el tiempo podría ser interesante... —Levantó la vista, pensativo, reconsiderando mis palabras.

—Colin tiene poco tiempo, Henry. No estoy dramatizando. Algunos de sus movimientos quedarán afectados si no comienza seriamente la fisioterapia.

—Lo sé. Algo le pasa, no es normal. No entiendo por qué se niega a hacer los ejercicios. Es extraño como mínimo.

—Ni yo. Fue lo único que se me ocurrió, y espero que dé resultado.

Colin ocupaba mi mente las veinticuatro horas del día, y eso me estaba agotando.

Sé que quizá no debería sentirme así, pero me sentía en la obligación de ayudarlo. No sé, no intentéis entenderme, pero después de todo lo que hizo por mí, no sería justo que se rindiera ante la vida.

—Colin es testarudo, pero fuerte. Estoy seguro de que pronto entrará en razón y pensará en las personas que llevan tiempo a su lado. Yo mismo intentaré hablar sinceramente con él si continúa negándose a hacer la fisioterapia. Además, no basta con que empiece, Colin tiene que tomársela en serio, y no seré buen amigo si no le ayudo a superar esta barrera.

Era evidente que Henry se preocupaba por Colin y su salud. A pesar de saber lo difícil que podía llegar a ser, Henry lo entendía y conocía bien su temperamento. Sabía que su ayuda sería esencial.

—Todo se arreglará, Isabelle. No te preocupes, Colin superará esto y volverá a sacar de quicio a toda la casa.

Sonreí.

En el fondo tenía esperanza de que así fuese...

COLIN ADAMS

Nadie entiende el dolor que estoy sintiendo.

Todos en casa creen que estoy haciendo una especie de "rabieta", pero no tienen ni idea de lo que pasa por mi cabeza.

No poder controlar mi cuerpo me saca de quicio. Tener un dominio tan limitado sobre mis propios movimientos me hace sentir insignificante ante los demás.

Todo el mundo repite: "¿Por qué no empieza la fisioterapia?", "¿Tan difícil es intentar volver a andar con toda la ayuda que tiene?", "¡Lo conseguirá si se esfuerza!".

¡Estoy harto de eso!

¡Lo intenté! ¡A mi manera, pero lo intenté, os lo juro!

Aunque me negué desde el primer día a realizar los ejercicios, escuché atentamente cada detalle que dio el fisioterapeuta y, sin que nadie me viese, llevé algunas pesas y otras cosas a mi habitación.

¡No quería fracasar delante de los demás!

Pero no pude hacer nada. ¡Absolutamente ninguno de los ejercicios que me propuso!

Me sentí débil, como si fuese una basura. ¿Y sabéis qué es lo más curioso?

Si pudiese retroceder en el tiempo, volvería a hacer exactamente lo mismo.

Es contradictorio, lo sé. Me estoy quejando mucho de cómo estoy ahora, pero jamás habría permitido que les hicieran daño a Isabelle o a los niños.

De pronto, mi móvil volvió a vibrar y vi "esas cosas" otra vez.

Ah, sí… esas.

Mensajes de "ánimo".

Además de todo, de la nada empezaron a llamarme y a enviarme mensajes de apoyo y otras cosas absurdas. Lo digo así porque la mayoría de esos supuestos "amigos" no intercambiaron ni una palabra conmigo durante años, ni siquiera cuando realmente los necesité, tras perder a mi hija.

En el fondo sé que tengo mi parte de culpa. Claro que sí.

Quien se aisló fui yo. Asumo mis errores. Pero lo que no soporto es que esas personas reaparezcan ahora, cuando ni siquiera en aquel entonces me dieron apoyo o estuvieron ahí para mí. Puedo contar con los dedos a quienes realmente se preocuparon, y eso que antes tenía muchos amigos.

Sinceramente, no estoy sabiendo cómo gestionar todo lo que me rodea, ya no sé qué hacer. Lo único que desearía es encontrar algo de luz, y quizá así lograr entender si aún tengo un propósito aquí en la Tierra, suponiendo que las personas realmente tengamos uno…



Ahora tengo dos guardaespaldas. Mini guardaespaldas.

Isabelle ha puesto a Joshua y a Hanna para que se queden conmigo, y enseguida recordé nuestra última conversación cuando me avisó de que tendría compañía durante mi hora de fisioterapia...

Pues bien...

Si su intención era aumentar aún más mi cabreo, lo ha conseguido, porque por primera vez decidí hacer los ejercicios que me mandó el fisioterapeuta delante de todos, sin esconderme, solo que esta vez hice el ridículo, porque no logré completar ni la mitad de la batería de ejercicios.

Estoy limitadísimo.

Mis piernas no me obedecen, apenas consigo mover los dedos del pie izquierdo, y eso con esfuerzo. Intentar recorrer el circuito que está delante de mí parece absolutamente imposible ahora mismo, y ni siquiera haciendo toda la fuerza posible con las manos logro mantenerme en pie, porque también he perdido firmeza en ellas.

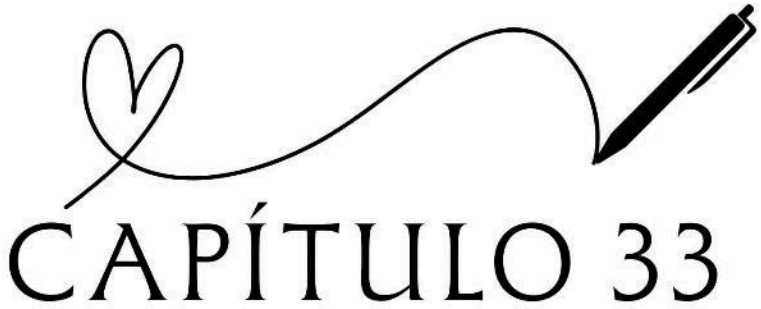
Estoy jodido. Mi cuerpo está jodido. Y mi mente, ni hablemos.

No debería haberle gritado al fisioterapeuta delante de los niños diciendo que nada estaba sirviendo. Él solo estaba haciendo su trabajo, pero esa es mi naturaleza, y ser un hombre lleno de rabia se ha convertido en parte de ella.

Ni siquiera necesito decir lo mucho que se asustaron los niños, que salieron corriendo enseguida de la habitación. Pude ver claramente el rostro de Hanna, y por primera vez sentí que me tenía miedo.

Aquello me destrozó por dentro. Joshua, por su parte, me miraba como si fuese un desconocido, ya que antes de la tragedia yo era otra persona con él.

Todos quieren ayudarme, y yo, por ser demasiado débil, estoy rindiéndome ante la primera dificultad. Ojalá pudiera ser un hombre normal...



«Un verdadero amigo aparece en el momento preciso, no con palabras suaves, sino con la verdad que no tenemos el valor de escuchar.»

COLIN ADAMS

Los días fueron pasando y de vez en cuando discutía con Isabelle. Ambos estábamos al límite, y yo no ayudaba en absoluto, pero esta vez quien estaba frente a mí era otra persona.

—¿Has venido tú también a echarme algo en cara? Adelante, ya estoy acostumbrado.

Encaré a Henry, que me observaba de arriba abajo.

—En el fondo sé cómo te sientes.

—¿Ah, sí? —respondí con sarcasmo.

—Sí. Estás frustrado, y al principio no lo entendía muy bien. Soy tu amigo y, aunque no lo parezca, te conozco mejor de lo que piensas.

—¿Y cuál es mi problema? —lo desafié.

—Quieres recuperarte, pero no lo logras. Eres demasiado orgulloso para pedir ayuda, no consigues hacer ningún ejercicio, y eso te destroza por dentro. Hasta creo que intentas hacerlos cuando nadie está mirando, pero te desanimas rápido porque necesitas ver resultados inmediatos. Desde que te conozco he notado que eres un hombre impaciente en todo lo que haces, solo que...

Se detuvo un instante. No podía creer que él supiera tanto de mí.

—...esta batalla no va a ser así —continuó—. Necesitas algo que detestas, y eso se llama paciencia. No volverás a caminar de un día para otro, eso es imposible, Colin. Tampoco mejorarás tu humor mañana, ni

recuperarás fuerzas en las manos ahora mismo, ni completarás el circuito propuesto hoy. Podría enumerarte tantos «no podrás» que, siendo sincero, conseguiría que abandonases la lucha ahora mismo.

Su forma de hablar era distinta. Jamás lo había visto así.

—Solo tú tienes el poder de recuperarte. Ni yo, ni Isabelle, ni Joshua, ni Hanna, ni nadie que intente ayudarte podrá hacer nada al final. En el fondo sabes que nadie puede hacerlo por ti, excepto tú mismo.

—Henry...

—Intentar ayudar a alguien que no quiere recibir ayuda es lo peor del mundo, por eso digo que esta batalla depende únicamente de ti. Ahora bien, si quisieras nuestra ayuda, todo sería diferente. Pero estás tan acostumbrado a ser Colin Adams, el hombre que nunca necesitó a nadie, que esa actitud está acabando contigo, consumiéndote poco a poco por dentro.

—No necesito oír esto. Tú... no tienes ni idea de lo difícil que es no poder hacer esos malditos ejercicios, por simples que sean. —Me enfurecí porque tenía razón. Henry tenía absolutamente toda la razón en cada palabra que decía.

—Quizás no necesites escucharlo, pero lo vas a hacer —Se acercó a mí y puso una mano sobre mi hombro—. Sé cómo es esto, amigo mío. Pero también sé que si fueras el Colin Adams que conocí hace años, aquel hombre feliz al que le importaba su familia por encima de todo, estoy seguro de que lo harías, no solo por ti, sino también por tus hijos. ¿Y sabes lo peor? Que perdiste a Maddison, pero aquí hay una niña que te considera como su padre y está aterrorizada por escucharte gritar a quienes intentan ayudarte. Joshua, entonces... sinceramente no sé si volverá a tener a su padre algún día.

—Lo que estás diciendo es demasiado...

—¿Real? ¿Grave? ¿Sincero? No me importa lo que pienses de mí después de escuchar esto, Colin. Si para recuperarte necesitas odiarme, ¡adelante! Isabelle es demasiado buena contigo. Presta atención a lo que te digo —Acercó su rostro al mío—. Si vas a seguir actuando así, sin enfrentar tus batallas de frente, voy a decírtelo claramente ahora mismo: ¡no la mereces!

Nos quedamos mirándonos por varios segundos, pero ninguna palabra salió de mi boca. ¿Qué podía decirle?

—Ella te sacó adelante. —Su dedo índice golpeó fuerte mi pecho, haciendo que volviera a prestarle atención—. Esa mujer que está en la

maldita cocina, corriendo de aquí para allá, buscando nuevos fisioterapeutas, llamando a psicólogos para cuidar de tus empleados traumatizados, ocupándose de los niños, llorando cada día porque no logra ayudarte, lidiando con el hecho de que el padre de Hanna murió por meterse en cosas ilegales, culpándose porque fuiste torturado solo por el hecho de que ella trabaja para ti… Esa mujer está llevando todo esto sola. ¡TODO! ¿Y sabes lo que tú estás haciendo? ¡NADA! —Sacudió la cabeza, frustrado—. Bueno, me corrijo: sí estás haciendo algo, Colin, estás haciendo todo lo contrario. Estás llevándola al límite, ¡estás destrozando a Isabelle! ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres ser una carga más para ella? Porque, sinceramente, no dudo que Isabelle pueda soportar mucho, ¿pero y si no lo logra? ¿Cómo vas a dormir cada noche sabiendo que la mujer que te ama no pudo soportar tus rabietas? Y, antes de que digas nada, nadie me ha dicho que ella te ame, solo tengo que observar la forma en que te mira cuando estás cerca. Sencillo, ¿no?

Empecé a temblar y, poco después, rompí a llorar.

No esperaba este golpe de realidad, y ni siquiera sabía qué decir. Soy débil por ni siquiera intentar más veces, por rendirme con tanta facilidad.

—No voy a consolarte. Tienes que tomar una decisión y más vale que lo hagas rápido, porque el tiempo sigue pasando, y si no actúas ahora, el daño será irreversible. Deja ya de vivir en el pasado y empieza a preocuparte por tu presente, porque, amigo mío… acabarás lamentando el futuro que te espera.

ISABELLE CAMPBELL

No sé qué hablaron Colin y Henry hace unos días, pero en los tres siguientes Colin se esforzó por hacer los ejercicios, aunque a partir del cuarto día… volvió a negarse a intentarlo.

Vi su esfuerzo.

Durante tres días observé a un Colin concentrado, serio, intentando hacer todo lo que le proponían, pero algo le hizo perder la motivación, y sé perfectamente qué fue: ¡la falta de avances!

Seguía igual, y pude notar cómo el brillo en sus ojos se iba apagando poco a poco, dando paso a una profunda oscuridad.

Realmente no sé qué más hacer. Estoy llegando a mi límite, y me duele profundamente saber que él está así por ayudarnos. Por ayudarme a mí.

Colin no quería hablar con nadie, se aislaba cada día más. Las únicas personas con quienes intercambiaba alguna palabra eran Joshua y Hanna, y estoy segura de que se cansó de verme, porque me he

convertido en la mujer más pesada del mundo, prácticamente una niñera.

Darle espacio tampoco resultó, así que continué intentándolo una y otra vez… pero ahora siento que tengo las manos atadas.

Le llevé su comida y Colin ni siquiera me miró. Parecía cansado, triste, frustrado.

—Hoy vendrá otra vez el fisioterapeuta —dije sin ninguna esperanza de que empezase una conversación.

Silencio.

—Le he pedido que intente algo nuevo, no sé, algún ejercicio diferente, algo que te resulte más fácil.

Carcajadas.

Ese fue el sonido que escuché tras terminar la frase.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Mi vida es una broma. Eso es lo que es ahora.

—Intenta hacer los ejercicios y no te desanimes, solo tienes que…

—No… puedo. Lo intenté todo… pero simplemente no soy capaz —empezó diciendo en voz alta, pero terminó casi susurrando.

Colocó ambas manos sobre su rostro y respiró profundamente.

Quizá no entiendo el dolor por el que está pasando, pero sé que intentó mejorar. Sin embargo, durante estos días descubrí que, para que Colin persevere, es necesario presionarle, incluso mostrarle claramente lo que perderá si no reacciona.

Esta es mi última oportunidad. Necesito ser dura con él, lamentablemente Colin necesita escuchar ciertas verdades, y yo seré la mujer que se las diga. Es por su bien.

—Hoy es un nuevo día. Te esforzarás al máximo en todo lo que te pidan.

—Isabelle…

—Y también harás ejercicios en turnos extras si hace falta.

—No voy a…

—¡Y yo misma me aseguraré de que no te rindas! —grité, interrumpiéndolo por segunda vez.

—¡Joder! ¡No puedo!

—Sí puedes. —Sujetando con firmeza su silla, lo encaré directamente—. ¿Qué quieres? ¿Que yo sea madre y padre de Joshua y Hanna mientras tú haces berrinches para no hacer la fisioterapia? ¿De verdad vas a tirar tu vida por la borda y abandonarme igual que hizo el padre de Hanna?

Sus ojos comenzaron a arder de rabia después de lo que le dije. Sé que fui demasiado dura, pero esa era la realidad, le guste o no escucharla.

—¡No sabes lo que dices! —gritó.

—¿Cuál es mi problema con los hombres? De verdad me gustaría saberlo. Siempre me enamoro de personas equivocadas.

—¡Yo no soy una persona equivocada!

—¡Entonces demuéstramelo! ¡Haz algo por ti!

—¡No… puedo! ¿Tan difícil es de entender? ¡No estás en mi lugar para saber el dolor que siento al intentarlo! Además del dolor… simplemente no consigo avanzar, estoy bloqueado.

—Si te resulta difícil, más te vale sacar fuerzas de algún sitio, porque Hanna y Joshua me preguntan todos los días cuándo vas a

volver a ser tú mismo. Cada día.

—Yo estoy aquí.

—¡No, no lo estás! En lugar de intentar mejorar, haces exactamente lo contrario y eso me está matando por dentro, porque no sé cómo ayudarte. Te necesito, todos te necesitamos. Si no lo haces por mí, hazlo por tu hijo, ¡que llora todas las noches antes de dormir por tu culpa!

Sabía que me estaba pasando, pero Colin necesitaba algo de realidad en su cabeza dura. No había dicho ninguna mentira; Joshua estaba más preocupado cada día, y su padre no le daba ninguna oportunidad de acercarse.

—¿Por qué me dices esto?

—Si no te importo lo suficiente para hacerlo por mí, hazlo por tu hijo. Puede que yo no signifique nada para ti, pero sé que él es importante en tu corazón.

—Me haces odiarte tanto… —Cerró los ojos, suspirando.

—¡Me da igual! —crucé los brazos, esperando ya una respuesta así. No me sorprendía en absoluto.

—Pero a la vez te amo tanto…

Abrí los ojos como platos al oír eso.

Me quedé parada unos segundos, sin creer lo que acababa de salir de su boca.

—Espera, ¿dijiste que me amas o me estoy volviendo loca?

Tenía que haberlo escuchado mal. Él jamás diría algo así a alguien como yo, que solo lo irritaba desde el día que nos conocimos.

—Isabelle, eres muy ingenua si de verdad crees que me habría dejado torturar si no os amase a los tres.

Colin giró el rostro hacia la pared y no dijo nada más.

Di un paso hacia adelante.

—No te acerques —dijo bajo, pero claramente audible.

Me detuve un instante, pero una fuerza mayor hizo que me dirigiera hacia él y rodease su cuerpo para observar su rostro.

Colin estaba llorando, pero trataba desesperadamente de mantener su expresión seria.

—Ya te lo dije antes, pero lo repito: te amo y estaré a tu lado, así que, por favor, incluso si hace falta que suplique… —Me agaché, arrodillándome frente a él—, haz lo posible por seguir con la fisioterapia. No renuncies a vivir, por favor.

—¡Levántate! No quiero que te arrodilles ante mí. No me lo merezco.

—Si es necesario, lo haré. Has hecho más por mí y por Hanna que nadie en este mundo. Apoyarte es solo una pequeña forma de demostrar que estaremos aquí para ti, pero… necesito que también te ayudes a ti mismo. Por favor, Colin. Si de verdad nos amas, hazlo por nosotros.

Colin miró hacia adelante, claramente dudoso sobre algo.

No tenía ni idea de lo que podría salir de su boca, pero todavía guardaba esperanzas en mi corazón. Sabía que él podía salir adelante.

—Prometo intentarlo. Eso es todo lo que puedo ofrecer.

—Ya es un comienzo.

COLIN ADAMS

Le di vueltas a lo que Henry e Isabelle me dijeron, y por primera vez percibí algo diferente en sus palabras.

Su paciencia se había terminado, y ahora soy el único capaz de ayudarme.

Tomé una decisión: me permitiría intentarlo hasta el final. Sé que es fácil decirlo, lo difícil es llevarlo a la práctica. Y para hacer algo así tomé una decisión que jamás pensé tomar…

Hice una promesa a Dios.

Me sentí una persona sucia al hacerlo solo porque estaba en esta situación, ya que no me molesté en acercarme a Él durante el último año.

Todo lo contrario, blasfemé y renegué de Dios, y ahora estoy aquí, pidiendo ayuda. Pero fui sincero y le dije que no quería que Isabelle y los niños vieran en mí a un hombre débil, alguien que no supo luchar contra las dificultades.

Aunque pedir ayuda por mí mismo me resulta complicado, ahora tenía una razón importante para seguir adelante: las personas que me rodean.

Quiero recuperarme, y aunque la recuperación sea lenta y dolorosa, sacaré fuerzas de donde sea necesario y lo conseguiré.

ISABELLE CAMPBELL

La mañana siguiente fue dura. Demasiado.

Evitaba acercarme a Colin porque su enfado era mayor de lo habitual.

Sí, se estaba dejando la piel en la fisioterapia, y por eso estaba tan irritado, porque no conseguía realizar la mayoría de los movimientos propuestos por Lucas. El panorama seguía siendo el mismo, solo que Colin parecía diferente.

A medida que avanzaban los días, era evidente la guerra psicológica que Colin estaba librando.

Varias veces quiso rendirse, pero aquí estaba yo, la pesada de turno, empeñada en impedirlo, llegando incluso a comportarme como una niña caprichosa si hacía falta. En el fondo tenía esperanza y fe en que lograría superar esta difícil batalla.

Además del gran esfuerzo que hacía, los niños le animaban constantemente. A él no le gustaba mucho, decía que era duro que lo vieran en ese estado, pero al final siempre acababa cediendo.

Sus amigos también venían a la mansión, al menos los pocos que tenía. Ni siquiera hace falta decir cuántas veces aparecía Henry por aquí. Antes, Colin ya se irritaba cuando él venía sin ser invitado, imaginaos ahora…

Hanna y yo estábamos en la sala de fisioterapia, y justo después de la sesión, ella hizo cuestión de acercarse a él. Me quedé un poco apartada, pero pude escucharlos claramente.

—Hola, tío Colin.

—Hola, pequeña. —Sonrió.

—¿Te duele mucho?

—Un poco.

—Ya verás cómo pasa, ¿vale?

—Está bien.

—¿Quieres un abrazo?

—Sí, mucho.

No sé durante cuánto tiempo Hanna permaneció en los brazos de Colin, pero fueron bastantes minutos. Decidí no quedarme allí y regresé

a la cocina. Hay ciertos momentos en que es mejor dar espacio a las personas, y sabía que Colin preferiría eso.

Solo puedo decir lo emocionada que estoy al ver el cariño que siente por mi hija; eso solo reafirma lo mucho que lo amo.



El tiempo fue pasando.

El mes que siguió fue mejor, gracias a Dios.

Colin aún no conseguía hacer todo lo que le proponían, pero había progresado de manera significativa. Ya caminaba con muletas, y su cuerpo estaba algo más fuerte.

Yo, como de costumbre, permanecía pegada a él, y cuando hablaba de rendirse, allí estaba yo, ejerciendo de pesada.

No hablamos sobre nosotros, y mucho menos sobre aquellas palabras de afecto que nos dijimos hace algún tiempo, mi enfoque era

otro.

—Vamos con retraso.

—¿Vamos con retraso?

No recordaba tener hora para nada, pero Colin estaba organizando algunas cosas y había estado conversando unos minutos con Tito.

—Sí, iremos los dos a ver el partido de Joshua en el colegio.

—¿Lo dices en serio?

En un primer momento no me lo creí, pero Colin nunca bromearía con algo tan serio.

—Sí. Pensaba ir con muletas, pero no me importa usar la silla de ruedas, ya que aún no estoy suficientemente fuerte.

—Escuchar eso me hace feliz. Ni siquiera puedo disimularlo.

Sonreí.

Espero que Colin consiga superar sus miedos y vuelva a ser un hombre feliz.



—No imaginaba que quisieras venir.

—Ni yo.

Estábamos en las gradas y el partido ya había empezado.

Ni siquiera hace falta decir lo feliz que se puso Joshua cuando supo que Colin estaría aquí. Esta es la segunda vez que viene al partido de su hijo después de la tragedia con su hija.

—Veo tu esfuerzo en la fisioterapia. Sé lo difícil que fue empezar realmente a hacer toda esa tanda de ejercicios.

—No fue difícil. Lo está siendo —contestó con naturalidad—. Espero que nunca tengas que pasar por algo así. Te sientes débil por no poder hacer los ejercicios, una basura de persona por tener un cuerpo y no poder usar algunos miembros. Para un hombre como yo, lo más fácil sería mandarlo todo a paseo y rendirse, como intenté hacer tantas veces.

—Pero no lo harás. No olvides que soy muy pesada y pienso estar encima hasta que recuperes completamente tus movimientos.

—Si es que los recupero. Seamos sinceros: aún no tenemos la certeza de que la fisioterapia consiga devolverme todas mis capacidades.

—¡Claro que sí las recuperarás!

Creo que el tono firme con el que dije estas palabras asustó un poco a Colin, pero no añadió nada más, solo mostró una leve sonrisa.

—Si hay algo que me gusta de ti, es tu esperanza. Esa es una de las cosas que me ayudan a seguir adelante, aunque yo mismo no tenga mucha dentro de mí.

No dijimos nada más. Continuamos viendo el partido y, minutos después, pude notar la alegría en el rostro de Colin cuando Joshua marcó un gol. Casi se levantó de la silla de ruedas por la emoción.

El partido ya había terminado, y estábamos cerca del coche.

—Marcaste un golazo. Estoy muy orgulloso.

—¿De verdad te gustó, papá? Cerré los ojos y chuté.

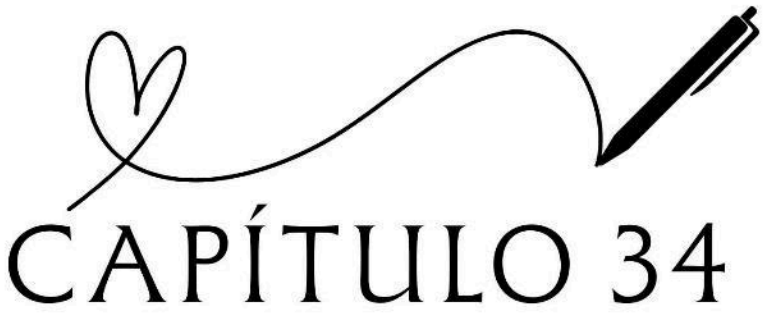
—¿Cerraste los ojos? —Colin soltó una carcajada, provocando risas en nosotros dos—. Eso sí que no me lo esperaba.

—Sí. ¿Vas a venir a ver todos mis partidos a partir de ahora, papá?

—Haré todo lo posible, hijo. Voy a ser un padre presente, pero antes necesito recuperarme.

—Te vas a recuperar lo antes posible —fue mi turno de intervenir.

—Espero que así sea.



«Hay gestos que sorprenden incluso al más escéptico de los hombres…»

ISABELLE CAMPBELL

Tras seis duros meses, Colin comenzó a caminar sin ayuda, aunque aún tiene ciertas dificultades con algunos movimientos en la cadera.

Para no atropellar las cosas, resumiré brevemente lo que ocurrió.

Los dos primeros meses fueron los más complicados para él. Para nosotros. Fue la etapa más difícil, cuando estuvo a punto de rendirse varias veces.

El segundo mes, en especial, fue cuando empezó a completar el circuito propuesto por el fisioterapeuta y ya conseguía mover normalmente los dedos y el pie.

Nuestro mayor temor era ese: debido a la lesión en la columna, varias áreas fueron afectadas y Colin tuvo que empezar desde cero.

El tercer mes puedo decir que fue un verdadero punto de inflexión en su recuperación. En este mes específico, Colin tuvo su mayor avance y empezó a moverse con muletas.

A pesar de ciertas dificultades, realizó todos los ejercicios sin desanimarse, más bien al contrario.

El cuarto mes fue muy duro, ya que no mostró una evolución evidente. Aun así, Colin no perdió los ánimos, y me preguntaba constantemente de dónde sacaba fuerzas para seguir adelante, ya que veía esperanza en cada pequeño avance.

Los niños estuvieron con él en todas las sesiones, apoyándolo siempre. Joshua se acercó aún más a su padre, y hasta en los momentos

de descanso ambos permanecían juntos, haciéndose compañía mutuamente.

Hanna.

Casi me había olvidado, pero ella también insistía en acompañarlo a todas partes, hasta el punto de que llegué a preguntarme si aún recordaba mi existencia. Lo admito, sentí algo de celos.

Durante el quinto mes, los ejercicios cambiaron bastante, pero Colin siguió progresando, consiguiendo mantenerse en pie por algunos segundos sin ayuda alguna.

En uno de esos días, lo abracé llorando intensamente al ver que había completado una etapa más de la fisioterapia. Fue en este mes cuando observé a un Colin emocionado con todos los progresos que había alcanzado, un hombre que anhelaba que llegara el día siguiente para volver a hacer los ejercicios, diciéndose a sí mismo: «mañana lo haré mejor que hoy».

El sexto mes fue el más estable de todos, Colin ya tenía suficiente fuerza para caminar sin apoyo y, aunque a veces se sujetaba en algún

lugar, según me explicaron eso formaba parte natural de su recuperación.

En cuanto a mí… bueno, estaba hecha polvo, lo admito. Perdí peso, tenía ojeras, y mi cabeza estaba hecha un lío debido al estrés y la ansiedad.

A pesar de esta victoria, quedé muy debilitada.

Para quien piense que esto es exagerado, que intente ayudar a alguien que se niega a ser ayudado y entenderá bien lo que digo.

Esto te agota, y llega un punto en el que lo único que quieres es mandar todo a paseo, pero si esa persona realmente te importa, intentas hasta el final.

Eso fue lo que hice. Lo que sigo haciendo.

No mentiré diciendo que no pensé en dejar de insistirle a Colin, porque esta idea iba y venía en mi mente, especialmente cuando él explotaba y decía que no haría ningún ejercicio más.

Gracias a Dios eso solo ocurrió al principio, porque a medida que él ganaba fuerza, apareció en él una determinación tan grande que mi preocupación pasó a ser justo la contraria: había días en que Colin

prácticamente suplicaba hacer más ejercicios, algo que no era recomendable por diferentes razones, según indicaba el fisioterapeuta.

El exceso nunca es bueno.

Colin y yo estábamos en la cocina, ya que además de obligarlo a comer bien, todavía vigilaba sus comidas. Lo pillé intentando engañarme una vez y, desde entonces, soy muy estricta con su alimentación.

—No pareces bien. ¿Ocurrió algo? —me preguntó, mirándome fijamente con aquellos ojos negros.

Bastó esta frase para que rompiera a llorar como una niña pequeña. Recordé todo de golpe y me senté en una de las sillas, agotada.

Mi mente estaba llena de pensamientos, y me sentía extremadamente frágil.

—Yo… no estoy nada bien. Estos últimos meses… han sido muy duros —dije sollozando.

—Ven aquí.

Colin me abrazó con ternura mientras yo lloraba con fuerza contra su pecho.

Fui prisionera de mis propios pensamientos, un torbellino de emociones giraba en mi cabeza. Realmente no estaba bien.

—Creo que este es el momento adecuado.

—¿Momento de qué?

—De cuidar de ti. De devolverte todo lo que has hecho por mí. —Secó mis lágrimas—. No lo habría conseguido sin ti, ni siquiera habría intentado recuperarme si no hubieras insistido tanto. Por más que te gritara o te pidiera que te fueras, permaneciste a mi lado… Nadie hizo eso por mí. En realidad, quien me recuperó fuiste tú, Isabelle, y es por eso que ahora puedo afirmarte algo que sé hace mucho tiempo, aunque no lo diga a menudo: te amo. Y no es poco, es tanto que hasta me duele el pecho. Y también te odio en varios momentos, aunque sé que eso pasará. Ah, no puedo olvidarme de Henry, él también fue bastante pesado durante mi recuperación.

Sonreí como una idiota. Este hombre me provoca hasta cuando hace una declaración de amor.

—¿Qué significa exactamente para ti amarme?

—Todo. —Respondió sin dudar—. Te quiero para mí y no voy a renunciar a eso. Seré el padre que Hanna nunca tuvo si así lo deseas,

porque amo a tu hija como si fuera mía. Y antes de que pienses que estoy intentando compensar algo, debes saber que jamás la comparo con Maddison. Mi hija ya no está aquí, pero siempre vivirá en mi corazón.

—Colin…

—Me has dado suficientes motivos para amarte, y Hanna con su forma de hacerme sentir tan incómodo consiguió lo mismo, quizá más rápido que tú. No me preguntes cómo, pero las considero a ambas parte de mi familia.

Lo besé con todas mis fuerzas después de oír estas palabras.

De hecho, casi nos caemos de la silla por la intensidad con la que literalmente me lancé sobre él. Necesitaba escuchar algo así de alguien importante para mí, y Colin logró decirlo en el momento justo.

—Perdóname por haber sido tan gruñón. —Frunció el ceño.

—Fue complicado, especialmente porque yo soy bastante joven y tú un anciano. No estoy acostumbrada a lidiar con berrinches de personas mayores —lo provoqué.

—¿Anciano? —preguntó con voz contenida—. ¿Acaso alguien con 35 años es una persona mayor?

—Tal vez…

—Prefiero llamarlo experiencia.

Los minutos siguientes en la cocina fueron unos de los mejores que he vivido en la mansión. Hablamos de todo y me di cuenta de cuánto había cambiado Colin.

O quizás no. Tal vez había vuelto a ser el hombre que era antes del accidente…

COLIN ADAMS

Viví un verdadero infierno en estos últimos meses.

Perdí la cuenta de las veces que pensé en abandonar todo y tirar por la borda la posibilidad de volver a tener una vida normal.

Antes de ser torturado odiaba a Dios. Muchísimo.

En mi cabeza, Él se reía mientras me observaba en aquel estado, esforzándome desesperadamente por mover apenas una pequeña parte de mi cuerpo.

Pero luego me di cuenta de lo insignificantes que eran mis quejas. Culpaba a Dios por todo, cuando en realidad fui yo quien se puso en esta situación.

Los dos primeros meses fueron horribles. Maldije mi cuerpo, me odié a mí mismo y cuestioné diariamente la promesa que le había hecho a Dios. También le pregunté por qué era un hombre tan amargado como para perder una parte de mi familia. Pero, después de algún tiempo, muchas cosas empezaron a tener sentido.

Yo no tenía derecho alguno a culpar a nadie. Siempre tuve libre albedrío para elegir, y, al igual que Jeniffer, cometí demasiados errores en mi vida. Guardé rencor, rabia, angustia y toda clase de sentimientos horribles en mi corazón, y esto solo empeoró con el tiempo.

Los meses siguientes fueron de aceptación, pero también de perseverancia. Por increíble que parezca, hablé con Dios. A mi manera, claro.

Le hice otra promesa: si conseguía convertirme en una buena persona, daría lo mejor de mí mismo cada día. Si eso ocurría, entendería que existía un propósito en mi vida.

Lo extraño es que últimamente he sentido algo, una fuerza difícil de explicar dentro de mí, y lo que estoy a punto de hacer jamás se me habría pasado antes por la cabeza.

El antiguo Colin nunca haría algo así, pero ya no soy el antiguo Colin.

Nunca pensé decir esto, pero he cambiado más en estos seis meses en los que estuve débil física y mentalmente que en toda mi vida anterior. Ahora valoro las pequeñas cosas, los pequeños gestos, y por eso me acerqué a alguien a quien maldecía cada día:

¡Dios!

Tuve que atravesar un verdadero infierno para comenzar a valorar mi vida y a las personas que me rodean. Sé que esto ha sido lo mejor para mí.

No es que quiera ni desee que nadie más pase por algo parecido, en absoluto, pero esta experiencia me enseñó cosas que jamás olvidaré, un aprendizaje del que extraje muchas lecciones.

Algunos empleados míos necesitaron terapia psicológica tras lo ocurrido en la mansión, y eso me hizo reflexionar porque… bueno, mi opinión sobre los psicólogos nunca había sido muy buena. Isabelle también me obligó a seguir un tratamiento psicológico durante varios meses y, aunque al principio me pareció una completa pérdida de tiempo, comprendí que realmente me ayudó poder hablar de todo y nada al mismo tiempo.

Entendí que los traumas de mi pasado, quisiera o no, estaban moldeando mi presente, y para avanzar necesitaba aceptar lo ocurrido con mi familia.

Aceptar.

Esa palabra es muy fácil de pronunciar, pero extremadamente difícil de llevar a cabo. Yo era un hombre incapaz de aceptar lo que había sucedido con mi hija, pero ahora veo las cosas desde otra perspectiva.

Mi mayor problema era culparme por todo; realmente creía que la muerte de Maddison fue consecuencia de mis decisiones.

Puedo afirmar que voy a mejorar en ese aspecto. No estoy al cien por cien, ni mucho menos, sigo siendo un cabezota, de eso no hay duda.

Pero siento que estoy en el camino correcto, y pienso poner en práctica todos los consejos obtenidos en las sesiones con el psicólogo. Estoy seguro de que, con el tiempo, seguiré mejorando.



Me arreglé para ir a un lugar al que ya estoy acostumbrado, pero esta vez mis propósitos eran muy distintos.

Cuando ya estaba casi saliendo de la mansión, Isabelle se puso delante de mí, tratando de impedir mi paso.

—¿Necesitas algo? —pregunté sonriendo.

—Colin, por favor, no me digas que vas a…

—Tranquilízate —la interrumpí —. Antes de que lo preguntes, sí, voy a la cárcel, pero esta vez es diferente.

—¿Cómo puede ser diferente? Cuando vas allí siempre…

Se calló antes de terminar la frase. Ella aún no comprendía mis intenciones.

—¿Confías en mí? —La atraje hacia un cálido abrazo y, acto seguido, deposité un beso en sus labios.

—Sí, confío en ti.

—Será la última vez, te lo prometo. Necesito liberarme de ciertas cosas.



Me senté en la silla frente a aquel hombre, y antes de que pudiera decir algo, él habló:

—Me alegra que estés bien.

Sí, esas fueron sus primeras palabras al verme, y lo peor de todo es que no parecía estar siendo sarcástico, lo que me dejó aún más sorprendido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me enteré de lo que te pasó. Quizás no me creas, pero recé por ti. Cometí muchos errores en mi pasado, lo asumo, pero me he convertido en una persona mejor.

Por unos segundos pensé que estaba soñando.

El hombre al que maltraté todos los días que vine aquí estaba diciendo que rezó por mí. Algo tenía que estar mal.

—Si eso es verdad… gracias —dije, y esta vez fue él quien se sorprendió.

—Has venido aquí para…

—Para poner punto final a todo. Esta es la última vez que me vas a ver. Simplemente me he cansado; ya no me da ningún placer maltratarte y no lo haré más. No es justo, y ciertas cosas del pasado deben quedarse allí.

Pude comprobar que aquel hombre estuvo a punto de llorar al escuchar esas palabras.

Sé que fui muy duro con él todo el tiempo que estuvo preso. Sé que fui una basura de persona, humillándolo e incluso haciéndole daño dentro de esta cárcel.

Pero no vine solo para decir eso; necesitaba hacer algo difícil, algo que jamás imaginé que haría. No con él.

—Esto es… muy importante para mí. Cometí un error terrible y no hay un día en que no me arrepienta por lo que hice. Perdóname, Colin. Soy directamente responsable de dos muertes y destrocé tu vida. Destrocé tu vida y…

—No —le interrumpí, con una leve sonrisa —. No destrozaste mi vida. Al principio pensé que sí.

Me detuve unos segundos y miré hacia arriba, recordando todo lo ocurrido.

Maddison, Jeniffer…

—He aprendido a valorar lo que tengo, aunque de la manera más difícil posible. Nunca me consideré un buen hombre, al contrario. Siempre fui vengativo, y supongo que eso lo sabes perfectamente. Odié a Dios y me maldije por todo lo ocurrido, pero ahora estoy bien conmigo mismo. Lo que pasó no fue culpa mía.

Nos quedamos callados. Conversar casi normalmente con él aún era difícil, pero necesitaba hacer algo, decir algo…

—Sé que ya lo he dicho muchas veces, pero por favor, perdóname por todo —bajó la cabeza.

—Sí. Yo… te perdono.

Sí, esas fueron las palabras que ensayé una y otra vez en mi cabeza para decírselas al hombre que mató a mi esposa y a mi hija. Y sí, es jodidamente difícil decir eso a alguien que ha vivido en mi mente de la peor forma posible.

Puedo asegurar que antes solo deseaba cinco minutos con él en una sala cerrada para matarlo de alguna manera, hacerlo sufrir tal como él lo hizo conmigo. Pero, extrañamente, cambié.

—¿Lo dices… en serio? —volvió a mirarme, sorprendido.

—Sí. No podemos regresar al pasado y lo que ocurrió no puede ser deshecho. Es difícil para mí, mucho más difícil aún decir estas palabras, pero es lo correcto y quiero estar en paz conmigo mismo. Debo cuidar de mi hijo, darle una buena educación y continuar mi vida recordando los buenos momentos que viví con Jeniffer y con Maddison.

—Yo… ni siquiera sé qué decirte.

—No necesitas decir nada —me levanté —. Espero que puedas encontrar paz. Todos cometemos errores, pero ahora sé que a veces el arrepentimiento puede doler más que cualquier otra cosa. Quizás estés sufriendo aún más que yo por lo que hiciste.

En ese momento, él comenzó a llorar desconsoladamente, y me quedé observándolo unos segundos.

No es fácil perdonar al hombre que mató a tu hija, especialmente cuando todavía sientes cierta clase de odio hacia él. Además, era alguien a quien había apreciado mucho; en aquella época fue mi mejor amigo.

Pero sé que es lo correcto.

—Espero que algún día puedas encontrar la paz.

—Gracias, Colin. Esto ha sido muy importante para mí.

No necesité decir nada más, simplemente seguí mi camino. Aún necesitaba ir a otro lugar. Debo perdonar a otra persona…



Ya en el cementerio, me dirigí hacia la lápida de mi hija, como hacía habitualmente.

Llevaba flores, que coloqué suavemente sobre su tumba mientras observaba la fotografía que estaba frente a mí.

Todas las veces lloraba, y esta vez no fue diferente. Echaba mucho de menos a Maddison, y sabía que ese vacío nunca lo borraría el tiempo. Lo único que podía esperar era que el sentimiento de pérdida se suavizara con el paso de los años, aunque ni siquiera de eso podía estar seguro.

—Hija… te echo muchísimo de menos. —Me senté junto a la lápida, abrazándola por un lado de la manera más extraña posible,

aunque no me importaba en absoluto. —Sé que estás en un lugar mejor, y que cuidas de mí.

Miré al cielo y cerré los ojos, intentando sentir algo, cualquier presencia posible, pero en ese instante no sentí nada fuera de lo normal.

—Nunca olvidaré los momentos que vivimos juntos. Quedarán grabados en mi memoria y en mi corazón, te lo prometo. Cuidaré de tu hermano, él también te echa mucho de menos. Quiero decirte también que no estoy tratando de sustituirte. Sé que Hanna no es mi hija, pero en el fondo la siento como si lo fuera. Creo que te gustaría verme feliz, y ahora estoy empezando a encontrar algo de alegría en la vida. —Me detuve, acariciando la foto de mi hija con los dedos. —Siempre estarás conmigo, cariño mío. Te amo muchísimo, Maddison.

Pasé varios minutos llorando otra vez, dejándome llevar por las emociones a donde ellas quisieran. Hoy era un día difícil para mí, pero era necesario.

Después de un tiempo, me levanté lentamente y caminé unos pasos. Aún faltaba algo más…

—Nunca he hablado contigo. —Miré la lápida de Jeniffer. —La rabia que guardaba en mi interior era demasiado grande para decirte siquiera una palabra. No voy a mentirte diciendo que ya no la siento cuando recuerdo lo que hiciste, pero ahora estoy intentando ser una mejor persona, y lo correcto es perdonarte.

Sí, era lo correcto.

—Aunque esta tragedia haya ocurrido, necesito liberarme de esta culpa que llevo dentro, y creo que tú también deberías hacerlo. —Hice una pausa breve. —Si hay algo de lo que tengo absoluta certeza, es que nunca le hubieras hecho daño a nuestra hija, y que, si hubieras podido, habrías dado tu vida por ella, al igual que yo. Así que lo que necesito y quiero decirte es que te perdono por todo. Nunca he sido un hombre capaz de asumir mis errores, y nuestra relación también pudo enfriarse por mi culpa. La distancia entre nosotros aumentó por muchos motivos, y reconozco que tengo parte de responsabilidad en eso también. Eso es todo, Jeniffer. Te perdono, y espero que puedas perdonarme por mis muchos defectos.

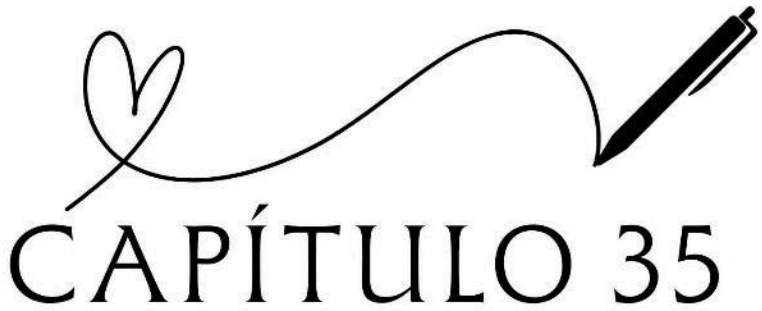
Me quedé en el cementerio unos minutos más, observando ambas lápidas mientras recordaba todos los buenos momentos que vivimos juntos. Fueron muchos, y sé que todos fueron auténticos.

Jeniffer amaba a Joshua y a Maddison tanto como yo, quizá incluso más. De eso no tenía ninguna duda.

—Papá te ama muchísimo, hija —susurré, mientras me daba la vuelta.

Al salir del cementerio sentí un viento fuerte rozando mi cuerpo, y un escalofrío recorrió mi piel. No sé exactamente por qué, pero en mi corazón sentí que podrían ser Jeniffer y Maddison haciéndome saber que estaban allí.

—Gracias por abrirme los ojos —miré al cielo y agradecí.



«Los hijos son el pilar de la familia...»

COLIN ADAMS

Sentí la necesidad de llegar a la mansión y tomar a Isabelle en mis brazos, besándola como si no existiera un mañana. Y así lo hice.

—¿A qué se debe este beso tan repentino?

—A nada. A veces me gusta sorprenderte. —La rodeé con mis brazos, besando suavemente su cuello.

—Para... —Suspiró. —Los niños podrían estar cerca.

—¿Y qué? —continué provocándola.

—Ya sabes...

—No sé nada.

Tomé su boca de nuevo, y aunque Isabelle se mostraba algo reacia, a mí no me importaba en absoluto que alguien pudiera descubrirnos en ese momento nuestro.

Ahora puedo afirmar sin miedo que amo a esta mujer y no voy a renunciar a ese sentimiento. Ya cometí demasiados errores en mi vida, pero esta vez no pienso esconderme.

El dormitorio parecía estar a kilómetros de distancia, porque tardamos bastante en llegar hasta él.

—Te deseo tanto que hasta me duele —dijo mientras atraía mi cuerpo hacia el suyo. —¡Eres el hombre que me hará feliz para siempre!

Esta pequeña no tiene idea del efecto que sus palabras provocan en mí.

Experimentar esto, escuchar algo así para un hombre roto como yo, rozaba lo imposible. Nunca imaginé que podría hacer feliz a una

mujer después de lo que pasó. Ni siquiera lo deseaba.

—¡Ámame! No importa cómo, solo… sigue mostrándome lo que significa la palabra amor —susurró.

Sí, yo la amaba, y necesité muchas señales para entender la dimensión de ese amor.

Isabelle Campbell, ¿qué es lo que me has hecho?

Esa noche hicimos el amor varias veces.

Siento que este día marcó un antes y un después en nuestras vidas. Fue el momento que había esperado durante tantos años, porque jamás pensé que podría amar a alguien más allá de mis propios hijos.



Al salir de la ducha, Isabelle se acercó a mí, apoyando su cabeza en mi pecho.

—¿Qué te parece hacer un viaje? —le pregunté, después de besarla.

—¿Los dos solos?

—No, los cuatro.

—Colin… —se apartó un poco incómoda—. Creo que Hanna aún no tiene muy claro lo que significamos el uno para el otro.

—Es verdad. Ha sido error mío. Es mejor que lo sepa ahora mismo.

Di un paso hacia un lado, pero Isabelle sujetó mi mano derecha.

—Colin… —Intentó mirarme a los ojos, pero rápidamente desvió la mirada—. Mi hija… ¿cómo lo explico? Ella ya te considera…

—¡Como un padre!

Isabelle se quedó pálida en cuanto pronuncié esas palabras. Sí, me acordaba perfectamente del día en que escuché la conversación entre ellas y sabía exactamente lo que Isabelle iba a decir.

—¿Cómo… lo sabes?

—Perdóname. —Sonreí incómodo—. Aquel día os escuché hablar. Te dije que no, pero pensé que en ese momento era lo mejor.

Isabelle intentó sonreír, pero no lo logró.

—¿Qué pasa? Puedes decírmelo. —La envolví con mis brazos.

—Eres el primer hombre al que mi hija se apega tanto y, en el fondo, eso me da miedo —me miró directamente a los ojos.

—¿Miedo exactamente de qué?

—Creo que lo sabes —murmuró bajito—. De que pase algo y nos distanciemos. Son tantas cosas. Sé que también he cometido muchos errores, Colin.

—No va a pasar nada y yo estaré aquí. De hecho, creo que no debería estar hablando contigo sobre esto.

—¿Por qué no? —preguntó extrañada.

—No lo sé, en mi cabeza tendría que estar hablando de esto con Hanna, porque la decisión será de ella.

Percibí una gran duda en su rostro, pero no dijo nada durante unos segundos.

—Tengo hasta miedo de preguntar qué estás pensando.

—Ven conmigo.

Isabelle me acompañó, y cuando Hanna nos vio, vino corriendo a mis brazos. Nuestra relación había mejorado mucho gracias a la fisioterapia, ya que los niños no habían renunciado ni un solo día a estar conmigo.

—Hanna, quiero pedirte una cosa —la bajé al suelo y me puse a su altura.

—¿A mí? —preguntó sorprendida.

—Sí, y tu respuesta es muy importante.

—Colin… ¿Qué estás tramando? —Isabelle me miró inquieta.

—Vale, tío Colin —aceptó Hanna rápidamente.

—¿Nos das permiso a tu mamá y a mí para que seamos novios?

Tuve que fijarme en la expresión de Isabelle después de esa pregunta, y ni siquiera sé cómo describir lo que reflejaba su rostro.

—Ajá, ¡mi mamá te quiere muchísimo! —respondió con una enorme sonrisa, sin dudarlo ni un segundo.

—¡Hanna! —intentó regañarla, pero Isabelle estaba demasiado avergonzada para sonar autoritaria.

—Entonces, listo. Problema resuelto.

—¿Ah, y a su madre no piensas preguntarle nada? —cruzó los brazos. Me acerqué, aparté un mechón de su pelo y acaricié suavemente su mejilla.

—¿Realmente hace falta que lo haga?

El silencio se apoderó del ambiente, y mi respuesta ya había quedado clara.

Yo amo a Isabelle y descubrí ese amor de una forma diferente. Cada uno de sus actos me revelaron que ella fue una de las pocas personas que realmente se preocuparon por mí, y ahora valoro eso más que nunca.

Además, la manera en que fuimos acercándonos me demostró que nunca había amado verdaderamente antes.

Amo a mis hijos con todas mis fuerzas, pero ahora me doy cuenta de que Jeniffer no fue más que una pasión. Isabelle es la mujer con la

que quiero quedarme, y voy a demostrarle que puedo ser el hombre que cuide de ella el resto de su vida.

—¿Entonces ahora tendré un papá? —Los ojos de Hanna brillaron llenos de esperanza.

Me puse nuevamente en cuclillas, a la altura de la pequeña, que parecía inmensamente feliz con la noticia.

—Hanna, yo amo a tu mamá y también te amo a ti. Aún eres pequeña para entender ciertas cosas, pero desde que empezaste a hablar conmigo, me convertí en una mejor persona y entendí que necesitaba cambiar mi vida. Tú y tu mamá visteis en mí un lado que ni siquiera yo conocía, así que, si tú quieres, ten por seguro que tendrás un padre, y podremos jugar juntos siempre que quieras, porque estaré contigo cada vez que lo necesites.

—¡Sí quiero!

Abracé fuerte a la pequeña, y tras ese instante, tuve aún más certeza de que estar con ellas era la mejor decisión. Mi mejor decisión.

Al girarme, vi nuevamente a Isabelle llorando, y eso me conmovió profundamente. Ella es auténtica y expresa exactamente lo que siente.

Con el tiempo espero ser un hombre así, ya que soy consciente de que todavía me cuesta un poco abrirme.

—Esto que estás haciendo… no tengo palabras —susurró.

—Desde hoy en adelante, vosotras dos y Joshua seréis mi prioridad en absolutamente todo. Puedes confiar en mí.



Joshua jugaba con el videojuego cuando me senté a su lado en el sofá.

—Quiero contarte una novedad, hijo.

—¿Qué pasa? —Pausó el juego y se giró para mirarme.

Mejor ir directo al grano, Colin.

—Le pedí a Isabelle que fuera mi novia y aceptó. Bueno, en realidad se lo pregunté primero a Hanna, y parece que su madre no

tuvo muchas opciones. —Me encogí de hombros, intentando sonar divertido.

—Ah, eso ya lo sé.

—¿Lo sabes?

Me quedé sorprendido.

No había pasado ni una hora desde aquello.

—Sí, me lo contó Hanna. Está súper contenta, dice que ahora ya tiene un papá.

Después de escuchar sus palabras, me quedé sin saber qué decir. No tenía claro cómo eso podría impactar en la vida de Joshua.

—Y… ¿no te importa?

—No. —Sonrió—. Antes no quería tener una hermana, pero Hanna me gusta. A veces me pone nervioso, pero es guay. Y tampoco voy a olvidar nunca a mi hermana.

Mi hijo es exactamente como yo, e Isabelle y Hanna provocan los mismos efectos en nosotros dos.

—Isabelle también me pone nervioso a veces, pero no se lo digas a ella —susurré.

—Vale.

Sonreímos, y una alegría inmensa se apoderó de mí.

—Estoy feliz de que no te hayas enfadado, hijo.

Fue entonces cuando Joshua me dijo algo que no esperaba:

—Si Hanna te tiene a ti como padre, entonces es lo mismo con Isabelle, ¿no? Ella va a ser mi madre.

De alguna manera tenía razón.

—Sí, hijo. Sé que ella haría cualquier cosa por ti.

—Siempre me ha gustado mucho, papá. Y después de que me ayudara con el miedo que tenía a ir en coche, me gusta aún más. Un día la voy a querer tanto como quiero a mamá.

—¿Desde cuándo eres tan adulto, dime? —Me quedé sorprendido por su respuesta.

—No quiero ser adulto, prefiero seguir siendo niño. Y… te quiero mucho, papá.

No esperaba esa reacción, pero enseguida me abrazó.

Tal como había sucedido en el cementerio, terminé llorando, y ahora sé que soy un auténtico sentimental con mis hijos.

—He cometido muchos errores, hijo. Me distancié de ti y lloré la muerte de tu hermana en soledad. Por favor, perdóname. Voy a ser un mejor padre, te lo prometo.

—Papá… eres el mejor padre del mundo. Aunque sea niño, sé que te preocupas mucho por la gente y ayudas a todos en esta casa.

—Escuchar eso es muy importante para mí. Gracias, hijo.

Continuamos hablando durante varios minutos, y por primera vez tras la tragedia que golpeó a nuestra familia, logramos conversar sobre todo y sobre nada al mismo tiempo. Incluso dejó a un lado el videojuego, y eso significaba un gran paso hacia lo que estaba por venir.



Una semana.

Ese es el tiempo que Isabelle, Joshua, Hanna y yo vamos a desconectar de nuestra ciudad, de las tragedias, del asalto, de todo. Y qué mejor plan que ir a la ciudad más bonita del mundo para derrochar dinero como pocos y comprar mil cosas, ¿verdad?

Pues no. En realidad, es justo lo contrario. Decidimos pasar unos días en Southport, Carolina del Norte.

Sé que necesitamos algo así. Todos nosotros.

Henry estaba en la mansión, y después de hablar con todas las personas posibles, se giró hacia mí con una expresión demasiado seria.

—Parece que vas a soltarme algún sermón. Decir que estoy yendo demasiado rápido, bla, bla, bla… —me adelanté, teniendo ya cierta idea de lo que me iba a decir.

Le había contado buena parte de la historia a Henry, y él me escuchó en silencio, algo que jamás habría imaginado. Justo él…

—¿Un sermón? ¡Venga ya!

—¿En serio?

—Estoy callado porque no sé cómo expresar tanta felicidad. Estás cambiando. —Se detuvo pensativo, mirando hacia arriba, pero luego sacudió la cabeza negando—. No, lo he dicho mal: no estás cambiando, solo estás volviendo a ser el amigo que conocí hace años. Aquella tragedia te hizo mucho daño, pero en el fondo yo sabía que podías recuperarte.

Sonreí.

—No voy a decir nada.

—No hace falta, ya lo digo yo. —Se acercó y puso la mano en mi hombro—. Eres un buen hombre, y veo eso hasta en los momentos que ni siquiera tú te das cuenta. La forma en que tratas a Isabelle y Hanna me hace tan feliz que ni siquiera puedo explicarlo. Sé que fui duro cuando querías rendirte, pero lo hice por tu bien, y estoy orgulloso de que hayas seguido adelante —hizo una pausa, pero continuó enseguida —: Amar y expresar amor es complicado, tío.

—¿Por qué dices eso?

—Porque pasamos por muchas cosas. Las personas son diferentes, y no todas entienden bien lo que significa.

—¿Por qué siento que ahora estás hablando de ti mismo?

—Nunca descubrirás mi pasado. —Me guiñó un ojo.

—Henry…

—Haz lo correcto, simplemente. Os queréis, se nota a kilómetros. Sé el hombre que ella espera, porque si le haces daño a esa mujer, yo mismo acabaré contigo. ¿Me estás escuchando bien?

Me eché a reír.

—Daría mi vida por ellas y por Joshua. No te preocupes. Sé perfectamente lo que estoy haciendo.

Henry me abrazó, y yo correspondí a su gesto.

Aunque siempre intenté apartarlo de mí, permaneció a mi lado, aguantando incluso todas mis manías. Soy un hombre privilegiado por tenerlo como amigo…



Aquí en Southport todo es apacible y tranquilo, y además hay pocos habitantes. Creo que ni siquiera llegan a cuatro mil personas.

Hay momentos en la vida en los que tenemos tanto, que parece que cuanto más cumplimos nuestros objetivos, menos tenemos en realidad.

Ahora mismo necesito tranquilidad, reflexionar sobre mi vida y planear mi futuro, sobre todo porque pretendo tener una familia más numerosa.

—¿Te gusta este sitio, Hanna?

Como la pequeña es muy sincera, tuve miedo de su respuesta, pero me sorprendí cuando me dijo:

—A mí lo que me gusta de verdad es tener un papá y ver feliz a mamá. Así que estoy contenta aunque aquí no haya ningún parque para jugar.

Esta niña un día me matará de felicidad…

—Ven aquí —le dije, tomándola en brazos.

Estábamos solos los dos en el salón.

—Sé que no has tenido mucho contacto con tu padre, pero quiero que sepas que haré todo lo posible para que puedas quererme tanto como yo te quiero a ti, Hanna.

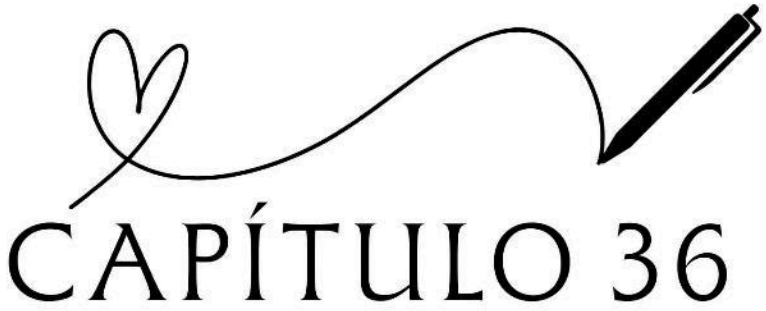
—Pero yo ya te quiero mucho, tío… es decir… —se detuvo analizándome, visiblemente confundida—. Mamá me dijo que llamarte papá Colin está mal, ¿verdad?

Abracé a la pequeña y no pude evitarlo, una lágrima resbaló por mi rostro.

Maldito momento en el que me convertí en un hombre tan llorón. Ya no sé ni cómo comportarme cuando pasan estas cosas.

—Papá. Llámame solo papá, y seré el hombre más feliz del mundo.

—Vale, papá.



«Este es el momento en el que todas las piezas encajan...»

COLIN ADAMS

Al salir de la ducha, Isabelle se acercó, apoyando su cabeza sobre mi pecho.

—¿Por qué hacer el amor contigo es tan bueno? —pregunté, acomodándola junto a mí en la cama.

—Estuviste mucho tiempo sin mí cuando pasó todo aquello.

—No, la verdad es que te amo; por eso es tan bueno.

Isabelle me miró desconfiada, pero después mostró aquella sonrisa suya.

—¿Qué pasa? —pregunté curioso.

—No conocía a este Colin romántico.

—Pues volveré a ser bruto entonces —la provoqué, como de costumbre.

—Admito que a veces me gusta… —dijo guiñando un ojo.

Nuestra relación solo mejoró tras superar esta última tormenta. Nos hicimos más amigos y, aunque Isabelle siguiese hablando por los codos, era especial tenerla cerca contándome sus sueños.

Ya no la trataba como una empleada, incluso pensé en despedirla varias veces, aunque obviamente no por su trabajo. Solo quería que ella me viese como un igual, porque, en definitiva, eso somos.

Ni siquiera necesito mencionar lo que dijo cuando intenté conseguirle otro empleo…

Tras nuestro viaje, decidimos aprovechar cada día como si fuera el último. Hoy se cumplen nueve meses desde que nos conocimos.

Mucho ocurrió desde entonces, tanto que parece mentira que haga menos de un año desde que cierta mujer entró en mi mansión muerta de miedo y evitaba hasta cruzar miradas conmigo.

—Sabes, recuerdo lo mucho que me temías. —Me desperecé en la cama mirando al techo.

—Eh, miedo no. Precaución. —Se enfadó, intentando corregirme —. Tus credenciales eran pésimas, no es mi culpa.

—No podía ser de otra manera, hasta que…

—¿Hasta que…? —me animó a continuar.

—Hasta que apareció una mujer irritante con una niña a la que no sabía cómo tratar.

—¿Ah, no sabías cómo tratar? ¿Ahora resulta que la culpa es nuestra? —dijo, cruzando los brazos.

—Sí. ¿Cómo decirle que no a Hanna? Esos ojitos brillando, pidiendo atención, preocupándose por mí… imposible. No pude.

—Al parecer fue ella quien te conquistó primero.

La miré incrédulo. ¡Qué pregunta tan absurda!

—¿Tengo que responder? Si no fuese por ella, ¡ya estarías en la calle hace tiempo!

—Qué romántico… —se burló poniendo los ojos en blanco.

—Hanna estuvo conmigo en días que quería estar solo, cuando evitaba hasta pensar en los demás. Pero ¿sabes qué pasó? Cuando ella se acercaba, simplemente la aceptaba. Incluso cuando una vez le grité, tu pequeña permaneció a mi lado.

—Mi hija es especial.

—Mucho. Pero lo que más hizo, aunque sin querer, fue acercarme nuevamente a Joshua. No sé si lo hubiera logrado sin ella.

—¡Claro que lo hubieras conseguido!

—¡Probablemente no! —repliqué—. No tengo vergüenza en decir que fue ella el puente entre tú y yo, entre Joshua y yo… Esa es la verdad. Me gustaría haber sido yo quien intentase esos acercamientos, pero Hanna fue más rápida, y ahora mi relación con Joshua es mejor que nunca. Él no se despega de mí. Ambos, en realidad.

—Lo sé. Y yo he quedado fuera de esta historia —protestó con una mueca.

—No es así. Joshua hace cuestión de estar contigo.

—Colin…

Los ojos de Isabelle se llenaron de lágrimas repentinamente y no entendí aquella reacción.

—¿Qué pasa?

—Él… me pidió algo y… me quedé sin palabras.

—¿Qué?

¿Será que…?

—Me preguntó si podía llamarme mamá y… me quedé bloqueada y empecé a llorar. Soy una tonta, ¿no?

Tomé su rostro entre mis manos, emocionado.

—Al contrario, eres tan auténtica que hasta duele, mujer. No veo miedo en tus ojos, y eso me muestra lo especial que eres.

—Y pensar que creía que seguirías siendo un bruto conmigo después de empezar a salir…

Me reí con ganas.

—Basta con no provocarme. Algo que haces mucho, incluso cuando no es necesario.

—Un poco.

Comenzamos a ver televisión, pero hoy tenía algo diferente en mente. Necesito ser padre y compañero, y volver a ocuparme de ciertas cosas.

—Ve a ver una película con los niños, tengo algo que hacer.

—Hmm. ¿Qué cosa?

—No es asunto tuyo. —La besé en los labios.

—Qué grosero… creía que habías cambiado.

Me levanté de la cama, pero antes no pude evitar provocarla una vez más:

—Solo he vuelto a ser quien era, y tú aún me irritas buena parte del día.

—¿Te molesta? ¡Pues quédate soltero entonces!

Dos almohadas volaron en mi dirección, pero Isabelle todavía tenía aquella amplia sonrisa en su rostro.

Soy un hombre afortunado por tenerla a mi lado.

ISABELLE CAMPBELL

Como Colin me había despachado, fui a ver Los increíbles 2 con los niños, que charlaban más de lo que prestaban atención a la película.

—¿Por qué tú y mi padre estabais gritando ayer? —preguntó Joshua.

—Ah, es que él me pone nerviosa, y a veces me hace cosquillas. Acabo gritando porque soy un poco… demasiado sensible.

—Ah, vale. Últimamente mi padre está raro, pero me gusta.

—¿Raro?

—Sí, está demasiado cariñoso.

—Está intentando recuperar el tiempo perdido.

—Hasta juega a videojuegos conmigo. Y yo sé que pierde a propósito.

Sonreí. Eso es típico de él.

—¿Puedo contarte un secreto? —me preguntó Joshua.

—Claro que puedes.

—Nunca pensé que volvería a tener una madre.

Estos niños…

Escogen los momentos más inesperados para emocionarnos y acaban tocando lo más profundo de nuestro corazón.

—Joshua, yo jamás voy a reemplazar a tu madre. Haré todo lo posible para amarte más y más cada día. No quiero que… te sientas obligado a llamarme mamá.

—Pero yo quiero llamarte mamá, porque haces todo lo que hacía mi madre, y veo que amas a mi padre, a Hanna y también a mí. ¡Así que sí, eres mi madre!

Lo dijo con tanta seguridad que hasta me sorprendí.

—Está bien. —Bajé la cabeza, emocionada—. En mi corazón ya eres mi hijo.

Lo abracé con fuerza, cerrando los ojos. Nos quedamos así por unos segundos.

—¡Mamá, mamá! ¡Hay un monstruo delante de nosotros! —gritó Hanna de repente.

Abrí los ojos y vimos a un hombre con una máscara. Al principio me llevé un buen susto, pero Joshua enseguida reaccionó:

—¡Oh, no, tenemos treinta segundos para correr!

—¿Correr? ¿Cómo que correr?

—¡Es el hombre que entró en el cuerpo de papá! ¡Tenemos que escapar ya!

—¡Tengo miedo! —gritó Hanna escondiéndose detrás de mí.

—No tienes que tener miedo, yo te protejo. Es papá que viene a atraparnos, ¡nos va a hacer tantas cosquillas que terminaremos llorando!

—¿De verdad eres tú, papá? —preguntó Hanna dudando.

—¡No conozco a ningún papá! —respondió Colin con voz ronca, pero lo identifiqué al instante.

Las cosas que se le ocurren…

—¡Os voy a hacer tantas cosquillas que me vais a suplicar que pare! —dijo soltando una carcajada, y entonces Joshua nos cogió de las manos, arrastrándonos prácticamente fuera del salón.

En resumen: los niños salieron gritando y tirando de mí, divirtiéndose sin haberle visto la cara sin máscara siquiera.

Decidí entrar en el juego, y estuvimos corriendo varios minutos por la mansión mientras Colin fingía estar a punto de atraparnos.

Nunca había sentido algo así. La verdad es que Hanna nunca tuvo esta complicidad con ningún hombre, ya que era demasiado pequeña cuando su padre vivía con nosotras. Ahora, además de tener a Colin, tiene a Joshua en su vida, y puedo decir que por fin sé cómo se siente pertenecer a una familia.

—¡Para, para! —gritaba Hanna entre risas, casi llorando de tantas cosquillas.

Cuando Colin veía que era demasiado, la soltaba y corría hacia Joshua. Incluso yo terminé pagando las consecuencias, y él sabía perfectamente cuánto odiaba que me hicieran cosquillas.

Nos reímos y disfrutamos durante un buen rato hasta que Colin se quitó la máscara fingiendo no recordar nada de lo ocurrido, diciendo que algo lo había poseído. Parte del teatrillo, tal como Joshua había dicho.

—¡Hoy me las vas a pagar, Colin Adams!

COLIN ADAMS

—… Tu jueguecito me dejó marcas, tus cosquillas me matan, pero con los niños eres todo delicadeza. Ahora quiero ver si harás este numerito todos los días, porque a esos dos les ha encantado estar corriendo por toda la casa. Pero yo ya estoy vieja para tanto correteo —soltó ella sin parar de hablar, aunque no respondí, solo solté una carcajada mirando hacia arriba.

Isabelle y yo estábamos tumbados en la cama, pero algo no dejaba de rondar por mi cabeza, y apenas prestaba atención a lo que decía.

De repente tuve un chispazo, de esos que llegan de la nada cuando uno está distraído, una idea que cambiaría mi vida para siempre.

—Nuestra vida ha cambiado mucho, ¿verdad? —dijo Isabelle, y me dio un beso en la mejilla, acariciándome enseguida—. Siempre pensé que tardaríamos mucho en…

—Nos vamos a casar. Necesito casarme contigo. No pienso esperar más.

Salté de la cama y la miré fijamente a los ojos.

Al ver su rostro incrédulo, me acerqué aún más y sostuve su cara entre mis manos.

—¿Qué significa esto, Colin? No bromees con algo así.

—Nunca he estado tan seguro como en estos últimos meses de que tú y Hanna sois las mujeres de mi vida —tomé sus manos entre las mías y las apreté suavemente—. No quiero seguir esperando, ¿entiendes? Estoy cansado de retrasar lo inevitable. Os quiero cerca, a ti y a Hanna, y quiero que sea para siempre. Es sencillo, y solo necesito una palabra tuya. Solo una.

—Yo… ni siquiera sé qué decir. Nuestro noviazgo no lleva ni siquiera un año, esto es muy… precipitado.

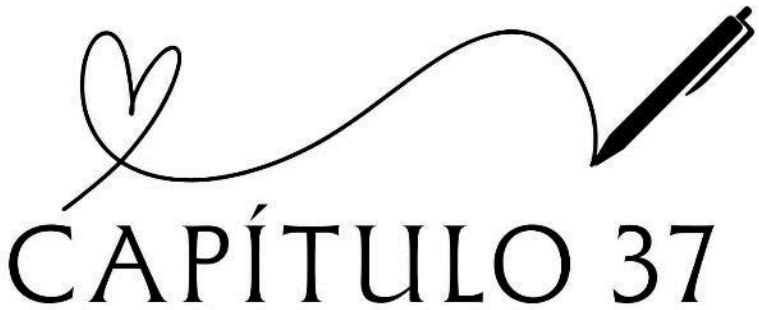
—Tan solo di esa palabra. Si no estuviera seguro de que tú quieres lo mismo, jamás te lo pediría. Te amo, y te debo mi vida.

—¡No digas eso!

—¡Lo digo! Fuiste tú quien me levantó cuando todos creyeron que no tenía remedio. Hasta yo mismo lo pensé, y no los culpo. Soy un hombre difícil, irritable, complicado, pero quiero lo mejor para ti, lo mejor para nosotros. Cásate conmigo, y voy a demostrarte cada día —hice énfasis en estas últimas palabras— que será la mejor decisión que puedas tomar, y que te amaré cada día más. Es una promesa.

Isabelle empezó a llorar y me abrazó con fuerza.

—Yo también te amo y… quiero formar parte de esta familia. Acepto casarme contigo, Colin Adams.



«El final se hace presente…»

ISABELLE CAMPBELL

6 MESES DESPUÉS

Colin y yo nos casamos el mes pasado.

Fue una ceremonia muy sencilla, aquí mismo en la mansión. Decidimos juntos que sería así, invitando solamente a quienes realmente han formado y forman parte de nuestras vidas.

Lauren y Henry fueron nuestros padrinos principales, y percibí cierto coqueteo entre ellos después de la ceremonia. Creo que ya sabéis cómo es el amigo de Colin, y Lauren no se queda atrás...

Respecto a la boda, admito que lloré muchísimo. Sé que no es ninguna novedad verme llorar, pero lo que ocurrió fue algo verdaderamente especial para mí. Nunca antes me había sentido realmente amada por ningún hombre, y ahora sé que encontré al hombre de mi vida.

Un hombre cabezota, terco, explosivo, inquieto… pero, aun así, atractivo, encantador...

Ya lo sé, me he dejado llevar un poco. Es que… cada día lo admiro un poco más, aunque conozco perfectamente cómo es Colin en ciertas cosas.

Somos bastante diferentes, pero ahora puedo decir que precisamente esa diferencia fue fundamental para que pudiéramos encajar tan bien.

¿El comienzo fue difícil? Sí, lo fue, pero cuando hay amor verdadero, todo cambia.

Y cambió.

Cada día escucho la frase «te quiero». Y no solo de él.

Hanna y Joshua.

Sí, estos dos niños están pegados a mí prácticamente las veinticuatro horas, y ahora siento en carne propia lo que significa tener una familia.

Verdaderamente puedo decir que soy muy feliz por tener una familia tan alegre y tan presente...

COLIN ADAMS

Estábamos en la inauguración de la mansión que prometí a mi amigo James Sullivan.

Sé que tardé un poco en hacer los ajustes necesarios, pero al final todo salió perfecto.

Isabelle me ayudó en el proyecto, algo que ni ella misma creyó posible en un principio. Por su manera de pensar, Isabelle dudó mucho, convencida de que James podría no quedar satisfecho y que la culparían por ello.

Después de mucho insistir, logré convencerla y trabajamos juntos. Ella tiene talento, y no lo digo por cumplir, ni mucho menos. Tiene una excelente percepción del espacio y eso fue fundamental.

—¿Así que Isabelle tuvo miedo? —James Sullivan se acercó a mí en voz baja. Ella no estaba con nosotros en ese momento.

—Mucho. Pensaba que podría arruinar el proyecto.

—¡Tonterías!

—Estoy de acuerdo. Ella fue una gran ayuda y tiene talento.

—Justo de eso quería hablar contigo. Desafortunadamente, he encontrado a alguien mejor para diseñar mis mansiones. Estás despedido, Colin Adams —dijo serio—. Isabelle es mejor que tú, lo siento mucho.

—No pasa nada. Por ella, dejo que me sustituyas.

Los dos reímos, y justo en ese momento Isabelle se acercó, siendo recibida con un abrazo por parte de James.

—Estábamos hablando sobre el despido de tu marido.

—Sabía que no debía haberle ayudado. ¿Qué hicimos mal? ¿La entrada? ¿El salón? Lo sabía... —Entró en pánico, pero James soltó una carcajada.

Este viejo sigue con su sentido del humor.

—En realidad, lo despediría a él para contratarte a ti.

Una sonrisa tímida se dibujó en sus labios.

—Vaya, ni siquiera sé qué decir, solo... gracias.

—Ha sido un placer. Gracias a los dos. Esta mansión es la más bonita que he visto en mucho tiempo. Habéis hecho un trabajo fantástico. Ahora, si me disculpáis, debo atender a los invitados.

James se alejó, pero Isabelle permaneció allí con una sonrisa ingenua en los labios.

Entramos en el interior de la mansión, donde no había casi nadie; la mayoría estaba en el jardín charlando.

—¿Feliz por lo que has oído? —pregunté.

—Sí, pero además escucharlo fue estupendo porque tengo una noticia para ti.

—Pues dime.

—Me han aceptado en la University of Miami —anunció, dando pequeños saltos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Ahora tendrás una compañera de profesión. Bueno, dentro de unos cinco años, cuando termine la carrera.

—No esperaba esta noticia. Estoy muy feliz y orgulloso, aunque no me puedo creer que me lo hayas ocultado… —Simulé enfado, pero

en seguida la abracé, besando su frente. Isabelle tiene talento, y sé que llegará lejos.

—No puedo creer que seré la arquitecta más joven de la familia.

—Lo serás, cariño. Estoy seguro.

—Isabelle Adams, la arquitecta más famosa de Miami. Te voy a superar, amor.

—No me cabe ninguna duda. Siempre te dije que tenías talento.

—Seremos rivales. Voy a acabar contigo. —Me besó provocándome—. De todas las maneras posibles.

—Eso me gusta. —La levanté en brazos, llevándomela quién sabe adónde.

—No tendré piedad contigo, Colin Adams.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiero eso?

ISABELLE ADAMS

La felicidad me definía.

Estoy casada, me han aceptado en la universidad de la ciudad, tengo hijos preciosos y habladores, y Colin por fin ha dejado de ser un cabezota las veinticuatro horas del día...

Son tantas cosas que ni siquiera sé explicarlas, sólo sentirlas.

Sí, Henry me dijo eso de repente, y hasta me asusté, ya que él solía decir tonterías a Colin, no a mí. Pero como alguien me advirtió recientemente: «si le das confianza, lo entenderás».

Él es uno de los invitados, y trajo a Lauren consigo, porque ella necesitaba despejarse un poco. Descubrí lo que la tenía tan decaída últimamente, y era su trabajo. No me gustaba verla así.

—Esa frase ha sido bastante aleatoria —comenté.

—Lo sé —respondió él, mirando fijamente a Lauren, que sabía perfectamente lo que estaba pasando. Conozco muy bien a mi amiga.

—¿Por qué no se lo dices directamente a ella? ¿Te atreves? —lo desafié, y fue entonces cuando él me prestó atención, mirándome a los ojos.

—¿Estás dudando de mi poder de persuasión con las mujeres?

—¿Yo? ¡Qué va!

—Da igual. Normalmente consigo lo que quiero. Y por lo visto, a ella le gustan las mismas cosas que a mí...

Solté una carcajada.

—Si le haces algo malo a mi amiga, ¡te castro! ¡Es una promesa!

—¡Tranquila! Te aseguro que la trataré como una princesa… o quizá todo lo contrario. —Me guiñó un ojo y salió de mi alcance, acercándose a ella.

¡Este hombre no tiene remedio!

Otras cosas en mi vida también han cambiado estos últimos meses.

Mi madre insistió en seguir en nuestra antigua casa, al menos para vivir allí.

Colin hizo grandes esfuerzos para que continuara trabajando en la mansión y, al final, logró convencerla de quedarse trabajando para él. Creo que así es mejor para ella, especialmente por el sueldo.

Puede que os estéis preguntando por qué sigue trabajando si nuestra situación económica es tan buena. No intentéis entenderla; lo que puedo asegurar es que doña Elisa no soporta quedarse quieta y parece que nadie será capaz de convencerla de lo contrario.

Por lo visto, lo de ser cabezotas viene de familia...

COLIN ADAMS

Ya en casa, presté la debida atención a mis hijos, que estaban algo inquietos. Hanna sigue con esa manía tan suya de no aceptar muy bien la palabra "no", y Joshua parece no tener mucha paciencia para ciertos juegos. ¿Y quién acaba teniendo que solucionarlo todo?

Sí, yo mismo.

Me he acostumbrado a ser el "apaga fuegos" en algunas situaciones, y la verdad es que me gusta, lo admito.

Tanto el uno como el otro han hecho muchos amigos en el colegio, y Joshua, que antes no era tan sociable con sus compañeros, ahora de vez en cuando trae amigos a la mansión. Suena raro, pero a Hanna no le gusta demasiado y me confiesa que siente celos de su hermano.

Quién la entiende...

En el fondo, sé que no son exactamente celos; es que se ha acostumbrado tanto a tener a Joshua siempre cerca que…

Pensándolo mejor, creo que sí son celos.

—Joshua ya no me quiere, ¿sabías, papá? —protestó ella, aunque los dos estaban sentados uno al lado del otro.

—No me gusta jugar con esas muñecas. ¡Es muy aburrido!

—¿Lo ves, papá? Ahora solo tú y mamá me queréis.

—Niños… Nos queremos todos, y mucho.

—Hm… Pero igualmente… —Hizo un puchero.

—Yo juego contigo todos los días —Joshua intentó defenderse—. Pero tomar té de mentira es aburrido.

No pude evitar soltar una carcajada. Sé que estaba mal, pero fue inevitable.

—A mí no me gusta el fútbol, y voy siempre a verte jugar porque te quiero.

Creo que ninguno de los dos esperábamos algo así. Sé que lo que ha dicho es cierto porque ya me había confesado varias veces que no le gustaba el fútbol.

—Vale, vale… luego jugamos —respondió Joshua, rodando los ojos un poco incómodo.

Hanna empezó a reír enseguida, feliz por haber conseguido lo que quería. Es increíble el poder de persuasión que tiene esta pequeña.

Me quedé con los niños unos minutos más y al poco rato ya estaban conversando normalmente otra vez.

Aproveché para pasar por la cocina y atrapar a mi esposa.

Esposa.

Jamás pensé que diría esa palabra de nuevo.

—¿Qué tal están los niños?

—Se han peleado un poco, pero ahora están bien.

Le conté la historia a Isabelle, que comenzó a reír cuando terminé.

—No puedo creer que los hombres de esta casa no seáis capaces de decirle que no a Hanna. ¡Es increíble!

—Me declaro culpable. Realmente no puedo decirle que no, y creo que ahora tampoco a Joshua. Pero cierta persona también tiene

dificultades para negarle algo a Joshua, así que…

—No sé de qué hablas. —Se apartó dando un paso al lado.

—Ah, ¿no lo sabes? —La sujeté con suavidad, rodeando con mis brazos a mi mujer, que me miró con desconfianza. Sabía que yo tenía razón.

—Puede que tenga un poquito de dificultad. Solo un poco…

Tomé su boca en un beso y luego besé suavemente su frente.

—¿Sabes que te amo muchísimo?

—Sí. De lo contrario, no te habrías casado con alguien que te vuelve tan loco. Es difícil soportarme, pero… también es difícil soportarte a ti.

Levanté a Isabelle en brazos y comencé a mordisquearla suavemente, rozando mi barba en su cuello, provocando carcajadas y quejidos.

—¡Para ya! Odio las cosquillas, Colin.

—¡Problema tuyo! Te arrepentirás de haber dicho eso.

Me la llevé en brazos mientras continuaba mordiéndola ligeramente, lo suficiente para hacerla retorcerse. Cuando pasamos junto a los niños, comenzaron a reír al ver la forma en que Isabelle colgaba de mis brazos.

—¿Qué vas a hacerle a mamá, papá? —preguntó Joshua, divertido.

—Voy a castigarla y a hacerle maldades a vuestra madre.

Puse una cara divertida mientras colocaba a Isabelle sobre mi espalda.

—Para con eso, Colin —decía ella entre risas y preocupación, sabiendo perfectamente lo que yo pretendía—. No es justo que hagas esto conmigo.

—Ya verás, pequeña.

—Niños, no dejéis que vuestro padre me haga esto.

—A ver, niños, la decisión es vuestra: ¿puedo hacer sufrir un poquito a vuestra madre? —pregunté.

Ambos se miraron y enseguida sonrieron cómplices.

—Por mí sí puedes —dijo Hanna rápidamente.

—Yo también te dejo —añadió Joshua enseguida.

—Vaya hijos que tengo... —fue el turno de Isabelle para protestar.

No perdí tiempo y salí corriendo con Isabelle enganchada a mi espalda como una lapa.

Son estos momentos, aparentemente normales, los que nos hacen ver que la vida está compuesta por pequeños detalles que marcan toda la diferencia.

Ahora puedo afirmar que soy un hombre feliz y realizado, y que amo a mi familia con todas mis fuerzas.



«Siento la felicidad y ahora sé que, para vivir plenamente, es necesario prestar atención a las pequeñas cosas…»

COLIN ADAMS

6 ANOS DESPUÉS

Los últimos años estuvieron llenos de felicidad y logros.

Tenemos en casa a la arquitecta más reciente de la familia, ¡y está insoportable!

Bromas aparte, Isabelle se graduó como la primera de su promoción, y durante estos últimos años se ha dedicado mucho a la universidad. Como le dije hace tiempo, sacar solo buenas notas no es garantía de éxito; la práctica es esencial.

Le prometí ayudarla en todo lo que necesitara, y por lo que vi, mi mujer tiene talento de sobra, sobre todo porque sabe expresarse muy bien.

En cuanto a mi vida, pocas cosas han cambiado. Bueno, quizá no lo expresé del todo bien; lo que quiero decir es que sigo trabajando y esforzándome por darles atención a mis hijos.

Cada día procuro demostrarle mi amor a la mujer que elegí para acompañarme en este camino, y ahora tengo la certeza absoluta de que tomé la decisión correcta.

Joshua y Hanna están en el mismo colegio, y justo ahora se están peleando por algo que no logro identificar bien.

—Deja de ser pesado conmigo, Joshua —protestó Hanna.

—¡Ay, niña...!

—¿Qué pasa, chicos? —intervine.

—Él tiene celos de mí, papá —Hanna se adelantó, mostrando una sonrisa maliciosa.

—¿En serio? —Arqueé una ceja, mirando a Joshua.

—¡Anda ya, enana! Tengo cosas mejores que hacer.

—Me vigilas todo el rato en el recreo. Soy guapa, Joshua, y los chicos me miran.

Ella es igual de bonita que su madre, incluso en la forma de hablar.

—Es que… observo todo. Nada más. Y… bah, ya estoy harto del tema.

Joshua salió de la habitación refunfuñando.

—Te encanta provocar a tu hermano, ¿eh?

—Le quiero mucho y sé que él también me quiere, pero sí que me gusta chincharle. Antes hacía cosas malas con mis muñecas, y yo soy vengativa.

—A veces me das miedo.

—Soy buena, papi. —Me abrazó con ternura.

A medida que el tiempo pasaba, Hanna se volvía cada vez más cariñosa conmigo. Supongo que, al no haber tenido un padre presente, sintió durante mucho tiempo la falta de una figura paterna.

—Lo sé. Y dentro de poco estarás hablando con tu hermano otra vez.

—Ah, de hecho, voy a molestarle otro poquito ahora mismo.

Me eché a reír.

—Adelante, hija.

Observé cómo mi niña salía de la habitación con una sonrisa enorme en el rostro. Aquello me hacía profundamente feliz, especialmente después de todo lo que habíamos vivido en los últimos años.

Desde lejos vi a Isabelle acercarse con una sonrisa enorme.

—Parece que los niños están peleando otra vez —dijo tras darme un largo abrazo.

—¿Cómo lo sabes?

—Joshua acaba de desahogarse conmigo hace unos minutos. Hanna lo provoca demasiado.

Otra relación que se había profundizado con el tiempo era la de Joshua con Isabelle. Si antes él estaba un poco más reservado, ahora puedo decir que eso quedó atrás. Los dos se llevan muy bien y se tratan como madre e hijo.

No sé qué tiene Isabelle que consigue romper el hielo con la gente; logra ese milagro. Creo que es por su… ¿cómo decirlo? Su insistencia exagerada, diría yo.

—¿Te queda alguna duda de que Hanna es hija tuya? Porque a mí ninguna.

Recibí un buen golpe en el hombro derecho.

—La niña tenía que salir a alguien, y no solo en belleza —continué.

—Mientras no sea tan cabezota como tú, me conformo —bromeó, provocándome con un guiño.

—No me provoques.

—¿Qué vas a hacer?

Había cambiado mucho en estos años. Tanto que algunos días salía corriendo tras Isabelle y los niños, tratando de atraparlos para hacerles alguna «travesura». Nos divertíamos juntos como una auténtica familia, y no quería perder nunca más esa esencia.

Durante cerca de un año dejé de ser un hombre feliz después de la muerte de Maddison, pero ahora puedo volver a experimentar una sensación similar.

Con Jeniffer nunca tuve tanta complicidad, pero con Isabelle todo es tan natural que me pregunto: ¿por qué motivo tuve esta segunda oportunidad en la vida?

Creo que le di una oportunidad a Dios y a mí mismo, y ahora estoy recogiendo los frutos.

Salí al exterior de la mansión y fijé la mirada en un punto en particular.

Todavía había momentos en los que me gustaba estar solo, y había adquirido el hábito de contemplar el cielo durante varios minutos cada día.

Este era uno de esos momentos.

Miré hacia el cielo y cerré los ojos, sabiendo que Maddison me observaba. Nuestro amor nunca terminará. Puedo sentir a mi hija conmigo aquí y ahora…

FIN.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FFS5HZDY

DIFERENCIA DE EDAD + CEO + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + HOMBRE POSESIVO Y VENGATIVO + JEFE x EMPLEADA

JAVIER FERRARA

Siempre mantuve absolutamente todo bajo mi control. Jamás permití que nadie se acercase lo suficiente como para poner en peligro todo lo que había conseguido. Al menos así era, hasta que Daniela Castro apareció y convirtió mi existencia en un auténtico infierno.

Una sola noche con ella fue suficiente para poner mi vida patas arriba. Y pese a sus disculpas y explicaciones, sabía que me había mentido desde el principio. Ahora, mientras ella asegura llevar un hijo mío en su vientre, solo puedo pensar en una cosa: demostrar sus mentiras y desenmascararla de una vez por todas.

Daniela se ha metido con el hombre equivocado, y aunque tenga que usar todas las armas a mi alcance, no descansaré hasta que pague por cada una de sus mentiras...

DANIELA CASTRO

Mi vida nunca fue fácil, pero siempre intenté tomármelo todo con humor, riéndome de mis propias caídas y encontrando esperanza incluso donde parecía no haberla. Siempre creí en el amor y soñé con formar una familia, a pesar de que mis relaciones fracasaban una tras otra.

Lo que no esperaba era que el mayor reto en mi camino fuese Javier Ferrara, el hombre más poderoso e impenetrable que había conocido jamás.

Tras una noche juntos, mi vida se convirtió en un completo caos. Fui acusada injustamente, humillada y vista como alguien que jamás fui. Y cuando descubrí que estaba embarazada, comprendí que tendría que criar sola a mi hijo...

FRAGMENTO:

«— Creía que eras un hombre diferente, alguien decente, pero eres justamente todo lo contrario.

— Tu opinión me importa muy poco —replicó él con frialdad.

Respiré profundamente, reuniendo todo el valor posible para enfrentarme una vez más a aquellos ojos fríos e implacables.

— Pero hay algo que no cambiará, independientemente de lo que creas o dejes de creer. Estoy embarazada y el hijo es tuyo, te guste o no.

Él arqueó una ceja, desafiante.

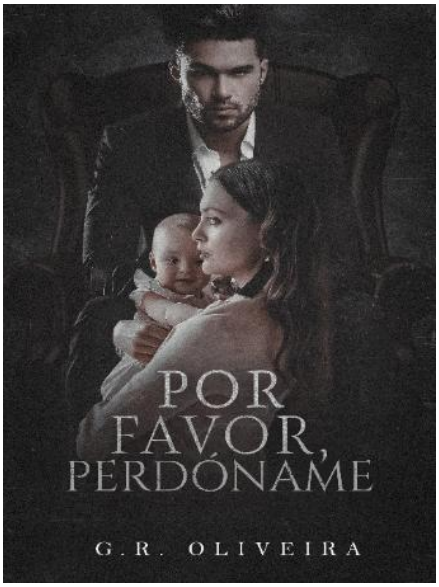
— No te creo.

Inspiré profundamente, sosteniéndole la mirada con determinación.

— Entonces haré que me creas. De una forma u otra.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO

DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que

amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él…

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza…

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!
—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y…
—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?
Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.
—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!

Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FC6RHDG5

DIFERENCIA DE EDAD + VIUDO + PADRE SOLTERO DE GEMELOS ADORABLES Y TRAVIESOS + JEFE Y EMPLEADA + SLOW BURN + HOMBRE PROTECTOR

JULIANA ROCHA

Me enamoré de un hombre que no sabe amar. Él me miró, me deseó, me tuvo, pero jamás me escogió.

Entre madrugadas silenciosas y promesas que nunca llegaron, fui perdiéndome a mí misma intentando encontrar un espacio en su mundo. **Esperé gestos que nunca llegaron.** Aguanté ausencias que me

dolían como puñaladas. Fingí estar bien para no tener que suplicar por algo que debería surgir de forma natural: **amor.**

Fui todo lo que podía ser, pero no fue suficiente. **Ahora estoy cansada, herida,** tratando de recoger los pedazos de una mujer que solo quería ser amada de verdad. Y quizá, por primera vez, **necesito elegirme a mí misma...**

VITTORIO DEL CASTILLO

La alejé de mí. No porque no la quisiera, sino porque la deseé demasiado. Después de perder a mi esposa, me prometí a mí mismo que jamás permitiría que nadie volviera a entrar. **Que proteger a mis hijos y mantener el control sería suficiente.**

Juliana apareció con aquella sonrisa torpe, la lengua afilada y una calma que hacía demasiado tiempo que no existía en mi vida. Me devolvió las ganas de sonreír. Me hizo querer estar en casa, no solo por mis hijos, sino por ella. **Y eso me destrozó por dentro, porque sentí que estaba traicionando una promesa, como si abrir de nuevo mi corazón significase borrar el recuerdo de la mujer que un día perdí.**

Hoy, mis hijos me preguntan si volveré a amar a otra persona. Y la única respuesta es que tal vez ya lo haga. Pero quizás me haya dado cuenta demasiado tarde...

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

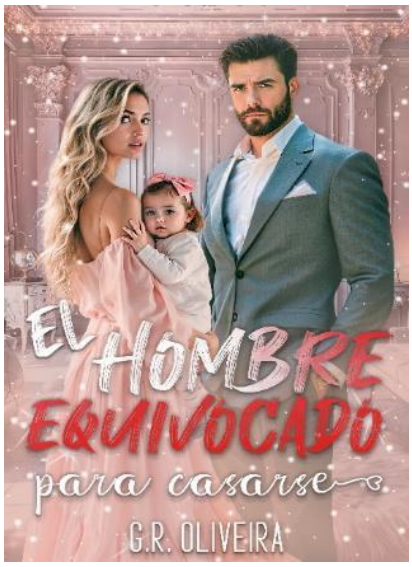
«— Yo no soy ella, Vittorio. Y tú tampoco eres el mismo de entonces. Quizá haya llegado el momento de dejar de vivir como si todavía estuvieses atrapado en aquel día.

— Simplemente no puedo.

Negué con la cabeza, dejando finalmente escapar las lágrimas, consciente de que todo lo vivido había sido en vano.

— Te amé. Y me arrepiento de cada segundo de ello. Solo... vete, Vittorio. Ya no quiero preocuparme más por ti».

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F9MKPLZQ

CEO + DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + FAMILIA ENCONTRADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + CONVIVENCIA FORZOSA + MATRIMONIO POR CONTRATO

«Él dudó de la verdad. Ahora es ella quien duda del perdón.»

LUNA BELMONT

Lo amé con cada fibra de mi ser. Creí en las promesas susurradas en la oscuridad, en los besos robados a escondidas y en el futuro que juró que construiríamos juntos. Pero todo aquello se hizo pedazos justo en el momento en que más lo necesitaba.

Embarazada, asustada y sola, busqué a Roman Lockwood para decirle que iba a ser padre. **¿Y qué recibí a cambio? Acusaciones, humillaciones y desprecio. Me dijo que mentía, que era imposible.** Me miró a los ojos y me llamó traidora.

Ahora, años después, el destino lo ha puesto de nuevo frente a mí. Solo que esta vez ya no soy aquella chica enamorada que confiaba ciegamente en su amor. **Soy la mujer que aprendió a sobrevivir sin él, que crio sola a nuestra hija y que juró que jamás volvería a permitir que Roman Lockwood la destruyese.**

ROMAN LOCKWOOD

He construido un imperio, he conquistado todo lo que un hombre podría desear… y, por el camino, **perdí lo único que realmente importaba.**

Durante años estuve convencido de que Luna me había engañado, de que aquella niña no podía ser mía. **Me aferré al rencor, a la traición que creí haber sufrido, al orgullo que me impedía ver más allá del dolor.**

Pero entonces llegaron los resultados. **Y la verdad me golpeó como una sentencia definitiva: ella nunca mintió; Antonella era mi hija.** Ahora, todo lo que creía saber se ha derrumbado, y tengo que enfrentarme al hecho de haber destruido a la mujer que un día amé.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«Él quería castigarme.

Tragué la rabia, el dolor y el orgullo. Entonces le dije lo que sucedería cuando la verdad saliese a la luz.

—Te pondrás de rodillas delante de mí cuando descubras que Antonella es tu hija. Me suplicarás que te perdone. Y cuando llegue ese día, Roman… —Respiré hondo, conteniendo la emoción, intentando no llorar—, te humillaré como tú me estás humillando ahora mismo.

Él simplemente sonrió y respondió:

—Buena suerte con eso.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F8WCH2ZP

DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + JEFE Y EMPLEADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA + SLOW BURN + PROTAGONISTA ABANDONADA + NIÑO ADORABLE Y TRAVIESO

CAMILA PEREIRA

Dicen que el tiempo lo cura todo. **Mentira.**

El tiempo no ha borrado las noches que pasé llorando, ni los días en que me preguntaba dónde estaría él, si se acordaría siquiera de mí. El tiempo no hizo más fácil cargar sola con la responsabilidad de criar a un hijo.

Frederico Villanova fue el único hombre al que amé. Y también fue el mismo que me rompió el corazón sin mirar atrás. Ahora ha vuelto, y no solo ha descubierto que tenemos un hijo, sino que insiste en formar

parte de su vida. Y lo que es aún peor… insiste en formar parte también de la mía.

El problema es que he aprendido a protegerme. He aprendido a no esperar nada de nadie. Y si hay algo que no puedo permitirme es dejar que regrese para destruirme otra vez...

FREDERICO VILLANOVA

El mayor error de mi vida fue marcharme. Cuando me fui de Brasil, no sabía que estaba abandonando mucho más que un amor. No sabía que estaba dejando atrás una parte esencial de mí mismo.

Ahora, después de tantos años, he regresado y me he encontrado con un niño que lleva mis rasgos y una mirada que me desmonta. **He vuelto para reencontrarme con la mujer a la que amé y jamás olvidé, pero que ahora me mira como si yo fuera el peor error de su vida.**

Y quizás lo sea.

Pero si algo he aprendido es que ninguna fortuna vale tanto como una segunda oportunidad. Y pienso luchar por ella.

Por mi hijo.

Por la mujer de mi vida.

Por nosotros.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Tenías la obligación de decirme que era mi hijo!

Solté una risa amarga. El pecho se me encogía de pura rabia.

—Ah, claro. ¿Y tú no tenías la obligación de quedarte? ¿No tenías la obligación de, no sé… al menos decir adiós?

El silencio cayó entre nosotros como una tormenta.

—Es mi hijo —susurró Frederico, y esta vez no había rabia en su voz, tan solo incredulidad.

Cerré los ojos un instante, sintiendo que el dolor me asfixiaba por dentro.

—Sí, lo es. Pero no creas que puedes aparecer ahora y actuar como si nada hubiese pasado. Intenté avisarte, pero me bloqueaste por todos lados. Estuve un año, ¡UN AÑO!, intentando localizarte, hasta que comprendí que ni mi hijo ni yo te necesitábamos.»

NOTA DEL AUTOR



Espero que hayáis disfrutado de esta lectura y que os hayáis divertido con una historia más. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si os ha gustado la historia, os agradecería mucho que dejarais una valoración.

Vuestra opinión es muy importante para mí en este camino, porque me ayuda a seguir aprendiendo y mejorando con cada libro, para ofreceros experiencias cada vez mejores.

¡Muchísimas gracias a todos los que habéis dado una oportunidad a esta historia! ¡Espero que también disfrutéis con las próximas!

INSTAGRAM

GRUPO DO WHATSAPP

FACEBOOK